



EL MAPA DE TU UNIVERSO

Cristina May



El mapa de tu universo

Cristina May

© Cristina May

1ª edición, octubre de 2022.

Imagen de portada: Pixabay.

Diseño de cubierta: Cristina May.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE Colisión

1 JONATHAN

2 LUNA

3 JONATHAN

4 LUNA

5 JONATHAN

6 LUNA

7 JONATHAN

8 LUNA

9 JONATHAN

10 LUNA

11 JONATHAN

12 LUNA

13 JONATHAN

14 LUNA

15 JONATHAN

16 LUNA

17 JONATHAN

18 LUNA

19 JONATHAN

20 LUNA

21 JONATHAN

22 LUNA

23 JONATHAN

24 LUNA

25 JONATHAN

26 LUNA

27 JONATHAN

28 LUNA

29 JONATHAN

30 LUNA

31 JONATHAN

32 LUNA

SEGUNDA PARTE Plenilunio

33 LUNA

34 JONATHAN

35 LUNA

36 JONATHAN

37 LUNA

38 JONATHAN

39 LUNA

40 JONATHAN

41 LUNA

[42 JONATHAN](#)

[43 LUNA](#)

[44 JONATHAN](#)

[45 LUNA](#)

[46 JONATHAN](#)

[47 LUNA](#)

[48 JONATHAN](#)

[49 LUNA](#)

[50 JONATHAN](#)

[51 LUNA](#)

[TERCERA PARTE Caos](#)

[52 JONATHAN](#)

[53 LUNA](#)

[54 JONATHAN](#)

[55 LUNA](#)

[56 JONATHAN](#)

[57 LUNA](#)

[58 JONATHAN](#)

[59 LUNA](#)

[60 JONATHAN](#)

[CUARTA PARTE Equilibrio](#)

[61 LUNA](#)

[62 LUNA](#)

[63 JONATHAN](#)

[64 JONATHAN](#)

[65 LUNA](#)

[66 JONATHAN](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

«Toda la energía del universo tiende al equilibrio, aunque a veces, para llegar a él, haya que
atravesar un largo periodo de caos».

PRÓLOGO

Dicen que el amor es tan viejo como el mundo, quizá más, y que hay tantas historias sobre él como estrellas en nuestra galaxia.

Hay historias de amor tan largas que perduran en el tiempo a través del arte o la memoria, pero también las hay tan breves como un encuentro en un ascensor. Algunas se inician en la infancia; otras, en la vejez. Las hay que tardan años en arrancar y tomar el rumbo adecuado, y las hay que tardan un solo segundo en prender la llama de un incendio voraz.

Sabes que la mía con Jonathan no comenzó el día que nos conocimos. Lo hizo una noche de principios de otoño, muchos años atrás. Estábamos las dos tumbadas en el jardín, sobre la manta que había extendido sobre la hierba. Te agarraba con fuerza de la mano, como si no quisiese despegarme de ti. Sabía que se acercaba el momento de decirte adiós, pero tu rostro aún no auguraba la despedida que yo tanto temía. En lugar de eso, me dijiste algo que me dejó perpleja.

—Luna..., dentro de unos años conocerás a un hombre. Será la persona más importante que pase por tu vida.

Abrí los ojos de par en par antes de soltar una pequeña carcajada. Tenías esa curiosa habilidad, la de sorprenderme en los momentos más inesperados.

—Mamá, ¿estás segura?

—Sí. He soñado con él.

—¿Hablas de mi alma gemela?

—Sabes que no creo en la media naranja. No necesitas a nadie que te complete, pero... sí que creo en las almas afines, las que se encuentran para crecer a través de la experiencia. Aprenderéis mucho el uno del otro y, seguramente, habrá una gran atracción entre vosotros, aunque eso no te garantiza que todo vaya a ir como la seda.

Sonreí, emocionada, pero no por esa información, sino porque sabía que cuando llegara el momento de conocer a ese hombre, tú ya no estarías a mi lado.

—¿Y cómo es? ¿Cuándo lo conoceré? —pregunté con curiosidad.

—No sé cuándo vendrá. Pero recuerdo un detalle de su aspecto...

Entonces me diste la clave. Esa señal que años después me hizo perder la cabeza y lanzarme en picado a la corriente de la vida.

—Lo reconocerás porque lleva un candado negro tatuado en el dorso interior de su muñeca derecha.

No dijiste nada más. No me advertiste de lo que iba a ocurrir tras ese encuentro ni del oscuro y profundo enigma que tendría que desentrañar en él. Tal vez porque tú confiabas en mi capacidad para superar todo lo que vendría. Y porque sabías mejor que nadie que, cuando dos estrellas están a punto de colisionar, no existe fuerza en todo el universo que sea capaz de evitarlo.

PRIMERA PARTE
Colisión

1

JONATHAN

El avión iba a despegar de forma inminente y yo todavía dudaba sobre la conveniencia de aquel viaje. A mi lado, mis compañeros no parecían compartir la misma preocupación. Llevaban horas planeando cada segundo de aquella escapada relámpago a Ibiza.

—Llegaremos a las once —comentó Stone, sentado a mi derecha—. Propongo que cojamos un taxi, dejemos las cosas en el hotel y nos vayamos directos a la playa.

—Yo antes me bajo al bar a tomar algo —dijo Miller, sentado a mi izquierda.

—No jodas, Miller. Tenemos toda la tarde para ir al bar —contestó Stone—. Ya habrá tiempo de tomarnos unas birras.

—No quiero una birra, quiero comer a una hora decente —protestó Miller—. Y luego, por la tarde, ya nos acercaremos a la playa. —Stone resopló—. Además..., conozco la isla mejor que vosotros dos. ¿De quién fue la idea de largarnos veinticuatro horas a Ibiza?

—Maldita la hora en la que tuviste esa idea —murmuré entre dientes.

—Oye, Hartford, no nos toques otra vez los cojones. Si no querías venir, no deberías haber subido al avión.

—¿No podías conformarte con una de las playas que hay cerca de La Roca? —protesté.

—Tío, es mi cumpleaños. Si pillamos un permiso el día de tu cumpleaños, iremos donde a ti te dé la gana.

Una de las azafatas se inclinó hacia nosotros para comprobar que llevábamos bien puesto el cinturón de seguridad.

—Buen vuelo, chicos —dijo con una sonrisa coqueta.

—Gracias, guapa —contestó Miller tras guiñarle el ojo.

Me crucé de brazos y fijé la mirada en la bandeja plegada del asiento de delante.

—Solo digo que mañana vamos con el tiempo muy justo —dije cuando la azafata se marchó—. Hay que estar en el buque antes de las siete y media.

—¿Y cuál es el problema? —contestó Miller—. El avión de vuelta sale a las doce. Aterrizaremos en Málaga a la una y diez, recogeremos el coche y nos plantaremos en Gibraltar antes de las tres y media. Nos van a sobrar cuatro horas para embarcar.

—Reza para que no haya ningún retraso y para que no encontremos retenciones en la frontera.

—Soy ateo. No sé rezar.

—Yo tampoco, pero como haya algún percance en el camino de vuelta...

—Hartford, déjame disfrutar del vuelo.

Miller se giró para mirar a la azafata, que en ese momento comenzaba la demostración de seguridad.

Stone, que llevaba unos segundos callado, se inclinó hacia mí para hablarme en voz baja.

—Eh... tranquilo, Hartford. Todo va a salir bien. No es la primera vez que lo hacemos. El año pasado cogimos un *ferry* a Tánger y regresamos a la base con solo dos horas de antelación.

—Eso no me tranquiliza. Sois unos putos chalados.

—Piensa que dentro de un rato estaremos en una playa alucinante. Y esta noche va a ser bestial.

Consulté la hora. El reloj de mi muñeca marcaba las nueve cuarenta y tres. Me pareció oír el sonido de las manecillas al moverse a pesar del ruido de los motores del avión. El visor de la

esfera mostraba el número quince. Al verlo, noté un escalofrío en mi espalda.

Era la víspera del 16 de septiembre.

La fecha me pesaba como la losa de mármol de un cementerio, porque no era el riesgo del viaje a Ibiza lo que me angustiaba, sino aquella maldita fecha. Faltaban menos de diecinueve horas para que se cumplieran diez años exactos del momento más oscuro de mi vida, el que lo había cambiado todo, el que trataba de enterrar en mi memoria a toda costa. Intentaba pensar en otra cosa, pero los recuerdos reaparecían con fuerza cada vez que se acercaba la fecha.

Llevaba diez años sumido en mi abismo particular. Diez años fingiendo ser alguien que no era: un hombre honesto y honrado, alguien en quien confiar. Diez años mirando un punto fijo, la bandeja de delante, la pantalla de un ordenador, el radar del buque, el reloj que marcaba las horas...

Apreté los puños, cerré los ojos y tensé mi cuerpo. Lo hacía cuando el recuerdo llegaba de improviso. El avión aceleró motores y despegó del suelo, el asiento vibró y, gracias a ese movimiento, pude salir del trance.

Tomé aire y decidí fingir. Porque era lo que mejor se me daba.

«Finge que todo va bien».

—Feliz cumpleaños, Miller. Este viaje será memorable —dije en tono despreocupado, sin saber que ese inocente vaticinio se convertiría, horas más tarde, en una realidad aplastante.

2

LUNA

Me encantaba el final del verano. Era mi época favorita del año, cuando el número de turistas empezaba a descender pero aún hacía buen tiempo. Cuando la isla, poco a poco, volvía a respirar, a recuperar su esencia, y el cielo adquiría un tono ocre al atardecer.

Sentada en mi taburete, a ratos leía una novela y a ratos echaba un vistazo a los posibles clientes que se acercaban a ver mis acuarelas. Era el cuarto verano que regentaba un puesto en el mercadillo artesano de Playa d'en Bossa, al sur de Ibiza, situado entre el puesto de mi amiga Marina, que vendía jabones aromáticos, y el de Luis, uno de los veteranos del mercado y el que mejor tallaba en madera de toda la isla. Esa noche —15 de septiembre— era mi última jornada en el mercado. Mi licencia como vendedora finalizaba a las doce en punto y no tenía previsto renovarla hasta el siguiente verano. Llevaba tres meses trabajando de seis a doce y de lunes a domingo. Estaba deseando tomarme algún día libre y retomar mi otro empleo como profesora de yoga.

—Esta noche está la cosa muy floja —dijo Luis, que aún no había vendido ninguna artesanía.

—Ya sabes cómo es septiembre —contestó Marina desde su puesto.

—¡Pero si septiembre es el mejor mes! —comenté sin despegar la vista de mi novela—. Ya no hay aglomeraciones, ni codazos, ni hordas de guiris con ganas de juerga que solo pasean y no compran nada.

—¿Como esos de ahí? —señaló Marina con disimulo.

Levanté la vista del libro y vi a tres hombres que se acercaban a mi puesto. Eran jóvenes, de aspecto recio, con el pelo corto y la piel sonrosada por culpa de una genética no preparada para el exceso de sol. Probablemente, británicos. A juzgar por su aspecto y actitud, pensé que pasarían de largo sin comprar nada.

Devolví la mirada a mi novela.

Los tres se detuvieron a medio metro de mi puesto y comenzaron a hablar en inglés.

—Recuérdame por qué estamos aquí —dijo uno de ellos.

—Para buscarle un regalo a mi novia, ya te lo he dicho.

—Venga, Stone, date prisa. Quiero pasar por el hotel antes de ir a la discoteca. ¿Te vale una acuarela de estas?

—No le gusta la pintura.

—Pues yo... de las acuarelas paso mucho, pero de la tía que hay en el puesto...

Cambié de postura en el taburete sin despegar la vista de mi libro. Con un poco de suerte, se irían de allí enseguida.

—¿Habéis visto qué tetas tiene? —volvió a decir el mismo de antes—. Ni muy grandes ni muy pequeñas. Caben en una mano y son perfectas para...

—Miller, eres un puto cerdo —interrumpió el tercero del grupo con voz grave. El único que aún no había abierto la boca.

—Hartford, tío... ¿Y a ti qué más te da? Ni siquiera entiende lo que digo.

Decidí contraatacar. Levanté la vista del libro y les dirigí una mirada sostenida a los tres.

—Si no vais a comprar nada, apartaos de mi puesto. Vais a espantarme al resto de clientes —dije en inglés. Educada pero firme.

Uno de los tres, el más bajo, empezó a reírse a carcajadas.

—La has cagado, Miller.

El que estaba situado en medio de los otros dos me miró de arriba abajo sin disimular sus intenciones.

—Vale, guapa. Ya nos vamos.

El tercero, el más alto y el único que parecía avergonzado, por la expresión de su cara, se acercó al puesto para ver de cerca las acuarelas.

—Yo sí quiero comprar algo —dijo en tono serio.

—Ya está aquí Hartford, el caballero andante —murmuró su amigo por detrás.

—Piérdete, Miller... —masculló él sin girarse.

Lo miré de soslayo. Era muy atractivo. Tenía el pelo muy corto, entre castaño cobrizo y rubio oscuro, y vestía con un polo negro y vaqueros.

—¿Qué lámina te gusta? —pregunté.

—No estoy seguro. Es para mi madre... —dijo él, levantando la vista y fijándola en mí por primera vez.

Sentí algo muy raro, una especie de chasquido interior que me obligó a apartar la mirada.

—¿Le gustan los atardeceres en el mar? Se venden mucho —comenté, tratando de mantener el tono tranquilo en mi voz.

—Sí. Ese de ahí es bonito —señaló él—. ¿Cuánto cuesta?

—Veinte euros. Si quieres, te la envuelvo para regalo, pero tendrás que comprarle un marco.

—No importa. Me la llevo.

Preparé la lámina como siempre lo hacía. La enrollé con cuidado, la envolví en papel de seda y la adorné con un pequeño cordón de rafia. Él esperó en silencio. Sus amigos se habían marchado, pero no parecía importarle.

—Aquí tienes —dije tras entregarle la lámina.

Volví a mirarlo y volví a sentir lo mismo. Otro chasquido. Algo que se revolvía.

Había dureza en su rostro. Tenía la mandíbula muy marcada y lucía una barba de escasos días que oscurecía su mentón, pero sus ojos, de tonalidad ambarina, suavizaban el conjunto de sus facciones.

Buscó en su cartera y me entregó un billete de cincuenta euros.

—¿Las has pintado tú? —preguntó mientras yo buscaba cambio en la caja de latón que usaba para guardar el dinero.

—Sí.

—Son muy bonitas.

—Gracias.

Alargué el brazo para entregarle el cambio. Él abrió la mano derecha para recoger los billetes y entonces... lo vi. Llevaba tatuado un sencillo candado negro en el interior de su muñeca derecha. Los recuerdos me remontaron a la noche lejana en la que mi madre me había avisado de ese encuentro.

«Dentro de unos años conocerás a un hombre. Será la persona más importante que pase por tu vida (...). Lo reconocerás porque lleva un candado negro tatuado en el dorso interior de su muñeca derecha».

Habían pasado tantos años desde aquella conversación que creía que ese encuentro nunca iba a producirse. Pero ahí estaba él: más guapo de lo que había imaginado y también mucho más serio.

Levanté otra vez la mirada. Él me observaba. Parecía no querer marcharse.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —dije con ganas evidentes de que la conversación no terminara.

Él dudó un instante.

—Quería pedirte disculpas por los comentarios que has oído antes.

—Ah... Eso —murmuré con cierta desilusión. Por un momento había pensado que iba a pedirme el teléfono—. Sé que tú no has dicho nada. Se nota que eres el único inteligente de los tres.

El desconocido sonrió levemente. Fue la primera vez que lo vi relajar el rostro.

«No te vayas aún. Dime quién eres. ¿Cómo te llamas?».

—Gracias por la lámina —dijo unos segundos después.

—Espero que le guste a tu madre.

—Seguro que le gustará.

Entonces dio media vuelta y se marchó.

Lo seguí con la mirada. Vi cómo se encaminaba en busca de sus amigos y desaparecía después entre un grupo de gente.

«¿Y si no es él?», pensé con decepción.

—¡Madre mía del amor hermoso! —exclamó Marina mientras yo aún mantenía la vista entre la gente—. ¡Menudo pedazo de tío! ¿Has visto qué brazos? Ese te coge y, con un poco de impulso, te lanza al otro lado de la isla.

3

JONATHAN

Salí del aseo de la discoteca para reunirme otra vez con mis compañeros. Había ido hasta allí para quedarme un rato a solas. No estaba acostumbrado a pasar tanto tiempo libre en compañía de otras personas. Stone no era mal tío, pero Miller empezaba a sacarme de quicio. Estaba deseando regresar a la base, embarcar en el buque y encerrarme en mi camarote para perderlo de vista durante unas horas.

Junto a la puerta del aseo, apoyado en la pared con los brazos cruzados, había un hombre pasando droga. Me di cuenta con solo echarle un vistazo. Lo había visto trapichear con una chica unos minutos antes.

Me quedé mirando al tío de la pared mientras dudaba si acercarme o no.

Llevaba años sin consumir, pero aquella noche todo pesaba demasiado. El aire, la odiosa música electrónica, la fecha... la maldita fecha que parecía de plomo.

Miré el reloj de mi muñeca.

Miré al tío de la pared, que enseguida se sintió observado.

—Eh, amigo..., ¿quieres algo? —me preguntó.

—Puede —contesté.

Me acerqué despacio. No pensé en las consecuencias porque, precisamente, era eso lo que no quería: pensar. Quería atontar mi cerebro, anular mis recuerdos y desconectarme del mundo, de la realidad. Quería morir durante una noche.

Regresé a la barra diez minutos después. Vi a Stone con un vaso de tubo en la mano. Estaba solo.

—¿Y Miller? —pregunté al llegar a su altura.

—Se ha largado con una tía. El cabrón tiene una suerte...

—Lo lamento por la que se haya ido con él —bromeé.

Stone soltó una carcajada.

—Yo también me voy a largar, pero al hotel. Estoy cansado y mañana hay que levantarse pronto para ir al aeropuerto.

—¿En serio, Stone? Querías quemar hasta el último minuto.

—Tío, estoy reventado. ¿Y tú? —me preguntó—. ¿Te vienes o te quedas?

Eché un vistazo a mi alrededor. No había nada allí que me motivara lo más mínimo, pero necesitaba estar solo. Con un poco de esfuerzo, unas cuantas copas y la ayuda suplementaria que llevaba en el bolsillo, olvidaría dónde estaba durante dos o tres horas.

—Me quedo un rato. Pediré un taxi para volver al hotel.

—No olvides que mañana hay que estar en el aeropuerto a las diez.

—Es solo un rato. Nos veremos en el hotel.

Stone se marchó y yo comencé a beber. Probé con la ginebra, pero cuando llevaba dos *gin-tonics* sin demasiado efecto decidí pasarme a algo más fuerte. Tomé chupitos de tequila hasta que perdí la cuenta y empecé a marearme. Unos minutos después, el vaivén de mi cabeza se transformó en una melopea en toda regla. Aun así, seguía recordando.

«Malditos recuerdos que no se van de mi cabeza», pensé.

Fui hasta la puerta. Me costaba mantener el equilibrio, pero salí de la discoteca y seguí caminando como si huyera de mi sombra, de un fantasma que me perseguía allá donde fuera. Llevaba diez años intentando silenciar esa parte oscura y ponzoñosa de mí mismo.

De pronto, me vi al fondo del enorme aparcamiento que había detrás de la discoteca sin tener muy claro cómo había llegado hasta allí. Y vi al tipo que me había vendido la droga que aún llevaba en el bolsillo. Charlaba con otro tío cerca de un coche. No había nadie más alrededor.

«Es la hora».

Respiré hondo y sentí que el aire cortaba mi garganta.

Si yo hubiese sido otra persona —alguien más cabal o más honesto—, me habría roto allí mismo y después, habría recogido mis pedazos para llevármelos a otra parte. Pero llevaba una década conteniendo mis emociones. Dentro de mí había una bestia que luchaba por salir y que, cada 16 de septiembre, se adueñaba de mí.

Me acerqué al camello sin vacilar y dije lo primero que se me pasó por la mente. La bestia tomó el control.

—Eh, tú..., caraculo.

Los dos tipos se giraron hacia mí con cierta incredulidad.

—¿Qué coño has dicho? —preguntó uno de ellos.

Me erguí y apreté los puños.

—Ya me has oído, caraculo —dije con voz pastosa—. La mierda que me has vendido no es más que polvo de tiza.

—¿Me estás vacilando?

—¿A ti qué te parece? Caraculo...

Reí entre dientes. De todos los insultos en español que había aprendido en mi infancia, ese era mi favorito.

—¿Qué tienes? ¿Siete años? —dijo el otro, poniéndose en guardia.

—Treinta y dos, caraculo.

El camello también apretó los puños.

—Tío, tienes dos segundos para largarte. Estás molestando a la gente equivocada.

Pero yo no me largué. En lugar de eso, miré a ambos con expresión desafiante.

—CA-RA-CU-LO —repetí despacio, con énfasis, mientras le daba a aquel tipo varios golpecitos en el hombro.

—Muy bien, tú lo has querido...

El primero en golpearme fue el camello. Después, se unió el otro tío. Yo lancé un par de puñetazos sin demasiado éxito. En condiciones normales, sobrio y despejado, habría resuelto la situación con soltura, pero, en aquel estado, los otros tipos llevaban una ventaja más que evidente. Llegados a un punto, me dejé golpear. Me dieron con fuerza en la cara y en el abdomen. Me tiraron al suelo de un rodillazo en la entrepierna y allí me patearon el costado. Me robaron el móvil, la cartera, la droga que no había consumido y el reloj. Cuando acabaron de desvalijarme, se metieron en el coche y se fueron hacia la carretera chirriando ruedas.

Y allí, pegado al asfalto de aquel *parking* de discoteca, con el cuerpo reventado a golpes y los bolsillos vacíos, pensé que no existía lugar en el mundo lo suficientemente bajo para sostener a un ser tan miserable como yo.

4

LUNA

Aquel día, 16 de septiembre, me levanté muy temprano. Solía hacerlo de vez en cuando para ver el amanecer desde alguna cala cerca de Santa Eulalia. Era uno de mis momentos preferidos de la semana; me sentaba sola, frente al mar, hipnotizada por la esfera dorada que emergía de las profundidades del agua. Aprovechaba la ocasión para meditar y hacer balance de mi vida. También me llevaba las acuarelas y el cuaderno para pintar algunas láminas.

Mi despertador sonó a las seis y veinte de la mañana. Estuve a punto de quedarme en la cama, pero entonces recordé al hombre del candado y, sin saber por qué, me desvelé.

La noche anterior me había dormido pensando en él. Aun así, quería mantener los pies en la tierra. Era muy probable que todo aquello fuese producto de la casualidad. Al fin y al cabo, el desconocido se había marchado tras la venta y no nos habíamos vuelto a ver.

Me vestí deprisa, me tomé un té con leche de avena, metí mis instrumentos de pintura en un bolso de tela y, tras cerrar la puerta de casa con sigilo para no despertar a mi abuela, caminé hacia mi viejo Seat Ibiza rojo. Arranqué muy rápido y conduje en dirección a Cala Llonga. El cielo nocturno empezaba a clarear, aunque todavía faltaba media hora para que el sol saliese por el horizonte. Giré hacia la derecha de forma mecánica. Podría haber conducido con los ojos cerrados, me sabía de memoria el mapa de carreteras de la isla. Al fondo de ese tramo, vi a un hombre sentado cerca del arcén, entre el borde del asfalto y los pinos que flanqueaban la carretera. Los faros del coche lo iluminaron. Pensé que era un turista desorientado, probablemente colocado o borracho. No era la primera vez que me cruzaba con alguno en los alrededores a esas horas tempranas de la mañana, ya que había una discoteca en la zona.

A medida que el coche avanzaba, fijé la vista en el desconocido.

«Esa ropa me suena», pensé.

El tipo se puso de pie con dificultad cuando me acerqué. Lo vi alzar la mano con el dedo levantado para hacer autostop. Al pasar por su lado, lo miré de cerca y lo reconocí. Tardé un par de segundos en pisar el freno y detener el vehículo en el arcén. El autoestopista había quedado atrás, a unos veinte metros de distancia. Miré por el retrovisor para comprobar que era él: el hombre que me había comprado la acuarela. A pesar de la escasa luz, lo supe con certeza. Y de nuevo sentí el extraño vuelco en el pecho.

—¿Qué estás haciendo? —murmuré para mí misma—. No conoces de nada a ese tío. Solo porque tiene tatuado un candado...

Él dudó un momento, parecía sorprendido de que alguien hubiera parado para ayudarlo. Al ver que el vehículo permanecía detenido, comenzó a caminar hacia mi coche.

A medida que se acercaba, pude comprobar el mal aspecto que presentaba. Tenía un pómulo hinchado y enrojecido y una de sus cejas parecía ensangrentada. Caminaba despacio, como si le costara hacerlo. Supe al instante que estaba borracho.

En circunstancias normales, jamás hubiese detenido el coche para recoger a una persona en semejante estado, aunque me sonara su cara de verlo por el mercado. Pero ese hombre, en concreto, llevaba un candado tatuado en la muñeca. ¿Cómo podía obviar ese detalle?

El desconocido llegó a la altura del Seat y se detuvo al lado de la puerta del copiloto. Me incliné a mi derecha y estiré el brazo para girar la manivela que bajaba la ventanilla. Una vez abierta, nos miramos en silencio durante un instante que a mí me pareció larguísimo. Me disponía a preguntarle algo en inglés cuando él se adelantó. Y, para mi sorpresa, lo hizo en

perfecto español.

—Me han... me han golpeado —dijo con voz ronca y pastosa.

—¡Madre mía! ¿Estás bien?

Se rascó la cabeza y me miró, confuso.

—No, claro... —añadí—. Es evidente que no lo estás. ¿Te han dado una paliza?

—Yo... Tengo que coger un avión.

—¿Qué?! No puedes subirte a un avión en estas condiciones.

—Tengo que hacerlo.

Desvió la vista hacia la carretera, alertado por el sonido de un motor. Pasó una furgoneta de reparto. Después, todo volvió a quedarse en silencio.

Lo observé con atención y me fijé en sus ojos claros —de un marrón dorado, casi ámbar— y en su mentón, cubierto por esa escasa barba de pocos días. Era muy atractivo, pero en ese momento mostraba un aspecto lamentable: golpeado, ojeroso, pálido y ebrio. En resumen, una piltrafa.

La situación despertó en mí un fuerte sentimiento de compasión. Sabía que estaba a punto de cometer una locura, pero me dejé llevar por el impulso de ayudarlo y, sobre todo, por la curiosidad que provocaba en mí y por las ganas de conocerlo.

—Si quieres, te acerco a un hospital para que te echen un vistazo. —Suspiré antes de pronunciar la siguiente frase—. Sube al coche.

Él no tardó en abrir la puerta y dejarse caer en el asiento del copiloto.

Arrugué la nariz, asqueada por el fuerte olor a alcohol que desprendía.

—Hospitales no... —dijo con esfuerzo tras cerrar la puerta. Era obvio que le costaba coordinar el habla y el movimiento—. Necesito ir al hotel.

—¿Y dónde está tu hotel?

—No estoy... no... No lo sé. —Se llevó las manos a la frente—. No lo sé.

Arrastraba las palabras por culpa del alcohol, pero no detecté en él ningún tipo de acento.

—¿Quieres que te vea un médico?

—No puedo... El avión.

Lo observé otra vez. Le habían dado una buena paliza, pero las heridas no parecían graves. Lo más sensato hubiera sido llevarlo a la policía, pero pensé que, en ese estado de embriaguez, no era la mejor de las ideas.

—¿Sabes lo que creo? Que lo que realmente necesitas es dormir la cogerza que llevas.

No esperé su respuesta. Arranqué el coche y di media vuelta para dirigirme a mi casa.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al cabo del rato.

Él había recostado la cabeza en el asiento. Supe que hacía verdaderos esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

—Jonathan Hartford —contestó en un murmullo grave.

—Encantada, Jonathan Hartford. Yo soy Luna.

—¿Luna? —repitió con el ceño fruncido.

—¿Por qué te extraña tanto?

—Yo... tuve una perra que se llamaba Luna.

—Seguro que era una buena perra.

—Se escapó...

—Sus motivos tendría —dije entre dientes.

Tardamos unos minutos en llegar a mi casa, una antigua vivienda payesa situada en medio del campo. Detuve el coche en la entrada y apagué el motor. Él parecía adormilado.

—Ey... Oye... Hemos llegado.

Jonathan abrió los ojos y miró a su alrededor. Los tenía vidriosos, rojos y somnolientos.

—¿Dónde estamos? —preguntó con esfuerzo, arrugando el entrecejo.

—Te he traído a mi casa.

—¿Qué?!

—Puedes echarte un rato. Tengo camas libres.

—No... no puedo.

—Mira, no recuerdas dónde está tu hotel. Has bebido demasiado. Es posible que, si duermes un poco, recuperes algo la memoria.

—El avión... Tengo que coger un avión —volvió a decir con voz pastosa.

—¿A qué hora?

—No lo recuerdo. Llama a Stone... Stone lo sabe.

—¿Llevas el móvil encima?

Jonathan se palpó los bolsillos. La expresión de su cara se volvió aún más sombría cuando se dio cuenta de su ausencia.

—Me lo han robado.

—¿Recuerdas el número de tu amigo?

—No.

Se frotó la cara con las manos. Parecía bastante agobiado.

—Escucha —dije en tono sereno—, ¿por qué no entras conmigo y te preparo un café? Puede que eso te despeje.

Él suspiró con amargura y asintió con la cabeza.

Salimos del coche a la vez. Yo, con soltura. Él, con exagerada lentitud. Lo vi tan apurado que me acerqué por su izquierda y lo sujeté del codo para ayudarlo a avanzar.

—Estoy mareado —masculló—. Creo que voy a...

No habíamos dado ni dos pasos cuando se apartó de mí y se inclinó para vomitar sobre el camino de grava que llevaba a mi casa.

—Ay, Dios... —murmuré, desviando la mirada.

Dio varias arcadas hasta que se irguió de nuevo.

—Lo siento —balbuceó mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Todo muy romántico y sensual.

—Ven. Sígueme —dije con grandes dudas de si sería capaz de hacerlo.

Atravesamos la pequeña verja que había en la entrada, cruzamos el tramo empedrado y caminamos despacio hasta la puerta principal.

—Es por aquí —indiqué al entrar para guiarlo hasta el cuarto de baño.

Enseguida me di cuenta de que no me seguía. Se había detenido junto al umbral, sujetándose con la mano en el marco para no caerse al suelo.

«No puede dar ni un paso más», pensé.

Me acerqué, le rodeé la cintura con el brazo y lo guie hasta uno de los dormitorios que mi abuela y yo solíamos alquilar a turistas y que en ese momento estaba libre.

Jonathan se desplomó sobre la cama de la habitación y cerró los ojos.

—El avión... Llévame al avión —murmuró.

—Te llevaré cuando te despiertes.

Le quité el calzado, unas zapatillas Fred Perry de color blanco. Después, entorné la contraventana para evitar que la luz del sol entrara en la habitación. Cuando me giré hacia él, supe que se había dormido. Un cosquilleo nervioso atravesó mi cuerpo al verlo allí tumbado, tan

alto, tan fuerte y también tan vulnerable.

—Bienvenido a mi casa, Jonathan Hartford.

A las once y veinte, Jonathan seguía dormido. Acababa de entrar en la habitación por tercera vez para avisarlo de la hora, pero todo esfuerzo por despertarlo había sido en vano.

Al comprobar que no reaccionaba, me dirigí a la cocina para preparar té. Mi abuela pelaba patatas sentada frente a la mesa donde solíamos desayunar.

—¿Nada? —me preguntó en cuanto entré en la cocina.

—Nada.

—Esto empieza a resultar muy raro —protestó.

—No hay nada raro, nona. Está durmiendo la borrachera —dije mientras llenaba la tetera de agua—. Y no me regañes otra vez por haber traído a un desconocido a casa.

—Un desconocido borracho como una cuba —replicó ella.

—Un desconocido con un candado tatuado en el brazo derecho.

Puse a calentar la vieja tetera sobre uno de los fogones.

—¡Pues empezamos bien! —protestó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que si tu alma gemela es un inglés borracho y con tendencia a meterse en peleas, más te valdría no haberlo conocido.

—No seas tan dura, aún no sabes nada de él.

—Ni tú tampoco.

Me giré hacia ella con los brazos cruzados y apoyé la cadera en la encimera de la cocina.

—Ayer, en el mercado, parecía buena persona.

—¿En qué te basas para sacar esa conclusión? ¡Si lo único que hizo fue comprarte una acuarela!

—Ay, nona... Es difícil de explicar. Cuando lo vi..., tuve una corazonada. Nunca me ha pasado algo así.

Mi abuela soltó la patata en un plato y, con el cuchillo aún en la mano, me miró fijamente.

—¿Y si te has equivocado? ¿No lo has pensado? Puede que este no sea el hombre del que te habló tu madre. ¿Y si es solo otra persona con un tatuaje parecido?

Respiré despacio, de un modo que denotaba cierta exasperación. Necesitaba tener a mi abuela de mi parte, aunque, en el fondo, sabía que ella solo intentaba aportar la cordura que yo había dejado de lado.

—Sí, lo he pensado. Pero creo que es demasiada casualidad que me haya encontrado con él en la carretera.

—Vivimos en una isla pequeña.

—No seas exagerada. Sabes que eso no es cierto. Al menos, no para que coincida dos veces con él en menos de doce horas.

Mi abuela ignoró el comentario y cogió otra patata de un bol para seguir con su labor.

—Dime que le darás una oportunidad —dije un rato después al comprobar que no contestaba. Ella suspiró.

—Lo haré por ti. —Volvió a mirarme, gesticulando con el cuchillo—. Pero... si no me gusta, se irá.

—Se va a ir de todos modos. Tiene que coger un avión.

—¡Ja! —exclamó con ironía—. Eso es lo que tú te crees.

5

JONATHAN

Oí un sonido lejano. Eran voces de mujer que me sacaron del sueño profundo y pesado en el que me encontraba inmerso desde hacía horas.

Me llevé las manos a la cabeza porque, al intentar abrir los ojos, noté un pinchazo que me atravesó el cráneo de lado a lado. Gemí de dolor. Era resaca en estado puro combinada con los trágicos efectos de la paliza de la noche anterior.

A pesar de ello, abrí los ojos y miré a mi alrededor. Tardé unos segundos en situarme en la escena. Estaba tumbado en una cama, en una habitación en penumbra, en un lugar extraño y desconocido; el hogar de alguien. Tardé varios segundos más en recordar cómo había llegado hasta allí: una pelea, una carretera próxima a la discoteca, una chica en un coche destartado... Y entonces me di cuenta.

—¡El avión! —exclamé para mí mismo.

Me senté en la cama con un movimiento brusco que provocó una sacudida en todo mi cuerpo. Otra vez el pinchazo en la cabeza. Y no solo eso, aún tenía náuseas y la boca seca como el esparto. El aliento me apestaba a alcohol rancio y a otros fluidos que preferí no catalogar.

Hice un esfuerzo sobrehumano por recomponer mis constantes vitales y consultar la hora, pero enseguida me percaté de que el reloj de mi muñeca ya no estaba. En ese momento tomé conciencia de la situación.

—No, no, no... ¡Joder!

Intenté levantarme. Estaba mareado, pero logré ponerme de pie. Busqué los zapatos por el suelo, pero, al hacerlo, rechacé de inmediato la idea de calzarme. Era muy probable que, si me agachaba para ponérmelos, no fuera capaz de volver a levantarme. Caminé despacio hasta la puerta y salí de la habitación. Al fondo del pasillo oí de nuevo la conversación entre mujeres. Me dejé llevar hacia ellas y entré en un salón de estilo ibicenco tradicional: paredes blancas, muebles rústicos y una chimenea de piedra con pinta de usarse muy poco. Continué hacia las voces, como si tiraran de mí con una cuerda invisible.

—Se va a ir de todos modos. Tiene que coger un avión —dijo una mujer joven.

Entré en la cocina. Había una señora de edad avanzada pelando patatas de espaldas a mí.

—¡Ja! —dijo la señora, gesticulando con el cuchillo—. Eso es lo que tú te crees.

Entonces levanté la vista y la vi al fondo. Era la chica del coche, con su larga melena ondulada, tan alta y delgada como una espiga y tan bronceada como si viviera en un eterno verano bajo el sol.

Nos miramos. Ella, sobresaltada al verme aparecer de improviso. Yo, avergonzado por el aspecto deplorable que imaginé que tenía.

—¿Qué te pasa? —dijo la señora dirigiéndose a la chica, sin percatarse de mi presencia—. ¿Has visto un fantasma?

—¿Qué hora es? —pregunté.

Mi voz sonó ronca, como salida de entre los muertos.

—Estás despierto —dijo ella con sorpresa, sin responder a la pregunta.

La anciana se giró hacia mí con el cuchillo en la mano y me miró de arriba abajo con cierta desaprobación.

—¿Qué hora es? —volví a preguntar con desesperación.

La señora miró hacia la pared, señalando con ese gesto el reloj que colgaba junto a una

alacena.

—Las once y media... pasadas —dijo la mujer con voz solemne.

Me llevé las manos a la cabeza.

—Mierda, mierda... ¡Mierda!

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —preguntó la chica con amabilidad.

—¿Qué tal a Gibraltar? —contesté.

—¿Has perdido el avión? —preguntó ella con temor.

—El avión sale a las doce. ¿A qué distancia estamos del aeropuerto?

—A treinta minutos sin tráfico.

—¡Joder! —grité tras golpearme en la frente con el puño cerrado.

—No te preocupes, seguro que puedes coger otro avión.

—Tengo que estar en la base antes de las siete y media de la tarde. Es la hora límite.

—¿Base? —dijo la señora, que escuchaba la conversación sin soltar el cuchillo—. ¿Eres militar?

—Tranquilo, Jonathan... —contestó la joven—. Encontraremos una solución.

Me sorprendió que me hablara con tanta naturalidad. Yo no recordaba su nombre a pesar de que su cara me resultaba familiar.

—Siéntate —añadió ella con voz serena, señalando una silla junto a la señora del cuchillo en la mano—. ¿Quieres un té? ¿Café?

—No lo entiendes —dije sin moverme de la puerta—. Necesito salir de esta isla cuanto antes.

—No te preocupes, te ayudaré a buscar algún billete de avión o de *ferry*. Cuando llegues a la península, puedes alquilar un coche. Aún te quedan ocho horas para conseguirlo.

Me eché a reír, aunque aquello no tenía ni pizca de gracia. Ocho horas. ¡Ocho malditas horas para llegar a Gibraltar!

—¿Puedo conectarme a internet? —pregunté en tono desesperado.

—Claro. Acompañame al ordenador. Mi móvil se está cargando.

La joven pasó por mi lado y salió de la cocina. La seguí de cerca, descalzo, dejando atrás a la señora del cuchillo en la mano y cara de pocos amigos.

Entramos en una de las habitaciones del pasillo. Era un pequeño despacho con un escritorio y un ordenador que debía de tener más años que aquella casa. La joven se sentó en un sillón, frente al viejo monitor, y encendió la torre. El aparato vibró como el motor de un camión al arrancar.

—Acércate una silla —me dijo.

Aún me costaba coordinar bien los movimientos. Estaba mareado y tenía un dolor de cabeza brutal. Busqué la silla que ella me había señalado y la arrastré con esfuerzo hasta la mesa. Me senté a su lado y la vi teclear en el ordenador para consultar los vuelos disponibles.

—¿Tienes una tarjeta de crédito a mano?

Su pregunta cayó como una bomba en mis oídos.

«¡Inútil! ¿Cómo no te has dado cuenta antes? ¡¿CÓ-MO-NO-TE-HAS-DA-DO-CUEN-TA?!».

—Yo... eh... Me robaron.

Me apoyé en la mesa con los codos flexionados y hundí la cara entre las manos.

—Anoche —añadí—. Me lo quitaron todo. El móvil, el reloj, la cartera...

Nos quedamos en silencio durante varios segundos hasta que ella habló de nuevo.

—Tal vez podría prestarte dinero.

Negué con la cabeza. No podía hablar. Ni siquiera podía mirarla a pesar de que su propuesta me había conmovido. Porque... ¿qué clase de persona recoge a un borracho tirado en la

carretera, lo lleva a su casa y le ofrece dinero? ¿Quién era esa chica? ¿Una versión joven y lozana de la madre Teresa de Calcuta?

Me sentí como un parásito mugriento, de los que causan plagas. Y, sin embargo, acababa de darme cuenta de que el dinero ya no era el peor de mis problemas. Incluso la resaca y la paliza de la noche anterior parecían un juego de niños comparado con la realidad con la que acababa de estamparme.

«¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo he dejado que esto suceda?».

—¿Estás bien? —dijo ella.

Negué otra vez con la cabeza, sin levantar el rostro.

—Me robaron el pasaporte. Lo llevaba en la cartera. No podré coger ni un avión, ni un *ferry*..., ni un maldito coche de alquiler. No podré llegar a tiempo.

6

LUNA

—¿Qué está pasando? —preguntó mi abuela en cuanto regresé a la cocina.

—Ay, nona... Le han robado el pasaporte.

Me acerqué a la alacena y cogí una taza para servirme el té que aún no había podido tomarme.

—¿Cómo?

—Anoche, en la discoteca. Por eso tuvo la pelea. Parece que lo atracaron al salir.

Mi abuela echó las patatas en una cacerola con agua hirviendo.

—¿Y ahora dónde está?

—Le he dado unas toallas. Está en la ducha.

—Hija, puestos ya... instálalo en la habitación del fondo.

—En eso estaba yo pensando —contesté.

Ella se giró hacia mí con las cejas arqueadas.

—¡Era una broma! ¿No irás a instalarlo en una habitación?

—Nona, no tiene a dónde ir. Ni dinero, ni pasaporte, ni amigos en la isla... Además, no esperamos a ningún huésped hasta dentro de dos semanas. Acabo de revisar las reservas.

—Pero, Luna, hija, este hombre tendrá que marcharse a su base.

—Por supuesto, pero antes tiene que ir al consulado británico y solicitar otro pasaporte.

—¿Y si le pedimos a Lucas que lo lleve a la península en su barco?

—Lucas está hasta arriba de trabajo —dije mientras hundía la bolsita de té en la taza—. Y aunque lo hiciera, sin documentación no puede alquilar un coche.

—O sea, que vamos a tener huésped para rato.

—No lo sé, nona. Pero hazte a la idea de que es posible que se quede un par de días hasta que resuelva la situación.

7

JONATHAN

Hice un esfuerzo titánico por guardar la compostura. La resaca me ayudaba a no pensar demasiado en la lamentable situación en la que me encontraba.

Me desnudé, me metí en la ducha y abrí el grifo del agua fría a tope.

—Aaah...

El contacto con el agua helada no mejoró las cosas, pero necesitaba despejarme. Tenía que ir al hotel a recoger mi mochila si todavía seguía allí. Pero antes iría al consulado británico e intentaría ponerme en contacto con mi superior para informarlo cuanto antes de la situación. Esa iba a ser la peor parte.

Planeé lo que iba a decirle: «Me han atracado y me han robado la documentación. No podré embarcar esta noche». Y después imaginé la respuesta de mi comandante: «¡Maldita sea, teniente! ¿cómo ha permitido que suceda algo así?».

Esa pregunta me martilleaba la mente. «¿Cómo lo has permitido, imbécil?».

Y la respuesta era tan cruda que apenas podía pensar en ello, porque era yo quien lo había jodido todo. Yo. Me había emborrachado y había provocado una pelea con unos camellos de discoteca. Así de simple. Tendría que mentir para salir del paso, acudir a la policía, poner una denuncia... Tendría que fingir una vez más que yo era un tipo honesto, aun sabiendo que no lo era.

Salí de la ducha y me vestí con la única ropa que llevaba a pesar de que apestaba a alcohol y a sudor. Otro motivo más para sentirme como una sabandija. También me enjuagué la boca con un colutorio que encontré sobre el lavabo, porque si mi ropa apestaba, lo de mi aliento había adquirido una dimensión pantagruélica. Repetí el enjuague con tesón hasta que mis papilas gustativas me rogaron clemencia. Al acabar, salí al reencuentro de aquella chica de bronceado impecable, mi salvadora particular. La encontré leyendo un libro en el sofá del salón con una taza en la mano.

Le eché un vistazo general. Era muy distinta a las mujeres que vivían en mi base y, probablemente, a todas las mujeres que había conocido a lo largo de mi vida. Su larguísimo pelo castaño —dorado en las puntas y oscuro en la raíz— caía en cascada hasta rozar su cintura. Llevaba un vestido largo de tirantes color turquesa, anillos en los dedos y pulseras en las muñecas y en el tobillo derecho. Me fijé en que iba descalza. Nunca había visto unos pies tan armónicos y cuidados. Desprendía un aire *hippy* muy propio de la isla, pero también tenía un rollo elegante y... *sexy*. Lamenté no recordar su nombre. La mitad de mis neuronas aún estaban durmiendo la borrachera.

Ella levantó la vista y me miró.

—Yo... Eh... Ya estoy —titubeé como un idiota.

Mi amable anfitriona sonrió mostrando una dentadura blanca e impoluta.

—Perfecto —dijo de buen humor—. ¿Te encuentras mejor?

Estuve tentado de decirle la verdad: «Me siento como una cucaracha». Pero decidí mentir porque era más sencillo y mucho más cortés.

—Sí. Gracias por las toallas. La ducha me ha sentado bien.

—¿Has podido recordar en qué hotel te alojas?

Me rasqué una ceja.

—Pues... era algo así como Sol y Mar o Sol y Playa. —Me llevé una mano a la frente. La

situación estaba empeorando por momentos—. No... no lo recuerdo. Fue Miller el que hizo la reserva. Apenas pisamos el hotel en todo el día.

—¿Miller? —repitió ella.

—Uno de mis compañeros. Llegamos ayer por la mañana. Era su cumpleaños y se había empeñado en pasar el día en Ibiza.

—¿Solo llevas un día en Ibiza?! —exclamó con sorpresa.

—Sí —aclaré, tomando conciencia una vez más de lo absurdo e inapropiado que había sido ese maldito viaje.

—¿Y ellos? Tus compañeros..., ¿dónde están ahora?

—Supongo que ya se han ido. Volábamos de regreso a Málaga esta mañana. Teníamos que volver a la base de Gibraltar esta tarde para embarcar en nuestro buque.

—¿Eres militar?

—Sí. Soy teniente de la Marina. Llevo seis meses destinado en la base de Gibraltar.

Ella me miró en silencio, taza en mano, como si me estuviera examinando.

—¿De dónde eres? —preguntó con curiosidad.

—Nací en Londres, pero me crié en Surrey.

—¿Y por qué hablas español como si te hubieses criado en la casa de aquí al lado?

—Por mi madre, es de un pueblo de León. Pasé allí todos los veranos de mi infancia y adolescencia.

—¿En serio? Nunca lo hubiese imaginado. Pareces tan... inglés.

—Lo soy —contesté con la poca dignidad que me quedaba—. Soy inglés a todos los efectos legales.

—Y de la Royal Navy, nada menos.

Empezaba a inquietarme su exceso de interés en mí. Me sentía observado.

—La cara..., ¿te duele? —dijo ella, señalando su propia mejilla.

Yo la tenía hinchada y ligeramente amoratada por los golpes.

—Ah, bueno... Estoy acostumbrado.

—¿Acostumbrado? —repitió con asombro.

«Busca una excusa. Que no piense que andas por ahí como un matón de tres al cuarto».

—Boxeaba hace años, en la academia naval, y estoy acostumbrado a encajar golpes.

«Buena excusa», pensé, aliviado. Además de creíble, era cierta.

—Se te ha inflamado un pómulo. Puedo buscar alguna bolsa en el congelador...

—Tranquila, no hace falta. Apenas la noto.

Era mentira. Me palpitaba la cara entera, pero tenía otras preocupaciones de mayor índole.

—Necesito ir al consulado británico cuanto antes —indiqué sin más preámbulos para dar por zanjada esa incómoda conversación.

—Claro... —dijo ella mientras dejaba la taza sobre una mesa baja y se ponía de pie—. Buscaré la dirección en mi móvil y te acercaré en mi coche.

—Gracias. No imaginas lo mucho que te agradezco todo esto.

Me quedé mirándola una vez más. Había algo en ella, no sabía precisarlo. Y entonces me di cuenta de por qué me resultaba tan familiar.

—Eres... Eres la chica del puesto de acuarelas.

Ella soltó una breve carcajada.

—¿Acabas de darte cuenta?

Me sonrojé como un crío de trece años al que acaban de pillar con una revista porno. ¿Por qué lo hacía? Me sentía cada vez más cucaracha.

—Lo siento... —murmuré, rascándome la nuca.
«¡Deja de rascarte!». Bajé el brazo de inmediato e intenté erguirme.
—Esta mañana no estaba en mi mejor momento —alegué en mi defensa.
—Lo sé. Y me apuesto lo que quieras a que tampoco te acuerdas de mi nombre.
«No vuelvas a rascarte la nuca. Y no la mires así. No te sonrojes, no te sonrojes... No eres un puto crío, eres un teniente de la Marina Real Británica».
—Me temo que no —conseguí decir con aplomo—. No lo recuerdo.
Entonces se acercó y alargó la mano hacia mí. Respondí al saludo entregándole la mía.
—Me llamo Luna —dijo con una sonrisa radiante mientras me estrechaba la mano—, como tu perra, la que se escapó.

8

LUNA

Jonathan al fin estaba sobrio, aunque notaba en él un cierto aire distante. Lo acompañé a la cocina. Se tomó un café solo, dos pastillas de paracetamol de medio gramo y dos vasos de agua del tirón, como si le fuera la vida en ello. Después, salimos de casa y caminamos hasta mi coche para ir al consulado. Al aproximarnos al vehículo, pasamos junto al lugar donde él había vomitado varias horas atrás y, aunque ya no quedaba rastro del delito —me había encargado de limpiar el vómito antes de que se despertara—, se quedó mirando el suelo, como si de pronto recordara lo sucedido.

—Joder..., qué vergüenza —dijo en voz baja, llevándose la mano a la boca.

—Tranquilo, no eres el primero que vomita en este camino —contesté yo mientras abría la puerta del conductor.

Entramos en el coche, nos pusimos el cinturón y arranqué el motor.

—Tendría que haberlo limpiado yo —dijo pasados unos segundos.

—No te preocupes. En serio.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que él volvió a hablar.

—¿Cuántos años tiene este trasto? —preguntó en cuanto salimos a la carretera.

—No sé de qué trasto hablas —dije muy seria, fingiendo estar molesta.

—Lo siento, no quería ser impertinente.

Me eché a reír.

—Era una broma, Jonathan. Sé que te refieres a mi coche.

Intentaba relajar el ambiente, pero él seguía tenso como una escoba.

—Tiene veintisiete años, casi tantos como yo —añadí—. Lo heredé de mi madre.

—¿Y todavía arranca?

—Es un milagro, ¿verdad?

Lo miré, sonriente. Él me devolvió una breve y lánguida sonrisa.

—¿Has vivido siempre aquí, en Ibiza? —preguntó más tarde.

Supe que se estaba esforzando por mantener una conversación conmigo. Tal vez lo hacía por cortesía británica o, quizá, porque era una de esas personas a las que las incomoda el silencio en un espacio reducido.

—Casi siempre. Nací aquí y viví en Ibiza hasta los dieciocho. Después, me fui a estudiar a Madrid unos años, pero regresé.

—Entonces te conoces bien la isla.

—Sí. Tal vez pueda enseñarte algún sitio bonito antes de que te vayas.

Dejé la propuesta en el aire con la sensación de que me había lanzado de cabeza a una piscina vacía. Él permaneció en silencio durante varios segundos. Parecía una estatua, tan serio e inexpresivo como un busto expuesto en un museo.

—No sé cuánto voy a estar aquí —dijo en tono sombrío—. Pero espero, por mi bien, que sea el menor tiempo posible.

—Lo comprendo. Tienes que regresar a tu base.

—Si te soy sincero, no estoy seguro de lo que va a suceder. Tenía que regresar esta tarde para embarcar. Mi buque zarpará esta noche, esté o no allí. Aunque... es bastante obvio que no estaré.

Jonathan me explicó que su barco se dirigía al Mediterráneo oriental para realizar unas maniobras en colaboración con la OTAN. Tenía que incorporarse a su puesto a las ocho de la

tarde, pero, dadas las circunstancias, alguien tendría que reemplazarlo.

—Por eso tengo que llamar cuanto antes a mi comandante.

—¿Por qué no me has pedido el teléfono? Podrías haber llamado desde mi casa.

—Lo haré desde el consulado. Espero que allí me faciliten las cosas.

Llegamos a la ciudad de Ibiza, aparcamos el coche y caminamos hasta el edificio de tres plantas donde se ubicaba el consulado británico. La oficina ocupaba el entresuelo. Al llegar a la puerta del zaguán, llamamos al timbre, pero nadie contestó. En ese momento pasó un vecino que se nos quedó mirando.

—El consulado está cerrado —dijo.

A Jonathan se le descompuso la cara.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Hoy es sábado. Solo trabajan de lunes a viernes —explicó el hombre.

—¡Pero esto es una emergencia!

—Oiga, yo solo informaba —añadió antes de marcharse.

Jonathan se giró, furioso, llevándose las manos a la cara y frotándose con ellas.

—Tranquilo. Encontraremos una solución —dije para calmar sus ánimos.

Se giró de nuevo y me miró, angustiado.

—¿Qué solución?! —preguntó con desesperación.

—Dices que tu madre es española..., ¿por qué no solicitas un pasaporte español en una comisaría?

—Ya te lo he dicho. Soy inglés a todos los efectos legales.

—¿No tienes la doble nacionalidad?

—No.

—¿Y eso? —pregunté con curiosidad.

—Es una larga historia —dijo sin dar más explicaciones.

—Vale, pensemos en otra cosa. Es probable que en el consulado tengan algún teléfono de emergencia. Miraré por internet.

Busqué en mi móvil ante su ansiosa mirada. Vimos que en la página web del consulado británico de Ibiza aparecía un número de consulta. Marqué el botón de llamada y le pasé el aparato.

Él escuchó durante unos segundos y después colgó.

—Es un contestador... —dijo—. Tengo que explicar el motivo de mi llamada y dejar un teléfono de contacto. ¿Podrías...? —dudó un instante—. ¿Podrías indicarme tu número, por favor?

—Por supuesto. Repite la llamada. Yo te lo dictaré.

Volvió a marcar. Indicó su nombre, explicó brevemente su situación y, cuando me dio la señal, le dicté mi número de teléfono.

—Seguro que te llaman muy pronto —le dije cuando colgó—. Ya verás como todo se arregla.

Me echó una mirada consternada mientras me devolvía el teléfono. Después, suspiró.

—Aún me queda lo peor. Tengo que hablar con mi comandante y dar parte de mi situación. No puedo posponerlo más.

—¿Por qué no vamos a algún sitio donde puedas llamar tranquilo? Déjame que te invite a tomar algo. ¿Cuántas horas llevas sin comer?

Se metió las manos en los bolsillos y me miró, pensativo.

—Dieciocho o diecinueve... No estoy seguro.

—Necesitas comer algo. Entre eso y la resaca, no sé cómo te mantienes en pie.

Estuvo a punto de sonreír, pero se mordió los labios y se contuvo.

—Venga, Jonathan. Hay un bar cerca de aquí. Nos sentamos en la terraza, nos pedimos algo para comer y realizas la llamada. ¿Te parece bien?

Fuimos caminando hasta el bar que hacía esquina con el Parque de la Paz y nos sentamos en la terraza con vistas al jardín. Yo pedí un sándwich vegetal y un zumo de piña. Jonathan se decantó por el sándwich club completo y una Coca-Cola.

Le di el teléfono y realizó la llamada que tanto temía mientras esperábamos la comida. Escuché en silencio los retazos de su conversación en inglés.

—Teniente Jonathan Hartford, HMS Trent. Necesito hablar con el comandante Norton. Es urgente. —Esperó en silencio durante más de un minuto—. Señor, soy el teniente Hartford. Me temo que tengo muy malas noticias. —Su voz sonó grave—. Ayer, aprovechando un permiso, volé con los tenientes Stone y Miller hasta Ibiza. Anoche me atracaron en una discoteca de la isla, me dieron una paliza y me robaron el dinero y la documentación... —Silencio—. No, señor. Alguna contusión y la ceja partida, pero estoy bien. —Silencio—. Estaba solo. Ellos se habían marchado al hotel. —Silencio—. Stone y Miller habrán cogido el avión. No he podido hablar con ellos porque también me robaron el móvil. —Silencio—. Desde el teléfono de una persona que me está ayudando. No conozco a nadie más aquí. He acudido al consulado para... —Se interrumpió. Otra vez silencio—. No, señor, está cerrado. Les he dejado un mensaje en un contestador para que me llamen cuanto antes. —Silencio. Esta vez fue mucho más largo que los anteriores—. Lo sé. —Silencio—. Lo comprendo, señor. —Silencio—. Lo lamento mucho. Sé que no podré llegar a tiempo. —Silencio—. Informaré de mi situación cuando sepa algo. Y lo siento. Lo siento mucho. No puedo decir otra cosa. —Silencio—. Buenas tardes.

Colgó y dejó el teléfono sobre la mesa. Era obvio que había sido una conversación muy tensa.

—Necesito un cigarrillo... —murmuró con la mirada perdida.

—¿Fumas?

—Lo dejé hace dos años.

—Entonces no seré yo la que te compre un paquete.

No me contestó. Se apoyó en el respaldo de la silla, se cruzó de brazos y se limitó a mirar por encima de mi hombro con los labios apretados y la expresión ausente.

—¿Tan mal ha ido? —pregunté.

—Nada que no esperase. Al principio se ha preocupado por mí, pero después se ha cabreado. Esto trastoca los planes y en el ejército los planes son sagrados. Me ha ordenado que intente regresar a Gibraltar lo antes posible. Allí me darán más órdenes. Espero que no me abran un expediente.

—¿Y tu buque?

—Zarpará esta noche.

Lo miré con lástima. Él ni siquiera se dio cuenta de que lo hacía.

—Lo siento, Jonathan.

Negó con la cabeza.

—Esto es solo culpa mía.

—¿Por qué dices eso? Te atracaron y te dieron una paliza...

—No debí subir al avión. Ese es el problema.

«Entonces nunca te hubiese conocido», pensé.

El camarero trajo la comida. Jonathan se descruzó de brazos y comenzó a comer en silencio con ganas. Se devoró el sándwich y las patatas fritas a una velocidad pasmosa.

—Veo que al menos has recuperado el apetito —comenté.

Le dio un largo sorbo a la lata de Coca-Cola y después me miró. Lo hizo con atención, de forma sostenida, como si acabara de darse cuenta de que yo estaba allí, a su lado.

—Luna...

—¿Qué ocurre? —pregunté al comprobar que no terminaba la frase.

—No sé cómo agradecerte esto. Apenas me conoces.

—¿Que apenas te conozco? Sé que naciste en Londres pero te criaste en Surrey. Tu madre es española y por eso eres bilingüe. Llevas seis meses viviendo en Gibraltar. Tienes unos compañeros muy locos que te arrastraron hasta Ibiza y un gusto excelente para comprar acuarelas...

Jonathan se echó a reír. Fue una risa muy breve, pero me gustó.

—Controlas bastante de barcos y maniobras militares en el Mediterráneo... —añadí—. Te gusta el café solo y la Coca-Cola. Y llevas un candado tatuado en la muñeca.

Su sonrisa se borró de repente. No supe bien por qué había sido. Cogió la lata, desvió la mirada y volvió a beber con aire ausente.

—¿Y tú? —me preguntó tras dar un largo sorbo—. ¿No tienes nada que hacer hoy, aparte de ayudar a un pringado como yo?

—Es sábado. Iba a pasarme el día pintando. Y no creo que seas ningún pringado, por cierto. Solo alguien con muy mala suerte.

—¿Y esta noche? ¿Tienes que volver a tu puesto del mercado?

—Ayer fue mi último día. Mi licencia de vendedora caduca hoy.

—Entonces he tenido suerte... de conocerte en tu último día, quiero decir.

—Eso parece.

Dejó la lata en la mesa y volvió a cruzarse de brazos.

—Tendré que poner una denuncia y llamar a mi madre para que me envíe dinero.

—Claro...

—Y buscar un sitio donde pasar la noche.

—Alquilamos habitaciones —dije de forma acelerada.

—¿Qué?

—Mi abuela y yo alquilamos habitaciones a turistas por internet. Ahora están las dos libres. Puedes quedarte en mi casa. Además, no deberías separarte mucho de mí. Los del consulado te llamarán a mi móvil en cualquier momento.

Me miró fijamente.

—No sé cuándo podré pagarte, pero lo haré. Te lo prometo. Te compensaré por todo esto.

—No te preocupes por eso ahora.

Mantuvo su mirada fija en mí con los brazos cruzados y esa actitud militar que parecía acompañarlo a todas partes. Era fácil imaginárselo en su papel de oficial, dando órdenes a sus subordinados. Su presencia resultaba un poco intimidante debido a su potente físico y al aire distante que proyectaba. Aun así, me propuse aguantarle la mirada. Aproveché para examinarlo con atención y me fijé en su nariz. Era bonita, elegante, de dimensiones perfectas. No parecía la típica nariz de alguien que se emborracha y se mete en peleas. Al igual que su boca. La contemplé un instante y me resultó... apetecible. A pesar de sus ojeras oscuras, su mejilla hinchada y el incipiente hematoma, seguía pareciéndome un hombre muy guapo, de esos que miras y te preguntas por qué no están haciendo carrera en Hollywood.

—¿Eres así con todo el mundo? —preguntó de repente.

Parpadeé para alejar esos pensamientos de mi cabeza.

—No sé a qué te refieres.

—Así de generosa.

Desvié la mirada y me llevé la pajita del zumo a la boca. Me ardían las mejillas, pero traté de disimular.

«Solo con los que llevan un candado tatuado en el brazo».

9

JONATHAN

Me pasé el resto de la tarde realizando gestiones con la ayuda de Luna. Lo primero que hice fue llamar al banco para anular mis tarjetas de crédito porque, con el *shock* de perder el avión, me había olvidado de hacerlo. Afortunadamente, desde la entidad me aseguraron que no se había realizado ningún gasto con mis tarjetas en las últimas veinticuatro horas. También me puse en contacto con mi compañía telefónica para bloquear la tarjeta SIM de mi terminal. Después, fuimos hasta una comisaría y puse una denuncia. Al salir, llamé a mi madre y la informé de la situación. Tuve que frenarla cuando me dijo que esa misma noche se cogía un avión para venir a socorrerme. Le aseguré que estaba bien y tenía dónde dormir y le pedí que hiciese una transferencia de dinero a la cuenta de Luna.

Antes de regresar a su casa, le pedí a mi anfitriona que me llevara a la playa d'en Bossa, donde estaba ubicado mi hotel. Albergaba la esperanza de que alguien hubiese guardado mi equipaje en alguna parte. Luna dio varias vueltas por la zona hasta que reconocí el edificio. Aparcó el coche y me acompañó hasta la recepción. Allí le conté a una señora muy amable todo lo que me había ocurrido en las últimas horas. Le enseñé también la copia de mi denuncia para corroborar mi historia, aunque los golpes de mi cara hablaban por sí solos. Por suerte, la recepcionista me recordaba del día anterior. Me entregó mi mochila de viaje y me contó que Stone y Miller la habían dejado en la consigna antes de abonar la habitación y marcharse al aeropuerto.

Y creo que eso fue todo. Entre unas cosas y otras, se hicieron más de las ocho de la tarde, hora en la que zarpaba el HMS Trent rumbo al Mediterráneo oriental. Miré el reloj del coche justo en ese momento, de camino a casa de Luna, mientras atravesábamos en silencio las carreteras de aquella isla que me resultaba tan ajena y desconocida. Después, la miré a ella de reojo. Llevaba todo el día a mi lado, me había prestado su teléfono sin condiciones, me había llevado de un lado a otro en su coche y me había ayudado a resolver todas mis gestiones. Quise agradecerle una vez más todo lo que estaba haciendo por mí, pero me sentía agotado. Mi cuerpo empezaba a sufrir los efectos de todo lo que me había sucedido: la paliza, la resaca, la tensión de perder el vuelo, la falta de sueño... Mis párpados cedieron al cansancio. Cerré los ojos y me dormí de inmediato.

—Jonathan..., hemos llegado.

—Mmm...

Abrí lo ojos. Al fondo del camino de grava, vi la casa de Luna. Entre la borrachera y el revuelo de aquella mañana aún no me había detenido a contemplarla. Parecía una casa de postal; una de esas imágenes idílicas que aparecerían en Google si alguien teclea «casa de campo en Ibiza». Era grande, de una sola planta, y tenía las paredes encaladas y las contraventanas de madera pintadas de azul. En la entrada, una enorme buganvilla trepaba por uno de los muros laterales.

Me froté la cara con las manos para despejarme.

—Lo siento, me he dormido.

—Es normal —dijo ella—. Debes de estar agotado. Acompáñame y te enseño tu habitación.

Salí del coche con la mochila en el hombro y la seguí hasta el interior de la casa. Me sentía un intruso, igual que por la mañana, aunque ya no estaba borracho, un gran punto a mi favor.

Luna me guio por el largo pasillo que ya conocía, abrió una puerta y me invitó a pasar.

—Bienvenido —dijo en tono amable—. Es la habitación más grande. Espero que te guste.

Había una cama de matrimonio en el centro cubierta por una colcha de rayas blancas y azules. Los muebles eran sencillos, pero todo desprendía un aire muy acogedor.

—Muchas gracias —murmuré.

—Dejaré que te instales. Y después...

Dejó la frase en el aire.

—¿Hay espectáculo nocturno? —dije en un triste intento de gastar una broma.

Ella desplegó una sonrisa.

—Ven al salón y te presentaré a mi abuela.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

Recordé a la señora que esa mañana pelaba patatas en la cocina. No me entusiasmaba la idea de conocerla de forma oficial, pero parecía un trámite necesario para alojarse en la casa.

Deshice mi equipaje, lo extendí sobre la cama y observé mis escasas pertenencias: la acuarela que le había comprado a Luna, mi bolsa de aseo, un bañador negro, unas Ray-Ban, una toalla de playa, unas bermudas color caqui, la camiseta blanca de los Sex Pistols con la que había viajado en el avión, unas chanclas de playa y unos calzoncillos que, gracias al cielo, estaban limpios. Eso era todo.

Me cambié de ropa interior, me quité el polo negro —que ya olía a cuadra— y me puse la camiseta, que no estaba limpia pero, al menos, no apestaba. Después me rocié medio bote de desodorante Old Spice y me examiné en un espejo que colgaba del armario. Tenía un pómulo hinchado y llevaba un leve hematoma púrpura cerca del ojo derecho que amenazaba con oscurecerse en cuestión de horas. Por lo menos, la herida de la ceja pasaba bastante desapercibida.

Tomé aire despacio.

«Podría ser peor —pensé—. Podrían haberte rajado con una navaja o podrías haber despertado tras un coma etílico en una cama de hospital. O, quizá..., podrías seguir tirado en la cuneta de esa carretera si ella no hubiese aparecido».

Ella.

Cada vez que me detenía a pensar en cómo me estaba ayudando —como si me conociese de toda la vida— me embargaba un agobiante sentimiento de vergüenza y culpabilidad. Me volvía más consciente de mi propio desastre, de mis golpes y de mi aspecto, el hematoma se oscurecía y mi pómulo se hinchaba un poco más.

Tomé otra respiración profunda.

—Vas a solucionar esto —murmuré para mí mismo—. Saldrás pronto de aquí, retomarás tu vida y conseguirás que todo vuelva a la normalidad.

Me crují los puños —lo hacía cuando estaba nervioso—, di media vuelta y salí de la habitación.

Entré en el salón con decisión. Luna y su abuela me esperaban junto a la mesa puesta.

—Jonathan, quiero presentarte a mi abuela, Penélope.

—Luna, hija..., que ya nos hemos visto esta mañana en la cocina —murmuró ella con el ceño fruncido.

Ignoré el comentario, me acerqué y le extendí la mano con gesto cortés.

—Jonathan Hartford. Encantado. Esta mañana no me he presentado como es debido.

La señora debía de rondar los ochenta años, aunque mostraba un aspecto bastante juvenil. Tenía el pelo blanco, recogido en una trenza, y la piel curtida por el sol, pero llevaba un vestido muy moderno de dibujos étnicos y un chaleco con flecos hasta la rodilla.

Le estreché la mano con fuerza mientras ella me miraba con atención.

—¿Qué tal va la resaca? —preguntó.

—¡Abuela! —exclamó Luna.

—Bastante bien, gracias —dije yo con amabilidad.

—Vaya golpes... Te han dado fuerte, ¿eh?

Luna la agarró de los hombros para llevarla hasta su silla.

—Anda, nona, vamos a cenar. Jonathan, tú te sientas a mi lado.

Tomamos asiento alrededor de la mesa y Penélope sirvió la cena que había preparado: crema de champiñones y tostadas con algo que parecía uno de esos patés de garbanzos o lentejas o... las dos cosas a la vez.

—¿Es la primera vez que visitas la isla? —me preguntó Penélope.

—Sí. Estuve en Mallorca hace años, aunque supongo que eso no cuenta.

—Pues no, hijo. Mallorca es una isla e Ibiza es otra.

—Claro...

Le dediqué una sonrisa forzada antes de llevarme la cuchara a la boca. Ella continuó con las preguntas mientras comíamos.

—¿Vives en Gibraltar?

—Desde hace seis meses. Estaba destinado en la base de Portsmouth, pero pedí el traslado a la península para estar más cerca de mi madre. Hace un par de años que se mudó a su pueblo de León.

—Qué tierno... —dijo Penélope con deje irónico—. ¿Entonces, eres militar?

—Así es.

—Pues... antes que nada, deberías saber que nosotras somos pacifistas. Nos oponemos a la guerra y a cualquier tipo de violencia.

—En ese caso, os gustará saber que nunca he participado en un conflicto armado.

—¿Y entonces qué demonios hacéis ahí?

Noté que Luna le daba a su abuela una patada por debajo de la mesa.

—Proteger los intereses de mi nación.

—¡Ja! —exclamó Penélope.

—Nona, deja en paz a Jonathan.

—Tranquila, no me importa —comenté en dirección a Luna—. La mayoría de la gente desconoce lo esencial que es nuestra labor.

—¿Esencial? —repitió Penélope con las cejas arqueadas.

—Sí. Para garantizar la seguridad marítima. También brindamos asistencia humanitaria y...

—Hijo, pareces un panfleto de alistamiento. No me convence tu rollo, pero no te ofendas. Es solo que creo que te han lavado el cerebro.

—¿Alguien quiere más crema de champiñón?! —preguntó Luna con un tono excesivamente alto.

—Es fácil opinar sobre un tema que se desconoce —añadí en voz baja.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—En serio... —volvió a decir Luna—. ¿Nadie quiere más?

—No, gracias —contesté con cortesía tras terminar mi plato.

Penélope me examinó con atención mientras Luna se llevaba los cuencos de la sopa a la

cocina.

—Jeremy, ¿no te gusta el hummus? Veo que no lo has probado.

—Soy Jonathan —aclaré con una sonrisa fría.

Me acerqué la tostada a la boca y mordisqueé el borde bajo su atenta mirada. Tuve que reconocerme a mí mismo que aquello sabía mejor de lo que había imaginado en un principio.

—Espero que no te disguste la comida vegana —dijo Penélope—. En esta casa no comemos animales. Es una norma sagrada.

—Me parece genial —murmuré sin entusiasmo.

Luna regresó con una bandeja llena de trozos de sandía. Yo me acabé la tostada de hummus a falta de otra cosa y comencé a picar de la bandeja.

—¿Y sabes ya cuántos días vas a quedarte? —preguntó Penélope.

—No más de los necesarios —aclaré rápidamente.

—Jonathan está esperando la llamada del consulado —explicó Luna.

—Y una transferencia de dinero. Os pagaré el alojamiento en cuanto pueda.

—No te agobies por eso —dijo Luna.

Me acabé la sandía en silencio mientras ellas charlaban sobre un tal Lucas que alquilaba su barco a turistas, aunque no presté demasiada atención. Me levanté tras engullir el último trozo con la intención de marcharme a mi habitación. Estaba deseando irme a la cama.

—¿Puedo ayudar a recoger? Si hay que fregar...

Me miraron desde sus asientos.

—Somos veganas, pero tenemos lavavajillas —sentenció Penélope.

—No te preocupes —añadió Luna en un tono mucho más amable—. Ya recogemos nosotras.

—En ese caso, me voy a dormir. Ha sido un día muy largo y estoy agotado. Buenas noches.

—Buenas noches, Jonathan.

Me giré y busqué el cuarto de baño en el que me había duchado por la mañana. Más tarde, en la habitación, me quité los pantalones y la camiseta y me dejé caer sobre la cama. Apagué la luz y la habitación se iluminó con el resplandor de la luna que entraba por la ventana. Clavé mi mirada en la lámpara del techo. Me sentía tan desubicado como un náufrago que acaba de encallar en una isla desierta.

—Somos veganas, pero tenemos lavavajillas... —imité con una vocecilla impertinente.

Al menos estaba ella. Luna. No habíamos tenido el mejor de los comienzos, pero se estaba dejando la piel en ayudarme y lo hacía con una sonrisa perpetua en la boca, como si yo mereciera esa ayuda.

«¿Qué habrás pensado de mí? Que soy un borracho... Un puñetero borracho que se mete en peleas».

Me di la vuelta y cerré los ojos. Necesitaba olvidarme de ese funesto día cuanto antes.

Eran las diez de la noche de aquel maldito 16 de septiembre. Llevaba treinta y cinco horas en Ibiza, pero no fui capaz de verlo. No fui capaz de darme cuenta de que, en ese preciso instante, la vida ya me había cambiado para siempre.

10

LUNA

—¿Y bien? —pregunté—. ¿No vas a decir nada?

Miré a mi abuela después de meter el último plato en el lavavajillas. Ella doblaba un paño de cocina como si estuviera realizando una labor de máxima concentración.

—¿Qué quieres que diga? —murmuró.

—¿Has visto su tatuaje?

—Sí, lo he visto —dijo tras dar un suspiro.

—¿Y cuál es el problema? —pregunté un poco irritada—. ¿Por qué no te cae bien?

Ella dejó el paño sobre la encimera.

—No lo sé, Luna. Hay algo en él que me escama.

—¿Todo esto es porque es militar? ¿O porque lo recogí borracho en la carretera?

Mi abuela me miró en silencio, incapaz de verbalizar lo que estaba cavilando.

—Me da igual lo que pienses, nona. A mí me gusta.

—¡Pero si apenas lo conoces!

—Tengo un presentimiento. ¿Nunca te ha ocurrido con nadie? Cuando lo miro, siento ganas de ayudarlo.

—Mira, Luna, ya sé que tu madre te metió esa historia en la cabeza. La de que conocerías a un hombre especial con un candado tatuado...

—En el dorso interior de su muñeca derecha —interrumpí de brazos cruzados—. Fue muy precisa en los detalles y sabes que nunca fallaba con sus predicciones.

Mi abuela me dedicó una mirada llena de nostalgia.

—No. Nunca lo hacía. Pero yo tampoco suelo equivocarme con las mías, y tengo la sensación de que ese chico esconde algo.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Un pasado turbio. Cuando lo miro, veo a un hombre gris y... atormentado.

Me eché a reír.

—No te rías, Luna, hablo muy en serio.

—Nona, ha perdido el avión. ¡Le dieron una paliza y le robaron el dinero y la documentación! ¿Cómo quieres que esté?

—No me refiero a eso y lo sabes. Hablo de algo mucho más profundo. Algo que lleva dentro. Eres muy intuitiva para ese tipo de cosas, pero estás tan ensimismada con él que aún no te has dado cuenta.

Se acercó a mí, me sujetó del brazo y me clavó la mirada.

—¿Por qué no lo compruebas tú misma y así salimos de dudas? —sugirió.

Di un paso hacia atrás para apartarme de ella.

—No puedo creer que me estés proponiendo eso.

—No tiene por qué saberlo nadie —dijo en voz baja.

—¿Me estás pidiendo que hurgue en su pasado?!

—Luna, hija..., ya lo has hecho otras veces, con otras personas.

—¡De forma involuntaria! Lo sabes muy bien.

Mi abuela dio otro paso hacia mí. Parecía preocupada. Me habló con calma y ternura, pero también con firmeza.

—No te entiendo, cariño. Heredaste un don muy valioso que te permite protegerte...

—Solo me sirve para fisgonear en la vida de la gente.
—¿Y por qué no lo usas de forma inteligente?
—Porque no quiero hacerlo con él. No sería honesto por mi parte.

Mi abuela suspiró, despacio.

—Deberías pensarlo, Luna.

—No tengo nada que pensar. Estoy cansada. Me voy a la cama.

Salí de la cocina y me fui directa a mi habitación.

Me quité la ropa y me puse una camiseta vieja que usaba para dormir. Antes de acostarme, me acerqué al escritorio y registré en el cajón principal para buscar el amuleto de plata que mi madre había llevado colgado al cuello durante años: un árbol de la vida del tamaño de una moneda pequeña. Lo encontré en el fondo del cajón, insertado en una cadenita, junto a otras baratijas que había heredado de ella. Me lo colgué del cuello y me tumbé en la cama.

Había sido un día muy intenso. Recordé cada detalle: el momento en el que me había cruzado con Jonathan en la carretera, la sorpresa al comprobar que estaba borracho, que le habían robado y necesitaba ayuda, y la sensación de que, detrás de ese encuentro, había un propósito que se escapaba a mi comprensión. Algo de lo que mi madre ya me había hablado seis años atrás...

«Aprenderéis mucho el uno del otro y, seguramente, habrá una gran atracción entre vosotros, aunque eso no te garantiza que todo vaya a ir como la seda».

Había nacido en una familia bastante bohemia, por llamarlo de algún modo. Bohemia en usos y costumbres, pero también en ese complicado entramado que resulta ser la genética, porque lo nuestro tenía que ser una cuestión biológica, de eso no había duda. Casi todas las mujeres de mi familia materna, desde el principio de los tiempos, habían desarrollado alguna habilidad psíquica. Mi abuela tenía una intuición fuera de lo común. Era capaz de detectar cualquier mentira, de adivinar el estado de ánimo de todos los que la rodeaban o de adelantarse a algunos acontecimientos. Y mi madre..., ella había sido un extraordinario caso aparte. Durante años compartió con nosotras sus numerosos sueños premonitorios. Solíamos tratar de desentrañarlos juntas, de buscar sentido a sus visiones para comprender la realidad. Más tarde, cuando llegué a la pubertad, yo también empecé a tener sueños, salvo que los míos no revelaban un futuro probable, sino el pasado, la historia que queda grabada en cada ser humano desde el momento de su nacimiento. A esa edad comencé a tener acceso involuntario a los recuerdos y vivencias de algunas personas, a sus debilidades, a sus secretos, a los momentos más importantes de su vida. Sucedió de forma ocasional, cuando me quedaba dormida cerca de alguien o en contacto con sus objetos personales.

Mi abuela lo consideraba un don muy valioso, aunque yo nunca lo había visto de ese modo. Llevaba años ignorando esa parte de mí misma con una excepción: a veces usaba mi habilidad para revivir escenas de mi propia vida. No me gustaba indagar en el pasado de la gente, lo consideraba una invasión de la intimidad ajena. Me resultaba más fácil vivir de esa manera —ignorando mi don— y también lo consideraba mucho más ético. Jonathan no podía ser una excepción.

Pensé en ello mientras me dormía. Había sido un día muy largo, llevaba despierta desde las seis y veinte de la mañana. Mis párpados cedieron de puro cansancio. Rodeé el amuleto con mi mano y visualicé a mi madre antes de quedarme dormida. La vi en mis sueños como si todavía estuviese viva. Tan joven y real que casi podía tocarla.

—Luna, ¿qué ha pasado?

Tenía trece años. Era de noche, estaba tumbada en mi cama y acababa de tener una

pesadilla.

—No lo sé, mamá. He vuelto a soñar con nona. Era una niña... y lloraba. Lloraba mucho. Su niñera la había encerrado en una habitación.

Mi madre se sentó en mi cama y me cogió de la mano.

—Cariño, ¿recuerdas lo que hablamos? No ha sido un sueño. Has revivido un recuerdo de la abuela. Una escena real de su pasado.

—¿Por qué?

—Ya te lo expliqué. Casi todas las mujeres de nuestra familia tienen alguna habilidad psíquica y tú has desarrollado ese don.

—¡No es un don! —dije, asustada—. A veces es... horrible.

—Lo sé. No es algo que se elija, pero con el tiempo aprenderás a controlarlo. Dime una cosa..., ¿llevas puesto algo de nona?

Me examiné de arriba abajo.

—Llevo su anillo. El del ópalo. Se lo cogí prestado ayer por la tarde.

—Quítatelo —me aconsejó mi madre—. No vuelvas a dormirte junto a objetos que hayan estado en contacto íntimo con otras personas. Cuando lo haces, abres una puerta de acceso a su pasado y eso provoca que veas cosas... Algunas de esas cosas serán simples anécdotas, pero otras revelarán secretos que tal vez nunca hubieras deseado conocer.

11

JONATHAN

Me desperté. La luz del sol entraba con fuerza por la ventana. Había dormido profundamente, pero, al abrir los ojos, todo lo ocurrido el día anterior irrumpió en mi mente de un modo drástico y abrumador. Estaba atrapado en Ibiza por culpa de mi propia estupidez.

Me froté la cara antes de salir de la cama. No sabía qué hora era, ya no tenía reloj. Imaginé que, en circunstancias normales, llevaría horas despierto. Estaría en el puente de mando del buque, repasando el plan de navegación con el comandante.

Me levanté y tomé conciencia de otra cruda realidad: ya no tenía ropa limpia. Supe que era algo que debía solucionar con urgencia. Me puse la camiseta de los Sex Pistols y las bermudas y salí de la habitación. Pasé por el cuarto de baño para asearme antes de entrar en el salón. No había nadie. Me asomé a la cocina y comprobé que también estaba vacía. Miré la hora en el reloj de la pared: las nueve y media. Alguien había dejado una nota sobre la mesa, junto a una taza vacía, un plato con cubiertos y una cafetera llena.

«Sírvete. Si necesitas algo, estaré en el jardín. Luna».

Seguí las instrucciones y me serví un café solo. En el centro de la mesa encontré una cesta cubierta por una servilleta. La destapé y descubrí el interior: un yogur, dos tostadas de pan integral y unos tarritos de mermelada casera.

Cogí el yogur y lo miré con desilusión. Era de soja. Bajo en grasa.

—Voy a morir de hambre —murmuré.

Hubiese matado por un desayuno inglés con un par de huevos fritos, salchichas, alubias, tomates a la plancha... Se me hizo la boca agua al pensar en ello, pero tuve que conformarme con lo que había en la cesta. Devoré hasta la última miga —yogur incluido— y me tomé el café de un trago. Siempre he tenido un apetito voraz, sobre todo por las mañanas. Por suerte, heredé de mi madre esa especie de bendición genética que te permite comer todo lo que quieras sin engordar.

Llevé los cacharros al lavavajillas y me dirigí al jardín para buscar a Luna. En lugar de salir por la puerta principal, atravesé el ventanal del salón. Lo hice de un modo instintivo, puesto que nadie me había explicado cómo acceder a la zona exterior de la casa. Recorrí el porche, bajé unas escaleras y caminé por un sendero que atravesaba el terreno en pendiente, cubierto de arbustos y cactus. Era un jardín enorme, mucho más grande de lo que se apreciaba desde la carretera. Al fondo, entre un huerto y una pequeña arboleda, vi una explanada de hierba. Luna estaba allí sentada de espaldas a mí, sobre una esterilla de yoga, bajo la sombra de unos árboles que separaban la propiedad de otra casa de estilo similar. Tenía las piernas cruzadas y la columna muy recta.

Estuve tentado de llamarla, pero me contuve. Me quedé allí, contemplándola durante unos segundos, como si observara un pájaro exótico detenido sobre la hierba.

Ella debió de notar mi presencia y se giró.

—Jonathan...

Desplegó su sonrisa radiante. Y sus ojos, tan oscuros como la tinta, me miraron con atención.

—Perdón... —me excusé—. Estás meditando o algo así. No quería molestarte.

—No molestas.

Se levantó y comenzó a caminar hacia mí. Llevaba un bikini minúsculo y un pareo atado a la cintura.

«Levanta la vista. ¡No le mires las tetas! ¿Es que nunca has visto a una mujer en bikini?».

Aparté la mirada hacia la casa de al lado.

—Estooo..., Luna... —balbuceé con los brazos en jarras—, ¿has sabido algo del consulado?

—Aún no. Es domingo. Puede que te llamen más tarde.

—Eso espero.

—¿Has desayunado? —preguntó.

Asentí con la cabeza a pesar de que mi estómago amenazaba con dar un par de rugidos desesperados.

—Luna, necesito... —La miré brevemente antes de desviar la vista de nuevo—. Necesito lavarme la ropa.

—Claro, siento no haber caído en eso. Ven conmigo.

Me acompañó hasta mi habitación para recoger la ropa sucia y después me llevó al cuarto de la lavadora.

—¿Solo tienes un pantalón y un polo? —me preguntó con lástima.

—El resto lo llevo encima. Vine con poco equipaje. Era un viaje de veinticuatro horas, ¿recuerdas?

—¿Y la ropa interior?

—Lo que ves aquí y lo que llevo puesto.

Se quedó pensativa.

—Le pediré algo a Gunther. Es mi vecino. Vive en la casa de al lado.

—No hace falta, no quiero molestar a nadie. Cuando reciba el dinero, iré a comprarme algo.

—No es molestia, Jonathan. Anda..., dame también tu camiseta. La echaré a lavar con el resto. Seguro que Gunther tiene algo que dejarte.

Suspiré con resignación y me quité la camiseta. Ella desvió la mirada cuando lo hice. La observé de nuevo mientras metía el detergente en la lavadora. Me di cuenta de lo extraño de la situación. Apenas nos conocíamos, pero estábamos allí, medio desnudos, en una minúscula habitación, intentando aparentar que aquello no nos incomodaba. Sentí un escalofrío repentino, me crucé de brazos y me apoyé en la pared. Deseé con todas mis fuerzas que su abuela no hiciera acto de presencia. Por alguna mágica razón, parecía no estar en casa.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó ella de espaldas a mí mientras seleccionaba un programa en la lavadora.

—Aún no he pensado en ello.

—¿Quieres venirte a la playa conmigo?

—No sé si debería.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte todo el día aquí mientras esperas la llamada del consulado? Te advierto que voy a llevarme el móvil.

Se giró y me miró en silencio mientras esperaba una respuesta.

—De acuerdo —dije con una sonrisa incómoda—. Pero tendrás que dejarme protección solar. Olvidé la mía en el hotel y... no soy muy amigo de los rayos de sol.

—¿Tienes bañador?

—Sí.

—Genial. Vamos a pedirle a Gunther una camiseta.

Salimos de nuevo al jardín y nos dirigimos a la casa de al lado, una construcción ibicenca de aspecto muy similar aunque bastante más pequeña. Luna atravesó un seto de lavanda y se metió en la parcela contigua. La seguí de cerca. Nos detuvimos frente a la puerta y ella dio varios golpes con el puño cerrado.

—¡Gunther, soy Luna! ¿Estás despierto?

Oí una voz que provenía del interior. La puerta se abrió y apareció ante nosotros un hombre que rondaba los cuarenta años, con el pelo canoso recogido en una coleta, gafas redondas, una taza de café en la mano y... nada más. Absolutamente nada. Estaba desnudo.

—Ay, Gunther..., ¿te acabas de levantar? —dijo Luna, que no parecía sorprendida por la escasez de ropa de su vecino.

—Llevo un rato despierto —contestó él con un sutil acento alemán.

Yo carraspeé, incómodo. El tal Gunther me ofreció la mano a modo de saludo.

—¿Qué hay? —me dijo con naturalidad—. Soy Gunther.

Respondí al saludo un poco dubitativo.

—Jonathan Hartford —indiqué con la mirada alzada para evitar el contacto visual con sus genitales.

—¿Amigo de Luna?

—Pues... —dejé la frase en el aire.

—Es largo de explicar —indicó ella—. Oye, Gunther, ¿tienes algo de ropa para dejarle a Jonathan?

No pude evitarlo. Tuve que apretar los labios para no echarme a reír como un crío. Luna me miró de reojo. Manejaba el asunto con más elegancia que yo.

—¿Qué tipo de ropa? —preguntó Gunther.

—Una camiseta —contestó ella.

—Y pantalones... ¿necesitas?

Negué con la cabeza, incapaz de poder articular palabra.

—Voy a mirar.

En cuanto se metió hacia dentro de la casa, me giré hacia ella.

—¿Por qué va en pelotas? —pregunté en voz baja.

—Es naturista —contestó con un susurro.

—¿Natu... qué?

—Naturista. Contrólate un poco, que va a oírte.

—¿Que me controle? ¿Yo? ¿Tu vecino nos abre la puerta en bolas y me pides a mí que me controle?

Luna soltó una pequeña carcajada.

—¿Y estás segura de que tiene ropa ahí dentro? —pregunté con el ceño fruncido.

—Cállate, Jonathan —dijo ella entre risas.

—No me digas que siempre va desnudo.

—A veces. Se acaba de levantar y está en su casa. Además, hoy hace mucho calor. Yo voy en bikini y tú no llevas camiseta.

—¡Porque está en la lavadora! Os pareceré muy raro, pero a mí me gusta vestirme por la mañana.

Gunther volvió con una camisa hawaiana en la mano.

—¿Te sirve esto?

La miré con una sonrisa forzada. Jamás me había vestido con ropa de ese estilo. Era una camisa muy llamativa, llena de piñas y flores naranjas. Me la probé ante la atenta mirada de Luna y su vecino desnudo. Me quedaba un poco corta y ajustada, pero al menos estaba limpia.

—Yo creo que te queda muy bien —dijo Luna con su radiante sonrisa.

Intenté ser práctico. Para ir a la playa era más que suficiente.

—Gracias —le dije a Gunther—. Te la devuelvo esta tarde.

—Ah... no te preocupes. No la voy a necesitar.

Luna preparó unos bocadillos mientras yo me ponía el bañador. Aproveché también para embadurnarme con el protector solar que ella me había prestado. Me unté doble capa porque era factor quince y yo solía usar un cincuenta para no cocerme como una langosta. Acabé con la piel pringosa y con un pestazo a coco más allá de lo tolerable. Me miré en el espejo. La camisa me iba de pena con el bañador negro de estilo militar, pero ya no había vuelta atrás. Me puse las Ray-Ban y salí al pasillo. Con un poco de suerte, llamarían pronto del consulado para rescatarme.

—¿Preparado? —dijo ella desde la puerta con un cesto de paja lleno de bártulos.

Nos metimos en su coche y bajamos las ventanillas a tope. Aquel trasto no tenía aire acondicionado y empezaba a hacer un calor de muerte.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó.

—Tú eres la experta.

—Te llevaré a Cala Bassa, al oeste de San Antonio. No queda lejos de aquí. En agosto está hasta la bandera, pero ahora es bastante agradable.

Luna encendió la radio cuando salimos a la carretera y sintonizó una de esas emisoras de éxitos comerciales que yo tanto odiaba. No llevábamos ni tres minutos de trayecto cuando comenzó a sonar un *reggaeton* de ritmillo insoportable.

—¿Qué has puesto, Luna? ¿Quieres que me tire del coche en marcha?

—¿Por qué? ¿No te gusta esta música?

—Perdona, pero esto no es música. Es tortura latina. —Ella se echó a reír—. ¿En serio oyes esto?

—Normalmente, no. Pero reconozco que es pegadizo.

Resoplé con los brazos cruzados y la mirada clavada en la carretera.

—Y yo que pensaba que eras una chica sensata.

—Vale, vale..., ya la quito.

Alargó el brazo y apagó la radio.

—¿Y qué tipo de música te gusta a ti? —preguntó después.

—De la buena, obviamente.

—Si pudieras ser un poco más preciso...

—Guns N'Roses, Muse, Metálica, Nirvana, U2, Led Zeppelin... Música buena. Ya te lo he dicho.

—No tienes pinta de roquero, pero tendría que haberlo imaginado por tu camiseta de los Sex Pistols.

—¿Y de qué tengo pinta? —pregunté con curiosidad.

—De teniente estirado de la Marina británica.

—¿Estirado?! ¡Yo no soy un tío estirado!

—Vale. Solo un poco serio para tu edad. Aunque... con esa camisa de flores, juegas mucho al despiste.

Solté una breve carcajada. Entonces Luna volvió a encender la radio y buscó una emisora de *rock*. Sonaba *Last Night*, de The Strokes.

—¿Mejor? Porque no quiero que te tires del coche en marcha —comentó con una sonrisa.

Le guiñé el ojo antes de subir el volumen. Y de esa forma atravesamos la isla, en aquel coche que era casi una reliquia, mientras el viento le despeinaba a ella el pelo y yo movía el pie al ritmo

de la música.

Tardamos veinte minutos más en llegar. Tuve que reconocer que la playa era espectacular — mejor que la del hotel—, un oasis de mar azul turquesa rodeado de pinos y vegetación.

Dejamos las toallas en la arena y nos fuimos directos al agua.

Aún me costaba mirarla y, en cuanto se quitó el pareo, la cosa fue a más. Luna era, simplemente, impresionante. Lo tenía todo: cuerpazo, dos enormes ojos negros enmarcados por unas pestañas espesas, piel bronceada, cabello castaño hasta la cintura y esa sonrisa radiante que quitaba el hipo. Creo que ese fue el momento en el que me di cuenta de lo mucho que me atraía hasta el punto de que tuve que lanzarme al agua como un desesperado para evitar la erección que, durante un breve instante, amenazó con hacer acto de presencia.

Por suerte, el contraste de temperaturas me ayudó a poner en orden la situación.

—Joder, Hartford... —me dije entre dientes—, contrólate, que ya no tienes quince años.

Ella vino detrás de un modo más pausado y elegante. Se quedó a un metro de mí.

—Te gusta el mar, ¿eh, Jonathan?

Sonreí con cara de idiota.

—Claro. Soy de la Marina Real Británica.

—¿Desde cuándo trabajas allí?

—Ah, pues...

Miré al cielo para simular que hacía cálculos. Cualquier excusa era buena para no fijarme en sus tetas. El agua le cubría por encima del pecho, pero era un agua muy transparente.

—Me alisté hace nueve años, si no recuerdo mal.

«Claro que te acuerdas, gilipollas».

—¿Siempre quisiste ser militar?

—La verdad es que no. Estudié Ingeniería Electrónica en la Universidad de Kent, pero llegó un momento en el que quise irme lejos.

—¿Te alistaste por ese motivo? ¿Para viajar?

—Más o menos.

La conversación iba directa hacia terreno pantanoso. Decidí desviar el tema lo antes posible.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Siempre has pintado?

—Desde que tengo memoria. Empecé Bellas Artes en Madrid, pero lo dejé.

—¿Por qué? ¿Echabas de menos Ibiza?

—Eso también. —Me miró con una sonrisa triste—. A mi madre le diagnosticaron un cáncer muy agresivo. Volví para pasar con ella sus últimos meses de vida y después... ya no quise irme de aquí.

—Lo siento —dije con sinceridad—. Soy un *crack* sacando temas de conversación.

—No me importa hablar de eso. Es parte de mi vida.

Se formó un silencio incómodo. Unos niños pasaron chapoteando entre nosotros. Al menos, ya no había rastro de erecciones involuntarias.

—¿Siempre has vivido con tu abuela? —pregunté cuando se fueron los críos.

—Sí, desde pequeña. Vivíamos las tres juntas. A veces también venía mi padre.

—¿A veces?

—Es estadounidense. Vivía a caballo entre España y California.

—¿Por eso hablas tan bien inglés?

—Sí, tengo una familia muy exótica. La de mi padre es de California y la de mi madre proviene de México. Los antepasados de mi abuela eran de Veracruz. Dicen que mi tatarabuela era chamana.

—¿Chamana? —pregunté con el ceño fruncido—. ¿Pero eso existe?

Luna se echó a reír.

—Sí.

—¿Y cómo acabaron todos en Ibiza?

—Mi bisabuelo materno era diplomático y emigró a Europa hace muchos años. Nona nació en Madrid. Vivía en un entorno muy elitista y se sentía encorsetada. Se mudó a la isla en los sesenta y fundó una comuna *hippy* con unos amigos.

—No puedo decir que me sorprenda —murmuré.

—Al poco de llegar aquí, se quedó embarazada de mi madre y decidió quedarse para criarla con la ayuda de sus amigos. Fue madre soltera. En aquella época era toda una transgresión, pero mi abuela siempre ha nadado contracorriente.

—¿Y vivieron mucho tiempo en la comuna?

—Hasta que mi madre cumplió diez años. Después, compraron nuestra casa con la herencia de mis bisabuelos y nona empezó a alquilar habitaciones a turistas.

—Vamos... la clásica historia del *hippy* que se vuelve capitalista.

Luna me salpicó en la cara con un poco de agua, pero yo la esquivé con soltura.

—¿Y tus padres? ¿Cómo se conocieron? —pregunté para evitar una inocente guerra de agua. O, quizá, porque me interesaba saber más sobre ella.

—Tenían amigos en común. Mi padre venía a Ibiza con frecuencia. Había vivido aquí durante varios años y, de vez en cuando, volvía para pasar el verano. Se conocieron, se enamoraron, me concibieron y cada uno siguió su camino. A veces, coincidían. Él pasaba temporadas con nosotras y luego volvía a California. Se querían mucho, pero tenían una relación abierta y libre.

—Joder... Eran todos *hippies* de manual.

Ella volvió a reírse.

—¿Y tú? —pregunté con curiosidad—. ¿Qué opinas de las relaciones abiertas?

Me miró por encima del agua. La luz azul se reflejaba en sus ojos oscuros.

—Creo que cada relación es diferente, no existe una fórmula infalible. Yo prefiero dejarme llevar y... quizá algún día encuentre a alguien especial con quien compartir mi vida.

—¿Eres de las que creen en las almas gemelas?

—No de una forma tradicional. Creo en las almas afines. Personas con las que se tiene una afinidad inexplicable, que llegan a tu vida para mostrarte algo que debes aprender o para despertar en ti facetas que permanecen dormidas. Y no necesariamente tienen que convertirse en tu pareja, aunque... es probable que lo hagan.

La miré con asombro. Parecía tener las ideas bastante claras y no coincidían para nada con las mías.

—¿Y tú? —preguntó—. Presiento que tú no crees en ese tipo de cosas.

—Yo soy bastante pragmático. Me paso la mayor parte del año en un barco. No tengo tiempo para relaciones románticas y tampoco creo demasiado en ellas.

—¿Nunca has tenido pareja?

Me encogí de hombros.

—Tuve novia en la universidad, pero solo duramos unos meses.

—Debió de ser hace mucho...

—Catorce años, me parece.

—¿Y desde entonces?

Incliné la cabeza con una sonrisa incómoda.

—Nada serio. No busco ninguna relación. Al menos, ninguna que implique cualquier tipo de

compromiso.

Se quedó callada y se giró hacia la orilla. Tuve la sensación de que mi respuesta la había decepcionado, aunque trató de disimular.

—Debería volver —dijo, mirando hacia la playa—. He dejado todas nuestras cosas allí.

—De acuerdo. Yo voy a nadar un poco.

12

LUNA

Jonathan estuvo nadando durante casi una hora. Parecía que se estaba entrenando para las olimpiadas de natación. A esas alturas, ya me había dado cuenta de que me evitaba en muchos aspectos. Evitaba mirarme, evitaba tumbarse a mi lado, evitaba ciertas conversaciones... Trataba de marcar la distancia entre nosotros, aunque de vez en cuando se relajaba. Y entonces sonreía o gastaba una broma y, durante unos segundos, dejaba de lado esa fachada de tipo duro e inaccesible y mostraba su auténtica personalidad.

Era una persona bastante reservada, aunque no hasta el punto de parecerme atormentado, como mi abuela había sugerido. Empezaba a sospechar que había algo en él que le impedía establecer conexiones de tipo afectivo, pero aún era pronto para sacar ese tipo de conclusiones. Apenas nos conocíamos y yo necesitaba más tiempo para llegar a él. Al menos, los del consulado británico aún no habían llamado.

Como Jonathan prefería el agua a mi compañía, decidí tumbarme boca abajo y centrarme en la novela que estaba leyendo.

Al rato noté que por fin se acercaba. Lo miré de reojo, sin despegar la vista del libro. Cogió la toalla para secarse y después la extendió para sentarse a mi lado.

—¿Hay noticias del consulado? —preguntó.

—No. Te avisaré —respondí, escueta.

Se tumbó y yo fingí que seguía con la lectura. Dio varias vueltas, como si estuviese incómodo. No habían pasado ni cinco minutos cuando volvió a levantarse.

—Creo que voy a darme una vuelta —dijo.

Dejé el libro a un lado y lo miré. Y entonces... Clac. Otra vez el chasquido. Lo noté en el centro del estómago, como si alguien me apretara con fuerza.

Siempre había sentido debilidad por los hombres de aspecto muy masculino, y él, todo sea dicho, emanaba testosterona por cada uno de sus poros. Lo observé con disimulo. Llevaba algunos moratones a la altura del costado, probablemente causados por la pelea del viernes. Aun así, tenía buen aspecto y lucía un físico envidiable. Era obvio que entrenaba a menudo. Y esas gafas de sol le sentaban de maravilla, entre otras cosas porque ocultaban los golpes de su cara. Pero su piel comenzaba a adquirir un tono rosáceo que podía llegar a ser preocupante.

—Jonathan..., ¿te has puesto el protector que te he dado?

—¿Por qué lo dices? —Levantó las gafas de sol y se miró los hombros—. ¿Ya parezco una langosta?

—Me temo que vas camino de ello.

—Ya te avisé de mi problema con el sol. La verdad es que... —puso los brazos en jarras y miró hacia la orilla— no soporto la playa a esta hora del día.

—¿Por qué no me lo has dicho?!

—Para no aguararte los planes. Tú querías venir y yo necesito estar cerca de tu teléfono.

Me levanté de un salto.

—Nos vamos ahora mismo.

—Espera, Luna. No hace falta.

Empecé a meter las cosas en mi cesto de paja.

—Lo siento. Pensé que era una buena idea.

—Y lo es. Soy yo, que nací con la piel equivocada.

—Naciste con la piel perfecta para la latitud londinense. Supongo que es algo que heredaste de tu padre, ¿no?

No contestó. Se acercó a mí con gesto serio y me ayudó a doblar las toallas para guardarlas en el cesto.

—Con un factor cincuenta podría aguantar un par de horas más, te lo juro —dijo unos segundos después.

—Olvídalo, Jonathan. Vendremos en otro momento.

Se detuvo y miró hacia el bosque de pinos que había a mi espalda y que rodeaba la playa por detrás de los restaurantes y chiringuitos.

—¿Por qué no buscamos sombra debajo de un árbol? —sugirió—. ¿No habías traído comida? Me giré y miré hacia los pinos. No parecía mala idea.

Encontramos una buena zona de sombra bajo unos árboles en el extremo norte de la playa, desplegamos las toallas, nos sentamos y saqué los bocadillos que había preparado.

—Espero que te guste el falafel —dije tras entregarle el suyo.

—¿Falafel?! —preguntó con sorpresa—. ¿Te refieres a esas croquetas de garbanzos que comen en oriente medio?

—Sí. Son de falafel con ensalada y llevan una salsa de sésamo.

Desenvolvió el bocadillo, lo miró con desconfianza y le dio un buen bocado.

—¿Y bien? —pregunté tras ver su expresión impasible.

Se tomó su tiempo en saborearlo mientras masticaba y tragaba.

—Nunca me había comido un bocadillo de garbanzos. —Solté una pequeña carcajada—. Pero... he de reconocer que está mejor de lo que esperaba.

—Me alegro.

Comimos en silencio durante varios minutos. Él devoró el bocadillo. Empezaba a darme cuenta de que Jonathan comía muy deprisa. Apenas respiraba entre bocado y bocado.

—Parece que tenías hambre —le dije cuando acabó.

Se limpió con la servilleta, hizo una bola con el papel de plata y buscó la botella de agua.

—¿Siempre has sido vegana? —me preguntó tras dar un largo trago a la botella.

—Sí. ¿Y tú? ¿Siempre has comido carne y esas cosas?

Asintió con la cabeza.

—Soy muy carnívoro, la verdad.

—¿Podrás soportar esta dieta mientras vivas con nosotras?

Me dedicó una sonrisa cargada de ironía.

—No parece que tenga otra opción.

Volvió a dar otro trago de agua y yo no pude evitar fijarme en su tatuaje. Allí estaba, expuesto ante mí. Un candado negro grabado en el dorso interior de su muñeca derecha.

Quería preguntarle por él, pero intuía que iba a mostrarse reacio y esquivo. Decidí abordar el tema poco a poco.

—¿Te gustan los tatuajes? —pregunté.

Él bajó la botella. No podía verle los ojos porque llevaba las gafas de sol, pero imaginé que estaba mirando el mar, que quedaba a mi espalda. Tardó varios segundos en contestar.

—No me cubriría todo el cuerpo con ellos, aunque tampoco descarto hacerme alguno más.

—¿Solo llevas ese de ahí? —dije, señalando su candado.

Realizó un gesto instintivo. Se cubrió la muñeca con la mano izquierda durante un segundo.

—Sí —dijo, escueto—. ¿Y tú? ¿Llevas alguno?

Detecté su claro intento de desviar la conversación hacia mí. No era la primera vez que lo

hacía.

—Llevo uno muy pequeño.

Se levantó un momento las gafas de sol para observarme de arriba abajo, buscando el tatuaje de forma evidente. Su gesto me provocó un leve cosquilleo en la piel, como si pudiera rozarme con su mirada, aunque intenté no ahondar demasiado en esa sensación.

Me giré, me levanté el cabello y le mostré la parte baja de mi nuca. Mi tatuaje solía quedar oculto detrás de mi pelo.

—Es una flor de loto —expliqué—. Mi madre llevaba uno igual. Me lo hice cuando ella murió.

—Es bonito —murmuró con parquedad.

Solté mi pelo y me giré de nuevo para mirarlo.

—¿Y el tuyo? ¿Qué significa?

Jonathan se quedó muy rígido. Diría, incluso, que paralizado. De pronto sonó mi móvil y nos lanzamos los dos hacia mi cesto para buscarlo. Lo saqué del fondo y miré la pantalla: había un número desconocido. Descolgué bajo su atenta mirada.

—¿Diga?

Una voz masculina se dirigió a mí en inglés.

—Buenas tardes. Llamo del consulado británico.

—Un momento.

Asentí en dirección a Jonathan.

—Es para ti —le dije antes de entregarle el teléfono.

13

JONATHAN

—Soy Jonathan Hartford —indiqué.

—Señor Hartford, me llamo Andrew Callan. Trabajo en el consulado británico de Ibiza. Acabo de escuchar su mensaje. Siento no haberlo llamado antes. Llevo todo el fin de semana de mudanza y...

—Señor Callan, necesito su ayuda —dije, cortante.

—Lo sé. He oído que le robaron la documentación.

—Necesito volver a Gibraltar lo antes posible. Soy teniente de la Marina y debería haberme incorporado ayer a mi puesto.

—Entiendo. En su caso, tiene que solicitar un documento provisional de viaje. Es un pasaporte de emergencia con una validez temporal que le permitirá regresar a suelo británico. Puede hacerlo a través de la web del gobierno. Aunque, si le corre tanta prisa, será mejor que se lo tramitemos nosotros desde el consulado.

—Muchísimas gracias —dije, aliviado—. ¿Cuándo podrán realizar la gestión?

—Venga mañana a primera hora y traiga todo lo que pueda aportar. ¿Ha puesto una denuncia en comisaría?

—Sí.

—Tráigala también.

—De acuerdo. Allí estaré.

—Por cierto... No le he preguntado si tiene problemas de alojamiento.

Miré hacia Luna. Esperaba a mi lado, expectante.

—He tenido una suerte increíble con eso. La gente de Ibiza es muy hospitalaria. Estoy alojado en una casa rural.

—Perfecto. Nos vemos mañana, entonces.

Me despedí de Andrew Callan y solté el aire muy despacio antes de colgar. De pronto me sentía liviano, el cielo era de un azul más intenso, aquella playa era el puto paraíso y Luna... Luna no podía parecerme más guapa de lo que ya era.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó.

—Parece que todo se va a arreglar.

—¡Jonathan, eso es genial!

Estuve a punto de abrazarla. Y no solo eso. Le hubiese hecho el amor allí mismo, lento y suave, bajo la sombra de esos árboles, pero tuve que conformarme con dedicarle una sonrisa cordial y deleitarme con una de las suyas.

—Van a darme un pasaporte provisional —le expliqué.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Entonces..., ¿te irás mañana?

—Es probable.

La sonrisa de Luna se congeló.

—Me alegro mucho por ti —dijo con un entusiasmo más comedido.

—Luna... —murmuré sin poder apartarle la vista de encima.

—¿Qué?

—Te agradezco muchísimo todo lo que has hecho por mí.

—No hace falta que me des las gracias otra vez.

—Yo creo que sí.

Ella desvió la mirada al suelo.

—¿Alguna vez has hecho algo parecido por otra persona? —pregunté.

—No.

—Pues no lo vuelvas a hacer —dije con repentina dureza—. No es seguro que recojas a tíos borrachos en mitad de la carretera.

Ella levantó la cara, sorprendida por el tono autoritario que acababa de emplear. Me miró molesta, con el ceño fruncido, pero me dio igual. No quería que volviera a ponerse en riesgo de esa forma.

—Jonathan..., paré porque te reconocí de haberte visto en el mercado d'en Bossa.

—Podría haber sido un psicópata.

—Tenía muy claro que no lo eras.

—¿Solo porque te compré una acuarela? —pregunté con las cejas arqueadas—. No seas ingenua. Podría haber abusado de ti. Si yo fuese un perturbado..., habría hecho contigo lo que me diera la gana.

Me miró fijamente, como si pudiera ver mis ojos a través de los cristales de mis gafas de sol.

—Pero no lo hiciste... porque tú no eres así —dijo, despacio.

La sujeté del brazo.

—Solo quiero asegurarme de que no lo volverás a hacer. Prométemelo.

Tardó unos segundos en contestar. Parecía cada vez más molesta.

—Te lo prometo. Pero no porque tú me lo hayas pedido, sino porque sería incapaz de hacerlo con otra persona.

Apartó mi mano con un gesto brusco, se levantó y empezó a meter las cosas en su cesto.

—¿Por qué recoges?

—Nos vamos —dijo ella en tono distante—. A no ser que quieras acabar con la piel de color frambuesa.

—Estoy bien aquí.

Le agarré la muñeca y tiré de ella para que volviera otra vez a mi lado. Cayó sentada en la arena al primer tirón.

—¿Lo ves? —dije en tono fanfarrón—. Soy mucho más fuerte que tú.

—Eso es bastante evidente —contestó tras zafarse de mi mano.

La miré, pero ella giró la cara.

—Venga... No te enfades.

—No me gusta que me hablen en tono paternalista. No soy uno de tus subordinados.

—De acuerdo. Disculpa mi tono, pero mantengo todo lo que te he dicho.

Nos quedamos en silencio durante un rato. Lo cierto era que yo no quería irme todavía. Estaba a gusto con ella. ¿Y cuántas horas me quedaban en Ibiza? Quería disfrutar de todo aquello antes de que se esfumara para siempre.

—Tu bocadillo estaba muy bueno —dije en un patético intento para hacerla sonreír.

—No me hagas la pelota —masculló tras una breve sonrisa.

—Es verdad. Si no, no te lo diría —susurré.

Volvió a quedarse callada.

Entonces levantó su rostro hacia mí y me miró la boca. Y se quedó allí quieta, con los labios entreabiertos, mientras yo tomaba conciencia de lo cerca que estábamos el uno del otro. Me entraron unas ganas increíbles de besarla, pero no lo hice a pesar de tenerla ahí, a escasos

centímetros, tan preciosa y receptiva que parecía un espejismo. Tuve miedo de estropear las cosas, porque ella me estaba ayudando de una forma espectacular y yo no quería ser el hijo de puta que abusara de su confianza.

Apreté la mandíbula y me alejé unos centímetros de su lado.

Luna volvió a girar el rostro. Un silencio cortante se instaló entre nosotros.

—Lo comprendes, ¿verdad? —dije en voz baja.

—¿Si comprendo qué?

—Que en unas horas me iré y ya no volveremos a vernos.

Me miró de nuevo con aire desafiante.

—Tranquilo, Jonathan. Lo tengo claro como el agua.

Se levantó y dio varios pasos hacia la playa.

—Voy a dar un paseo por la orilla —dijo mientras se alejaba—. Vigila las cosas.

Nos quedamos un rato más en aquel lugar, aunque apenas coincidimos. Nos turnamos para bañarnos y después me di un paseo mientras ella leía. Luna estaba un poco distante y yo comenzaba a sufrir los efectos del sol. Nuestra conversación había dejado de ser fluida para convertirse en un diálogo formal. De vuelta, en el coche, encendió la radio y no volvimos a hablar.

Cuando entramos en su casa, oí voces en el salón. Atravesamos el pasillo y encontramos a su abuela con un tío joven de aspecto surferillo que tenía el pelo teñido de rubio y la piel muy morena. Tomaban café en la mesa del comedor.

—¡Lucas! —exclamó Luna—. ¿Qué haces aquí? Me dijiste que estarías liado todo el fin de semana.

—Me han anulado la excursión de esta tarde y he venido a verte —dijo él mientras se levantaba de la silla.

Luna soltó el cesto de paja, corrió hacia él, le dio un pico y se enroscó en sus brazos. Me quedé detrás de ellos con cara de pánfilo mientras ese tío me miraba por encima del hombro de Luna con la clara intención de examinarme.

«¿Por qué narices no me ha contado que tiene novio?!», pensé. En fin, no era que yo tuviese algún derecho a molestarme, pero llevábamos todo el fin de semana juntos disfrutando de una complicidad increíble y habíamos estado a punto de besarnos. Al menos podría haberlo mencionado.

El abrazo entre ambos duró más de lo que me hubiese gustado. Después, tuvieron el detalle de girarse hacia mí.

—¿Eres el teniente? —me preguntó él mientras la agarraba con fuerza de la cintura.

—Sí. Soy Jonathan.

—Penélope ya me ha hablado de ti —añadió en tono jovial.

—Jonathan, él es Lucas —dijo Luna sin dar más explicación.

Me acerqué y le estreché la mano.

—Encantado —dije con frialdad.

—¿Y esa camisa tan floreada? —me soltó Penélope desde la mesa del comedor.

—Es de Gunther —aclaró Luna—. Se la ha prestado esta mañana. ¡Por cierto, Lucas! Podrías traerle algo de ropa a Jonathan.

Miré al tal Lucas de arriba abajo. Estaba más flaco que yo.

—No creo que tengamos la misma talla —comenté.

—Puedo traerte un par de camisetas —dijo él sin soltar la cintura de Luna—, aunque... es probable que te queden muy ajustadas.

—No es necesario, gracias.

—Oye, Jeremy, te has quemado un poco, ¿no? —dijo Penélope con sorna. Parecía disfrutar a mi costa.

—Solo un poco —murmuré con cara de poca broma.

—Hay gel de aloe en el baño —comentó Luna sin despegarse de aquel tipo.

—Gracias. Si no os importa, voy a darme una ducha.

Necesitaba largarme de allí. Me di media vuelta y fui directo al cuarto de baño.

Me desnudé a toda prisa, me metí en la ducha y recibí el chorro de agua fría con estoicismo. En cierto modo, lo agradecí. Me ardía la piel de la espalda. Fue como volver a la realidad de un plumazo.

«Olvídala, Hartford —pensé bajo la ducha—, porque te gusta más de lo que quieres reconocer, pero acabas de darte cuenta de que no está a tu alcance».

14

LUNA

—Parece que tienes algo que contarme... —me dijo Lucas con una sonrisa perversa.

Habíamos salido al porche que daba al jardín. Nos sentamos en un par de butacas de mimbre bajo la sombra del techado de paja.

—¿Por dónde quieres que empiece? —pregunté mientras me abrazaba las piernas, flexionadas cerca del pecho.

—Tu abuela ha tenido el detalle de ponerme al corriente. Te resumo lo que ya sé. Hombre con candado tatuado te compra una acuarela y desaparece, pero... gracias a la bendita providencia, te lo encuentras unas horas más tarde en la cuneta de una carretera, borracho, molido a palos y sin un céntimo en el bolsillo. Lo recoges, te lo traes a casa, le das amparo, comida, techo y poco te ha faltado para darle también asilo político.

Solté una pequeña carcajada.

—No es ningún refugiado —aclaré.

—Claro que no... Teniente de la Marina británica —dijo en tono petulante, como si estuviese recitando sus títulos nobiliarios—. Menudo cachas, por cierto. Parece el hijo perdido de Odín. Se trae un aire a Chris Hemsworth.

—Naaa... ¿En serio? A mí me recuerda a Kerem Bürsin.

—¿Quién es Kerem Bürsin?

—Un actor que... Da igual.

Lucas negó con la cabeza.

—Es el hermano mellizo de Thor. Hazme caso y busca en su maleta. Seguro que guarda un martillo de poder, aparte del que esconde en sus pantalones, claro.

Le di un pequeño manotazo en el hombro antes de soltar otra carcajada.

—¿Y qué ha pasado entre vosotros? —me preguntó después.

—Nada. —Me encogí de hombros—. Y nada va a pasar. Se irá mañana o como muy tarde el martes. Y ya me ha dejado claro que no tiene intención de volver a verme. Así que... hablemos de otra cosa.

—¡Y una mierda! ¿Es que no le has visto la cara cuando me lo has presentado? Estoy seguro de que ha pensado que entre tú y yo hay algo, y te juro que no le ha hecho ninguna gracia.

—¿Entre tú y yo? ¿Qué va! ¿Por qué iba a pensar eso?

—Porque me has dado un pico, nena. Y después te has lanzado a mis brazos como si yo fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra.

—Yo siempre te saludo así...

—¿Siempre?! Reconoce que has estado mucho más efusiva de lo normal. Ni siquiera le has aclarado que somos amigos desde el instituto.

Me mordí los labios, pensativa.

—Vale. Tienes razón. Puede haber pensado algo. —Sonreí con malicia.

Lucas me echó una mirada cómplice.

—Lo has hecho a propósito.

Levanté las palmas de las manos, como si estuviese a punto de realizar una confesión brutal.

—¿Lo de no decirle quién eres? Sí. Lo reconozco.

—De acuerdo. Juguemos un poco... —dijo él entre risas—. ¿Quieres ver si se pone celoso? Me apunto.

Me reí con desánimo.

—Qué antiguo eres...

—¡Y tú, qué aburrida!

—Lucas, no le intereso. Está deseando largarse de aquí.

—Eso ya lo veremos —dijo él con una sonrisa traviesa—. ¿Por qué no salimos esta noche a tomar algo? Llama a Marina y nos vamos los cuatro a San Antonio.

—Mañana tengo una clase de yoga a las nueve. Inicio de curso.

—Menuda aguafiestas.

—No estoy de humor. Cuando vi su tatuaje... —Volví a encogerme de hombros—. Supongo que me monté una película tremenda.

—Tienes que animarte, pequeña. Cámbiate de ropa y te llevo ahora mismo a dar una vuelta.

—No me he duchado.

—Ya te ducharás más tarde. Ponte cualquier cosa.

—¿Y qué pasa con Jonathan?

—¿Es que no has aprendido nada de la vida? Deja que te eche de menos un rato.

15

JONATHAN

Después de la ducha, me afeité, me embadurné la piel con gel de aloe vera y salí del cuarto de baño con la toalla enrollada a la cintura. Fui a buscar mi ropa al cuarto de la lavadora mientras rogaba para que alguien hubiese metido la colada en la secadora o la hubiese tendido al sol. Por suerte, mi ropa estaba limpia, seca y doblada sobre una cesta. Imaginé que era obra de Penélope.

Cogí las prendas y me fui a mi habitación. Al entrar, encontré un enorme gato gris espatarrado, lamiéndose los genitales encima de mi cama.

—Lo que faltaba... —murmuré.

Me vestí con los vaqueros y la camiseta de los Sex Pistols, intentando no acercarme mucho al gato. Después, salí a buscar a Luna, pero Luna no estaba. En su lugar, encontré a su abuela podando arbustos en el jardín.

—¿Has visto a Luna por aquí? —le pregunté.

—Se ha ido con Lucas a dar una vuelta.

—Ya... —contesté, decepcionado.

Penélope siguió con su labor. Puse los brazos en jarras y carraspeé para llamar su atención.

—Hay... hay un gato en mi habitación —dije.

—¿Gris con cola negra? —preguntó ella sin girarse hacia mí.

—El mismo.

—Es Nelson Mandela.

—¿Qué? —dije con el ceño fruncido.

—Nelson Mandela.

—Vale... Llámalo como quieras.

—Viene a visitarnos de vez en cuando para comer. Le damos libertad de entrada, como a un amigo. No creo en la posesión de los animales, ¿sabes, Jeremy? Forman parte de la naturaleza, al igual que nosotros.

Puse los ojos en blanco. «¡Qué rollos que suelta la abuela!».

—Por mí como si le pones un piso en la playa. La cuestión es que... soy alérgico a los gatos.

Penélope se giró hacia mí con las tijeras de podar. ¿Por qué solía llevar un arma blanca entre las manos?

—Pero, Jeremy..., ¡es solo un gato! —exclamó como si yo hubiese propuesto que lo despellejásemos vivo.

—Me llamo Jonathan —comenté, irritado—. Y no tengo nada en contra del gato, pero me salen sarpullidos por todo el cuerpo.

Me rasqué el cuello de forma compulsiva. Estaba seguro de que no era por la alergia, pero me picaba el cuerpo entero solo de pensar en ello.

—¿Has probado la homeopatía? —me preguntó.

—Ni la he probado ni la probaré.

Penélope resopló con desidia.

—Entonces el reiki ni te lo menciono.

Soltó las tijeras de podar y comenzó a caminar con decisión hacia la casa. La seguí a corta distancia. Entramos en mi habitación y cogió al gato.

—Vamos, Nelson. Este señor no quiere estar contigo.

—No es eso... en serio. Tengo alergia a los gatos desde que era un crío, pero me parecen

unos animalillos entrañables —dije en mi defensa, aunque esa última parte era una absoluta patraña. Siempre había preferido los perros. A los gatos, simplemente, los odiaba.

—Mantén la puerta cerrada para que no vuelva a molestarte —contestó ella desde el pasillo.

—Gracias —le dije mientras se marchaba—. ¿Puedo usar el ordenador para revisar mi correo?

—Todo tuyo, ya sabes dónde está.

Me metí en el despacho para revisar mis cuentas de internet en el viejo ordenador de Luna. Tenía tres correos de Stone. El primero de ellos, enviado el sábado a las once de la mañana desde su móvil.

Asunto: ¿DÓNDE COÑO TE HAS METIDO, HARTFORD?

No tenía contenido.

El segundo, enviado el sábado a las tres.

Asunto: Si no contestas pronto, daremos parte a la policía.

Tampoco había contenido.

El tercero, enviado el sábado a las seis de la tarde.

Asunto: ¡¡Joder, Hartford!!

Contenido: Norton nos ha puesto al corriente, dice que te dieron una paliza. Lo siento mucho, tío. Nos tuvimos que volver, sé que lo entiendes. Tú hubieras hecho lo mismo. Estuvimos esperándote hasta las diez. Al ver que no venías, dejamos tu mochila en la consigna del hotel y nos fuimos al aeropuerto. La habitación está pagada.

Espero que todo se arregle pronto. Nosotros zarparemos en dos horas. Da señales de vida cuando puedas.

Contesté su último mensaje para explicarle brevemente que, a pesar de la paliza, estaba bien, que Luna me había acogido en su casa y que pronto recibiría un nuevo pasaporte del consulado.

Revisé el resto del correo y después salí al jardín. No sabía qué hacer. Eran las siete y media y ella seguía por ahí con ese tío. El pueblo más cercano estaba a varios minutos en coche. No tenía muchas opciones, salvo quedarme allí a podar con la abuela de Luna o dar un paseo por el campo.

Mientras pensaba en ello, Penélope me llamó desde lejos.

—¡Jeremyyy! —gritó.

Respiré hondo con los labios muy apretados.

«¿Pero qué parte de “me llamo Jonathan” no has entendido?».

—¿Necesitas algo? —pregunté con una sonrisa forzada.

—¿Te importaría llevar estas ramas al cobertizo que hay junto a la casa? La puerta se atasca. Dale una patada para abrirla.

Me acerqué, recogí las ramas del suelo y me dirigí con ellas hacia la casa. Vi una vieja puerta de madera junto al porche y pensé que era la entrada del cobertizo. La abrí de una fuerte patada y entré. Enseguida me di cuenta de que aquello no era un almacén para aparejos de jardín, sino un taller de pintura. El estudio de Luna. Había una estantería al fondo junto a varios lienzos apilados, una mesa cubierta de carboncillos, botes, pinceles y otros utensilios, y en el centro, un

caballete sobre el que descansaba un cuadro muy colorido. Era la espalda de una mujer desnuda con el rostro cabizbajo. Me quedé allí, en silencio, mientras miraba el cuadro con las ramas en la mano, como si acabase de asomarme al universo privado de Luna o a su mundo interior. Y ese mundo, para mi sorpresa, estaba lleno de cosas que captaron mi atención: los trazos azules, blancos y rojos, la luz que incidía en la figura, la delicadeza que se desprendía del dibujo...

Era bonito. Calmado. Luminoso.

No supe cuántos minutos estuve allí mirando. Tal vez fueron tres o cuatro. Me hubiera quedado más tiempo, pero tuve que salir porque las ramas empezaban a pesarme y porque me pareció oír a lo lejos el sonido de un coche que se aproximaba hacia la casa.

16

LUNA

Lucas y yo nos acercamos al pueblo en su coche para dar una vuelta. Intenté distraerme, pero no dejaba de pensar en Jonathan, en que pronto se iría y en que estaba desperdiciando la oportunidad de pasar con él sus últimas horas en la isla. Volvimos antes de las ocho. Lucas me dejó en la puerta y se marchó.

Busqué a Jonathan al entrar en casa, pero no estaba en el salón ni tampoco en su habitación. Oí voces en el jardín y deduje que estaba ayudando a mi abuela. Decidí no interrumpirlos. Pensé que era una buena ocasión para que ambos se conocieran un poco mejor.

Me metí en el cuarto de baño y me duché. Después, me puse un vestido blanco con los hombros descubiertos y unas sandalias de cuña, aunque sabía que esa noche no íbamos a salir. Más tarde, fui a la cocina y preparé una ensalada y unas hamburguesas de seitán. Jonathan entró mientras yo cortaba los tomates.

—¿Puedo ayudarte? —me preguntó sin más.

Lo miré de soslayo. Llevaba su camiseta, la que ponía Sex Pistols sobre la bandera británica, y olía a desodorante masculino.

—Puedes poner la mesa del porche. Mi abuela te dirá dónde está el mantel.

Cenamos en la terraza mientras anochecía. Nona encendió unas velas para ahuyentar a los mosquitos y el ambiente adquirió un aire íntimo y acogedor.

Jonathan no estaba muy hablador, aunque sí bastante atento y solícito. Me sirvió agua varias veces, me recogió la servilleta del suelo, me pasó la bandeja de la ensalada antes de que yo la pidiera... Nona acaparó la conversación. Me contó que había podado parte del jardín y que Jonathan la había ayudado a guardar las ramas secas en el cobertizo. De postre tomamos uvas y sorbete de fresa. Al acabar, recogimos la mesa entre los tres. Después, fregué la sartén, puse el lavavajillas y salí de nuevo a la terraza. Mi abuela estaba sentada en una butaca, consultando su móvil.

—¿Y Jonathan? —pregunté.

—No lo sé. Creo que se ha ido a su habitación.

Miré hacia el interior de la casa y vi que la luz del pasillo estaba apagada. Me extrañó que se hubiese retirado sin darme las buenas noches, aunque... entre nosotros las cosas aún estaban un poco tirantes.

—Voy a dar una vuelta por el jardín.

Bajé las escaleras del porche y me dirigí a la explanada de hierba donde solía tumbarme por las noches para ver las estrellas. Y entonces lo vi. Estaba sentado en una esquina, con la espalda apoyada en un árbol y las rodillas flexionadas. Me acerqué hasta él, me senté a su lado y me abracé las piernas.

—Bonita noche —comenté.

Sonrió un instante sin girarse hacia mí. Ya había oscurecido del todo, pero la luna estaba casi llena y nos llegaba parte de la luz del porche.

—Luna... —dijo después muy serio—. Tengo que decirte una cosa.

Se me formó un nudo en el estómago.

—Adelante.

—Creo que me he cargado la puerta de tu taller.

—¿Qué?

—La puerta de tu taller. La he confundido con la puerta del cobertizo y le he dado una patada para entrar. Tu abuela me ha dicho que se atasca y...

No supe si reír o llorar. De todas las cosas que Jonathan podría haberme dicho en aquel momento, esa era la que menos esperaba y deseaba.

—No te preocupes, esa puerta ya estaba hecha polvo antes de que tú le dieras una patada.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que él se animó a hablar de nuevo.

—He visto tu cuadro —dijo de repente—. El que está sobre el caballete.

Sentí otra vez el nudo en el estómago.

—Es un cuadro muy bonito —añadió—. Creo que tienes mucho talento.

—Gracias.

—¿Nunca has pensado en marcharte a Madrid o a Barcelona y ofrecerte a todas las galerías de arte?

—Sí, pero entonces tendría que irme lejos de aquí y sé que no sería feliz. Lo intenté. Viví tres años y medio en Madrid, pero no funcionó. La ciudad me asfixiaba. Este es mi lugar. Es mi sitio en el mundo.

Jonathan volvió a sonreír con la mirada clavada en el suelo. Fue una sonrisa triste y muy breve.

—Te envidio —dijo.

—¿Por qué?

—Porque yo no siento ese apego por ningún lugar.

—¿Ni siquiera por el lugar donde te criaste?

Negó con la cabeza.

—No, y espero no tener que volver allí en lo que me queda de mi vida.

—¿Por qué?

Suspiró profundamente.

—Prefiero que hablemos de otra cosa.

Parecía muy incómodo.

—De acuerdo. Cuéntame algo sobre tu buque.

—¿Sobre el HMS Trent? —dijo él con el ceño fruncido—. ¿Quieres que te hable de la Marina?

Me reí por el tono extrañado de su voz.

—Sí. Me apetece. ¿Qué es HMS? ¿Algún código militar?

—Son las siglas de *Her Majesty's Ship*. Todos los barcos de la Royal Navy usan esas siglas antes de cada nombre.

—¿Y cómo es la vida en un buque de la Marina?

—La vida en un buque de guerra... —miró hacia el frente y volvió a suspirar— se podría definir con una sola palabra: rutina. Está todo muy programado. Trabajamos por turnos, descansamos, comemos, dormimos y volvemos a trabajar.

—¿Cuál es tu trabajo?

—Soy uno de los oficiales del puente de mando.

—¿Y eso qué significa?

—¿Te refieres a qué es lo que hago?

Asentí con la cabeza.

—Me encargo de que se lleven a cabo las órdenes de navegación y superviso los sistemas electrónicos del barco. Ya sabes... el radar, el GPS, el sonar...

—¿Y eso no es mucho trabajo para una sola persona?

—Tengo varios operarios a mi cargo.
—Parece interesante.
Me miró de reojo.
—¿Es una ironía?
—No. Lo digo en serio. Imagino que debe de ser interesante para ti.
—Es entretenido.
—¿Y qué haces en tus horas libres?
—Veo películas en mi portátil y voy al gimnasio o a la cámara de oficiales.
—¿Tenéis gimnasio? —pregunté con sorpresa.
—Claro. No es un barco de pesca, es un buque de la Marina. Tenemos gimnasio, comedores, hospital, salas de recreo...
—¿Y qué hacéis en las salas de recreo?
—Tomamos café, jugamos al ajedrez, vemos la televisión...
—Guau, vosotros sí que sabéis montároslo bien —dije entre risas.
Él me devolvió la sonrisa.
—No me metí en la Marina por la fiesta de a bordo.
—Supongo que no. ¿Qué te hizo meterte ahí?
—Las ganas de irme muy lejos. Si hubiese podido largarme a la estación espacial internacional, lo habría hecho sin dudar.
Lo miré sobrecogida por el tono sombrío de su voz y recordé las palabras de mi abuela: «Tengo la sensación de que ese chico esconde algo (...). Un pasado turbio. Cuando lo miro, veo a un hombre gris y atormentado».
—¿Y encontraste lo que buscabas? —pregunté.
Se quedó callado durante unos segundos, como si meditara sobre ello.
—He viajado, he conocido a mucha gente y tengo un trabajo que me entretiene. Supongo que sí, se han cumplido mis expectativas. Es más que suficiente para mí.
—Puede que ese buque sea tu lugar en el mundo.
—Quién sabe... —murmuró de forma pensativa.
—¿Ves esos árboles de ahí? —dije, señalando los dos árboles que había a su derecha.
—Sí.
—Son árboles de moringa. Se les conoce también como árboles de la vida. El de la izquierda lo plantó mi madre y el de la derecha lo planté yo. Dicen que debes plantar su semilla en el lugar en el que quieres echar raíces.
Me levanté, me acerqué al árbol y cogí una de las vainas que colgaban de sus ramas. Tiré de ella, la abrí y saqué una semilla. Después, me giré hacia Jonathan con la semilla en la mano.
—Toma.
Él alargó la mano hacia mí para cogerla.
—Parece una avellana —dijo al mirarla.
—Guárdatela y plántala cuando encuentres tu lugar en el mundo.
Se la metió en el bolsillo.
—Gracias, pero no sé si me dejarán plantarla en el buque —dijo bromeando.
—¿En ese estupendo buque no tenéis jardín?
—No.
—Entonces tirla al mar desde la cubierta. La marea se encargará de llevarla a algún sitio bonito.
—Lo haré —dijo mientras me observaba con atención.

Sus ojos brillaban a pesar de la escasa luz. Sentí un ligero mareo que me obligó a desviar la mirada hacia la casa.

«Vete —pensé—. Vete o acabarás enamorándote de él».

—Creo que voy a acostarme. Mañana tengo que dar una clase de yoga a las nueve y me gusta levantarme temprano para prepararla con tiempo.

—¿Eres profesora de yoga? —preguntó con las cejas arqueadas.

—Sí. Imparto clases varios días a la semana.

—Entonces ya no te entretengo más —dijo mientras se ponía de pie—. Yo también quiero levantarme temprano para ir al consulado.

Comenzamos a caminar hacia la casa.

—¿Puedo coger algún autobús cerca de aquí para ir mañana a Ibiza? —preguntó.

—No es necesario, llévate mi coche. Yo cogeré la furgoneta de mi abuela.

—¿No te importa?

—Por supuesto que no. Ya te sabes el camino.

—Gracias. Otra vez. Ya no llevo la cuenta de las veces que te he dado las gracias.

—No es necesario.

Entramos en la casa y nos detuvimos en el pasillo. Jonathan parecía dubitativo, como si no supiera qué camino tomar.

—Tu habitación es la del fondo —comenté en tono de broma—. Por si se te había olvidado.

—Lo sé. Quería... —Me miró fijamente, como te mira alguien que está a punto de besarte. Se me cortó la respiración durante un segundo—. Creo que voy a ir a la cocina a por un vaso de agua.

Sonreí otra vez con la mirada esquiva.

—Buenas noches, Jonathan.

Me giré y fui directa a mi dormitorio.

—Buenas noches. —Oí a mi espalda.

Intenté dormir, pero no podía. Di veinte vueltas en la cama. Se hicieron las doce de la noche y yo no dejaba de pensar en nuestra conversación en el jardín.

—No tengo ese apego por ningún lugar.

—¿Ni siquiera por el lugar donde te criaste?

—No. Y espero no tener que volver allí en lo que me queda de mi vida.

Jonathan me intrigaba. Quería saber más de él y averiguar por qué se escondía detrás de esa fachada, por qué se tensaba cada vez que le mencionaba el tatuaje de su muñeca, por qué no quería volver a su ciudad natal... Conocerlo se había convertido en una especie de desafío para mí, pero ya no me quedaba tiempo.

Me senté en la cama, encendí la luz y miré hacia el escritorio. El amuleto de mi madre colgaba de la lámpara como un recuerdo permanente de ese aspecto de mi vida que trataba de ignorar. Las palabras de mi abuela hicieron eco en mi mente.

«Heredaste un don muy valioso. ¿Por qué no lo usas de forma inteligente?».

Me levanté, inquieta, sin saber a dónde ir. No podía entrar en su dormitorio. Salí de mi habitación y fui al cuarto de baño para buscar algo que me sirviera. Encontré su bolsa de aseo

sobre el lavabo, abrí la cremallera y registré el interior. Vi un peine, una maquinilla de afeitar, un desodorante, un cepillo de dientes y una chapa metálica, como la que llevan los soldados colgada al cuello. Estaba enganchada a una cadena y había una inscripción en ella.

Jonathan Hartford

A+

Penicillin allergic

—Alérgico a la penicilina... —murmuré con sorpresa.

No me detuve a pensar en ello. Cogí la placa y regresé a mi habitación.

No era el mejor de los objetos personales. ¿Qué información podría obtener de una placa metálica guardada en el fondo de una bolsa de aseo? Probablemente nada. Y después estaba el tema ético. Sabía que aquello no estaba bien, pero solo pretendía hacerlo una noche. Una única vez. Después, se iría. Jonathan iba a marcharse muy pronto y no volveríamos a vernos, y yo necesitaba encontrar algo que me abriera los ojos, que me diera respuestas, algo que me ayudara a comprender por qué mi madre había soñado con él poco antes de morir. Porque ese hombre tan serio y reservado, con su extraño tatuaje y su misteriosa historia personal, no era un simple evento casual. ¿O sí lo era?

«No puedes desaparecer de mi vida y dejarme con esta duda para siempre».

17

JONATHAN

Cuando me levanté a la mañana siguiente, Luna ya se había marchado. Me había dejado las llaves de su coche sobre la mesa del comedor. Junto a ellas vi un sobre que llevaba escrito mi nombre. Lo abrí y saqué del interior un billete de veinte euros y una nota escrita a mano.

«Por si necesitas echar gasolina o cualquier otra cosa. Besos. Luna».

Sonreí como un idiota. Me gustaba la familiaridad con la que me trataba a pesar de que ella tenía novio, de que yo me iría pronto y de que nuestra breve y peculiar historia acabaría en unas horas.

Me duché y me planté delante de mi escasa ropa.

—¿Qué vas a ponerte, Hartford? ¿La camiseta o el polo? No te abrumes con tanta variedad.

Elegí el polo negro y el pantalón vaquero. Desayuné café, tostadas con mermelada y yogur, como el día anterior. Me despedí de Penélope, que trabajaba en el huerto, y salí de la casa para coger el viejo Seat rojo de Luna. Tardé media hora en llegar a Ibiza y aparcar cerca del consulado. Por suerte, nunca he tenido problemas con mi sentido de la orientación. Aún recordaba el trayecto que habíamos realizado el sábado por la mañana.

En las oficinas me esperaba Andrew Callan; un tipo alto, flaco y pelirrojo que tenía más o menos mi edad. Intuí que íbamos a llevarnos bien. Me guio hasta su despacho y me ofreció un café que yo rechacé con cortesía.

—Bien, Jonathan... Enséñame todo lo que me has traído —dijo en cuanto nos sentamos a ambos lados de su mesa de trabajo.

Le entregué la denuncia.

—Esto es todo lo que tengo —dije muy a mi pesar.

—¿Nada más? ¿Y tu carné de conducir o tu tarjeta sanitaria?

—Me robaron toda la documentación.

—¿Algún papel donde conste una reserva de hotel a tu nombre?

—La reserva la hizo otra persona. Yo... ni siquiera pagué la habitación.

—¿Te registraste en recepción?

—No. Era una habitación compartida. Solo se registró el compañero que hizo la reserva.

—Dime que al menos guardas el billete de avión con el que llegaste.

—Tampoco.

—¿Conoces a algún ciudadano británico en la isla que pueda dar fe de que eres Jonathan Hartford?

—No. Los compañeros con los que viajé han vuelto a Gibraltar.

—Ya veo...

Andrew se echó para atrás en su silla ergonómica, entrelazó los dedos y me miró con lástima.

—Estoy jodido, ¿verdad?

—Bueeeeno... —dijo con voz aguda—. La situación es la siguiente. Tenemos que acreditar que eres quien dices ser. Es un requisito indispensable para que te entreguemos un pasaporte de emergencia. En caso de robo de documentación, nos basta con la declaración jurada de otro ciudadano británico que pueda confirmar la identidad del interesado. Pero en tu situación... —Callan se quedó pensativo—. Espera aquí un momento.

Se levantó de la silla y salió del despacho. Oí voces al otro lado de la puerta. Imaginé que estaba consultando mi caso.

—¿En qué maldito momento se me ocurrió venir a Ibiza? —mascullé.

Andrew volvió unos minutos más tarde y se sentó de nuevo.

—En caso de ausencia total de documentos y testigos presenciales, podemos recurrir a una videollamada. Tendrás que pedirle a un amigo o familiar que acuda a una comisaría cercana para identificarse. La policía le tomará los datos y se pondrá en contacto con nosotros para que tu testigo pueda confirmar mediante videollamada que eres Jonathan Hartford.

—¿Tiene que hacerlo un ciudadano británico?

—Es necesario, sí.

Cerré los ojos y me masajé el tabique de la nariz. Aquello era una puta pesadilla.

—Mis compañeros están en un buque en medio del Mediterráneo.

—¿Y tu familia? Supongo que tendrás a alguien a quien pedirle ayuda.

Repasé mentalmente mis opciones. Mi familia materna estaba descartada al completo porque no eran británicos. Mis compañeros, también. Los que no estaban en el buque, estaban desplegados en otra misión. A mis antiguos amigos de universidad llevaba años sin verlos, había perdido sus teléfonos y no sabía cómo localizarlos. Por mucho que me fastidiara la idea, supe que tendría que recurrir a David.

—Tengo un hermanastro. David Hartford. Vive en Manchester.

—¿Recuerdas su número?

—Solo el de su casa.

Andrew me acercó el teléfono que había sobre su mesa.

—¿Quieres llamarlo ahora? No olvides marcar el prefijo. Cero, cero, cuarenta y cuatro.

Tomé aire, me llevé el auricular al oído y marqué el prefijo y el número de su casa. El tiempo era capaz de borrar muchos recuerdos, pero ese número de teléfono todavía tenía un hueco en mi memoria.

Oí cuatro tonos hasta que alguien descolgó.

—Diga...

Era la mujer de David.

—Hola, Rachel. Soy Jonathan —dije con voz firme.

Se formó un silencio incómodo.

—Rachel, ¿estás ahí?

—Sí, sí. Es que... me sorprende oír tu voz.

—Ya. Me imagino. ¿Cómo estáis?

—Bien —contestó ella con frialdad—. Todos fenomenal. Tu sobrino, el mismo al que no has visto en casi una década, acaba de entrar en la escuela secundaria.

Intenté ignorar su reproche pasivo agresivo.

—Genial. ¿Está David en casa? Necesito hablar con él.

—¿Qué ocurre, Jonathan? ¿Tienes problemas?

—Algo así.

—¿Te han detenido?

—¿Qué?! —exclamé, molesto—. De todas las opciones posibles, ¿esa es la única que se te ocurre?

—La última vez que nos vimos andabas bastante rebotado con la vida.

—Eso sucedió hace muchos años.

—Sí. Y las últimas palabras que nos dedicaste fueron «idos a tomar por el culo».

Me llevé otra vez los dedos al tabique nasal.

—No lo recordaba de ese modo —murmuré.

—Claro que no. Llevabas una cogorza de campeonato.

—Lo siento, Rachel —dije con voz neutra—. Por favor..., ¿está David en casa?

—No. Está de viaje de negocios en Edimburgo. ¿Quieres que le deje algún recado?

—Necesito hablar con él. Es urgente y necesario. ¿Puedes darme el número de su móvil?

Rachel me dictó su número y nos despedimos con gélida cortesía. Después, llamé a David al móvil, pero no descolgó. Tuve que dejarle un mensaje en el contestador.

«David, soy Jonathan. Aaaah... Necesito hablar contigo. Es muy urgente. Ponte en contacto con el consulado británico en Ibiza y pregunta por Andrew Callan. Me han robado la documentación y... Bueno. Ellos te explicarán. Gracias».

Colgué bastante decepcionado.

Andrew volvió a mirarme con la misma expresión de lástima.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

—Le he dejado un mensaje. Espero que llame pronto.

—¿Hay alguien más que pueda ayudarte?

Respiré con resignación y cogí de nuevo el teléfono para llamar a Rachel otra vez. Odiaba tener que pedirle el favor a mi cuñada, pero no tenía otra opción. Por suerte o por desgracia, Rachel no contestó. No supe si me estaba evitando o, simplemente, había salido de casa.

Colgué con la mirada desenfocada. Estaba atrapado en la isla, como si hubiera vuelto al punto de partida: tirado en el suelo de aquel *parking* de discoteca.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Qué podemos hacer?

—Rellena los formularios para ir adelantando papeleo. Te haremos también las fotos de rigor.

—¿Y después?

—Esperar a que David nos llame. Cuando lo haga, te avisaremos.

Pasé un buen rato rellenando formularios en el consulado. Al salir, comencé a caminar de forma automática en dirección al puerto. No sabía a dónde ir, pero necesitaba despejarme. Llevaba más de dos días atrapado en Ibiza. En realidad, esa situación —la de sentirme atrapado— había sido una constante en mis últimos diez años de vida. Y, para colmo de males, la conversación con Rachel había despertado en mí los viejos fantasmas de una época en la que prefería no pensar. Esos años eran una nebulosa oscura en mi mente.

David y yo nunca habíamos estado unidos, ni siquiera de niños. Apenas habíamos pasado unos pocos fines de semana bajo el mismo techo. Su madre, haciendo gala de un excelente criterio, se separó de nuestro padre mucho antes de que yo naciera y se largó a Manchester para alejarse de la difícil realidad que años después quebró a mi familia.

Tal vez por eso nunca llegué a considerar a David como un verdadero hermano. O, tal vez, fue el hecho de no haber podido compartir con él la carga de tener un padre alcohólico. Al menos, durante los años en los que más lo necesité.

Al llegar a la edad adulta, él decidió adoptar el rol de hermano mayor que nunca antes había ejercido. Fue una decisión unilateral y, a mi juicio, llegó demasiado tarde. Se pasó los siguientes años reprochándome mi escasa implicación con los problemas familiares. Cuando a nuestro padre le diagnosticaron alzhéimer precoz, David se hizo cargo de su cuidado. Yo, por mi parte, elegí mantenerme al margen como una forma de rebeldía. Porque mi relación con mi padre ya estaba muerta y porque yo, debido a mis propias circunstancias, nadaba a la deriva. Esa situación tensó nuestra relación hasta alcanzar un punto insostenible.

Recordaba el día lejano que Rachel había mencionado; la noche en la que, borracho, dije cosas que nunca debí haber dicho. No estaba orgulloso de aquello, como de tantas otras decisiones. Cargaba a mis espaldas con una lista de errores tan larga que a veces se me hacía insoportable el hecho de seguir hacia delante. Pero lo hacía. Caminaba siempre sin mirar atrás. Sin detenerme. En línea recta. Con paso firme. No sabía vivir de otra manera.

Llegué hasta el puerto y continué un rato más por el borde del paseo marítimo. Era lo único que me ayudaba a mantenerme a flote: caminar, correr, alistarme en la Marina, subirme a un barco y desaparecer, perderme en el último lugar de esta Tierra, huir... Escapar.

A las doce regresé al coche. De camino a casa de Luna, me crucé con un McDonald's. Tardé dos segundos en pisar el freno y dirigirme hacia el Mac Auto. Llevaba dos días comiendo alfalfa y mi estómago me pedía a gritos algún alimento más sustancioso. Me compré dos menús Big Mac con el dinero que me había prestado Luna. Durante el trayecto, el coche entero se impregnó con el olor a comida y cuando llegué, mi boca salivaba a niveles exagerados. Supe que Luna aún no había llegado porque la furgoneta no estaba. Entré con las bolsas en la mano y fui directo a la mesa del comedor. Me senté, saqué mi festín de los envases y comencé a comer como si llevara días en ayunas.

Penélope pasó con una cesta de ropa en las manos, me miró de reojo y se detuvo junto a mí.

—Hola... —dije antes de dar un bocado—. Supongo que no te importa que coma ahora. Vengo con hambre.

Levantó un dedo huesudo y señaló la hamburguesa que sujetaba entre las manos.

—¿Qué es eso?

No le contesté. No podía hacerlo con la boca tan llena. Levanté el mentón y dirigí mi mirada hacia el logo de McDonald's que había en la bolsa de papel.

—¿Estás de broma? —preguntó ella con cara de hastío.

Negué con la cabeza y tragué.

—¿Quieres una patata?

—¡Jeremy! Creo que te lo dejé muy claro. ¡En esta casa no se comen animales!

—Lo dices como si acabara de cazar un bisonte.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Pues... que esto tiene mejor pinta, desde luego.

Le di otro bocado mientras ella me observaba con indignación.

—No me apetece soltarte un discurso acerca del sufrimiento animal que hay detrás de cada hamburguesa.

—Entonces no lo hagas —murmuré con la boca llena.

—Si vas a comerte eso, hazlo fuera de esta casa.

—No puedes hablar en serio.

Soltó la cesta y volvió a señalarme.

—No cuestiones mi estilo de vida, no pienso ser cómplice de esto. ¡Es mi casa y son mis reglas! Si te gustan, me alegro. Y si no..., ahí tienes la puerta.

Respiré hondo, porque aquello era la gota que colmaba el vaso de mi paciencia. No por ella. Ni siquiera por esa absurda regla de no comer carne dentro de la casa. Era por el asqueroso día que llevaba, por mi conversación con Rachel, porque aún tenía que localizar a David y esperar Dios sabía cuántas horas más para salir de esa isla maldita, por la llamada a mi comandante, por los hematomas de mi cara y mi espalda quemada, por el avión al que nunca debí haber subido, porque solo tenía dos calzoncillos, una camiseta y un puto polo. Y porque estaban a punto de amargarme el único placer que me había dado en tres días.

Caminar, correr, continuar en línea recta, con paso firme, sin mirar atrás.

Me levanté, metí la comida en la bolsa y me dirigí hacia la puerta sin decir ni una palabra.
Había llegado la hora de largarme también de allí.

18

LUNA

Ya era oficial: estaba perdiendo la cabeza. No del todo, claro. Aún conservaba cierta cordura, la suficiente para darme cuenta de que me había dejado arrastrar por un arrebató de locura transitoria. Me pasé la mitad de la noche agarrada a la placa de Jonathan, aun sabiendo que aquello era ridículo y que estaba cruzando los límites de lo que yo consideraba ético. Además, nada de lo que vi aclaró mis dudas, aunque he de confesar que me gustó mucho la experiencia.

Soñé con él, como era obvio, y tuve acceso a un remoto momento de su pasado. Y a través de ese retazo de su vida descubrí algo bonito: Jonathan tenía aptitudes para la música. Y cantaba. Cantaba de maravilla.

Lo vi con catorce o quince años, recorriendo las calles de un pueblo de Surrey junto a un chico alto y desgarrado que parecía ser su mejor amigo. Hablaban con entusiasmo de formar un grupo de música.

—*Yo seré el vocalista —dijo Jonathan—. También puedo tocar la guitarra.*
—*Nos falta un batería —contestó su amigo.*
—*Liam, tío..., podrías ser tú. Se te da bien marcar el ritmo.*
—*Aún tengo que practicar, pero creo que puedo intentarlo.*
—*¿Con qué canción abrimos? —preguntó Jonathan.*
—*I Want To Break Free... —sugirió su amigo.*

También los vi, meses después, tocando y cantando esa canción en el rudimentario escenario de una escuela secundaria. Jonathan, con su rostro imberbe y un micrófono en mano, se lo tomaba tan en serio como si fuera el líder de un grupo de *rock*.

Me desperté en mitad de la madrugada con esa canción metida en la cabeza y con la satisfacción de haber tenido acceso a un momento feliz de su vida, pero también con el remordimiento de haberlo hecho sin su permiso. Me sentí tan culpable por ello que volví al baño y dejé la chapa en su lugar antes de volver a dormirme.

Eso fue todo.

Al día siguiente me levanté temprano, fui a la cocina y preparé la clase de yoga en mi cuaderno mientras me tomaba un té. La voz de un jovencísimo Jonathan imitando a Freddy Mercury aún sonaba en mi mente. Me vestí y dejé las llaves de mi coche sobre la mesa del comedor junto a una nota para Jonathan y un billete de veinte euros. Después, me monté en la furgoneta de mi abuela y conduje hasta el centro de yoga, en Santa Eulalia.

No pude sacarme esa canción de la cabeza en toda la mañana. La recordé mientras les explicaba a mis alumnos las posturas de ese día, entre el perro cabeza abajo y la cobra, y también durante el pranajama de después. Aunque no era la canción lo que se me había metido dentro. Era él. Era su voz. Era la imagen de ese Jonathan adolescente, tan feliz y despreocupado. Tan distinto al hombre que había aterrizado en Ibiza casi veinte años después, con su aire distante, serio y reservado.

Conocía dos versiones de Jonathan y las dos chocaban entre sí como dos trenes que circulan por la misma vía en sentido contrario.

«¿Qué te ocurrió? ¿Qué sucedió en tu vida para que hayas cambiado tanto?».

Al acabar las clases, vi un aviso del banco en mi móvil. La madre de Jonathan había hecho un

ingreso en mi cuenta. De camino a casa, pasé por un cajero para sacar el dinero con la intención de entregárselo a él. Cuando llegué, vi mi coche aparcado en la puerta y supe que ya había vuelto del consulado.

Salí de la furgoneta, crucé la verja de entrada y, para mi sorpresa, lo vi a lo lejos. Estaba sentado en el escalón de la puerta principal junto a una bolsa de papel con el logo de McDonald's. Llevaba un vaso de Coca-Cola en la mano y sorbía de la pajita con la mirada ausente.

Atravesé la cancela y me acerqué a él.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunté en tono despreocupado.

No me contestó. Ni siquiera me miró. Era él en su versión más seria, distante y taciturna.

—Jonathan..., ¿qué haces aquí? ¿Va todo bien?

Se apartó la pajita de la boca para hablar.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo sin mirarme—. Buscaré otro alojamiento. No quiero causaros más molestias.

—¿Qué?! Tú no causas molestias. ¿Por qué dices eso?

Levantó su rostro y me dedicó una sonrisa cínica.

—Pregúntaselo a tu abuela —dijo antes de girar la cara y llevarse otra vez la pajita a la boca.

Saqué las llaves del bolso, abrí la cerradura y entré como una flecha en busca de mi abuela. La encontré en el cuarto de la lavadora, metiendo la colada en el tambor.

—¿Qué ha pasado con Jonathan? —pregunté sin rodeos.

Se giró para mirarme.

—Buenos días, ¿no?

—¡Nona! ¿Qué le has dicho? ¿Por qué está en la puerta con cara de funeral?

La vi suspirar con los labios apretados, como si estuviese a punto de hacer una terrible confesión.

—Se estaba comiendo una hamburguesa y... —dijo despacio.

—¿Y? —repliqué.

—Lo avisé de que en casa no se comen animales. —Volvió a suspirar—. Como no me ha hecho caso, le he pedido que saliera.

—¿Que has hecho qué?!

Me giré para cerrar la puerta del cuartito antes de continuar. Mi voz estaba subiendo de tono y no quería que él oyera nuestra conversación.

—¿Desde cuándo te comportas así con un huésped? No es la primera vez que alguien se trae su propia comida. No puedes echar a la gente de casa... ¡y mucho menos a él!

Mi abuela se cruzó de brazos y se mordió los labios. Parecía una niña pequeña recibiendo una reprimenda de su madre.

—¿Se puede saber qué te ocurre?! —añadí con rabia—. ¿Por qué no te cae bien? Y no me vengas otra vez con esa excusa de que lo ves atormentado...

—Te hará daño —interrumpió.

—¿Qué? —Arrugué la cara—. ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has soñado? ¿Es una especie de premonición?

—¡Claro que no! Yo no soy tu madre. No sueño con esas cosas, pero tengo mis recursos. Me fío de mi intuición.

Me llevé las manos a la frente antes de contestar.

—¿Qué tipo de daño?

—Del que más duele. Hija, ¿tú qué crees? El tipo de dolor que te parte el alma en dos.

Me retiré las manos de la frente para volver a mirarla.

—No puedes meterme en una urna de cristal para protegerme.

—No seas inconsciente, Luna. Aún estás a tiempo de evitarlo.

—¿Evitar qué? ¡Ni siquiera sabes lo que va a ocurrir! Además..., le quedan solo unas horas para marcharse. No volveremos a verlo, nona. Ni tú ni yo. Se irá a Gibraltar, se subirá a un barco de la Marina británica y desaparecerá de nuestras vidas para siempre.

Mi abuela me miró en silencio. Sus argumentos se habían agotado.

—Tienes que disculparte con él.

—¿Es necesario? —protestó.

—¡Claro que es necesario!

Abrí la puerta del cuartito y señalé el pasillo con la mano.

—Venga... Delante de mí.

Suspiró de nuevo antes de salir al pasillo. La seguí de cerca y me quedé a un par de metros cuando llegó a la puerta principal, que se había quedado abierta tras mi paso. Jonathan estaba al otro lado, sentado en el escalón de la entrada, de espaldas a nosotras, con el vaso aún en la mano. No se había movido ni un milímetro.

—Jeremy... —dijo mi abuela en tono dócil y resignado—, creo que antes he sido un poco borde contigo. No debería haber reaccionado así. Te pido disculpas.

Jonathan se mostró impasible, como si aquella conversación no fuera con él.

—¿Jeremy? —repitió mi abuela al comprobar que no reaccionaba.

—Me llamo Jonathan. JO-NA-THAN —contestó él con voz seca.

Nona se giró hacia mí y me miró mientras resoplaba.

—Vale, muchacho. Espero que aceptes mis disculpas —dijo ella antes de marcharse en dirección a la cocina.

Me quedé en el pasillo unos segundos, observándolo desde mi posición. Era bastante obvio que le había ocurrido algo más. Di varios pasos y me senté a su lado.

—Parece que tienes un mal día —murmuré.

Hizo una mueca que se quedó a medio camino entre el asentimiento y el hastío, se acercó la pajita a la boca y dio otro trago a la Coca-Cola. Después, agachó la cabeza.

—Pensaba que iban a darme el pasaporte esta mañana, pero es mucho más complicado de lo que creía. Tengo que localizar a mi hermano para que pueda identificarme.

—¿Tienes un hermano?

—Hermanastro. No nos llevamos demasiado bien.

—Entiendo...

Me miró brevemente. Y lo hizo con cara de «¿cómo lo vas a entender?».

—¿No puede identificarte otra persona? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Y tus padres?

—Mi madre es española. Debe hacerlo un ciudadano británico. Y mi padre... —hizo una pausa—, lleva cinco años en una residencia. Tiene alzhéimer. No reconocería ni a su cuidadora.

Me quedé algo paralizada por la información.

—Lo siento —dije al cabo de unos segundos bastante tensos.

—¿Por él? —Se giró otra vez para mirarme. Tenía los ojos entornados—. No lo sientas por él. No se lo merece.

Dijo aquello con una dureza que me puso los pelos de punta.

Al parecer, Jonathan tenía una historia familiar bastante convulsa. Era extraño, porque

aquello chocaba con la imagen del chico alegre que cantaba canciones de *rock* y esa circunstancia aumentó aún más mi curiosidad.

Decidí desviar la conversación hacia otros derroteros. ¿Qué podía decir después de su comentario? Me veía incapaz de abordar el tema y a él lo veía sin ganas de querer afrontarlo.

Abrí mi bolso y busqué el dinero que había sacado del banco.

—Tengo algo que quizá te anime un poco. Esta mañana he recibido el ingreso de tu madre. —Saqué los billetes y se los mostré—. Seiscientos euros. Los he sacado del cajero. Son tuyos.

Se llevó otra vez la pajita a la boca, como si aquello no le importara los más mínimo. Lo miré mientras daba otro sorbo.

—Quédатelos —dijo después con apatía.

—¿Por qué?

—Te lo has ganado. Alojamiento, comida, transporte... Es parte de tu trabajo, ¿no?

Me molestó la manera en la que lo dijo, como si yo hubiera actuado de forma interesada con él.

—¿Lo dices en serio? —pregunté con las cejas arqueadas.

—Sí.

—Pues... ¡sorpresa, Jonathan! ¡No quiero tu dinero! —contesté con orgullo mientras dejaba el fajo de billetes en su mano derecha—. En primer lugar, yo no te he ayudado por ese motivo. Esto nunca ha sido un trabajo para mí.

—No... no quería decir...

—En segundo lugar —interrumpí en tono seco—, es demasiado. Mucho más de lo que costaría tu alojamiento.

—Luna, no quería ofenderte. Te dije que te pagaría...

—Y yo nunca he dicho que fuera a aceptarlo.

—¿Ni siquiera una parte?

—No.

—¿Por qué haces esto? No me conoces de nada.

—Por ayudarte.

—¿Por qué? —volvió a preguntar con el ceño fruncido. Parecía muy interesado en saber la verdad.

Me encogí de hombros y desvié la mirada al suelo.

—No sé, Jonathan. ¿Por qué tiene que haber un motivo? ¿No puedo querer ayudarte sin más? «Que no me note que miento, porque sí que hay un motivo».

—Por favor, Luna, coge una parte —dijo muy serio. No era una petición, era casi una orden.

Giré de nuevo la cara hacia él. Me estaba mirando con los ojos entornados.

Intenté mantener la mente fría porque él iba a marcharse. Él... que era casi un desconocido, que llevaba en mi vida solo tres días, que se mostraba tan distante, que había dejado claras sus intenciones o, mejor dicho, la ausencia de ellas. Jonathan no era nada. No era nadie. Un huésped. Una anécdota. Un borracho tirado en una cuneta. Un delirio de mi madre. Y, aun así, no podía evitar que me inquietara la idea de no volver a verlo.

—Lo hablaremos antes de que te marches —contesté con firmeza, sin coger el dinero.

Me levanté con impulso para entrar en mi casa.

—Luna, espera... —dijo al ver que me dirigía hacia el pasillo.

Me detuve de espaldas a él.

—No hace falta que te vayas, Jonathan. Sé que mi abuela tiene un carácter muy difícil, pero enseguida entra en razón.

—No me importa lo de tu abuela. Tengo un mal día. Eso es todo.

—Entonces... —me giré hacia él—, ¿te quedas?

—Me quedaré hasta que me entreguen el pasaporte. No será por mucho tiempo. Un día o dos, espero.

Asentí despacio y volví a girarme para entrar en casa.

Un día. O dos. Eso era todo.

Era prácticamente nada.

19

JONATHAN

Después del pequeño altercado por las hamburguesas, la vida en aquella casa volvió a la normalidad. No tenía más remedio que aceptarlo; estaba atrapado en Ibiza y dependía de mi hermanastro —con el que llevaba años sin hablar— para regresar a Gibraltar. Aun así, tomé una decisión: intentar que aquello no empañara mi relación con Luna. No podía dejarme arrastrar por esa oscura sombra de pesimismo. Sabía que, en algún lugar de mi ser, existía un tipo más afable de lo que había mostrado en las últimas horas.

Luna y su abuela comieron juntas mientras yo descansaba en mi habitación. Había tomado prestada una novela de Aldous Huxley de la estantería del salón y me tumbé con ella en la cama para matar el rato, pero no leí más de tres páginas seguidas. Mi atención estaba con las voces que procedían del otro lado de la casa. En concreto, con la voz de Luna.

Me sentía cada vez más atraído por ella y aunque trataba de mantener esa sensación a raya, a veces dejaba volar mi imaginación. La recreé en mi mente con el vestido blanco que llevaba ese día. Visualicé sus hombros, su cuello, la línea de su clavícula, las curvas que su cuerpo dejaba entrever bajo la holgada tela de su vestido... Y su boca. La misma boca que había estado a punto de besar en la playa poco antes de saber que tenía novio.

Tuve que hacer un esfuerzo para dejar de pensar en ella en esos términos, porque aquello no podía ser. Por ella, por mí y por muchos otros factores. Intenté centrarme en el libro, pero al final opté por ir a darme una ducha fría.

A las cuatro y media, con el ánimo más relajado en todos los sentidos, salí a buscarla. La encontré en el sofá del salón, jugando con el gato que había visto sobre mi cama la tarde anterior. Me quedé en la puerta para mantener la distancia.

—¿Has descansado? —preguntó ella sin mirarme.

No supe si se dirigía a mí o al gato.

—¿Me hablas a mí?

Levantó la vista y me dedicó una de sus increíbles sonrisas.

—¿A quién si no?

El efecto de la ducha fría desapareció de forma instantánea.

—Sí... Al menos estoy de mejor humor —contesté con torpeza, rascándome la nuca.

«¡Venga, Hartford! Puedes hacerlo mucho mejor».

—Siento mi actitud de antes —añadí con más seguridad—. Estaba bastante cabreado y...

—Lo comprendo. No tienes que disculparte.

Nos miramos en silencio hasta que volví a hablar.

—Necesito pedirte un favor. Me gustaría aprovechar la tarde para comprar un par de cosas. Ya sabes..., ir a Ibiza o a algún centro comercial.

—¿Quieres que te acompañe?

—Iba a pedirte el coche, pero... si quieres venir...

«¿Por qué iba a querer venir, pedazo de imbécil? Tendrá cosas que hacer. Pintar, jugar con el gato, quedar con su novio...».

Pero ella volvió a sonreír.

—Dame diez minutos y nos ponemos en marcha.

Pasamos la tarde en la ciudad de Ibiza. Luna me llevó a varias tiendas del centro. Me compré un paquete de bóxers, desodorante, protector solar factor cincuenta, una camiseta azul marino y una camisa blanca de lino. Fue Luna la que insistió en que me la probara y aunque al principio no estaba muy convencido, tuve que reconocer que me sentaba mejor de lo que esperaba.

Al acabar, la llevé a tomar algo. Nos sentamos en la terraza de una heladería, en un paseo del casco antiguo. Ella se pidió un granizado de limón y yo, una tarrina de helado de tiramisú.

—¿Quieres probarlo? —le pregunté cuando nos sirvieron.

Negó con la cabeza.

—Gracias, pero soy vegana. ¿Recuerdas?

La miré con el ceño fruncido.

—Es de tiramisú. Que yo sepa, no han matado a ningún animalillo para hacer este helado.

—Lleva nata y mascarpone. Son productos de origen animal.

—No me jodas, Luna. ¿No tomas helado porque lleva nata?

—Hay helados veganos, pero este no es uno de ellos —dijo, llevándose la pajita a la boca.

Arqué las cejas y empecé a comer.

—Pues... está buenísimo —dije con la boca llena de helado.

—Me alegro por ti.

—La de placeres que te estás perdiendo.

Se echó a reír.

—Esa frase está muy manida. Y no... —dijo, mirándome con una sonrisa seductora—, los placeres importantes no me los pierdo.

Tosí levemente para no atragantarme con el helado.

«Un momento... ¿Está tonteando conmigo? Porque esa mirada era puro flirteo».

Calculé con fría premeditación mi siguiente frase.

—Gracias por acompañarme. Pensaba que ibas a quedar con tu novio.

—¿Qué novio?

—Se llama Lucas, ¿no?

—Lucas no es mi novio, es mi mejor amigo.

La miré con cara de idiota.

—Ah. Os vi tan juntos y acaramelados que pensé que...

—No, ¡qué va! Lucas siente por mí la misma atracción que sentiría por una ameba.

—¿Por qué? Eres una chica muy guapa.

—Gracias —contestó, ruborizada—. Pero a él le van más los chicos guapos.

Parpadeé varias veces hasta que todo cobró sentido en mi mente.

—Ya entiendo —dije, llevándome el helado a la boca.

Tenía que tapar la sonrisa de gilipollas que acababa de aparecer en mi cara.

Volvimos paseando hacia el coche. Durante el trayecto, alguien llamó al móvil de Luna.

—Preguntan por ti en inglés —dijo ella antes de pasarme el teléfono.

Cogí el aparato con rapidez. Necesitaba recibir buenas noticias.

—¿Quién es? —pregunté, nervioso.

—Jonathan Hartford, ¿cómo te va la vida?

Cerré los ojos y suspiré, aliviado.

—David..., por fin.

—De todos los lugares en los que podías perder el pasaporte, ¿eliges la isla de Ibiza?

—No lo he perdido. Me lo han robado.

—Eso dicen todos...

Oí risas al otro lado. Después, silencio. Era nuestra primera conversación telefónica en más de ocho años.

—Has hablado con Andrew Callan, por lo que veo —dije para romper el incómodo silencio que se había formado tras el saludo y la broma de rigor.

—Sí. He llamado al consulado después de oír tu mensaje. Me han puesto al corriente de todo y me han dado tu número de contacto.

—¿Vas a ayudarme? —pregunté sin rodeos—. Necesito que acudas a una comisaría para identificarme.

—Lo sé, pero lo tengo bastante complicado ahora mismo.

—¿Qué quieres decir?

Me pasé la mano por la frente.

—Estoy en Edimburgo por temas de trabajo.

—Sabes que allí también hay comisarías, ¿verdad?

—He quedado para cenar con un cliente muy importante y mañana tengo reuniones programadas para todo el día, pero vuelvo a casa por la noche. Me pasaré el miércoles a primera hora por la comisaría de mi barrio. Ya he quedado con el tipo del consulado.

Suspiré con resignación. Era muy consciente de que no podía pedirle más. Bastante estaba haciendo ya con responder a mi llamada de auxilio.

—De acuerdo. El miércoles. Muchas gracias, David. Ya sé que... que he estado muy ausente estos últimos años... —titubeé—, y que la última vez que nos vimos...

—Bebiste más de lo que podías tolerar y dijiste cosas de las que te arrepientes.

—Es una forma muy elegante de decirlo. La verdad es que fui un auténtico gilipollas.

Lo oí reírse entre dientes.

—Sí. Lo fuiste.

Me dio la sensación de que también se estaba armando de valor para decirme algo que le costaba verbalizar.

—Jonathan, he pensado muchas veces en llamarte, pero no estaba seguro de si sería una buena idea. —Se quedó en silencio durante unos segundos—. Con el tiempo he comprendido que te fuiste para poner distancia por aquello que te pasó...

—De eso hace ya muchos años —interrumpí con brusquedad. No estaba dispuesto a hablar de ese tema, ni con él ni con nadie—. Mira, David, yo también siento no haberte llamado antes, pero ya no hay vuelta atrás. Intentemos olvidarlo si no te importa.

—Sí. Creo que será lo mejor. —Otra vez silencio—. Y dime..., ¿sigues en la Marina?

—En teoría, sí. A no ser que me expulsen por idiota.

Volvió a reírse

—Me enteré de que te habían ascendido. ¿Dónde estás ahora?

—Destinado en Gibraltar, aunque paso la mayor parte del tiempo en mi buque. ¿Y tú? ¿Sigues en el negocio inmobiliario?

—Ahora llevo grandes cuentas. Viajo demasiado, pero me pagan mucho más.

—Me alegro por ti. ¿Nos veremos el miércoles? Por videollamada, quiero decir.

—El miércoles por la mañana. Allí estaré.

—Muchísimas gracias —añadí con sinceridad—. Me has salvado la vida.

David se quedó callado otra vez. Yo también. No sabíamos cómo cerrar la conversación.

—Jonathan, ¿no vas a preguntarme por el viejo? —dijo unos segundos después.

—Sé que ya no reconoce a nadie. Su cuidadora me envía mensajes de vez en cuando para ponerme al corriente.

—Entonces no hay mucho más que debas saber.

Nos despedimos con un saludo escueto pero cordial. Me dio la sensación de que, a pesar de la tirantez provocada por años de distanciamiento, al fin habíamos tenido una sana conversación entre adultos.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Luna cuando colgué.

—Muy bien —dije, satisfecho—. Mucho mejor de lo que esperaba.

—¿Era tu hermanastro?

Asentí con la cabeza mientras le devolvía el móvil.

—¿Te ayudará?

—Irá el miércoles a identificarme. Está en Edimburgo por trabajo y no puede hacerlo antes.

—Entonces tendrás tu pasaporte pasado mañana.

—Sí. Por fin —dije sin mirarla.

Y, por primera vez, sentí que esas palabras no me alegraban tanto como deberían haberlo hecho.

20

LUNA

Lo pasamos muy bien aquella tarde. Acompañé a Jonathan a hacer sus compras y después me invitó a un granizado. Tuvimos la oportunidad de charlar sobre muchas cosas, la mayoría, temas triviales, como el estilo de ropa que le gustaba, la comida vegana, el tráfico de Ibiza y lo bonito y distinto que era el casco antiguo en comparación con el resto de la ciudad. También hablamos sobre Lucas. Le aclaré que era mi mejor amigo y que, entre nosotros, no se contemplaba otra opción. Lo noté sorprendido por ello, pero no quise ahondar al respecto. Me conformaba con esa nueva sensación de fluidez, la de estar con alguien que disfrutaba de mi compañía, alguien con quien podía ser yo misma sin sentirme juzgada a pesar de nuestras múltiples diferencias. Porque Jonathan y yo éramos muy distintos en muchos aspectos: carácter, gustos, aficiones, alimentación, filosofía, estilo de vida... Y, sin embargo, nos sentíamos muy cómodos el uno con el otro. A veces bromeábamos, nos picábamos mutuamente, pero a los dos nos gustaba ese tira y afloja.

De vuelta a casa, ya en el coche, me lancé a sacar otro tema que llevaba horas rondando por mi cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dije con las manos en el volante.

Me miró extrañado y asintió.

—¿Eres alérgico a la penicilina?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi en tu placa. La dejaste anoche sobre el lavabo.

Lo admito, mentí un poquito. La placa no estaba en el lavabo, sino dentro de su bolsa de aseo.

—Es la chapa que me dieron en la escuela naval. Ya no me la pongo, aunque... debería.

—¿Por qué?

—Solo la llevan los soldados que están desplegados o los que tienen alguna tara, como yo.

—¿Lo consideras una tara? —dije con una sonrisa.

—Sí, una muy peligrosa. De pequeño, estuve al borde de la muerte.

La sonrisa se me borró de inmediato.

—¿Lo dices en serio?!

—Muy en serio.

—¿Cuándo? ¿Qué te pasó?

—Era muy pequeño, tenía tres o cuatro años. Me recetaron amoxicilina por culpa de unas anginas y sufrí un *shock* anafiláctico. Se me inflamó la garganta y me desmayé en la cocina —dijo, llevándose la mano al cuello.

—¿Y cómo saliste de aquello?

—Mi madre me inyectó adrenalina. Era enfermera y enseguida se dio cuenta de lo que estaba pasando. Por suerte, había una dosis en casa. Mi padre también es alérgico a una buena lista de cosas y guardaba un vial en el botiquín de su despacho, por si acaso. Trabajaban juntos en el hospital y tenían acceso a todo tipo de medicamentos. Si no hubiera sido por eso, quizá ahora no estaría aquí sentado.

—¡Caray! Menuda historia. Yo de ti, llevaría siempre la placa.

—Se me olvida. A veces la dejo en el lavabo o en la bolsa de aseo antes de meterme en la ducha y pasan días hasta que me doy cuenta de que sigue allí.

—¿Eres alérgico a algo más?

—A los ácaros, a los gatos, a la piel del melocotón...

—¡Madre mía! ¡En mi casa entran un montón de gatos! Hablaré con mi abuela para que no vuelva a ocurrir.

—Gracias.

—No quiero que te dé otro choque anafiláctico. Yo no tengo adrenalina en casa.

Rio entre dientes.

—Tranquila. Los gatos solo me dan urticaria, pero si los mantienes alejados, muchísimo mejor.

Estábamos llegando a casa cuando tuve una idea. Quería aprovechar la buena sintonía que había surgido entre nosotros para proponerle un plan. En realidad, llevaba horas pensando en ello.

—Jonathan, ¿te apetece salir esta noche conmigo y con mis amigos? —le pregunté sin rodeos.

—¿A dónde?

—A San Antonio, seguramente.

—Y a ellos, ¿no les importará?

—¿Por qué iba a importarles? Vendrá Lucas, ya lo conoces. Y también mi amiga Marina. Lo pasaremos bien. A no ser que prefieras quedarte en casa con mi abuela.

Tardó en contestar.

—Iré con vosotros —dijo, escueto.

A pesar de su tono neutro, lo miré de reojo y lo vi sonreír.

Tenía un plan. Era un poco arriesgado, aunque, hasta el momento, lo de asumir riesgos no se me daba mal. Quería despertar al chico alegre y despreocupado que había visto en mi sueño. Estaba segura de que, en el interior de Jonathan, existía una persona capaz de soltar toda esa rigidez y dejarse llevar. Y para ello, nada mejor que un micrófono y un escenario. Si aquello no funcionaba, al menos nos reiríamos un rato.

Al llegar a casa, llamé a Lucas y le expliqué mis planes. Como buen amigo que era, enseguida se ofreció a organizar la salida.

Cenamos en la terraza con nona. Mi abuela estuvo bastante comedida en sus formas y conversación. Jonathan, por su parte, hizo gala de sus excelentes modales británicos y se comportó como si no hubiera ocurrido nada entre ellos.

Después de la cena, me duché y me vestí para la ocasión. Elegí unos vaqueros ajustados y un top negro que llevaba meses guardado en el armario a la espera de una noche especial. Me maquillé un poco más de lo habitual y salí en busca de Jonathan. Me esperaba sentado en el sofá del salón. Llevaba su camiseta nueva y sus vaqueros y olía a ese maravilloso desodorante del que ya me había declarado fan absoluta.

Se levantó al verme entrar. Nos dedicamos una sonrisa tímida, como dos adolescentes que han quedado para su primera cita.

—Estás muy guapa —dijo con las manos en los bolsillos.

No recuerdo mucho más de lo que hablamos a continuación. Podría haberme recitado la tabla periódica y yo le habría sonreído como una idiota. Mi atención se centró en otros detalles: en sus ojos, que a veces eran tan brillantes que parecían de caramelo, en lo bien que le sentaban esos vaqueros y en la sonrisa que él trataba de disimular y que, a pesar de sus esfuerzos, se abría paso

en su rostro a cada instante.

Lucas nos recogió en su coche a las diez y media. Me senté delante, junto al conductor, y Jonathan ocupó el asiento trasero.

—¿A dónde vamos? —preguntó desde atrás.

—Ya lo verás... —contesté con voz misteriosa antes de encender la radio del coche.

Tardamos veinte minutos en llegar a San Antonio. Aparcamos el coche cerca de la playa y fuimos caminando hasta la entrada del bar. Era un local alargado, lleno de mesas. Al fondo había un pequeño escenario donde un aficionado cantaba *The Final Countdown* bajo un foco de luces de colores bastante horterá.

—¿Qué es esto? —preguntó Jonathan con una expresión que combinaba una mezcla de miedo, asco e incredulidad—. ¿Me habéis traído a un karaoke?

—¡Sorpresa! —gritó Lucas.

—¿Nunca has estado en un karaoke? —le pregunté con temor.

—No —contestó con el ceño fruncido, como si la respuesta fuese tan evidente que la pregunta resultaba ofensiva.

—No ponga esa cara, teniente —dijo Lucas—. El secreto es pillarse un buen pedo antes de salir al escenario.

Buscamos a Marina, que estaba sentada en una de las mesas de primera fila. Nos acercamos, nos saludamos y le presenté a Jonathan. Él le ofreció la mano, como buen inglés, pero ella la apartó y le plantó dos besos en la cara.

Lucas soltó una breve carcajada antes de acercarse a mi oído.

—Creo que el pájaro está a punto de salir huyendo —me dijo en voz baja.

Miré otra vez a Jonathan, parecía muy incómodo. Se sentó a mi lado con los brazos cruzados, los hombros tensos y la mandíbula apretada. Su lenguaje corporal era toda una declaración de intenciones.

—He cogido turno —explicó Marina con entusiasmo—. Tenemos a cuatro personas delante. ¿Ya sabéis lo que vais a cantar? Hay que decírselo al tío que controla la música.

—Yo no voy a cantar —anunció Jonathan.

—¿Por qué no? —dije, desilusionada—. Canta conmigo.

—No, Luna. Pero te prometo que te daré un buen aplauso desde mi asiento.

Lo miré con decepción mientras la camarera se acercaba y tomaba nota de las bebidas.

—Por favor —insistí después—. Me encantaría oírte cantar.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó otra vez con el ceño fruncido.

«Porque anoche soñé con el joven Jonathan que fuiste una vez y te vi cantar, y tus ojos brillaban mientras lo hacías», pensé.

—Tienes pinta de hacerlo bien. —Jonathan sonrió levemente—. ¡Venga, ánimo! Te haré un descuento en el alojamiento —añadí antes de guiñarle el ojo. Intentaba ser lo más persuasiva posible.

—Si lo hago, ¿cogerás el dinero?

—Me lo pensaré.

—¿Y qué quieres cantar?

—Déjame que elija la canción. Será una sorpresa.

Me miró pensativo durante unos segundos. Después, comenzó a darme indicaciones como si estuviese dando órdenes militares.

—Nada de baladas ni ñoñerías. Que sea en inglés. Te acompaño al escenario y... ya veremos si canto el estribillo.

—¡Bien!

—Pero tú aceptarás mi dinero.

No contesté porque, en el fondo, no pensaba aceptarlo. Me acerqué al DJ y le pedí *I Want To Break Free*, la misma canción que le había visto cantar de adolescente con entusiasmo.

Esperamos nuestro turno mientras comentábamos el escaso talento de las personas que actuaron antes que nosotros. Cuando llegó el momento, me levanté con ímpetu y fui directa al escenario. Jonathan me siguió arrastrando los pies, como si fuera camino de la horca.

—¡Venga, teniente! —gritó Lucas desde su silla—. ¡Enséñale a papá lo que sabes hacer!

—¿Es siempre tan entusiasta? —preguntó Jonathan en voz baja, tapando el micrófono con la mano.

—No te haces una idea.

En ese momento comenzó la canción: la música electrónica, el sonido del teclado, la batería, la guitarra y la melodía inconfundible. Miré a Jonathan de soslayo con una sonrisa en la boca. Estaba segura de que, al reconocer la canción, comenzaría a cantar de inmediato, pero no sucedió nada de lo que había imaginado. En lugar de ello, se quedó paralizado, completamente serio, como si acabara de recibir una noticia devastadora.

Entonces se giró hacia mí.

—No puedo —dijo sin más.

Y dio media vuelta para bajar del escenario. Fui detrás de él y lo agarré del brazo para detenerlo.

—Espera... ¿Qué te pasa? —pregunté con desconcierto. ¿A que venía esa reacción?

Me echó una mirada sombría.

—No me gusta Queen.

—¿Qué?! ¿Me tomas el pelo? Eres inglés. ¡Claro que te gusta Queen!

—¡He dicho que no puedo!

Lo dijo casi con desprecio. Se giró de nuevo, dio un tirón del brazo para soltarse de mí y me dejó ahí plantada.

Tardé un par de segundos en darme cuenta de que todo el bar me estaba mirando. Volví muerta de vergüenza hasta el micrófono y me fijé en la pantalla para comprobar que la letra ya había comenzado. Intenté engancharme, pero apenas podía moverme.

—*God knows* —dije en voz baja y desafinada—. *God knows I want to break free.*

Al menos Lucas llegó en mi ayuda. Subió al escenario y comenzó a cantar a mi lado con voz animada para salvar la situación. Canté sin ganas, preguntándome por qué se había enfadado.

Terminé la actuación con un nudo en el estómago. Jonathan me observaba desde su asiento con los brazos cruzados y el rictus serio. Mientras, Marina nos aplaudía como si le fuese la vida en ello. Era la única que lo hacía en todo el bar.

Me fui directa hacia él.

—¿Por qué has hecho eso? —le dije, molesta, en cuanto me senté a su lado.

—No me gusta esa canción.

—No te creo, Jonathan.

Minutos antes hubiese jurado que él adoraba esa canción.

—Punto negativo, teniente —dijo Lucas cuando se unió a nosotros—, punto muy negativo.

Jonathan le echó una mirada asesina.

—Voy a la barra a pedir otra cerveza —murmuró mientras se ponía en pie.

Y así, sin más, dio media vuelta y se largó.

—Joder, Luna..., ¿de dónde has sacado a este tío? —preguntó Marina con asombro cuando

se marchó.

—De una cuneta —dijo Lucas con sorna.

—Lo conocí el viernes en el mercado —aclaré—. Me compró una acuarela. ¿No te acuerdas? A Marina se le iluminó la cara.

—¡El tío de la acuarela! El caso es que me sonaba su cara.

—Le han robado el pasaporte y está alojado en mi casa hasta que se resuelva su situación.

—Santa Luna de la misericordia —murmuró Lucas.

—¿Y por qué está de morros? —preguntó Marina.

—No tengo ni idea.

Jonathan se sentó en la barra y se pidió otra cerveza. Esa reacción me dejó aún más desconcertada de lo que ya estaba. Mis amigos trataron de ignorar lo que acababa de ocurrir, pero yo no podía dejar de mirarlo. Pasaron varios minutos. Marina subió a cantar *I Will Survive*. Jonathan aún permanecía en la barra cuando acabó.

—Esto es surrealista —comenté, molesta.

Me levanté y caminé hacia él con paso decidido.

—¿Puedo saber qué te pasa? —le pregunté con rabia cuando llegué a su lado.

Él abrió la boca, pero no dijo nada.

—No hace falta que me digas otra vez que no te gusta esa canción. —Suspiré un momento para calmarme—. Oye, no sé qué es lo que te ha molestado. Intentaba que pasásemos un buen rato, pero ha quedado claro que tú no estás por la labor. Siento haberte traído aquí. Ha sido una pésima idea.

Me quedé callada unos segundos, pero él no contestó.

—Estaré en la mesa —añadí, enfadada—. Si quieres algo de mí, ya sabes dónde encontrarme.

Me di media vuelta y volví a mi asiento.

—Pedidme otro mojito —le dije a mis amigos después de beberme el vaso de un trago.

—Te recuerdo que el ron en grandes dosis te sienta regular —me comentó Lucas.

—Me da igual. La noche ya se ha torcido.

—Puede que tenga miedo escénico —sugirió Marina—. A mi prima Laura le pasa. No soporta ser el centro de atención. Se pone muy nerviosa cuando...

—No es eso —interrumpí.

—¿Y qué es?

Me encogí de hombros. Estaba totalmente perdida.

Traté de no mirarlo durante los siguientes minutos. De vez en cuando, Lucas me informaba de su situación.

—Sigue en la barra con su aspecto de teniente atormentado.

Al rato, se puso de pie.

—Se ha levantado —dijo Lucas con disimulo—. No te lo vas a creer. Se ha acercado al tío que pone las canciones.

—Creo que va a salir a cantar —dijo Marina.

—¿En serio?

Me giré hacia él y comprobé que la cosa iba muy en serio. Jonathan subió al escenario, que en ese momento estaba vacío. El DJ detuvo la música que sonaba para conectar otra vez la máquina del karaoke. Se encendieron las luces de colores y Jonathan se tapó los ojos con una mano porque tenía un foco apuntándole a la cara.

Nos quedamos los tres con la boca abierta cuando comenzó la música. Se oyó un bajo que a

todos nos resultaba familiar. Era Queen, otra canción distinta a la que yo había elegido. Se trataba de una versión reducida de *Another One Bites The Dust*.

«Con que no te gusta Queen, cabrón mentiroso».

Jonathan, que en un principio parecía estático, empezó a mover el pie al ritmo de la música mientras sujetaba el micrófono con ambas manos. De pronto, comenzó a cantar.

—*Let's go*.

Me quedé perpleja al oírlo. En primer lugar, porque no me lo esperaba. Y en segundo lugar, porque cantaba muy bien, demasiado bien, con voz potente y afinada, como si llevara toda la vida ensayando esa canción. Aun así, no fue la voz lo que más llamó mi atención, sino la seguridad que mostraba en el escenario. Ni siquiera necesitaba mirar la pantalla para seguir la letra. Jonathan se fue soltando poco a poco y adoptó una postura macarra y chulesca, como lo hubiese hecho el solista de un grupo de *rock*, sujetando el soporte del micrófono muy cerca de su boca mientras movía su cuerpo al ritmo de la música.

Enseguida me di cuenta de que había captado la atención de todo el local. La gente empezó a corear el estribillo e incluso algunos daban palmas y chasqueaban los dedos.

—¿Lo sabías? —comentó Marina.

—¿Si sabía qué? —contesté.

—Lo bien que se le da.

—No a este nivel.

—¿Has visto cómo se mueve? —me dijo Lucas al oído—. Luna..., este tío tiene un polvazo.

Le di un codazo en las costillas mientras sonreía con las mejillas encendidas.

Cuando terminó la canción, la sala entera comenzó a aplaudir. Se oyeron silbidos desde el fondo y gente que coreaba «otra, otra».

Jonathan se quedó un momento allí, clavado en el escenario. Curvó los labios formando una sonrisa muy *sexy* y entonces me miró. Vocalizó dos palabras que no pude oír, pero que entendí perfectamente por el movimiento de su boca.

«Lo siento».

Le devolví la sonrisa mientras le aplaudía.

—Estás perdonado.

21

JONATHAN

La noche fue muy distinta a como yo la había imaginado. Luna me llevó a un karaoke en el que, en condiciones normales, jamás hubiese puesto un pie estando sobrio. Insistió en entrar, dijo que sería divertido y después insistió en cantar conmigo. A pesar de mis reticencias, quise complacerla con la excusa de que aceptara mi dinero. Subí al escenario sin ganas y... ocurrió. De todas las canciones que han existido en la larga y extensa historia de la música, eligió la única que soy incapaz de oír y cantar. La única con el poder de nublar la mente.

Me comporté como un cretino. Me bloqueé. Me entró pánico y la dejé tirada en el escenario. Y, por si eso no fuera suficiente, me largué después a la barra sin dar ninguna explicación.

Cuando Luna se acercó después para hablar conmigo, me di cuenta, una vez más, de que no era capaz de abordar el tema como un adulto emocionalmente estable. Porque yo no era ese tipo de persona, pero ella desconocía la realidad de mi vida. No podía contarle por qué había reaccionado de ese modo. No podía explicarle que *esa* era nuestra canción, la de Liam y la mía. La misma que yo había cantado miles de veces siendo un crío y que, años después, se había transformado en un oscuro recuerdo que trataba de evitar a toda costa.

Aun así, intenté buscar una solución para salir del atolladero, porque había metido la pata y lo sabía. Quería pedirle disculpas por mi comportamiento. Todavía estaba a tiempo de remontar la noche. Después de pensarlo durante varios minutos, decidí volver al escenario como ella me había pedido, porque, como todo el mundo sabe, *the show must go on*. Y puestos a continuar con el espectáculo, decidí hacerlo con una canción que ya había cantado cientos de veces en otra vida y que, modestia aparte, se me daba bastante bien. Me gusta apostar por el caballo ganador.

Luna me perdonó y todos volvieron a integrarme en el grupo como si no hubiera pasado nada. En cuanto acabé mi actuación, salimos de aquel karaoke infernal y fuimos a un *pub* cercano.

Ella quería bailar, pero yo nunca he sido un gran amante del baile.

—Vamos, Jonathan, ven con nosotros —dijo, tirando de mi muñeca.

Negué con la cabeza.

—No se me da bien bailar.

—Eso no es verdad. Te movías muy bien en el escenario.

—No es lo mismo —dije con una sonrisa discreta.

Se dio por vencida muy pronto. Supuse que ya había tenido bastante con el episodio del karaoke. A esas alturas de la noche, debían de verme todos como el bicho raro y aburrido al que era mejor no insistir. Me sentía fuera de lugar, como si no acabara de encajar en el grupo de amigos de Luna, y sabía que, en cierto modo, era por mi culpa, pese a mis esfuerzos por arreglar las cosas con ella. No quería parecer un rarito antisocial, pero tenía que ser sincero conmigo mismo: las relaciones amistosas no eran mi fuerte. Quizá lo habían sido en épocas remotas de mi vida, pero llevaba una década encerrado en mí mismo y eso era algo que no se podía cambiar de la noche a la mañana.

Luna se fue a bailar con sus amigos y yo me quedé en la barra mientras me tomaba otra cerveza. Esos términos se habían convertido en la inercia de la noche: solo-barra-cerveza. Pero, como no hay mal que por bien no venga, aproveché la ocasión para ver cómo bailaba desde mi posición y confieso que no le quité los ojos de encima durante el rato que pasamos en el local.

Fue allí, mientras la miraba bajo las luces azuladas, donde tomé conciencia de que la

atracción que sentía por Luna se me estaba yendo de las manos. Me gustaba todo en ella: la forma en la que movía su cuerpo, su voz, sus ojos negros, su increíble sonrisa, su piel. Me imaginé el sabor que tendría. Quería tocarla, olerla, saborearla..., pero sabía que pronto me iría y que no debía encapricharme más de la cuenta. Porque yo era su huésped y ella era mi anfitriona. Porque me había acogido en su casa sin pedirme nada a cambio y yo aún tenía que convencerla para que aceptara mi dinero. Porque en dos días me alejaría para siempre y «para siempre» no tenía vuelta atrás. No para mí. Pese a todo, no podía dejar de mirarla y de comérmela con los ojos.

No nos quedamos mucho más tiempo en el *pub*. En cuanto me acabé la cerveza, nos despedimos de Marina y regresamos caminando hasta el coche. Durante el trayecto de vuelta, Lucas nos contó que a la mañana siguiente tenía que llevar a un grupo de turistas a una sesión de buceo.

—Iremos al islote de Lladó. ¿Por qué no os venís?

—Jonathan, ¿has buceado alguna vez? —me preguntó Luna desde el asiento del copiloto.

Yo tenía la mirada perdida en la oscuridad de la ventanilla. Giré la cara hacia delante e intenté sonar afable.

—Hace tiempo que no lo hago, pero tengo el Rescue Diver.

—¿El Rescue Diver? —repitió ella—. ¡Guau! Eres un hombre con recursos.

Sonreí levemente.

—Me saqué el título en la escuela naval.

—Mañana tengo el día libre. ¿Te gustaría venir con nosotros a bucear? —me preguntó ella con cautela.

—El instructor es amigo nuestro —añadió Lucas—. Puedo pedirle que traiga dos equipos para vosotros.

—Eh... supongo que sí —titubeé—, no tengo nada que hacer hasta el miércoles.

—¡Genial! —exclamó ella—. Dile a Alberto que cuente con nosotros.

Llegamos a casa de Luna cerca de las dos. Ella se despidió de Lucas con un abrazo efusivo y se encaminó hasta la entrada. Yo le dije un simple «hasta luego» antes de cerrar la puerta del coche.

—Tss..., teniente, ven aquí —me dijo él desde su asiento. Tenía la ventanilla bajada.

Me giré, extrañado, y di dos pasos hacia el vehículo.

—Acércate más —añadió en voz baja—. Quiero decirte una cosa.

Miré a Luna. Caminaba en dirección a su casa, ajena a nuestra conversación. Di otro paso hacia Lucas. Él sacó la cabeza por la ventanilla y la acercó a mí antes de decirme algo en voz baja.

—A Luna la pone muy cachonda que le susurren cosas al oído. —Me separé y lo miré con el ceño fruncido—. Tío, no te lo digo por experiencia. Me lo contó una noche que fumamos maría.

Le sostuve la mirada sin saber qué decir.

—¡DE-NA-DA! —exclamó antes de arrancar el coche y salir hacia la carretera.

Me giré, turbado. Fue el efecto de oír las palabras «Luna» y «cachonda» en la misma frase. Ella me esperaba en la entrada junto a la puerta abierta con su sonrisa radiante y esos vaqueros que se ceñían a su cuerpo y dejaban poco a la imaginación. Aceleré el paso para acercarme.

—¿Qué te ha dicho Lucas? —preguntó cuando llegué a su altura.

—Ah... pues.... algo de quedar conmigo a tomar unas birras.

—¿Seguro? —dijo ella con desconfianza.

No contesté. Le dediqué una sonrisa bobalicona antes de cruzar la puerta y detenerme a su

lado.

—Siento que no te lo hayas pasado bien esta noche —dijo después de cerrar.

—¿Qué?! No. Ha sido diferente a lo que esperaba. No estoy acostumbrado a bailar y... a cantar en ese tipo de garitos.

Se apoyó en la pared del recibidor con los brazos cruzados en la espalda y me miró fijamente.

—Lo siento. Pensé que esa canción iba a gustarte.

—Luna, no tienes que pedirme perdón. Soy yo el que siente haberse comportado así. Sé que te debo una explicación, pero... —Me pasé la mano derecha por la frente y suspiré—. Quizá algún día, ¿vale?

—¿Algún día? —repitió ella, despacio—. ¿Significa eso que volveremos a vernos después de que te vayas?

Esquivé su mirada un instante.

—No puedo responder a eso —contesté en voz baja.

La miré de nuevo. Seguía apoyada en la pared con sus ojos clavados en mi boca, esperando a que yo diera el paso definitivo para deshacer de una maldita vez la escalada de tensión sexual que había surgido entre nosotros.

—Pero a ti... ¿te gustaría? —preguntó con voz sugerente.

Se mordió el labio inferior. Yo tragué saliva.

—No depende de mí —contesté con voz firme mientras intentaba mantener el control.

Todos mis esfuerzos fueron en vano. En mi mente se proyectó un arsenal de imágenes muy explícitas: vi mi mano desabrochando el botón de su pantalón y bajando la cremallera de sus vaqueros. Y mis dedos abriéndose paso después entre sus piernas, muy hondo, muy adentro.

«Hartford, si sigues por este camino, te va a dar un jodido infarto».

—¿Y de qué depende? —preguntó.

Mantuvo su mirada en mi boca. Los segundos pasaron, pero yo no me moví. Me quedé paralizado. Me habían atraído muchas mujeres en el pasado y había tenido decenas de encuentros esporádicos, pero ella... Con Luna todo era distinto, porque a su lado me sentía extraño, desarmado, me embargaba una profunda sensación de pérdida de control. Y yo necesitaba dominar la situación, estar al mando de cada aspecto de mi vida. Llevaba años manteniéndome en guardia y eso era algo a lo que no estaba dispuesto a renunciar.

—Tengo... tengo que ir al aseo —murmuré—. Buenas noches.

Me giré y la dejé sola.

Fui directo al cuarto de baño, cerré la puerta, abrí el grifo del lavabo y me empapé la cara con agua fría. Estábamos a mediados de septiembre, pero en esa casa siempre hacía calor. ¿O era yo, que estaba al borde de la combustión espontánea? Me miré en el espejo.

«¿Qué estás haciendo, Hartford?», pensé.

Mi reflejo no contestó, pero yo volví a preguntarle. Y lo hice en voz baja, apoyándome con ambas manos sobre el lavabo, como si tratara de intimidarme a mí mismo.

—¿Qué coño haces?! Crees que tienes la situación controlada, pero no controlas una mierda. Ella te gusta demasiado y «demasiado» es algo que no te puedes permitir.

Me separé un poco del espejo, cerré los ojos y respiré hondo para evaluar la situación. Pero la situación no se dejaba evaluar. La situación fluía por mis venas, abriéndose paso a través de mí como un río embravecido. Iba a reventar de calor. Pensé en darme una ducha, pero ya era tarde. Era muy tarde para muchas cosas, sobre todo, para comerme la cabeza delante de un maldito espejo. Abrí los ojos y observé otra vez mi reflejo.

—Vale... Quizá esté exagerando. Tampoco pasaría nada por echar un polvo —murmuré en

tono despreocupado—. Los dos sabemos lo que hay. El miércoles o el jueves se acabará, y es bastante improbable que volvamos a vernos. Será un bonito recuerdo. Joder..., será un recuerdo de la hostia.

Y así, en cuestión de segundos y recurriendo a un argumento más simple que el manual de una cremallera, tomé la decisión. No estaba yo para grandes elocuencias. Me eché desodorante, me lavé los dientes y salí para buscarla.

En el pasillo reinaba el silencio. Me pasé por el salón y por la cocina, pero las luces estaban apagadas. Tampoco había nadie en el jardín. Solo me quedaba un lugar donde buscar. Caminé otra vez hacia el pasillo y me detuve frente a su dormitorio. El corazón me bombeaba con fuerza cuando golpeé su puerta con suavidad y abrí el pomo para entrar. En la habitación, todo estaba en penumbra. Di dos pasos y cerré la puerta. Luna ya estaba metida en la cama, tapada hasta las cejas con la sábana. Me di cuenta de que había perdido demasiado tiempo elucubrando en el cuarto de baño. Me acerqué por su espalda, me senté en el borde del colchón y acaricié su brazo con mi mano por encima de la sábana. Ese simple gesto me provocó una descarga de excitación.

—Luna..., ¿estás dormida? —susurré—. Siento haberme ido tan rápido.

Ella dio un respingo, alargó el brazo hacia la lamparita de su mesilla y encendió la luz.

—¡¡¡JODER!!! —grité.

Salté de la cama y di un paso atrás. Era Penélope. Me miró con aire inquisidor.

—Te has equivocado de cuarto —sentenció con voz lúgubre.

Me mantuvo la mirada como si me estuviese retando a un duelo al amanecer.

—Lo siento —alcancé a decir con torpeza—. No quería molestarte. Sigue durmiendo.

Me dirigí hacia la puerta con rapidez.

«Hartford, que no te note la erección. Ahora mismo se podrían colgar perchas en tu bragueta».

—Jeremy...

Giré la cara, avergonzado.

—Como dejes preñada a mi nieta, te cortaré los huevos en pedacitos.

Asentí con la cabeza.

—Buenas noches a ti también —añadí antes de salir de la habitación y cerrar la puerta.

Apoyé la espalda en la pared del pasillo y me sujeté la frente con las manos apretadas.

«¡Serás gilipollas! Tercera puerta a la derecha... ¡¡¡Capullo!!!».

Tenía dos opciones: olvidar lo que acababa de ocurrir e ir directo a la habitación correcta o esperar a que se me pasara el bochorno. Lo tuve bastante claro, porque el río embravecido que había recorrido mi cuerpo minutos antes acababa de convertirse en un débil riachuelo en tiempos de sequía.

Decidí salir a tomar el aire con la esperanza de que *aquello* levantara el vuelo de nuevo. No era fácil recuperar la motivación con la imagen reciente de Penélope en camisón. Atravesé el porche, bajé al jardín y llegué caminando hasta el seto que lindaba con la casa de al lado. No sabía a dónde ir, tan solo estaba haciendo tiempo para recuperar el ánimo y olvidar lo que acababa de pasar.

Enseguida me di cuenta de que había alguien al otro lado del seto. Me llegó un fuerte olor a marihuana y vi la lucecita incandescente de un cigarrillo.

—Eh, Jonathan, ¿cómo lo llevas?

Era Gunther, el vecino nudista de Luna. Estaba fumando en una hamaca de su jardín.

—Ya ves... Por aquí, dando una vuelta —contesté, esquivo, sin demasiadas ganas de hablar.

Se levantó y se dirigió al seto. Estábamos en penumbra, pero pude percatarme de que no

llevaba nada encima para variar. Los huevos le brillaban con la luz de la luna.

«Genial. Con esto ya no levanto el vuelo hasta dentro de una semana».

Estiró su brazo hacia mí con el porro en la mano.

—¿Quieres? —me ofreció.

Dudé por un instante. En condiciones normales, yo debía estar en el HMS Trent, cubriendo un turno de noche en el puente de mando del buque. Pero estaba allí, en el corazón de Ibiza, junto a un tío desnudo que fumaba hierba, minutos después de haber asaltado el dormitorio de una anciana en mitad de la noche por culpa de un calentón.

—A la mierda. Pásamelo.

Cogí el porro y le di una buena calada.

—Dios... —murmuré con los ojos cerrados mientras soltaba el humo—. Cómo lo echaba de menos.

—¿Fumas hierba con frecuencia? —me preguntó.

—No, no... En la Marina está prohibido. Echo de menos el acto de fumar. Dejé el tabaco hace dos años, pero no hay un puñetero día en el que no piense en volver.

Le di un par de caladas más antes de devolvérselo.

—Esto pega fuerte —comenté con los ojos entornados.

—Sí. Cosecha particular.

Me eché a reír sin motivo aparente. Los efectos de la marihuana no se hicieron esperar.

—¿Qué tal te va con Luna? —me preguntó.

—¿Con Luna? —Me encogí de hombros—. Ahí vamos.

—Tío... —dijo él, mirándome a través del humo—. Me gustaría darte un consejo sobre ella.

—No te cortes. Esta noche todos me dan algún consejo.

—Trátala con dulzura. Ella es... es... como una flor de cactus.

—¿Una flor de cactus?

—Sí, tío. Es hermosa, resistente, y tienes que ir poco a poco con ella para no pincharte. Ya sabes lo que quiero decir.

Lo miré con el ceño fruncido.

—La verdad es que no. Ni puta idea.

Volvió a pasarme el porro y yo le di otra calada.

—Hay tanto amor en ella... Lo pasó muy mal cuando murió Iris. Era una persona increíble.

—¿Iris era su madre?

—Sí, tío. Son mujeres diez. Me ayudaron mucho cuando llegué a la isla. Acababa de divorciarme y estaba en plan «quiero morir». Pero ellas... tienen todo ese poder. —Se acercó a mí para decirme algo en voz baja—. El poder de las chamanas.

Me entró la risa otra vez. Esa mierda pegaba fuerte.

—Tengo ganas de comerme un pepinillo —dijo de repente—. ¿Te apetece uno?

—¿Que si me apetece? He cenado judías verdes con tofu. Me comería un bote entero de pepinillos y también un chuletón.

—Chuletones no tengo.

—Me lo imaginaba. ¿Tú también eres de ellos?

—¿Ellos?

—Los veganos —dije con voz tétrica.

—Más o menos, aunque a veces aún le hincó el diente a una buena *bratwurst*.

Lo miré con la desesperación de un yonqui.

—¿Tienes *bratwurst*, Gunther? —pregunté con solemnidad.

—Tal vez —contestó con aires de misterio, como si estuviese trapicheando con algo ilegal—. ¿Quieres una *bratwurst*, Jonathan? Tengo una bastante... grande.

—Un momento —dije tensando mi cuerpo—, hablamos de comida, ¿verdad?

—Y de la buena, tío. Las traigo yo mismo de Frankfurt.

—Te pago lo que me pidas por una salchicha. Te hago la declaración de la renta, te dono un riñón...

—Podría... —hizo una pausa para darle énfasis al asunto—, podría preparártela ahora mismo.

—¿Ahora?

Él asintió despacio y yo comencé a salivar. Era bastante evidente que ya no iba a echar un polvo, pero al menos me llevaría algo sustancioso al estómago.

—Gracias. Te debo una. En realidad, te debo dos porque me dejaste la camisa.

—No me debes nada, tío. Noto... —Gunther empezó a trazar círculos imaginarios con las manos—, noto esa conexión entre nosotros. Ya sabes, colegas de *bratwurst*. Acompáñame.

Crucé el seto sin dudar y me metí en su propiedad.

—Y Jonathan... —me dijo antes de darle la última calada al porro—, ni una palabra de esto a la vieja.

22

LUNA

Al día siguiente me desperté temprano a pesar de haberme acostado tarde, y me quedé un rato en la cama mientras repasaba la noche anterior. Había sido una velada rara en muchos aspectos. No acababa de cogerle el punto a Jonathan. A veces tenía la sensación de que le gustaba. Otras, en cambio, parecía incómodo y reaccionaba de un modo brusco. Seguía sin saber por qué se comportaba de ese modo, pero intuía que debía de haber un buen motivo. Su historia personal se había convertido en una especie de enigma para mí. Quería descubrir lo que escondía detrás de esa fachada, tenía el don adecuado para lograrlo, pero había dos grandes inconvenientes: mis reparos morales y el escaso tiempo que me quedaba.

Después de mi ratito de divagaciones, me vestí y fui a la cocina para preparar el desayuno. Eran las nueve y cuarto y habíamos quedado a las diez y media en el puerto deportivo de Ibiza para embarcar en el yate de Lucas.

Mi abuela estaba sentada en la mesa tomando un té.

—¿Qué? ¿Has pasado una buena noche? —me dijo con un extraño tono de retintín.

—Me fui a la cama en cuanto llegamos, me puse los tapones y me dormí como un tronco. Eran casi las dos. ¿Te despertamos?

—Un poco, sí —murmuró en voz baja, llevándose la taza a la boca.

—Procuraré hacer menos ruido la próxima vez. Aunque... yo caí en la cama muy rápido. Debí de ser Jonathan el que te despertó.

—Sí, me temo que fue Jonathan.

Corté varias rebanadas de pan y saqué platos y tazas.

—Por cierto, ¿lo has visto? —pregunté—. Hemos quedado con Lucas para ir a bucear.

—No lo he visto esta mañana. Estará durmiendo otra borrachera.

—Te equivocas. Apenas bebió.

—¿Estás segura?

Me giré y le eché una mirada de reproche.

—Segurísima.

—Si tú lo dices.

Volví a girarme para buscar la mermelada.

—Por cierto... —dijo Nona al cabo de un rato—, anoche, cuando os fuisteis a San Antonio, te dejaste la ventana abierta y entró un gato dentro de casa. No era Mandela ni tampoco Gandhi. Era un callejero de pelaje cobrizo.

—Ya sé de qué gato hablas. Lo he visto a veces rondando por el jardín.

—Sí. Está un poco aselvajado. Parece manso, pero hay que tener cuidado con él.

—No le dejarías entrar en mi habitación, ¿verdad? Es bastante mono, pero... a veces tiene pinta de piojoso.

—Eso mismo pienso yo —murmuró Nona.

—¿Qué hiciste con él?

—Lo mandé a paseo.

—Ay, pobre. En el fondo me da pena. Se le ve tan desesperado.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Hubieses preferido que lo llevara hasta tu cama?

—Ajjj... No. No digas tonterías —dijo entre risas.

23

JONATHAN

Me desperté en el sofá de Gunther después de haber pasado una de las noches más surrealistas de toda mi vida. Mi ropa aún olía a porro. Me desperecé y busqué a mi anfitrión, que estaba en la cocina preparando café. A esas alturas, ya me había acostumbrado a verle en bolas, por eso me sorprendí al encontrarlo vestido con camisa y bermudas.

—Buenos días —dijo él al verme aparecer.

—Qué elegante...

—Doy una clase de alemán a las doce y a mis alumnos les gusta que lleve ropa. ¿Café?

—No, gracias. ¿Tienes hora? —pregunté mientras estiraba los brazos.

—Deben de ser las nueve y pico. ¿Qué tal has dormido?

—Bien...

—Caíste redondo en el sofá después de nuestro pequeño festín. No quise despertarte.

—Gracias por la salchicha. Y por el sofá. Es bastante cómodo.

—De nada, tío. Cuando quieras.

Nos despedimos con un choque de manos y salí de su casa en dirección al jardín de Luna. Atravesé el pequeño seto que separaba las dos propiedades mientras rogaba al cielo para que no me vieran aparecer con la ropa de la noche anterior. Tenía que ducharme cuanto antes para quitarme el tufo a porro y a embutido alemán.

Entré en el salón a través del ventanal del porche y oí voces al fondo. Luna y su abuela estaban charlando en la cocina.

—Hay que tener cuidado con él. —Escuché decir a Penélope.

—No lo dejarías entrar en mi habitación, ¿verdad? —Me detuve en seco. Estaban hablando de mí y de lo sucedido la noche anterior—. Es bastante mono —añadió Luna—, pero... a veces tiene pinta de piojoso.

«¿¿Qué?! ¿¿Ha dicho piojoso?!».

Penélope murmuró algo. Me acerqué con sigilo a la estantería de al lado de la cocina para oír mejor.

—¿Qué hiciste con él? —preguntó Luna.

—Lo mandé a paseo.

—Ay, pobre. En el fondo me da pena. Se le ve tan desesperado.

«¿Desesperado? ¿Piojoso? ¿¿De qué coño va esto?!», pensé con el ceño fruncido.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Hubieses preferido que lo llevara a tu cama?

—Ajjj... —soltó Luna con asco. ¡¡¡Con asco!!!—. No. No digas tonterías —añadió entre risas.

Hice un movimiento con la mano y tiré un par de libros de la estantería. El ruido debió de oírse en la cocina.

«Bravo, Hartford», murmuré para mis adentros.

Luna asomó la cabeza y me vio allí plantado.

—Jonathan... —dijo con sorpresa. Me miró de arriba abajo, posiblemente extrañada por verme con la ropa de la noche anterior.

Me erguí como lo haría en la Marina y la miré con los ojos entornados, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

—Estaba buscando un libro...

Mi voz sonó grave, incluso autoritaria, aunque por dentro me sentía muy confuso.

—¿Quieres desayunar? —preguntó ella con amabilidad—. Recuerda que vamos a bucear y es aconsejable comer con dos horas de antelación.

¿A qué venía tanta cortesía? ¿Y esa sonrisa? «¡Acabas de ponerme a caldo con tu abuela!».

—Antes voy a ducharme, porque... ¿sabes una cosa, Luna? Valoro mucho la higiene.

Ella me miró un poco desconcertada.

—Vale... —contestó en voz baja.

Le di la espalda para salir de la habitación.

—Ya desayunaré después —dije en tono seco mientras me dirigía al cuarto de baño.

24

LUNA

La conducta de Jonathan era cada vez más desconcertante. Podía llegar a ser una persona muy agradable y, en cuestión de minutos, convertirse en un ser extremadamente serio e introvertido sin motivo aparente. Como no podía explicar sus extraños cambios de humor, empecé a sospechar que padecía algún trastorno mental, aunque esa explicación no cuadraba con el perfil de alguien que desempeña un cargo de responsabilidad en la Marina británica.

Aquella mañana mostró su versión más antipática. Después de ducharse, desayunó a toda prisa en la cocina. Intenté entablar una conversación con él, pero solo me dedicó unos cuantos monosílabos.

En el coche, de camino al puerto deportivo de Santa Eulalia, la cosa no mejoró. Opté por encender la radio y conduje en silencio. Él se cruzó de brazos y no me dirigió la palabra en todo el trayecto.

Llegamos al puerto a las diez y veinte y nos dirigimos al amarre de Lucas, donde descansaba el barco a motor de doce metros de eslora que se había convertido en el medio de vida de mi mejor amigo. Lucas había adquirido la embarcación a un precio muy razonable y la había restaurado después para convertirla en un próspero negocio de alquiler. No era tan lujosa ni tan grande como la mayoría de los yates amarrados en la isla, pero tenía un buen equipamiento: dos camarotes, un aseo, una zona de asientos en la popa y una pequeña cubierta en la proa donde tumbarse para tomar el sol.

Fuimos los últimos en llegar, puesto que el resto del grupo llevaba desde las nueve recibiendo la clase teórica con nuestro amigo Alberto, el instructor del club de buceo. Subimos a bordo y saludé a Lucas y a Alberto, que charlaban juntos en la popa. Después, nos presentaron al pequeño grupo: un matrimonio holandés y una chica alemana. Tardamos solo unos minutos en salir del puerto camino del islote de Lladó Sur, al este de Ibiza, donde estaba prevista la inmersión.

Enseguida me di cuenta de que Jonathan se mostraba muy amable con todo aquel que no era yo. Se sentó en la cubierta de popa junto a Erika, la chica alemana, y comenzó a tontear con ella. Le eché un par de miradas, aunque en ese momento ya tenía muy claro que me ignoraba deliberadamente. Di media vuelta con rabia y subí las escalerillas hasta la cabina del patrón, donde Lucas manejaba el barco.

—¿Qué hay, bombón? Tienes mala cara hoy —dijo con las manos en el timón.

—No preguntes... —contesté con desgana.

—Como quieras.

Me apoyé de brazos cruzados junto al asiento de Lucas y suspiré antes de desahogarme.

—Es que... ¡no entiendo qué le pasa a Jonathan! Creo que tiene algún trastorno de la personalidad. —Mi amigo curvó los labios—. No te rías, te lo digo muy en serio.

—¿Ahora haces diagnósticos de psiquiatría? Pensaba que lo tuyo eran la pintura y el yoga.

Le di un golpecito en el brazo.

—¿Vas a escucharme o no?

—Te escucho —dijo él en tono condescendiente.

—Anoche, cuando llegamos a casa, estuvimos a punto de besarnos, pero se rajó en el último momento y se largó. Y hoy está rarísimo. No me dirige la palabra, me ignora por completo... Te lo juro. ¡No sé qué le pasa!

Lucas apretó los labios con aire pensativo mientras miraba al frente.

—¿Quieres mi opinión?

—Ya estás tardando.

—Es un tipo bastante raro, pero... —dejó la frase en el aire.

—¿Pero?

—Estoy seguro de que le gustas. Y mucho.

—¿En qué te basas?

—En cómo te miraba anoche mientras bailabas en el *pub*. Todavía están limpiando el charco de babas que dejó en el suelo.

—No te flipes, Lucas.

Alberto me llamó desde los asientos de popa.

—¡Luna! Deberías ponerte ya el traje, vamos a llegar en breve.

—¡Ya voy! —grité. Me giré hacia Lucas antes de marcharme—. Voy a ponerme el neopreno. Y tú y yo... ya hablaremos.

Me vestí en uno de los camarotes y salí con el resto del grupo a cubierta. Alberto nos distribuyó por parejas. Como Jonathan y yo ya teníamos experiencia, nos adjudicó un principiante a cada uno. A mí me tocó con Berg, el chico holandés, y a Jonathan, obviamente, le tocó con Erika.

Cuando llegamos al punto de inmersión, Lucas apagó el motor y echó el ancla. Me calcé las aletas, me coloqué el chaleco con los plomos e hice las comprobaciones del octopus y las botellas. Alberto dio las últimas indicaciones y nos lanzamos al mar por parejas. Le dije a Berg que no se separara de mí, me ajusté la máscara y me sumergí en las aguas calmadas del islote Lladó.

Bajo la superficie había una excelente visibilidad. Nos situamos en círculo mientras Alberto indicaba por señas cómo realizar la bajada de los primeros metros, los más delicados por el fuerte cambio de presión. No pude evitar fijarme en Jonathan porque era el único que llevaba las aletas de color amarillo.

Bajamos los cinco primeros metros muy despacio, realizando los ejercicios de compensación de los oídos. Después, seguimos a Alberto hacia las paredes del islote, cruzándonos con varios bancos de peces por el camino. La sensación de ingravidez y de paz era increíblemente placentera. Siempre he tenido la impresión de que, bajo el agua, se esfuman todas las preocupaciones. Había comenzado a bucear dos años atrás, cuando Lucas compró el barco y empezó a colaborar con el club de buceo. Solía aprovechar ocasiones como aquella para disfrutar de una inmersión sencilla. Tenía pensado sacarme el siguiente título: el Advance Open Water Diver, que permitía la inmersión hasta treinta metros de profundidad. De momento, solo había bajado dieciocho, aunque contaba ya con cierta experiencia.

Nos aproximamos en grupo a las paredes del islote, que estaban cubiertas de esponjas y vegetación submarina. Vimos un pulpo escondido entre las rocas. Estiré la mano y él me rozó con una de sus patas. Me giré hacia Berg para señalarle mi descubrimiento. Busqué también a Jonathan, pero estaba a varios metros de distancia, observando unos peces al lado de Erika.

Bajamos varios metros más. Vimos una morena que también se escondía entre las rocas, estrellas de mar y pececillos de todo tipo. Nos giramos para seguir a Alberto, que continuaba el descenso en primera posición junto a la chica holandesa. Berg estaba delante de mí. Hizo un movimiento rápido con la pierna a la altura de mi cara y, sin querer, me golpeó de forma muy brusca con la aleta en la mejilla. Todo ocurrió muy deprisa. Me arrancó el regulador de aire de la boca y mi máscara se desestabilizó y se llenó de agua. Me llevé las manos a la cara, alarmada por

el golpe. Intenté buscar el regulador, pero estaba nerviosa, dolorida y agobiada por la situación. Reaccioné sin pensar, de forma instintiva, y comencé a ascender como si buscara una salida inmediata.

De pronto noté unas manos que me sujetaban de la pierna derecha, deteniendo mi ascenso. Esas manos tiraron de mí y empujaron mi cuerpo de nuevo hacia abajo. Alguien se situó a mi altura, me acercó el regulador y me lo colocó en la boca para que pudiera respirar. Era Jonathan. Pude verlo a través de las gafas llenas de agua. Me hizo una señal con la mano para que detuviera mi ascenso. Cogió mis gafas, las llenó de aire con su regulador y me ayudó a colocármelas en la cara. Levanté el pulgar hacia arriba para indicarle que quería subir. Estaba muy agobiada y me dolía la mejilla izquierda. Él asintió con la cabeza y me acompañó en el ascenso. A cinco metros de la superficie me hizo la señal de parada de seguridad. Esperamos frente a frente, los dos solos, flotando en mitad de la nada más absoluta, mientras él me observaba a través del cristal de su máscara. Alargó sus brazos hacia mí, cogió mis manos y las sujetó con fuerza para calmarme. Lo miré a los ojos y sentí que, a pesar del dolor y del agobio, era el momento más especial que habíamos vivido juntos. Un instante perfecto, en silencio, en profunda quietud, como si no hubiera nada más que nosotros en toda la inmensidad del cosmos. Nada, salvo él sujetando mis manos.

Estuvimos allí durante tres minutos, hasta que me soltó y realizó una señal para indicarme que podíamos subir. Me elevé despacio para realizar la descompresión de forma adecuada. Cuando al fin saqué la cabeza del agua, me retiré la máscara y aparté el regulador. Aspiré una bocanada grande de aire y tosí. Aún me dolía la cara por el golpe, pero el agobio había pasado.

Jonathan salió unos segundos después e hizo lo mismo que yo. Se apartó la máscara y el regulador y se giró hacia mí. Sentí el impulso repentino de lanzarme hacia él para darle un abrazo, pero entonces me di cuenta de que su mirada había cambiado.

—¡Luna! ¡¿Qué narices te pasa?! —dijo con furia.

—¿Qué? —contesté, aturdida.

—¡Se supone que tenías algo de experiencia! —me gritó—. ¡No puedes subir a la superficie de esa manera! ¿Nunca has oído hablar del síndrome de descompresión?

—Me he agobiado y... no me he dado cuenta.

—¡¿Que no te has dado cuenta?! —volvió a gritarme fuera de sí—. ¡Podría haberte dado una embolia!

—Pensaba detenerme a cinco metros de la superficie.

—¡¿A cinco metros en una subida sin respiración?! —

—No lo sé, Jonathan. Ha sido algo instintivo. Berg me ha dado un golpe en la cara, he tragado un poco de agua, no podía ver bien, estaba nerviosa y... no encontraba el regulador.

—Son cosas que pasan. Si no eres capaz de mantener la calma bajo el agua, no deberías volver a bucear —dijo con dureza.

Su reacción me dejó perpleja. Acabábamos de vivir un momento increíble bajo la superficie, un instante de conexión plena. O, al menos, yo lo había sentido así. Noté que algo se rompía dentro de mí. Intenté hablar, pero mi voz se quebró con la primera sílaba.

—Yo...

Di media vuelta y comencé a nadar hacia el barco, que estaba a unos diez metros de distancia.

—¡Luna! ¿A dónde vas ahora?

«¡Lejos de ti! —pensé—. De tus gritos, de tu mal humor, de tu personalidad cambiante y fría, de tu mirada y de tus manos, las que me han sujetado bajo el agua hace tan solo unos minutos. Porque sé que está a punto de ocurrir... y me temo que, cuando suceda, ya no habrá vuelta

atrás».

25

JONATHAN

Supe que me había excedido en cuanto se giró y empezó a nadar hacia el barco. No pretendía ser brusco con ella, pero el tema no era para tomárselo a la ligera. Lo primero que aprendí en la escuela de buceo fue la importancia de respetar los tiempos de descompresión para evitar lesiones graves, por eso había reaccionado con tanta vehemencia. Al verla subir tan rápido, sentí pánico; un miedo atroz e instintivo a que le ocurriera algo. Esa sensación me había inquietado tanto que, cuando me aproximé al barco, aún notaba palpitaciones en la garganta.

Luna llegó antes que yo, se quitó las aletas y la botella y fue directa al camarote principal. Lucas, que esperaba en la cubierta de popa a que volviésemos de la inmersión, me miró al pasar con cara de «¿qué coño le has hecho a mi amiga?».

No dije nada. Me retiré parte del equipo, accedí al interior del barco, me acerqué al camarote y golpeé la puerta sin resultado.

—Luna..., abre. No quería ser antipático. Me he preocupado por ti, eso es todo.

Ella abrió la puerta. Parecía enfadada.

—¿Que te has preocupado por mí? —dijo en tono irónico—. Llevas toda la mañana superraro conmigo. Ni siquiera me has preguntado cómo estoy. ¡Me han dado un golpe tremendo en la cara a más de diez metros de profundidad!

—¿Y cómo estás? —pregunté en un patético intento de rectificar mi conducta.

Me miró con los labios apretados y los ojos entornados.

—Vete a la mierda, Jonathan.

Cerró la puerta de un portazo.

Suspiré profundamente y volví a la cubierta de popa. Lucas me esperaba de brazos cruzados.

—¿Dónde está el resto del grupo? —preguntó.

—Se han quedado abajo. Supongo que no tardarán en salir.

—¿Y vosotros qué hacéis aquí?

Me quité el chaleco y me bajé la cremallera del neopreno.

—Berg le ha dado a Luna una patada en la cara. Ha sido sin querer. Se ha agobiado mucho y la he ayudado a subir.

—¿Y por qué está tan enfadada?

Suspiré de nuevo con resignación.

—Creo que he sido un poco brusco con ella.

Lucas desvió la mirada hacia el cielo.

—Teniente, teniente, teniente... Ha llegado el momento de que tengamos una conversación.

Nos sentamos en uno de los sofás de cubierta con una cerveza en la mano. Me sentía examinado por él, pero no tenía otro lugar a donde ir. Luna seguía encerrada en el camarote y el resto del grupo aún estaba bajo el agua.

—¿Alguna vez has tenido un amigo del alma? —me preguntó.

Lo miré desafiante. Después le di un trago a la cerveza, pero no contesté. Lo que de verdad quería era lanzarme al agua y desaparecer.

—Tenía trece años y acababa de entrar en el instituto —continuó—. Yo era un chaval muy acomplexado. Estaba superflaco, llevaba gafas, tenía la cara cubierta de acné... Y encima, gay. En resumen, yo era el sueño dorado de cualquier abusón. Entonces conocí a Luna. Ella ya era preciosa en esa época, siempre lo ha sido. Un poco excéntrica quizá, porque venía de una familia

muy rarita. Pero esto es Ibiza. Quien más y quien menos tiene a unos cuantos *hippies* en su lista de contactos. El caso es que ella podría haberse juntado con otra gente, pero me eligió a mí. Se sentó a mi lado durante todo el curso y me enseñó a valorarme a mí mismo y a no dejarme avasallar por nadie. Siempre decía: «Lucas, la cabeza muy alta», y yo le hacía caso porque es un tía muy lista. Y no solo es lista, ¿sabes, Jonathan? Es una de las mejores personas que conozco. Siempre está dispuesta a ayudar a los demás, y lo hace con una sonrisa, sin esperar nada a cambio. Es generosa, altruista y tiene un talento enorme para la pintura, pero hace años dejó de lado su carrera para cuidar a su madre enferma y ahora tampoco se atreve a dejar sola a su abuela. El caso, Jonathan, es que, si le haces daño a ella, me haces daño a mí. No sé lo que ha pasado ahí abajo, no sé bien lo que pasó anoche entre vosotros y no tengo ni pajolera idea de lo que te pasa a ti, pero hay algo que sí sé. Es evidente que ella te gusta.

Abrí la boca para intervenir, pero él volvió a cortarme.

—Solo quiero decirte una cosa. Si no te ves capaz de estar a su altura..., y ojalá lo estuvieras, pero si no lo estás, será mejor que vuelvas cuanto antes a tu base para que ella continúe con su vida. En pocas palabras, no la marees.

—Eso es lo que quiero, volver a Gibraltar cuanto antes —dije con voz grave—, pero te recuerdo que no tengo pasaporte.

—Lo tendrás, Jonathan —dijo él mientras se acercaba la cerveza a la boca—. Más tarde o más temprano, lo tendrás.

El camino de vuelta a su casa fue muy similar al de ida. Íbamos los dos en silencio, enfrascados en nuestros pensamientos. Yo, de brazos cruzados. Ella, pendiente de la conducción. Eran casi las dos del mediodía cuando Luna aparcó el coche en el camino de acceso a su casa y apagó el motor. Ninguno de los dos se movió. Pasados unos segundos, decidí ser yo el que rompiera el silencio.

—Lo siento. Me he asustado mucho al verte subir tan rápido, por eso he reaccionado así.

—Tenías razón, Jonathan —dijo ella de repente, sin soltar las manos del volante—. Ha sido una imprudencia por mi parte. Me merecía tu bronca y también la de Alberto. Diría, incluso, que la de él ha sido peor que la tuya.

No iba mal encaminada con esa apreciación. El instructor se había enfadado con Luna por ponerse en riesgo y porque habíamos dejado atrás a nuestras parejas sin avisar, aunque todos habían regresado al barco sin dificultad.

—Luna... —respiré hondo antes de continuar—. Reconozco que estaba enfadado contigo. Ojalá no tuviera que decirte esto, pero os he oído a ti y a tu abuela esta mañana mientras hablabais en la cocina. No sé si estabais bromeando, pero a mí no me ha sonado a broma.

Luna giró su rostro hacia mí y me miró por primera vez desde el momento previo al portazo en el barco.

—No te entiendo —contestó con el ceño fruncido.

—Estabais hablando de mí. De lo que pasó anoche.

Se quedó muy quieta, como si intentara descifrar una difícil ecuación matemática.

—Sigo sin saber a qué te refieres.

Me rasqué la nuca. Estaba incómodo. No me apetecía mantener esa conversación, pero teníamos que aclarar las cosas porque aún me quedaban un par de días en Ibiza y aquella situación se había vuelto insostenible.

—Le has comentado a tu abuela que... en fin... que a veces tengo pinta de piojoso.

—¿Qué?! —dijo ella con los ojos muy abiertos.

—Piojoso y desesperado —murmuré con resentimiento—. Mira, sé que metí la pata. No debería haber entrado en la habitación de tu abuela en plena noche, pero... es evidente que fue un error.

—¿Qué?! —volvió a exclamar con total asombro.

—No creo que por ello merezca esa serie de calificativos. Ya te he comentado que valoro mucho la higiene. Aunque, bueno..., reconozco que el día que llegué a tu casa no presentaba el mejor de los aspectos.

—Espera, espera un poco. ¿Anoche entraste en la habitación de mi abuela?

—Fue un error, ya te lo he dicho. Quería entrar en la tuya y me equivoqué de puerta, pero te juro que no volverá a pasar.

Luna se llevó las manos a la boca, cerró los ojos y comenzó a reírse a carcajadas. No sé cuánto tiempo estuvo en esa posición, riéndose con las manos en la cara y los ojos cerrados.

—¿Puedo saber de qué te ríes?

Se retiró las manos y me miró. Tenía los ojos húmedos.

—¡Hablabamos de un gato, Jonathan! ¡Un gato con pinta de piojoso que ronda a menudo por el jardín! Mi abuela me estaba contando que anoche, mientras estábamos en San Antonio, se metió en casa y lo tuvo que echar. Eso era todo. ¡No hablabamos de ti!

Me revolví en el asiento.

—No, no, no... En serio, dijiste algo sobre que te parezco mono, aunque me ves desesperado. —Empecé a sentir un calor exagerado—. Estabas, estabas... —dejé la frase a mitad.

—Hablando de un gato —añadió ella con convicción.

Me crucé de brazos otra vez y bajé la mirada. Aquello no podía estar pasando. Todos hacemos el ridículo de vez en cuando, pero yo estaba superando los límites de lo tolerable.

—Vaya... Pues... siento haberlo malinterpretado.

Levanté la vista, avergonzado. Ella me observaba.

—¿Por qué no viniste después a mi habitación? —preguntó en voz baja.

—¿Después del susto que le pegué a tu abuela y del corte que me llevé yo? Déjame pensar...

—Miré hacia el techo del coche con los labios apretados—. Todavía estoy recuperándome de ello.

Luna volvió a reírse. Deseé tener una pala a mano para cavar el hoyo más profundo que jamás ha visto el ser humano y enterrarme en él hasta el fin de mi existencia.

—Pensaba que lo de anoche no podía empeorar, pero parece que sí podía —comenté en un falso tono despreocupado.

—Lo siento, Jonathan —dijo ella, intentando contener la risa.

Le hice un gesto de indiferencia con la mano.

—Tranquila, no te cortes. La ocasión lo merece. Y mi estupidez, también.

—Al menos, ahora sabes que no estábamos hablando de ti.

—Sinceramente, no sé qué es peor —dije, pasándome la mano por la frente.

—No sabía por qué estabas enfadado conmigo. Me alegro de que todo se haya aclarado —dijo al fin con voz serena.

Me giré hacia ella. Había dejado de reírse. Me miró expectante por debajo de sus pestañas negras y yo le devolví la mirada. Nunca había visto unos ojos tan oscuros como los suyos. Podría haberme quedado horas contemplándolos.

—Ojalá hubieras venido, Jonathan —añadió muy seria—. Ojalá hubieras entrado en la

habitación correcta.

Sentí una mezcla de vergüenza, deseo, bochorno y excitación. Todo ello al mismo tiempo, como en un castillo de fuegos artificiales.

«¡Ahora, imbécil! Es ahora cuando tienes que besarla».

Me incliné despacio hacia su boca, sin dejar de mirarla. Ella también se acercó a mí. Nuestros labios se rozaron justo antes de oír un fuerte bocinazo. Nos separamos alarmados por el sonido y vimos la furgoneta de su abuela en el retrovisor.

—Es nona —dijo Luna mientras arrancaba el motor—. Le estoy bloqueando el paso.

—Tu abuela... Cómo no —murmuré con los ojos en blanco.

Comimos en la terraza, en silencio, como si un hilo invisible hubiera tensado el ambiente. Penélope fue la única que habló a ratos. Después, ayudé a Luna a recoger la mesa y a meter los platos en el lavavajillas. Al terminar, me miró atentamente. Estábamos solos en la cocina, aunque se oían los pasos de su abuela en el salón.

—Suele dormir la siesta —dijo en voz baja—. Se irá enseguida a su habitación.

Asentí despacio, sin decir nada, porque sabía lo que significaba esa frase y porque un relámpago de hormonas acababa de atravesar mi cuerpo de lado a lado.

—¿Quieres salir conmigo a la terraza? —preguntó.

Medité la respuesta.

—Voy al aseo. Será solo un momento.

Mentí. No fue solo un momento. Me lavé la cara con agua fría, me cepillé los dientes y volví a rociarme con el desodorante. Valoré la posibilidad de ducharme, pero me pareció excesivo. Me había duchado a conciencia esa misma mañana y, después, en el barco, nos habíamos dado un buen manguerazo para quitarnos el salitre del mar.

Oí los pasos de su abuela y la puerta de su dormitorio al cerrarse.

Supe que era el momento, pero estaba demasiado nervioso, como si hubiera retrocedido quince años en el tiempo y estuviese a punto de perder la virginidad con la tía más experimentada de toda la clase. Me crují los puños frente a la puerta. Aquello era ridículo, pero la situación me producía un vértigo inexplicable.

«Joder, Hartford..., ni que fuera tu primera vez».

Tomé una respiración profunda, giré la manivela y salí de allí con decisión.

El pasillo estaba vacío. Me acerqué a la terraza y eché un vistazo, pero tampoco había nadie en el jardín. La historia de la noche anterior se repetía. Pensé en acudir a su habitación, otra vez. Calculé con precisión militar la ubicación de su dormitorio para no cometer más errores, pero, al llamar, nadie contestó.

Me dirigí a mi cuarto, abrí la puerta y entonces la vi. Estaba allí dentro, sentada en el borde de mi cama. Esperándome. Cerré y, sin dejar de mirarla, me acerqué a ella mientras se levantaba.

Nos lanzamos a besarnos con desesperación, uniendo nuestras bocas en una primera aproximación demasiado impetuosa. Fue un beso húmedo, salvaje... y también algo torpe. Le mordí un labio sin querer y ella dio un respingo.

—Perdón...

No contestó. Me agarró del cuello y volvió a besarme con ansia.

Me encantó el sabor de su boca y la forma en la que me acariciaba con su lengua. La sujeté de la cintura y acerqué su cuerpo al mío. Sentí su calor y el contacto de su pelvis en mi

entrepierna. Y entonces, sin saber por qué, recordé la imagen de su abuela en camisón. Fue un fogonazo muy breve, pero duró lo suficiente para desconcertarme hasta un nivel preocupante.

Me separé de ella un momento.

—¿Ocurre algo? —preguntó con voz jadeante.

—No. Nada.

Me incliné de nuevo para besarla. Ella metió las manos por debajo de mi camiseta y me acarició el abdomen con la yemas de sus dedos. En condiciones normales, ese roce hubiese elevado mi temperatura hasta alcanzar los grados de un desierto en agosto. Pero, en lugar de eso, oí una voz en mi nuca: «Como dejes preñada a mi nieta, te cortaré los huevos en pedacitos».

Me separé otra vez con brusquedad. «Sal de mi cabeza, ¡Satanás!».

—¿Estás bien? —preguntó, extrañada.

Intenté disimular.

—Sí, sí... Es solo que... ¿Estás segura de que tu abuela está dormida?

—No lo sé, Jonathan —dijo, rozando sus labios con los míos—, pero te juro que aquí no entrará.

—Me basta con eso —contesté antes de volver a besarla.

Iluso de mí.

En mi defensa diré que lo intenté con mucho esmero. Me quité la camiseta y la lancé al aire como si estuviese listo para la acción. Después, acaricié su pecho por encima de la tela de su vestido, pero cuando ella acercó sus dedos al botón de mi pantalón, tuve que rendirme a la evidencia. La cosa no iba bien. La cosa, simplemente, no iba. Los nervios me habían vuelto paranoico, pero eso no era lo peor. También me estaban boicoteando ahí abajo, entre las piernas.

«¡Bravo, Hartford! Todas las entradas vendidas para la tarde del estreno y tú a punto de suspender la función».

Cogí sus manos para detenerla antes de que me bajara la cremallera del pantalón y descubriera por sí misma la triste y cruda realidad.

—Espera... —susurré sobre sus labios.

Ella separó su rostro del mío y me miró, desconcertada.

Yo le devolví una mirada abochornada. No sabía qué decir. Por más que intentaba centrarme en nosotros, mi cuerpo se negaba a responder. Por suerte, comprendió la situación al instante.

—Tranquilo, Jonathan. No pasa nada.

Me reí por pura desesperación y me tapé la cara con las manos.

—Joder... —murmuré—. Esto no puede estar pasando. ¡Qué asco de día!

—Es normal, estamos cansados. Ayer nos acostamos tarde y hoy...

Me retiré las manos y la miré.

—¿¿Qué?! No, esto no tiene nada que ver con el cansancio. Te juro que no sé qué me pasa. Llevo horas pensando en desnudarte y meterte en mi cama.

—Eso tiene fácil solución.

Se bajó los tirantes del vestido y lo deslizó hasta el suelo. Debajo llevaba un minúsculo bikini negro que la convertía en diosa indiscutible de todos mis sueños húmedos. Literal. Pero mi entrepierna, por algún extraño y odioso motivo, seguía sin dar señales de vida.

Se quitó las sandalias, se acostó en la cama y me hizo una señal con la mano para que yo también me acostara a su lado.

—Ven. Túmbate conmigo y charlemos un poco.

—¿Charlar? ¡Qué buen recuerdo te vas a llevar de mí! —dije con ironía—. Oye, Luna, ¿qué tal te fue con el teniente aquel de la Marina? Pues... charlamos un ratito en la cama.

Ella se rio entre dientes.

—No seas dramático. Anda, ven y tumbate, por favor.

Le hice caso, me quité las zapatillas y me tumbé a su lado con los pantalones puestos. Crucé mis manos por detrás de la nuca mientras ella se giraba hacia mí, apoyándose en su brazo flexionado. Estaba tan avergonzado que ni siquiera me atrevía a volver a besarla a pesar de que me apetecía mucho hacerlo. Podríamos, incluso, haber practicado otro tipo de sexo, pero el principal problema estaba en mi cerebro. Me había bloqueado a todos los niveles.

—Se ha quedado buena tarde, ¿eh? —dije con sarcasmo al cabo del rato.

—La tarde aún no ha acabado.

—Te juro que es la primera vez que me pasa. Pensarás que todos los tíos decimos lo mismo, pero esta vez es cierto.

—Te creo. Pero tampoco pasaría nada si no fuera la primera vez.

—Es que me gustas y me apetece muchísimo, pero hay algo en mi cabeza que no me deja.

—¿Es porque mi abuela está en la habitación de al lado? —dijo ella interrumpiendo mis explicaciones.

—Seamos sinceros, lo de tu abuela ahí al lado no ayuda nada, pero... No lo sé, Luna. Esto tiene vida propia —comenté mientras dirigía una mirada a la entrepierna de mi pantalón—. ¡Qué vergüenza!

Ella puso un dedo sobre mis labios para indicarme que me callara.

—Shhh... Dile a tu ego masculino que no le dé tanta importancia.

Después me rodeó con sus brazos, acomodando la cara junto a mi hombro, y me besó en el pecho antes de quedarse muy quieta. La abracé y nos quedamos allí, en silencio, el uno junto al otro, tan cerca y tan unidos que podía notar sus latidos sobre mi piel.

Me gustó esa sensación: la de tener a alguien tan cerca de mí sin necesidad de que hubiera sexo entre nosotros. Acerqué la nariz a su pelo. Olía a ella en toda su esencia, aunque entonces aún no sabía identificar su olor, porque Luna nunca usaba perfume ni falta que le hacía. Olía a mar, a verano, a la brisa del campo, a té chai recién hecho, a aceite de almendras, al champú de cítricos que usaba en el pelo y al jabón de Marsella con el que lavaba la ropa. Olía a muchas otras cosas buenas, y todas ellas creaban su propio aroma único e inconfundible.

Aspiré profundamente antes de cerrar los ojos. Y, por un instante, pensé que aquella sensación era casi tan buena como el mejor sexo que pudiera imaginar.

26

LUNA

Nos quedamos dormidos en la cama. El sexo entre nosotros se había frustrado, pero surgió algo que nos unió de un modo diferente: la intimidad. Esa dulce y placentera sensación que solo se experimenta con alguien de confianza. La intimidad llegó en silencio, sin avisar, y se instaló entre nosotros en forma de abrazo.

Y entonces, cuando menos lo esperaba, sin buscarlo ni haberlo planeado... soñé con él.

Mi mente conectó de nuevo con sus recuerdos y viajó hasta su adolescencia. La escena que presencié fue tan nítida y real que sentí que ya no era una simple espectadora de su pasado, era parte de aquel suceso ocurrido muchos años atrás. Los sonidos vibraron en mí. Pude percibir el olor a mantequilla que flotaba en el aire y el tacto de la moqueta que él tocaba con la mano. Jonathan tendría quince o dieciséis años. Estaba sentado en el suelo de un dormitorio. Parecía asustado, tenía los ojos húmedos y enrojecidos. A pesar de ello, trataba de mantener el control de sí mismo para no echarse a llorar. A su lado había un chico de su edad. Reconocí su cara de inmediato por haberlo visto en mi sueño anterior. Era su amigo Liam.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras —dijo Liam.

Jonathan se limpió las lágrimas con la manga de su jersey.

—He llegado demasiado tarde... —dijo con la voz quebrada—. Estaba tirada en el suelo. Tenía sangre en la cara...

—Mi padre la ha llevado al hospital. Tiene unos cuantos golpes, pero se recuperará.

—¿Y qué pasará con él, Liam? No quiero volver a verlo. No puedo ni mirarlo a la cara.

—Tu madre tiene que denunciarlo.

—Lo sé. Es la primera vez que cruza la línea, pero esto tiene que acabar.

—Todo se arreglará, Jonathan. Puedes contar conmigo. Quédate en mi casa el tiempo que necesites.

—Gracias, tío... —dijo Jonathan—. Muchísimas gracias por lo de hoy.

—Siempre voy a estar ahí. Lo sabes, ¿verdad?

Me desperté de repente y aspiré con fuerza, como si acabara de emerger de un océano de recuerdos ajenos. Miré a Jonathan. Estaba a mi lado y seguía durmiendo.

Me senté en la cama. Estaba muy aturdida por lo que acababa de soñar. Al instante recordé una conversación que habíamos mantenido el día anterior.

—Mi padre lleva seis años en una residencia. Tiene alzhéimer. No reconocería ni a su cuidadora.

—Lo siento.

—¿Por él? No lo sientas por él. No se lo merece.

Me cubrí la boca con las manos y cerré los ojos.

«Su padre maltrataba a su madre».

Me impactó tanto tomar conciencia de ello que estuve a punto de echarme a llorar. Pero no lo hice. Jonathan empezó a desperezarse, abrió los ojos y me miró.

—¿Qué hora es? —preguntó con la voz ronca.

Me giré hacia la ventana para que no notara mi expresión turbada.

—Deben de ser casi las siete —contesté en tono neutro.

—¿En serio? ¿Tan tarde?

Asentí con la cabeza.

Sus dedos rozaron mi espalda y sentí un escalofrío. Me acarició levemente, pero se detuvo al comprobar que yo no me movía. Aún estaba en *shock*.

—Siento haberme dormido —murmuró.

—¿Por qué? —Me giré de nuevo hacia él—. Yo también he caído. Anoche nos acostamos muy tarde y bucear da sueño.

—Sí. Y se ve que hacer el ridículo también lo da.

Sonreí por su comentario.

—No has hecho el ridículo, Jonathan. Solo estabas cansado.

Me tumbé de nuevo a su lado y nos miramos. Noté por la expresión de su cara que quería decirme algo importante.

—¿Puedo hacerte una confesión? —preguntó en voz baja, confirmando mis sospechas.

Asentí en silencio. Él se cruzó de brazos y miró hacia el techo.

—Fui solista hace años y tocaba la guitarra. Formé un grupo de *rock* con unos amigos y a veces cantaba canciones de Queen. Sobre todo, la que elegiste anoche en el karaoke.

«Ya lo sabía, pero no puedo contarte por qué».

—¿Y qué te ocurre con esa canción?

Tardó en contestar. Mantuvo los ojos clavados en el techo para evitar mi mirada.

—No puedo. Aunque quisiera..., no puedo hablar de ello con nadie.

Apretó la mandíbula para mantener sus emociones bajo control.

—Tranquilo. No lo hagas.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que noté que se relajaba de nuevo.

—¿Por qué me lo has contado? —pregunté.

—Soy un tío complicado, Luna. Necesito que lo sepas.

Se giró y volvió a mirarme, y lo hizo de un modo profundo y sostenido. Fue mi punto de inflexión. El instante en el que supe con certeza que mi madre no se había equivocado y que ese hombre, con su extraño tatuaje en la muñeca, sus secretos, su rudeza y su pasado, era la persona que había estado esperando durante años.

Acercó su mano a mi cara y me acarició la mejilla con el dedo pulgar.

—Voy a ser muy claro contigo —dijo con voz grave, sin dejar de mirarme—. No quiero reducirte a un simple polvo de una tarde. Porque me gustas, Luna. Me gustas mucho más de lo que a veces aparento. —Se me formó un nudo en la garganta—. Pero soy un tío complicado que lleva una vida muy complicada. Me paso la mayor parte del año embarcado. Ahora estoy en Gibraltar, pero mañana podría volver a Inglaterra, o incluso podrían destinarme a otra base... A Malta, a Baréin. Sé que es algo incompatible con una relación de cualquier tipo.

—Lo comprendo.

—Pero aún puedo darte un día, el único que me queda en esta isla. Sé que no es mucho, pero te prometo que será especial. Será... el mejor día de nuestras vidas. ¿Quieres?

—Quiero —susurré.

Se acercó despacio, muy despacio, y me besó.

Fue un beso totalmente distinto a los que nos habíamos dado tres horas antes: lento, tierno, suave. Nuestro primer beso, aunque no en sentido literal. Fue el primero con el que me sentí unida a él. Uno de esos besos que marcan un instante único en la vida, que tienen la capacidad de

hacerte olvidar quién eres y te inspiran para construir templos, palacios, catedrales, para rendir ejércitos, para entregar las armas y claudicar sin condiciones.

Y mientras me besaba, me rodeó con sus brazos y llevó sus manos a mi espalda. Se me puso el vello de punta al notar el roce de sus dedos en mi piel. Los acercó al nudo de mi bikini y tiró del cordón para desatar el lazo. Lo ayudé a quitarme la prenda. Después, bajó con su boca hasta mi pecho y besó cada centímetro de piel mientras yo me estremecía. Y siguió hasta mi vientre dibujando surcos con la lengua. Llevó las manos a la parte inferior de mi bikini, enganchó los dedos a los cordones laterales y tiró de ellos hacia abajo, deslizando la tela hacia mis pies con suma delicadeza. Se puso de rodillas frente a mis piernas flexionadas y me contempló desnuda. Sus ojos brillaron con la luz que entraba por la ventana entornada.

—Eres preciosa —dijo con una seguridad que me provocó escalofríos.

—Tú tampoco estás mal —susurré mientras observaba su cuerpo, tan firme y trabajado que parecía esculpido en una roca.

Él carraspeó. Supe que estaba nervioso, aunque no por el mismo motivo que tres horas atrás.

—Luna..., ¿tienes un condón? Yo... Llevaba uno en la cartera que me robaron.

Me mordí los labios llena de deseo.

—No, pero tomo la píldora desde hace años —indiqué a modo de sugerencia.

Sé que no fue una propuesta muy sensata, pero me dejé llevar. Ni siquiera lo pensé. Él me dedicó una sonrisa cómplice y asintió. Entonces se inclinó sobre mí para volver a besarme y lo hizo ansioso, jadeante e impaciente por dar el siguiente paso. Bajé las manos a su cintura y lo ayudé a desabrocharse el pantalón mientras me besaba. Aunque llamar a aquellos besos... Era la invasión de su lengua en mi boca. Porque Jonathan tenía esa capacidad: podía darme el beso más dulce y también podía devorarme con ansia.

Nos deshicimos de su ropa entre los dos hasta que él también se quedó desnudo.

Confieso que le di un buen repaso con la mirada. Me pareció tan perfecto que sentí que el interior de mi cuerpo se transformaba en puro líquido. Él se dejó caer entre mis piernas con la intención de acomodarse dentro de mí.

—No..., espera —dije entre jadeos—. Aún no.

Me miró entre extrañado y excitado.

—Quiero ponerme encima —añadí.

—Ah..., vale —contestó.

Nos cambiamos de postura. Se tumbó boca arriba y yo me senté a horcajadas sobre su cintura.

La mayoría de los chicos con los que yo había estado solo practicaban un tipo de sexo, esencialmente, uno muy físico y bastante básico. No sabía si también era el caso de Jonathan, pero con él quería hacerlo de otra forma, una mucho más sensitiva.

Lo miré a los ojos con atención antes de hablar.

—Quédate quieto mientras me muevo. Quiero que sientas cómo lo hago.

—¿Quietos? ¿En serio? Ahora no puedo quedarme quieto.

Sonreí.

—Sí que puedes.

Él asintió, aunque parecía no entender bien lo que yo pretendía.

Me incliné hacia delante con los brazos extendidos y las manos apoyadas a ambos lados de su cuerpo, levanté las caderas y las moví muy despacio sobre él mientras rozaba su erección. Intenté que fueran roces sutiles, aunque era difícil evitar el contacto, puesto que él estaba muy excitado.

—¿Qué haces? —preguntó un poco desconcertado.

—Mírame a los ojos y relájate. No busques resultados, solo siéntelo y disfruta.

Él obedeció y me miró fijamente. Yo volví a moverme despacio mientras imitaba los movimientos de un coito muy lento sin establecer demasiado contacto con él.

—Me gusta... —murmuró unos segundos después, sin dejar de mirarme.

Llevó las manos a mis nalgas y, juntos, comenzamos a trazar el movimiento de mis caderas.

—Respira hondo y suéltalo despacio —dije.

Cerró los ojos, tomó aire y lo soltó después, emitiendo un gemido.

—¿Qué es esto? —farfulló con la cabeza echada hacia atrás—. ¿Una especie de sexo tántrico?

—Es la energía sexual; la tuya y la mía. Nota cómo se expande por todo tu cuerpo.

Nunca recordaré con exactitud todo lo que sucedió a continuación. Al menos, no con detalles muy gráficos, pero sí con sensaciones, porque eso fue lo que ocurrió. Los límites de mi cuerpo se desdibujaron y yo me convertí en vibración, en colores, en gemidos, en temperatura, en escalofríos..., en placer. Puro placer. Del que te hace perder la cabeza. Del que te nubla la vista y te agita por dentro.

Recuerdo la descarga que sentí en mi interior cuando, en uno de mis movimientos, entró en mí por primera vez. Tuve el impulso inicial de retirarme, pero él me sujetó de las caderas antes de que me diera tiempo a reaccionar.

—No —dijo con firmeza—. No te vayas.

Me acomodé sobre él lentamente hasta que se hundió muy dentro de mi cuerpo.

—No me voy... —susurré.

Entonces me dio la vuelta de un movimiento rápido y se colocó encima, no sé si para evitar que me alejara de nuevo o porque sintió el deseo primario de retomar el control. Lo cierto es que no me importó. Había llegado su momento y lo dejé hacer. Y, para mi deleite, lo que Jonathan hacía, lo hacía muy bien.

Recuerdo su boca sobre la mía, lamiendo, mordiendo... mientras su cuerpo, desnudo y excitado, se abría paso a través de mí con vehemencia. Sus jadeos en mi oído, sus dedos, clavándose con fuerza en mis caderas, la potencia de sus movimientos, la solidez de su cuerpo. Todo, contenido en un momento, como un gran estallido de energía. Como una bola de fuego o una intensa llamarada que arrasaba con nosotros desde el punto exacto donde ambos nos uníamos.

Mi pulso se disparó. Lo noté temblar dentro de mí. Me rompí. Grité. Gimió. Un orgasmo brutal nos atravesó a los dos. Y mi mundo entero saltó por los aires.

27

JONATHAN

La paranoia y las voces se esfumaron y mi cuerpo finalmente reaccionó. Y lo hizo con verdaderas ganas y energía, como si llevara toda la vida preparándome para ese momento. Resultó que, juntos, Luna y yo éramos dinamita pura. Nunca antes había experimentado sensaciones tan intensas ni una sincronía tan perfecta sin necesidad de coordinación, porque los dos habíamos tenido un orgasmo increíble a la vez. A la vez, colega. Aquello solo me había pasado en una ocasión —Nochevieja de 2016—, y ni siquiera estaba seguro de que esa chica no lo hubiera fingido. En fin, que con Luna salió bien. Salió mejor que bien. Fue como una obra de arte: la Capilla Sixtina. No supe si achacarlo a ella, a la forma en la que había comenzado, a lo mucho que me gustaba o a la justicia cósmica, que, tras verme padecer durante días, me había compensado por el gatillazo y por un par de asuntos más.

Al acabar, aún jadeante, me retiré despacio y me tumbé a su lado. Necesité varios segundos para reunir las fuerzas necesarias para hablar.

—Vaya... —dije sin más.

—Vaya... —contestó ella con una sonrisa tímida.

Nos cogimos de la mano y nos quedamos en silencio.

—Creo que esto habrá que repetirlo —comenté un par de minutos después—. No me refiero a ahora mismo —me apresuré a decir—. Necesito un rato para...

Ella soltó una pequeña carcajada.

—Lo sé —contestó, mirándome a los ojos.

La besé con suavidad. Después, apoyó la cabeza sobre mi pecho mientras yo la rodeaba con el brazo.

—Ha sido intenso —dijo ella en voz baja.

—¿Perdón? ¡Ha sido la hostia!

Reímos los dos a la vez.

—Vale —contestó—. No quería ser tan...

—¿Explícita? ¿Malhablada? Tranquila, ya lo hago yo por los dos.

Le acaricié la cintura mientras ella me abrazaba.

—Joder, qué guapa eres.

Dije aquello sin pensar. Fue un impulso, nunca me había visto en esa tesitura. Por lo general, después de acostarme con una chica, solía largarme a los cinco minutos o quedarme dormido al instante siguiente. Con ella me sentía diferente. Todo lo que creía saber sobre mí mismo se estaba desmoronando como una torre de naipes.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije.

Levantó la cara para mirarme.

—¿Por qué tomas la píldora? ¿Es porque llevas una vida sexual azarosa?

Luna se echó a reír.

—No, Jonathan. No llevo una vida sexual «azarosa» —dijo haciendo énfasis en la palabra—. Tengo un pequeño desajuste hormonal, eso es todo. Si llevara una vida sexual «azarosa», me protegería con algo más que una píldora anticonceptiva.

Me sentí algo ridículo por haberle planteado la pregunta, pero acabábamos de tener relaciones sin condón y quería asegurarme de que no había riesgo de ningún tipo.

—Yo estoy limpio. Tomo muchas precauciones y en la Marina nos hacen análisis con

frecuencia.

—Lo suponía.

Volvió a apoyarse en mi pecho.

—Pero... —continué unos segundos más tarde—, ¿te has acostado con muchos hombres? Quiero decir... —Volví a sentirme ridículo—. Si no quieres contestar...

—¿Qué son muchos para ti?

Me encogí de hombros.

—Olvidalo.

Ella suspiró antes de hablar.

—Tuve novio en el instituto. Fue el primero, pero no acabó bien. Después, estuve con un par de chicos en Madrid. Tampoco salió bien. Y aquí, en Ibiza, he salido con gente, pero la mayoría de ellos solo quería sexo esporádico y yo busco algo más. No me refiero a una relación estable, sino a sentir algún tipo de conexión especial. No sé si me entiendes.

—Claro. Te entiendo.

Levantó la cabeza para mirarme otra vez.

—Pero tú...

—Sí, soy de los capullos que solo buscan sexo esporádico. Pero esto no tiene nada que ver, ¿vale? Aunque no volvamos a vernos, lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver.

Ella bajó la cabeza de nuevo.

Sentí que esas palabras se clavaban en mis oídos. «Aunque no volvamos a vernos». Noté un nudo desagradable en la garganta.

—No eres ningún capullo por eso —dijo—. Siempre me has dejado muy claro lo que hay.

La abracé con fuerza mientras hundía mi cara en su pelo.

—Luna, no me recuerdes así, por favor. Cuando me vaya, quiero que tengas muy presente lo especial que esto ha sido para mí.

—Lo tendré —dijo ella en un susurro—. Te prometo que lo tendré.

Luna salió unos minutos después para ir al baño. Me puse los calzoncillos y la esperé en la cama. Tardó un cuarto de hora en volver. Cuando abrió la puerta, vi que llevaba una bandeja con comida y bebida.

—Servicio de habitaciones —comentó al entrar.

Me incorporé en la cama y le hice un hueco. Ella se sentó a mi lado con la bandeja y cruzó las piernas. Llevaba su vestido, aunque debajo iba sin ropa interior. El bikini seguía tirado en el suelo.

—He traído algo para picar. Nachos con guacamole y uvas.

—Gracias —dije, cogiendo un par de nachos—. No me apetece nada salir ahí fuera y cruzarme con tu abuela. Es probable que se huela algo.

—Jonathan, mi abuela sabe muy bien lo que ha pasado. No hemos sido precisamente silenciosos.

—¿¿Lo sabe?!! —pregunté con cara de horror. Estuve a punto de atragantarme con los nachos.

—¿Y qué problema hay?

Tosí varias veces antes de contestar.

—No sé... Es tu abuela.

—Te recuerdo que vivió en una comuna *hippy*. Se supone que mi abuelo era un cantante de *country* que pasó por la isla en el 68. Pero quién sabe. —Se encogió de hombros y cogió una uva del racimo—. Podría ser el jardinero que nos podaba los árboles en primavera. Siempre me traía un regalo por Navidad.

Me sorprendió la naturalidad con la que hablaba del tema.

—No me refiero a eso. Ya sé que tu abuela fue una de las precursoras del amor libre y blablablá. Me refiero a... Ya sabes... A que no le caigo demasiado bien.

—No es a ella a quien tienes que caerle bien.

—Lo sé, pero... En serio, ¿qué le pasa conmigo?

Luna me miró y se mordió los labios.

—¿Es porque trabajo en la Marina?

—No.

—¿Porque soy inglés?

—¡Claro que no!

—¿Entonces?

Suspiró antes de contestar.

—Cree que vas a hacerme daño.

—¿Qué?! ¿Por qué?! Yo nunca te haría daño.

Se encogió de hombros y bajó la mirada al suelo.

—Ella... Tiene una especie de don. Es muy intuitiva y...

—Dile que se equivoca —interrumpí con rabia—. ¿Una especie de don?

—Sí.

—Creo que te ha comido el coco.

—No es eso, Jonathan —dijo en voz muy baja—. Algunas personas...

—Mira, da igual. Prefiero que hablemos de otra cosa. Me quedan solo unas horas aquí y no quiero malgastarlas hablando de tu abuela.

Ella cogió otra uva con la mirada esquiva.

—De acuerdo. Dejemos el tema.

28

LUNA

Intenté contárselo. Hice un amago, pero enseguida me di cuenta de que tendría que recurrir a algo más que una simple conversación. Jonathan era ese tipo de persona que necesita pruebas, pero mis pruebas podían estropear aquella tarde. Pensé que era mejor cambiar de tema y esperar un momento mejor, sabiendo que, probablemente, nunca llegaría.

Cuando nos terminamos la comida, ya había oscurecido. Retiré la bandeja y me tumbé otra vez a su lado. Él comenzó a besarme despacio y yo me quité el vestido. Enseguida pasó de la delicadeza al ímpetu e hicimos de nuevo el amor. No salimos de la habitación en toda la noche, excepto para ir al aseo en contadas ocasiones. Y entre besos, jadeos y miradas llenas de complicidad, nos quedamos dormidos otra vez, el uno junto al otro, enroscados como dos serpientes. Como si nos negásemos a soltar el débil y efímero lazo que iba a mantenernos unidos hasta que él regresara a Gibraltar.

—Quiero un candado. Algo sencillo. Un simple candado negro.

Era Jonathan. Tenía veinte años, puede que alguno más. Acababa de entrar en un estudio de tatuajes. Iba solo y tenía un aspecto bastante abatido. Sus ojos estaban enrojecidos. Su mirada, ausente y apagada. Sujetaba una botella de ginebra entre las manos.

—Vale, chico —dijo el tatuador—. Pero la botella se queda fuera.

—La botella entra conmigo. Si es necesario, te pago el doble.

El tatuador aceptó el trato y acompañó a Jonathan a una sala interior.

Él se sentó en una butaca y dio un trago de ginebra.

—¿Cómo puedes tomarte eso a secas? —preguntó el tatuador desde su mesa de trabajo.

Jonathan se secó los labios con el reverso de la mano antes de hablar.

—Llenando la boca y tragando después —contestó en tono sombrío.

—De acuerdo, chico... ¿Dónde quieres tu candado? —dijo el hombre mientras preparaba el dibujo.

—En un lugar donde pueda verlo a todas horas.

—¿Eres diestro?

—Sí.

—Te lo haré en la muñeca derecha. Podrás mirarlo siempre que quieras.

De pronto, me di cuenta de que yo también estaba en la sala. Miré hacia abajo y vi mi cuerpo. En ese instante tomé conciencia de mi presencia. Estaba de pie, a metro y medio de Jonathan. Levanté la mano y la miré mientras la movía. Después, levanté una pierna. Di un paso hacia él. Podía caminar, saltar a su alrededor, aunque nadie me veía. Intenté tocar un objeto, pero no noté ningún contacto. Fue como intentar tocar una imagen proyectada en el aire.

—Jonathan, estoy aquí —dije, consciente de que aquello era solo un sueño.

Estaba inmersa otra vez en uno de sus recuerdos.

—¡Jonathan! —grité.

Él, obviamente, no me contestó.

Entonces vi una puerta negra en mitad de la sala, como si alguien la hubiese dejado allí por error. Una puerta negra con un marco negro clavado en el suelo. Nada por delante, nada por detrás.

«¿Qué hace esto aquí en medio?», pensé. Me acerqué despacio, intrigada por saber lo que

había al otro lado. ¿Otra dimensión? ¿Otro recuerdo? Alargué la mano y agarré el pomo. Era el único objeto tangible de toda la sala. Intenté girarlo, pero la puerta no se abría.

Estaba cerrada con un candado. El mismo tipo de candado que Jonathan iba a tatuarse en la muñeca.

En ese momento, desperté.

29

JONATHAN

Luna se levantó temprano, me dio un beso en los labios y salió de la habitación. Regresó un rato después y se sentó a mi lado. Se había duchado y vestido mientras yo remoloneaba en la cama.

—Tengo que irme al centro de yoga —me dijo—. No puedo cancelar las clases de hoy.

La miré, somnoliento.

—Yo tengo que ir al consulado —comenté al recordar mi cita con David.

—Lo sé. Te he dejado las llaves de mi coche sobre la mesa de la cocina. Hay café recién hecho. Nos vemos luego, ¿vale?

Se inclinó para volver a besarme.

—No te vayas aún —murmuré mientras la agarraba de la cintura y la arrastraba hacia mí.

Nos besamos durante algo más de un minuto hasta que ella decidió frustrar el desenlace.

—Jonathan... Me encantaría, pero tengo que irme —susurró sobre mis labios.

Suspiré con resignación y la solté.

—Vale. Pero solo porque nos veremos en unas horas.

Cuando se fue, me duché, me vestí y pasé por la cocina para desayunar y recoger las llaves del coche. Justo cuando iba a marcharme, me crucé con Penélope en el pasillo.

—Buenos días —me dijo en tono neutro cuando pasó por mi lado.

—Buenos días —contesté con desgana, evitando su mirada.

Di varios pasos hasta la puerta principal, me detuve y me di la vuelta.

—Penélope...

Ella se giró hacia mí. Estábamos a tres o cuatro metros de distancia.

—No tengo ninguna intención de hacerle daño —dije con voz grave y potente.

Ella negó con la cabeza.

—No creo que seas mala persona, Jeremy, pero hay cosas que son inevitables.

—¡Por Dios! ¡¡Deja ya de llamarme Jeremy!!

—Es que tienes cara de Jeremy.

Resoplé con desesperación.

—Mira, da igual. Llámame como te plazca, pero deja de hacer conjeturas sin sentido. Esto es algo entre Luna y yo.

Ella suspiró antes darse la vuelta.

—No te entretengas más o llegarás tarde, y entonces ya no habrá forma de que te marches de aquí.

En el consulado todo se desarrolló según lo planeado. David se conectó con nosotros a media mañana y realizó, por fin, el trámite que tanto necesitaba para obtener mi pasaporte provisional. Tuvimos una breve conversación después y me despedí de él con la promesa de llamarlo algún día. A continuación, esperé paciente en el despacho de Andrew Callan. Me entregó el pasaporte a última hora de la mañana.

—Enhorabuena. Ya eres un hombre libre —me dijo Andrew mientras me daba los documentos.

Los sujeté entre las manos y los miré con indiferencia. Mi percepción de la realidad había

cambiado en cuestión de horas. Dos días antes, hubiese matado por esos papeles.

—Puedes usar mi ordenador para comprar un billete de avión —añadió—. Te adelantaremos el dinero si aún no dispones de tarjetas bancarias.

Le dediqué una sonrisa carente de entusiasmo.

—Gracias, Andrew. Gracias por todo.

Cuando volví, Luna ya había regresado del trabajo. En cuanto oyó el coche, salió a recibirme. Nos encontramos en el camino de grava que conducía a la puerta principal de su casa. Me detuve a su altura y la abracé con fuerza. No dijimos nada durante varios segundos.

—¿Ya lo tienes? —preguntó un rato después con la cara hundida en mi pecho.

—Sí.

—¿Cuándo...?

—Mañana. A las doce. El mismo avión que perdí hace cuatro días.

«¿Cuatro días?!», pensé. ¿Habían pasado solo cuatro días? Aquello era imposible. Lo había vivido todo con tanta intensidad que tenía la sensación de llevar semanas en esa isla.

Noté que ella me apretaba con más fuerza de la habitual.

—Eeeh... Nos quedan más de veinte horas por delante —le dije en voz baja—. Te prometí que sería el mejor día de nuestras vidas.

Levantó su rostro para mirarme. Intentábamos aparentar normalidad, aunque los dos teníamos un nudo denso en la garganta.

—¿Y qué tienes pensado? —preguntó.

Le acaricié la mejilla antes de contestar.

—Invitarte a cenar, hacerte el amor, dejar que me lleves a algún sitio bonito... No hace falta que lo hagamos por ese orden.

Sonrió levemente.

—Será mejor que empecemos cuanto antes.

Comimos solos en el porche del jardín. Penélope fue bastante considerada y decidió darnos intimidad. A las cuatro y cuarto —después de recoger la mesa y la cocina—, optamos por marcharnos para aprovechar el poco tiempo que nos quedaba. Luna quiso llevarme a su rincón favorito de la isla: la Torre des Savinar, en la costa suroeste. Tardamos una hora y pico en llegar porque paramos para echar gasolina y para tomarnos un café. Una vez allí, dejamos el coche junto a un camino de tierra y continuamos a pie por un sendero que atravesaba un bosque de pinos. Al final de una larga caminata de tres kilómetros, llegamos a una pequeña explanada con vistas al acantilado. La senda se elevaba hasta llegar a la vieja torre enclavada en la montaña.

Luna me contó por el camino que ese lugar, conocido también como Torre del Pirata, era una antigua atalaya de vigilancia que había adquirido mucha popularidad entre los turistas. Por suerte, cuando llegamos, estaba abierta, circunstancia que, según me explicó, no sucedía con frecuencia.

Accedimos al interior a través de una puerta situada sobre un muro de piedra y subimos por una escalera de caracol hasta la parte superior. Las vistas desde allí eran sobrecogedoras. Al fondo se veía el mar, el islote de Es Vedranell y el de Es Vedrá, un imponente peñasco rocoso

que se alzaba por encima del agua.

Había dos chicas haciendo fotos, pero se marcharon muy pronto y nos quedamos a solas.

Me acerqué con ella hasta la baranda de piedra circular. El silencio era casi absoluto.

—Este sitio es espectacular —dije, apoyando los codos en la baranda.

—Sí que lo es.

Nos quedamos callados durante unos segundos mientras contemplábamos las vistas. Al rato, Luna se impulsó con los brazos para sentarse sobre la baranda.

—¿Qué haces? No te acerques al borde —le pedí en tono autoritario.

—Tranquilo, no me voy a caer —dijo ella mientras se acomodaba en lo alto con las piernas cruzadas—. ¿Tienes miedo a las alturas?

Tensé el rostro antes de contestar.

—No. Pero prefiero que te bajes de ahí. Por favor.

Ella me miró, extrañada, pero yo me mantuve en silencio. No tenía intención de explicarle por qué había reaccionado de ese modo.

—Vale, ya me bajo —dijo antes de regresar a mi lado.

Espiré, aliviado, cuando puso sus pies en el suelo.

—¿Y vienes mucho por aquí? —pregunté en un tono más afable para cambiar de tema.

—Cuando puedo, aunque evito venir en verano. En julio y agosto esto está a tope de turistas. Suelen subir al atardecer. El sol se mete justo por ahí delante —dijo, señalando con la mano—, y la luna sale por la izquierda. Dicen que este lugar está lleno de energía. ¿La notas?

Giró su cara para mirarme.

—Lo único que noto ahora son unas ganas increíbles de besarte.

Ella comenzó a reírse.

—¿Qué pasa?

—Tienes pinocha en el pelo. Acabo de darme cuenta.

Me sacudí la cabeza con la mano.

—¿Ya?

Asintió sonriente mientras me miraba con sus ojos oscuros. Le acaricié los labios con el dedo pulgar. Tenía la sonrisa más bonita que había visto en toda mi vida. Me incliné hacia ella y la besé con ganas, y la cosa hubiera ido a más si no fuera por el grupo de gente que apareció en ese momento. Nos separamos algo turbados cuando oímos voces alrededor.

—¿Te apetece bajar a la playa? —me preguntó.

—Llévame a donde quieras. Tú mandas.

Salimos de la torre y recorrimos de nuevo el largo sendero hasta el coche. Después, condujo hasta una cala cercana —Cala d'Hort—, aparcó en las inmediaciones y fuimos paseando hasta la playa. Cuando llegamos, había poca gente. Estábamos en la segunda quincena de septiembre y se notaba. Aun así, Luna me propuso ir hasta una zona más apartada.

—Ven... Vamos hasta el fondo. Parece que allí no hay nadie.

Se acercó y me cogió de la mano para tirar de mí. El gesto me pilló desprevenido porque, aunque cueste creerlo, era la primera vez que paseaba cogido de la mano de una chica. La primera y única vez en toda mi vida. Me sentí un poco extraño, pero traté de responder con naturalidad.

Caminamos hasta una zona donde la arena desaparecía para dejar paso a las rocas. Había un pequeño embarcadero al final del camino. Nos sentamos sobre una roca frente al mar. Debían de ser poco más de las siete de la tarde. Aún faltaba un rato para que el sol se pusiera en el horizonte, pero ya había comenzado a decaer. Estábamos en ese punto del día en el que la luz y

el agua comienzan a adquirir el tono dorado del ocaso.

—¿Te has bañado alguna vez en el mar mientras ves el atardecer? —preguntó Luna.

—No. He visto muchos atardeceres en el mar, pero nunca mientras me bañaba.

—Pues, vamos.

—No llevo bañador.

—¿Y qué? Yo tampoco.

Se levantó y se quitó el vestido.

—¿Vas a bañarte en ropa interior? —pregunté mientras la observaba.

—Por supuesto que no.

Caminó hacia el embarcadero, se quitó el sujetador y lo dejó caer al suelo.

—¿Vienes o qué? —me dijo sin girarse mientras se bajaba las braguitas.

—¿Qué haces? —pregunté. Mi voz sonó aguda.

—¿A ti qué te parece?

Se retiró la poca ropa que le quedaba, corrió hasta el borde de la pasarela y se lanzó al mar de un salto. La miré, atónito, desde mi posición.

—¿Por qué no vienes? —preguntó después desde el agua.

Me levanté y caminé hasta el final del embarcadero. Ella me miró desde abajo. Estaba mojada, sonriente, preciosa.

—Luna, de verdad, el nudismo no es lo mío.

Se rio con disimulo.

—Dios... ¡Qué británico eres!

—Y qué manía tenéis en esta isla con quedaros en pelotas.

—¡Pero si no hay nadie!

Miré a ambos lados. Tenía razón. Había un par de parejas en la playa, pero estaban a bastante distancia. La única construcción cercana era un restaurante y estaba cerrado.

Resoplé, me quité la camiseta, me bajé el pantalón y me quedé en calzoncillos. Ella me observó mientras lo hacía.

—Me estás poniendo nervioso.

—¿Por qué?

—Porque me miras.

—Acostúmbrate, porque no voy a dejar de hacerlo.

—Con que esas tenemos...

Me acerqué al borde de la pasarela y asomé los pies con la intención de tirarme.

—No te lo aconsejo —dijo ella—. Quítatelo todo.

La miré desafiante y ella me aguantó la mirada.

«Venga, Hartford, que tampoco pasa nada por despelotarse un poco».

Solté el aire de golpe.

—*In for a penny, in for a pound...* —murmuré mientras me bajaba los calzoncillos.

Me tiré al mar sin pensarlo. El agua estaba fría, aunque no tanto como había imaginado. Me sacudí el pelo con un gesto rápido cuando saqué la cabeza por encima de la superficie. Nos quedamos a poco más de un metro de distancia y nos miramos.

—Bravo, teniente... —dijo ella tras dar unas palmadas al aire—. ¿Cómo va tu primera experiencia con el nudismo?

Fruncí los labios en un gesto pensativo.

—Mmm... Reconozco que es agradable.

—¿Solo agradable?

Hizo un movimiento para aproximarse a mí.

—¡No te acerques! —grité con la palma de la mano levantada hacia ella.

—¿Por qué? ¡¿Qué pasa?! —

—Que tendré que salir del agua en algún momento y no quiero hacerlo empalmado.

Ella empezó a reírse.

—Vale. ¿Distancia establecida? —preguntó.

—Metro y medio.

—¡¿Metro y medio?! Si quieres me voy a la otra punta de la playa.

—Metro y medio y lo controlo. Aunque... control control... lo que se dice control... — chasquéé la lengua mientras miraba al horizonte—, últimamente no controlo una mierda.

Ella dio un paso atrás. Se sumergió hasta la barbilla y me miró sugerente por encima del agua. Y me refiero a ese tipo de mirada: la que precede al sexo.

—Joder... Si me miras así, necesito un kilómetro más.

Dio otro paso hacia atrás.

—Esto es lo máximo que voy a ceder —dijo antes de morderse el labio inferior.

—Lunaaaaaaaaa...

—Vale, vale... Ya te dejo tranquilo.

Se giró, extendió los brazos y comenzó a flotar con el cuerpo boca arriba, en la superficie del agua. La miré, embobado. Parecía tan relajada, tan unida a ese lugar que pensé que formaba parte del paisaje. El mar estaba en calma y el sol cada vez más bajo. Era un mar brillante, lleno de destellos. Había visto muchos atardeceres desde el buque, pero ninguno como ese.

Yo también me relajé y me dejé flotar. Estuvimos un rato en silencio hasta que caí en algo. Porque la mente humana tiene un sentido del humor muy particular y, a veces, incluso en el mejor de los momentos, se las ingenia para fastidiarte el plan.

—Oye, ¿no habrá medusas en esta playa? —pregunté, asustado.

—No estoy segura. ¿Por?

—Porque en esta isla me han robado, me han pegado y el otro día me quemé la espalda. Solo me falta irme de aquí con una picadura en el cipote.

La carcajada de Luna hizo eco en toda la playa. Yo, por si acaso, empecé a nadar hacia la pasarela. Con la semana que llevaba era mejor no tentar la suerte.

Me ofrecí para conducir en el trayecto de vuelta. Luna aprovechó para hacer una reserva con su móvil. Quería invitarla a cenar a un sitio bonito, pero era ella quien conocía los restaurantes de la isla, así que dejé la elección en sus manos.

Regresamos a su casa a última hora de la tarde, nos dimos una ducha —lamentablemente, por separado— y nos cambiamos para ir a cenar. Aproveché la ocasión para estrenar la camisa que me había comprado dos días atrás. La esperé en el salón mientras ella acababa de arreglarse. Me senté en el sofá, aburrido. En esa casa ni siquiera había televisión. Me fijé en una de las estanterías, estaba llena de vinilos antiguos. Me acerqué atraído por el descubrimiento y saqué uno de ellos. Los vinilos antiguos eran mi debilidad.

—No puede ser —murmuré con sorpresa.

Era el álbum de The Doors de 1967, una joya de la historia de la música. Pero lo más llamativo no era el disco en sí, sino la dedicatoria en inglés que había escrita sobre la carátula.

For Penny. Kisses. Jim.

Me quedé tan pasmado que no me di cuenta de que Penélope había entrado en el salón.

—Jeremy, ¿qué haces? —me inquirió—. ¿Cotilleando entre mis cosas?

La miré con la sonrisa congelada.

—¿Esto es real? —pregunté mientras levantaba el disco.

—Pues claro —contestó—. Es un disco real, de la realidad palpable. ¿Qué te has fumado?

—Eso ya lo sé. Me refiero a la dedicatoria.

Penélope sonrió con misterio.

—Sí. Jim me lo dedicó.

—¿Qué?! —exclamé, impresionado.

—Que Jim me lo dedicó.

—¿Me tomas el pelo? ¡Joder, Penélope! —Me acerqué a ella con el disco en la mano—.

¿Conociste a Jim Morrison? ¡¡¿Al jodido Jim Morrison?!!

Ella me miró con aires de autosuficiencia. De repente me tenía comiendo de su mano y lo sabía.

—A Morrison, a Robert Plant, a Jimi Hendrix —añadió—. Pasaron todos por la isla hace décadas.

—¿Qué?! —volví a preguntar con incredulidad.

—¿Pero qué pensabas? ¿Que me he pasado la vida haciendo ganchillo en un rincón? Por favor... —Me miró de arriba abajo con los brazos en jarras—. Yo he vivido cosas que tú ni imaginas.

30

LUNA

Salí de mi habitación para buscar a Jonathan y oí risas en el salón. Era mi abuela. Pensé que algo no iba bien. Me asomé con temor y vi que los dos charlaban de forma animada.

—Se quitó la ropa —contaba ella entre risas—, y siguió cantando hasta que llegó la guardia civil para disolvernos. Fue un concierto inolvidable.

Carraspeé para hacerme notar. Los dos se giraron a la vez.

—¡GUAU! —exclamó Jonathan al verme.

Me había tomado muy en serio lo de arreglarme para esa noche. Llevaba un vestido rojo de seda que solo me había puesto una vez —para la inauguración del barco de Lucas—, con escote en uve, tirantes cruzados en la espalda y una falda que caía sugerente hasta medio muslo. Lo acompañé con unas sandalias negras de tacón y un bolso de rafia del mismo color.

—¡Qué manera de arreglarse! —comentó mi abuela—. A Jeremy le va a dar una subida de tensión.

—Intentaré contenerme —murmuró él con una sonrisa muy mal disimulada.

—Nos vamos a Ibiza a cenar —aclaré.

—Lo sé. Jeremy me lo ha contado.

—¿Jonathan te lo ha contado? ¿Qué está pasando aquí? —pregunté en tono bromista.

—Que tu abuela tiene un tesoro escondido en el salón —dijo él, señalando uno de sus discos de vinilo—, y me estaba poniendo al día sobre su pasado de *groupie*.

—¿Queréis que os deje solos? —añadí.

—De eso nada —contestó mi abuela, dirigiéndose a la puerta—. Venga, marchaos ya. Se os va a hacer tarde y yo quiero disfrutar de una noche tranquila.

Fuimos a Palo Alto, en el casco antiguo de Ibiza. El restaurante tenía una bonita terraza privada en un patio interior y una interesante carta con opción vegana. Nos sentaron en una mesa muy agradable, cerca de una fuente de estilo árabe, y pedimos una copa de vino blanco mientras traían la comida. Jonathan me contó la anécdota que le había sonsacado a mi abuela y yo le hablé sobre mi sueño de exponer en una galería de arte.

—¿Y por qué no lo intentas? —preguntó él—. ¿No hay galerías aquí, en Ibiza?

—Muy pocas. Y ninguna de ellas trabaja con artistas desconocidos como yo.

—Vete a otra ciudad.

—No es tan fácil. Se necesita mucha suerte y constancia para hacerse un hueco en este mundillo. Y un padrino que te allane el camino tampoco viene mal.

Me miró con los labios curvados.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Creo que te subestimas.

—¡No tiene nada que ver con eso!

—¿Sabes lo que más me gustó de los cuadros que vi en tu taller?

—No. Dímelo tú.

—No podía dejar de mirarlos. Son... distintos a todo lo que he visto hasta ahora.

—¿Lo dices por tu amplia experiencia en el mundo del arte?

Me miró con desilusión, como si acabara de desinflarse como un globo.

—Lo siento. Me estabas animando y yo he sido muy borde. Este tema me pone un poco nerviosa.

—No necesito entender de arte para saber si algo transmite o no, y tus cuadros transmiten mucho. Es como lo que te pasa a ti con la música. No necesitas cantar bien para saber si te gusta una canción —dijo en tono afilado.

—¿Acabas de insinuar que canto mal?

—*A word is enough to the wise* —comentó con una sonrisa perversa, lo que vino a significar «a buen entendedor, pocas palabras bastan»—. Cada uno tiene sus talentos, y el tuyo, amiga mía, es la pintura.

Me guiñó un ojo y yo me eché a reír.

—Vaya, vaya... —murmuré—, tocada y hundida.

—Me gustan los juegos de barcos. Se me dan bien.

Se llevó la copa de vino a la boca mientras reía entre dientes.

—Qué malvado eres.

—En serio, Luna. Pintas muy bien. Algún día llegarás lejos.

Compartimos una ensalada con salsa de frutos rojos. De segundo, pedí raviolis de calabaza con aceite de albahaca. Él se decantó por un entrecot de wagyu a la brasa de tamaño XXL, poco hecho —prácticamente crudo—, con patatas y guarnición para un regimiento. Devoró la comida como si llevase una semana perdido en una isla desierta. De postre, tomó tarta de tofe con helado —le pidió dos bolas al camarero porque una le parecía algo escaso—, y yo, sorbete de mango.

—¿No vas a acabarte el sorbete? —me preguntó después de rebañar su plato.

Lo miré, pasmada.

—¿Desde cuándo comes con tanto ímpetu?

—Desde siempre —contestó él como si aquello fuese evidente.

—Vaya... Pues acabo de darme cuenta de que te hemos matado de hambre.

Jonathan sonrió levemente, pero no lo desmintió.

—¿Y dónde lo metes? Quiero decir, estás fuerte y tal, pero, tío, no tienes ni un gramo de grasa en el cuerpo.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca he tenido problemas de sobrepeso. ¿Entonces vas a acabártelo?

Le pasé la copa del sorbete antes de que volviera a pedírmelo.

Al terminar la cena, dimos un paseo. Subimos hasta el mirador de la parte alta de la ciudad. Desde allí, se divisaba casi todo el casco antiguo y el puerto.

—Este lugar es otro de mis rincones favoritos —le conté, ilusionada—. Solía venir aquí de pequeña con mi madre. Me sentaba con un cuaderno entre las rodillas y dibujaba los tejados de las casas de alrededor.

—¿Siempre has pintado? —preguntó.

—Siempre. Es como la música para ti, lo llevo dentro.

Se apoyó con los brazos en la barandilla y miró hacia los tejados.

—¿Por qué dejaste el grupo? —pregunté.

Tardó unos segundos en contestar.

—Se disolvió —dijo sin dar más detalles.

—¿Y nunca has vuelto a cantar?

—No. Aún conservo la guitarra, pero ya no la toco.

—No deberías haberlo dejarlo.

Sonrió con la mirada esquiva.

—En serio —añadí—. El mundo se está perdiendo una estrella del *rock*.

—No querrás llevarme otra vez a un karaoke...

—Creo que hay uno por aquí cerca.

Me lanzó una mirada llena de pánico.

—Era una broma —aclaré entre risas—. No pienso malgastar mi última noche contigo en un karaoke.

Giró la cara de nuevo hacia los tejados. Parecía ausente.

—¿Qué pasa? —pregunté unos segundos después.

—Nada —contestó con voz grave—. Que mañana a estas horas estaré a setecientos kilómetros de aquí.

Me quedé sin respuesta. A pesar del esfuerzo de ambos por aparentar una falsa normalidad, la sombra de su inminente marcha llevaba todo el día merodeando sobre nuestras cabezas.

—Luna, quiero proponerte algo —dijo con la mirada perdida en los tejados—. Pasemos la noche aquí, solos. Lejos de abuelas que duermen en la habitación de al lado.

—¿Dónde?

—En un hotel. Nos hemos cruzado con uno desde el restaurante.

Aquella idea me puso la piel de gallina, pero había un pequeño inconveniente.

—¿Y mañana? Tendremos que levantarnos temprano para volver a por tu equipaje antes de... —realicé una pequeña pausa, me costaba acabar la frase—. Antes de que te vayas al aeropuerto.

Se giró hacia mí y me miró con la mandíbula apretada.

—No necesito volver. Esta tarde, mientras te duchabas, he recogido mis cosas y he metido la mochila en el maletero.

Asentí despacio mientras él me sostenía la mirada. El nudo de mi garganta apretó con fuerza.

«Ya no volverá a casa —pensé—. Nunca más me cruzaré con él por el pasillo».

No pude evitarlo. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Fue algo repentino, un impulso que se escapó de mi control. Él me abrazó con fuerza al darse cuenta.

—Eeh... —susurró en mi oído, intentando parecer animado—. Aún es pronto para ponerse así. Además, nos queda lo mejor de la lista.

Sonreí mientras me secaba las lágrimas en su camisa.

—Hemos disfrutado del mejor día de nuestras vidas —dijo en voz baja—, y ahora tendremos la mejor noche.

31

JONATHAN

Elegimos un pequeño hotel en la Dalt Vila de Ibiza. Eran más de las once cuando subimos a la habitación. Abrí la puerta con la tarjeta y le cedí el paso a Luna.

—Adelante.

Caminó hacia la cama hasta que se detuvo de espaldas a mí. Miré su silueta, iluminada por la luz que entraba por el ventanal. Su cabello caía hasta rozar su cintura, ocultando parte de la espalda que su vestido dejaba al descubierto. «Ese vestido», no podía haber elegido otro mejor. Llevaba casi toda la noche recreándome en ella; en sus hombros, en su clavícula, en la forma de mover sus manos, en el escote que se abría sugerente. Y en su sonrisa, la que me volvía loco. Quería grabarla en mi mente para llevármela conmigo.

Cerré la puerta a mi espalda, consciente de que nunca volvería a vivir un momento así. No habría más noches como aquella. Jamás volvería a contemplarla de ese modo, con la respiración quemándome los pulmones y el corazón acelerándose en mi pecho.

Teníamos toda la noche por delante, pero «toda la noche» no me parecía suficiente. En unas horas tendría que decirle adiós, aunque la idea de hacerlo me mataba por dentro.

«¿Qué harás mañana? —me preguntó una voz interior—. ¿Qué harás el resto de tu vida?».

Y la respuesta me atravesó como un disparo en el centro del pecho.

«Guardar este instante en mi memoria y conservarlo para siempre».

32

LUNA

Salí de la rotonda en dirección a la E20. Eran las diez en punto de aquel 21 de septiembre y nos faltaban solo quince minutos para llegar al aeropuerto. Veinticinco grados, cielos despejados y el corazón deshaciéndose en mi pecho como una pastilla efervescente en un vaso de agua.

Jonathan estaba sentado a mi lado, en el asiento del copiloto, y miraba por la ventanilla. Alargué el brazo para encender la radio. Necesitaba llenar ese denso silencio con algo de música, pero la voz de Adele cantando *Someone Like You* me golpeó con la fuerza de un puñetazo.

Cambié de marcha y cerré los ojos durante un instante. Los recuerdos de aquella noche lo llenaron todo.

Entré en la habitación, me detuve frente a la cama y me quedé muy quieta. Oí sus pasos mientras se acercaba a mí por la espalda hasta que sentí su respiración cerca de mi cuello. Me apartó el cabello con las manos, acercó la boca a mi nuca y me susurró despacio:

—He querido hacer esto desde que lo vi.

Noté la punta de su lengua deslizándose sobre mi tatuaje. La piel de todo mi cuerpo se erizó con aquel roce.

Vi la primera señal: «Aeropuerto a 10 kilómetros». Aceleré para adelantar a un ciclista. Cuando quedó atrás, mi mente se conectó otra vez con el recuerdo de la noche anterior.

Jonathan bajó la cremallera de mi vestido y lo dejó caer al suelo. Me abrazó por detrás, acariciando mi pecho. Noté el calor de su cuerpo estrechándose con el mío.

Aspiré aire con fuerza. Mis manos seguían en el volante, pero mi cabeza aún estaba en esa habitación.

—Tengo un terrible defecto —susurró en mi oído—, o una virtud, según se mire. Me gusta estar al mando. Lo que hicimos ayer estuvo muy bien, pero hoy quiero llevar el control, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, incapaz de negarle nada.

—Lo haré como tú prefieras. Puedo ser duro o sumamente delicado.

—Lo quiero todo —murmuré.

Di un pequeño volantazo cuando vi el aeropuerto a mi izquierda. Jonathan se giró hacia mí desde su asiento.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí. Me he despistado un momento.

—Estás cansada. ¿Quieres que conduzca yo?

Negué con la cabeza.

En realidad, sí que estaba cansada. No habíamos dormido en toda la noche y yo no podía apartar esos recuerdos de mi mente.

—Siéntate en el borde de la cama —me indicó.

Me giré hacia él, me senté y lo miré mientras se quitaba la camisa y se descalzaba. Después, se acercó hasta mí. Me dejé caer boca arriba sobre el colchón. Él se inclinó sobre mí y me sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

—Primera regla de esta noche —dijo otra vez en mi oído—: Quédate muy quieta mientras te beso.

Cerré los ojos y noté como deslizaba sus labios hacia abajo, sobre mi pecho, sobre mi ombligo, hacia la parte baja de mi vientre.

—¿No ibas a besarme? —murmuré.

Sonrió junto a la piel de mis ingles.

—Sí, pero no te he dicho dónde voy a hacerlo.

Me mordí los labios mientras él se arrodillaba en el suelo, frente a la cama, frente a mí. Me separó las rodillas y pasó la lengua por encima de mis braguitas. Sentí el calor de su aliento traspasando la tela. Después, las retiró con las manos y hundió la boca entre mis piernas mientras yo arqueaba la espalda.

Cumplió su palabra a la perfección. Fue delicado y hábil con cada roce y cada caricia. Me dejé llevar muy rápido. Jadeé y me retorcí como nunca antes lo había hecho, pero a él, obviamente, no le pareció suficiente.

Mi cuerpo aún temblaba cuando se levantó y oí el sonido de su cremallera. Se quitó los pantalones y la ropa interior, se inclinó sobre mí y me penetró despacio.

—¿He sido delicado? —susurró con la voz ronca y excitada.

—Sí.

—Perfecto... porque ya no quiero seguir siéndolo.

Y embistió con fuerza. Me sujetó de las caderas y adoptó un ritmo intenso. En algún momento, se separó y me dio la vuelta para colocarme boca abajo, manejándose como si yo fuera una muñeca que estaba a su merced. En cierto modo, así era, así lo deseaba y así lo habíamos acordado. Y mientras le dejaba hacer, perdí la noción del tiempo y del espacio. Me abandoné completamente a ese placer salvaje hasta que juntos alcanzamos el cielo de nuestra pequeña habitación.

Después de aquello, intentamos dormir a ratos, pero enseguida quedó muy claro que no estábamos por la labor. Nuestro tiempo juntos se acababa y ninguno de los dos quería renunciar a un solo segundo de esa noche. Cuando llegó la calma, tardamos muy poco en volver a besarnos, a rozarnos e hicimos de nuevo el amor. También tuvimos tiempo de hablar durante horas mientras yo apoyaba la cabeza en su pecho y él me acariciaba la espalda. Me habló de su trabajo, de todas las bases en las que había estado destinado, de su apartamento en Gibraltar, de su vida en el buque... Nos reímos al recordar nuestro primer encuentro y algunas de las situaciones que habíamos vivido durante la última semana. Más tarde, nos quedamos callados, envueltos en un silencio cómplice que nos unió más que las palabras. Nos duchamos juntos en mitad de la madrugada y pedimos un opíparo desayuno a las siete y media de la mañana. Hicimos el amor por última vez antes de vestirnos. Porque así era como quería despedirme de él, con su olor en mi piel. Con el recuerdo intacto de sus últimas caricias sobre mi cuerpo.

Dejamos el coche en el parking del aeropuerto y caminamos hasta la terminal cogidos de la mano. Yo, con mis tacones y mi vestido rojo como vestigios de un instante de felicidad perfecta. Él, con su mochila a la espalda, sus vaqueros y su polo negro; la misma ropa que llevaba el día que nos conocimos. Eran más de las diez y media cuando atravesamos la puerta principal en silencio. Buscamos una cafetería y nos sentamos en la barra para pedir un café.

—Despídeme de tu abuela —dijo Jonathan tras dar los últimos sorbos a un vaso de papel—. Dale las gracias por haberme acogido en su casa.

—Se lo diré —contesté con la voz apagada.

Notaba tanta presión en la garganta que me costaba hablar.

—Al final no cogiste mi dinero —comentó en voz baja con la mirada enfocada en el fondo de su vaso.

—Nunca quise cogerlo. Yo... solo quería conocerte.

En su rostro se formó una sonrisa triste.

—Luna —añadió después en tono serio—, no dejes nunca de pintar.

—No pensaba hacerlo.

—Y si vuelves a bucear algún día, por favor...

—Llevaré cuidado, Jonathan.

Carraspeó sin levantar su mirada del vaso.

—Y sobre todo... —hizo una pausa de varios segundos—. Gracias. Por todo.

—No me des las gracias. Lo que ha pasado...

—Nunca lo voy a olvidar —interrumpió.

—Yo tampoco.

Le dio varias vueltas al vaso vacío hasta que decidió dejarlo sobre la mesa.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Consulté el reloj de mi móvil.

—Las once menos cinco.

Levantó la vista y al fin nos miramos.

—Tengo que irme.

Lo acompañé hasta el control de seguridad, donde un policía pedía la documentación a los pasajeros junto a unas cintas que cerraban el paso. Al fondo, vi los detectores de metales. La presión en mi garganta se intensificó.

Caminé con él hasta el último metro cuadrado al que podía acceder como acompañante. Nos detuvimos y nos quedamos muy quietos, el uno frente al otro, como si ninguno de los dos fuera capaz de dar el siguiente paso. Desenfocué la vista en su hombro. Si lo miraba directamente a los ojos, no estaba segura de poder mantenerme en pie. Entonces soltó su mochila en el suelo y me abrazó. Sentí una inmensa calma cuando lo hizo; esa sensación que solo puede transmitir el abrazo de alguien a quien quieres de verdad, salvo que, en esa ocasión, a la calma le siguió un dolor insoportable.

—Este es el adiós más difícil que he dado en toda mi vida —dijo en mi oído.

No pude contestar. Me quedé callada, agarrándome a su polo con los puños cerrados y los párpados apretados.

«Tres segundos, dos segundos, un segundo... Se acabó».

Me dio un beso en la cabeza y me soltó con suavidad. Después, cogió su mochila del suelo, se la colocó de nuevo en la espalda y me dedicó una mirada muy breve.

—Adiós, Luna.

—Adiós —murmuré con un ridículo hilo de voz.

Se giró y dio varios pasos hacia el policía que pedía la documentación.

Mis ojos se humedecieron cuando atravesó el primer control. Después, lo vi aproximarse al detector de metales.

—¡Jonathan! —dije en voz alta.

Dio media vuelta y me miró con gesto serio.

Hice un esfuerzo para hablar con claridad porque estábamos a cinco o seis metros de distancia y había mucho ruido a nuestro alrededor.

—Lo asumo. La distancia, la espera... Si es la única forma de volver a verte, estoy dispuesta a asumirlo todo.

Me observó muy quieto, como si estuviera asimilando mis palabras. Después, realizó un sutil gesto de asentimiento y se giró para atravesar el detector de metales. En menos de un minuto desapareció de mi campo visual.

Y el universo entero se quedó en silencio a pesar del ruido, de las voces, de la gente, de los motores de los aviones, de mis latidos, del sonido sordo de mi respiración...

Cerré los ojos y todo se detuvo a mi alrededor.

SEGUNDA PARTE
Plenilunio

33

LUNA

Jonathan se fue y se llevó el verano con él.

Al día siguiente, comenzó a llover. Tuvimos cinco días de intensa gota fría en la isla; cinco larguísimos días en los que no tuve noticias tuyas. Al sexto día, la lluvia se detuvo. Para entonces, estaba convencida de que nunca volvería a saber nada de él.

Intentaba pasar más tiempo en mi taller, era la única manera de mantenerme distraída. El centro de yoga donde trabajaba había suspendido las clases debido a las lluvias. Aproveché la ocasión para fabricar un bastidor y preparar un lienzo de gran tamaño. Lo había terminado recientemente y lo tenía colocado sobre el caballete a la espera de iniciar un nuevo cuadro. Dediqué varias horas a ordenar los botes de pintura por colores, limpiar los pinceles y colocar todo el material sobre mi mesa de trabajo. Me senté sobre el viejo sillón de mimbre que usaba para buscar inspiración y miré el lienzo en blanco. Pasaron varios minutos sin que me animara a empezar. Alguien golpeó la puerta y entró en el taller.

—¿Qué hay, pequeña? ¿Tienes ganas de compañía?

Era la voz de Lucas. Me giré hacia él y le dediqué una sonrisa lánguida y apagada.

—Pasa y cógete una silla.

Arrastró un taburete hasta mí y se sentó con los brazos cruzados. Después, se sujetó la barbilla mientras observaba el lienzo con cara de interesante.

—Mmm... Blanco sobre blanco. Te estás superando.

Le di un golpecito en el hombro.

—Aún no he empezado.

—¿A qué esperas?

Suspiré despacio.

—A que vuelva mi inspiración. Se ha ido. Creo que también se la ha llevado.

Lucas imitó un sonido de violines tristes.

—No te metas conmigo, de verdad, no estoy de humor.

—Luna, llevas seis días encerrada en tu taller.

—¡Es que ha llovido a mares!

—¿Y qué has hecho?

—He montado el bastidor, he preparado el lienzo, he ordenado las pinturas, he lavado los pinceles...

—Y no has pintado una mierda.

Estuve a punto de matarlo con la mirada.

—Lucas, si vienes a meter el dedito en la llaga...

—¿Por qué no lo llamas tú y acabas de una vez con esta tragedia griega?

—¿A dónde quieres que llame? ¿A la centralita de la Marina Real Británica?

—No es la reina de Inglaterra. No debe de ser tan difícil contactar con él.

—Olvidalo, Lucas. No sé su dirección. Ni siquiera sé dónde está. Podrían haberlo enviado a otra parte. No tiene redes sociales y tampoco me dio ningún número de teléfono.

—Él tampoco tiene el tuyo.

—Por favor, no me lo recuerdes —dije, frotándome la cara con las manos.

Lucas tenía razón. Con la vorágine de su marcha no le había dado mi número de móvil, aunque él tampoco me lo había pedido.

—Lo que quiero decir es que... puede que a él también le esté costando ponerse en contacto contigo.

—Sabe dónde vivo. Nos anunciamos en Airbnb. Solo tiene que buscarnos en internet y enviarme un correo electrónico.

—Quizá no ha caído en eso.

Negué con la cabeza.

—Se acabó, Lucas. Tengo que aceptarlo. Ese era el plan desde el principio.

Bajé el rostro hacia el suelo y desenfocué la mirada. Un dolor agudo me atravesó el pecho en ese momento.

—¿Y qué pasa con lo que le dijiste en el aeropuerto?

Me encogí de hombros.

—Creo que no me oyó. O tal vez prefiera dejar las cosas como están.

Lucas se inclinó para abrazarme.

—Vas a superar esto, pequeña. Te he visto pasar por cosas mucho peores. No te vengas abajo, ¿vale? —Asentí con la cabeza, aunque en ese instante no me veía capaz de nada—. Además, he venido para darte una buena noticia. ¡Nos vamos a París!

Me separé de él y lo miré, extrañada.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Tú y yo, por supuesto. André nos ha invitado a pasar un fin de semana.

—¿André? ¿Quién es André?

—¡André! El francés que conocí este verano por Instagram. Tiene una casa flipante en París.

—Ah..., ese André —contesté con desgana—. ¿Y dices que nos ha invitado? ¿«Nos»?

—Le he contado que tengo una amiga muy depre y quiere aportar su granito de arena para animarte. Es un tío solidario.

—Lucas, sabes que te quiero, pero no pienso ir a París de sujetavelas.

—¿Y a quién le importa sujetar un par de velas cuando puedes alojarte gratis en Trocadero?

—No estoy de humor para irme de viaje ahora.

—Has oído lo de Trocadero, ¿no?

Alguien golpeó la puerta. Mi abuela asomó la cabeza y me miró.

—Luna, hay un hombre en la entrada que pregunta por ti.

—¿Lo ves?! —dijo Lucas con entusiasmo—. ¡Ya te llueven los hombres! Vas a superarlo antes de lo que creías.

Nos acercamos juntos a la puerta. Había un mensajero de MRW.

—Busco a una tal Luna —hizo una pausa mientras revisaba unos datos en la pantalla de una tableta—. No han indicado el apellido.

—Soy yo.

—Traigo un paquete para ti. ¿Puedes firmar con el dedo en el recuadro que aparece en pantalla?

Cogí el dispositivo y estampé mi firma.

—¿Y dónde está el paquete? —preguntó Lucas a mi espalda.

—Lo he dejado en la furgoneta. ¿Os importaría ayudarme a descargarlo? Hoy me está matando la ciática.

Acompañamos al mensajero hasta su vehículo. Abrió la puerta trasera y nos señaló una caja del tamaño de una maleta mediana.

—¿Qué es esto? —preguntó Lucas—. ¿Te has comprado un mueble por internet?

—Yo no he comprado nada. —Me giré de nuevo hacia el mensajero—. ¿Quién lo envía?

—Tenéis la etiqueta del remitente en la parte posterior de la caja.

Lucas y yo nos lanzamos una mirada cómplice.

—Creo que me tiemblan las piernas —murmuré ante la sospecha de que Jonathan pudiera tener algo que ver con todo aquello.

Lucas cogió la caja, la llevó hasta mi casa y la dejó en el suelo del recibidor.

—Busca la etiqueta —le pedí, nerviosa.

—Aquí está —dijo él mientras se agachaba para leerla.

—¿Y bien?

Levantó su rostro hacia mí con una sonrisa.

—S. P. Computers. 131 de Main Street. Gibraltar.

Pegué un grito y me llevé las manos a la boca. Hubiera dado saltos de alegría, pero preferí correr hasta la cocina para buscar unas tijeras. Volví con ellas en menos de diez segundos y Lucas y yo nos lanzamos a desembalar la caja con impaciencia. El interior estaba lleno de bolitas de corcho blanco. Entre ellas, había varios paquetes de distinto tamaño. Lucas sacó el más grande de todos. Enseguida reconocí la manzanita negra estampada en el cartón.

—Jodeer... —murmuró él, impresionado.

—Es un ordenador —añadí yo con la boca abierta.

—No, pequeña. Es un iMac de última generación, el Jaguar de los ordenadores. Ya podéis tirar esa antigualla de los Picapiedra.

—Yo nunca he usado un Macintosh —comenté, abrumada.

—Papi te dará un par de lecciones y en unas horas estarás haciendo virguerías.

—¡Madre mía, Lucas! ¡No me lo puedo creer! —exclamé, llevándome otra vez las manos a la boca.

—Y eso que aún no sabes lo mejor —dijo él mientras sacaba un sobre del interior de la caja —. Estaba pegado con celo en uno de los paquetes. Lleva tu nombre.

Cogí el sobre con las manos temblorosas y rasgué la solapa de un tirón rápido. En el interior encontré una nota escrita a mano con un texto muy breve. Lo leí en voz alta.

En agradecimiento por vuestra increíble hospitalidad.

Jonathan

P. D.: Si estás libre, conéctate el día 27 a partir de las nueve de la noche.

Bajo la postdata, había escrito un enlace de Zoom para que me conectase con él a través de una videoconferencia.

Miré a Lucas, emocionada. El corazón me latía a un ritmo bestial.

—Hoy es 27, ¿verdad?

—Sí.

Aspiré con fuerza mientras hacía cálculos con los dedos.

—Vale. Tienes ocho horas para instalar este trasto y enseñarme a usarlo.

A las nueve menos diez me senté frente a mi nuevo y flamante ordenador. Tardé muy poco en conectarme a Zoom a través del *link* indicado en la nota. Esperé nerviosa durante varios minutos hasta que Jonathan apareció en pantalla. El corazón me dio un vuelco cuando lo vi.

Nos miramos y sonreímos a la vez.

—Ey... —dijo él.

—Hola —contesté yo con timidez.

Aquella era una nueva y extraña forma de relacionarnos, pero nos permitía mantener el contacto.

Jonathan suspiró con alivio antes de hablar.

—Dios... Menos mal. No sabía si te habría llegado a tiempo.

—Antes de que digas nada más... ¡Menuda pasada de ordenador! —dije con énfasis.

Él sonrió, halagado.

—Muchísimas gracias, Jonathan. No tenías por qué hacerlo, pero gracias.

—No tienes que dárme las. Soy yo el que está agradecido por todo lo que hiciste por mí.

Lo miré atentamente. Estaba guapísimo. Apenas le quedaba rastro de hematomas en la cara.

—Llevas tu uniforme —comenté con una sonrisa bobalicona.

Solo podía verlo de cintura para arriba. Estaba sentado frente a una mesa de escritorio y llevaba una sencilla camisa blanca con insignias de rango sobre los hombros. Se inclinó hacia delante con los brazos cruzados.

—No me ha dado tiempo a cambiarme.

—Por mí no lo hagas.

—¿Por qué? ¿Te da morbo? —dijo él con una sonrisa traviesa.

—Mmm... Pasemos a la siguiente pregunta —contesté, acalorada, mientras miraba hacia la pared.

—Vale, tomo nota.

Nos reímos a la vez. Parecíamos dos adolescentes en pleno tonto.

—¿Dónde estás ahora? —pregunté unos segundos después.

—En mi camarote.

—¿Estás en tu buque?

—Correcto.

—Pensaba que estabas en Gibraltar.

—Estuve en Gibraltar hasta el lunes.

—¿Y qué tal ha ido todo?

—Pues... —Desvió la mirada de la pantalla, como si estuviese haciendo memoria—. Regresé el jueves pasado, como ya sabes, y me presenté en comandancia al llegar. Me han abierto un expediente.

—Eso suena regular —dije, arrugando la frente.

—Está en proceso de resolución, pero he presentado la denuncia del robo y tengo la esperanza de que se quede en un... Espera, ¿cuál es la palabra en español? —dudó un momento—. Un percibimiento.

—¿Qué es eso?

—Una advertencia formal para que no vuelva a suceder. En pocas palabras, te echan una buena bronca, pero te dejan continuar.

—Comprendo. ¿Y qué pasó después?

—Bueno... —Volvió a desviar la mirada—. Tuve que hacer mucho papeleo y solicitar otro pasaporte. El que me dieron en Ibiza era temporal. Después, fui al banco a recuperar mis tarjetas, me compré otro móvil y otro reloj, solicité de nuevo el alta de la línea... Un rollo.

—¿Y en qué momento embarcaste?

—El domingo me informaron de que mi buque iba a realizar una parada técnica en Chipre.

Tuve el tiempo justo de prepararlo todo. El lunes, a primera hora, me pasé por la tienda de informática y compré tu ordenador. Después, cogí varios vuelos para llegar a la base de Chipre antes del anochecer. Y... aquí estoy.

—Me alegro de que todo se haya normalizado.

—Aún estoy en ello, pero creo que voy por buen camino.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Por cierto —añadió él—, al tramitar el envío de tu ordenador, me di cuenta de que no conozco tu apellido. Escribí Luna a secas en el formulario.

—Yo también me di cuenta. El tío de MRW flipó un poco.

—¿Y cómo te llamas?

—Supongo que no te fijaste, pero la acuarela que te vendí iba firmada por detrás.

—Se la envié a mi madre sin desenvolver.

—Pues... Soy Luna Green de la Cruz, aunque en mis cuadros firmo solo con De la Cruz.

—Encantado, Luna Green.

Me miró sonriente. Yo también lo hice.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Cómo has pasado la semana?

—La semana... —repetí, pensativa—. He tenido días mejores. Cuando te fuiste, empezó a llover a cántaros. Suspendieron mis clases de yoga por el mal tiempo y, desde entonces, no he hecho gran cosa. —Bajé la mirada—. Intenté pintar, pero...

—¿Pero? —preguntó al comprobar que no acababa la frase.

Levanté la vista y lo miré.

—No estaba inspirada. La verdad es que... pensaba que no iba a volver a verte.

—¿Por qué? —dijo él en un repentino tono preocupado.

—Porque no me pediste el teléfono y yo no te lo di. Y pasaban los días, no sabía nada de ti...

—Joder, Luna. Lo siento —dijo con sinceridad—. Lo siento mucho. Pensé que darías por hecho que estaba superliado.

—Lo sé. Tendría que haberlo imaginado, pero... no sé, Jonathan. No concretamos nada. Me despedí de ti pensando que ya no iba a volver a verte. Siempre he creído que eso era lo que tú querías. Y cuando te llamé y te dije que estaba dispuesta a asumir la distancia...

—¿Creíste que no te había oído? Porque sí que te oí —dijo con firmeza.

Cerré los ojos un momento y respiré, aliviada.

—Me alegro.

—Te oí y me quedé tan sorprendido que ni siquiera pude reaccionar.

—¿Sorprendido?

—Sí. Sorprendido de que quieras mantener el contacto conmigo. Porque... no será fácil, ya te lo advertí.

—Es que me gustas mucho, Jonathan. Pensaba que había quedado claro.

Sonrió con la mirada enfocada en la pantalla.

—Y tú a mí.

Volvimos a quedarnos callados un momento.

—Entonces —dijo él a continuación—, ¿te parece bien que nos conectemos de vez en cuando?

—Claro que sí.

—Voy rotando turnos. Tendré que avisarte con antelación.

—Estaré preparada.

—Perfecto. —Hizo una pequeña pausa mientras me miraba sonriente—. Luna, me encantaría

seguir hablando, pero tengo que irme a la cama. Mañana es día de maniobras. Me levanto a las cinco y necesito estar despejado.

—Menudo madrugón.

Arqueó las cejas.

—*Yes, baby. Let's back to the Navy.*

Me eché a reír.

—Dame tu móvil y te enviaré un mensaje para avisarte de la próxima conexión —dijo.

Le dicté mi número mientras él lo marcaba en su teléfono.

—Luego te haré una llamada perdida para que guardes mi número —añadió.

—Genial. Solo has tardado trece días en preguntarme cómo me llamo y pedirme el teléfono.

—Ja. Ja. Ja —pronunció de manera forzada.

—Más vale tarde.

—Luna, tengo que desconectarme.

—Sí, claro. Perdona. Buenas noches.

—¡Espera! ¡No apagues!

—¿Qué pasa?

Sonrió de nuevo con aire travieso.

—Que estás muy guapa. No quería irme a la cama sin decírtelo.

Sentí que toda la sangre me subía de golpe a las mejillas.

—Buenas noches, Jonathan.

—Buenas noches, preciosa.

34

JONATHAN

Llevaba nueve años inmerso en una estricta rutina. Durante ese tiempo, mi vida había estado delimitada por unos parámetros muy precisos que yo había establecido de forma consciente y deliberada. No fomentaba las relaciones personales —al menos, no a nivel afectivo—, cambiaba de destino cada año y medio, cargaba con poco equipaje y jamás me involucraba en la vida de nadie. La única persona con la que mantenía un contacto estrecho era mi madre.

Todo empezó a cambiar cuando Luna se coló en mi vida. No planeé que sucediera, ni siquiera lo vi venir. De hecho, me despedí de ella con la convicción de que ese era nuestro final a pesar de lo mucho que me dolió decirle adiós en el aeropuerto. Pero entonces dijo esas palabras en el último momento: «Lo asumo. La distancia, la espera...». Cuando subí al avión, su frase aún resonaba en mi cabeza con fuerza. Enseguida tuve muy claro que lo que había entre nosotros —fuera lo que fuese— no había terminado.

Después de eso, tardé casi una semana en ponerme en contacto con ella. No tenía su teléfono, pero conocía su dirección. Me lo jugué todo a una carta, le envié un regalo con un sobre y crucé los dedos para que el paquete llegara a tiempo. Afortunadamente, lo recibió con unas horas de antelación.

La primera vez que la vi en la pantalla de mi portátil tuve la sensación más extraña de mi vida, como si alguien hubiera tocado una tecla de piano dentro de mi estómago y la vibración generada se hubiese extendido por todo mi cuerpo. Hay quien siente mariposas, yo noté teclas de piano. Creo que en ese instante me di cuenta de que, aunque mi vida ya había vuelto a la normalidad, una pequeña parte de mí se había quedado en la isla, a su lado. No fui capaz de verbalizar todo aquello, pero me esforcé en dejarle muy claro que quería mantener el contacto con ella. Necesitaba hacerlo, porque Luna me gustaba de verdad a pesar de las dudas que todo eso me generaba. No estaba seguro de lo que había entre nosotros y tampoco tenía ni idea de cómo íbamos a gestionarlo, pero quería intentarlo. Quería comprobar hasta dónde éramos capaces de llegar. «Que dure lo que tenga que durar —pensé—, pero que lo haga bien. Que lo haga bonito».

Y así, por primera vez en toda mi vida, me embarqué en una relación a la que ni siquiera sabía ponerle nombre.

Las cosas entre nosotros fluyeron con naturalidad desde el principio. Luna se adaptó muy rápido a mis horarios. A veces nos conectábamos a primera hora de la tarde. Otras, de noche o de madrugada. En menos de una semana, nuestras conversaciones se integraron en mi rutina y lo que empezó como una videollamada cada dos días acabó siendo una cita diaria ineludible.

Llegó un momento en el que tuve que hablarle de ello a mi madre durante una de nuestras conexiones por internet.

—La próxima vez que vengas, te llevaré a esa pista forestal —comentaba ella—. ¿Te acuerdas de cuando venías de pequeño? Te encantaba perderte en el bosque con tus primos. Os pasabais horas jugando como salvajes.

Miré el reloj de mi muñeca con impaciencia. Luna estaba a punto de conectarse.

—Jonathan, no me estás escuchando —protestó mi madre.

Dudé un momento.

—Perdona. Tienes razón. He quedado para hablar con alguien dentro de unos minutos.

Mi madre me miró como si acabara de hacerle una confesión brutal.

—¿Alguien? ¿Como que «alguien»?
Carraspeé y me crucé de brazos.
—Con Luna. Te hablé de ella. Es la chica que me alojó en su casa cuando perdí el pasaporte en Ibiza.
La vi sonreír de forma exagerada.
—¿Estás saliendo con ella?
Fruncí el entrecejo.
—No... Bueno, sí. Es complicado. Ella está en Ibiza, yo estoy aquí.
—¡Dios mío, sales con una chica! —Puse los ojos en blanco—. Y yo que había perdido la esperanza.
—Rebaja un poco tu entusiasmo, madre. Todavía nos estamos conociendo.
—Sí, eso dicen todos antes de morder el polvo.
—Voy a cerrar.
—Espera, hijo. No te vayas. ¡No te vayas!
Me eché a reír.
—Cuéntame cómo es. Háblame un poco de ella.
Suspiré antes de hablar. En el fondo me hacía gracia verla tan entusiasmada.
—Es pintora y da clases de yoga. ¿Recuerdas la acuarela que te envié hace un par de semanas?
—Sí.
—La pintó ella.
—Me encanta esa acuarela. Me transmite mucha paz.
—Lo sé. Pinta muy bien.
—¿Y cómo lleva ella que te dediques a esto?
—Lo lleva con mucha paciencia.
—Eso es bueno. Cuéntame más.
Desvié la mirada al techo.
—Pues... Es vegana, vive en medio del campo, le gustan los gatos...
—¿Me estás tomando el pelo?
—No.
—Pero, hijo, ¿tenéis algo en común?
—A los dos nos gusta estar juntos.
—¡Madre mía! ¡Qué pillado estás!
Volví a sonreír.
—Buenas noches, mamá —dije mientras cerraba la sesión.

A mediados de octubre, empecé a mandarle a Luna fotografías de todas las cosas que creía que podían gustarle: un avistamiento de delfines, el mar en calma, el amanecer visto desde la proa del buque.

—Me ha encantado tu foto de hoy —dijo ella con entusiasmo durante una de nuestras conexiones.

—He pensado que te gustaría pintarlo.

—¿A qué hora la has hecho?

—A las siete, desde el puente de mando.

—¿No dijiste que tienes prohibido usar el móvil durante tu horario de trabajo?

—Lo tengo, pero hoy he hecho una excepción —comenté con una sonrisa pícara.

—No te la juegues, Jonathan.

—Ha sido solo un momento, lo llevaba en el bolsillo por error. No me van a meter en un calabozo por eso.

—Pues... Gracias. Por pensar en mí a las siete de la mañana.

La observé.

A veces me quedaba absorto mientras la miraba hasta que ella hacía algún movimiento sutil y yo recordaba que debía retomar la conversación para no parecerle un gilipollas.

—¿Qué harás este fin de semana? —pregunté al cabo de unos segundos.

—He quedado con Marina. Lucas se ha ido a París a ver a un tío que conoció por Instagram. Me invitó a ir con él, pero...

—¿Pero?

—No me apetece ir de carabina. Además, no podría conectarme contigo en todo el fin de semana.

—¿Por qué no? Podríamos haber hablado por teléfono.

—Pero tus horarios son una locura y si me paso el día pateando París...

Me crucé de brazos y me apoyé en el respaldo de la silla.

—Luna, no dejes de hacer cosas por mí. No quiero ser el motivo que te impida irte de viaje o salir cuando te apetezca. Yo he elegido estar aquí, pero esa decisión no debería limitarte.

—Lo sé, Jonathan —dijo ella con la mirada esquiva—. No me apetecía, eso es todo. Además, el domingo vienen dos huéspedes y no quería dejar sola a mi abuela.

—Ya... ¿Entonces saldrás con Marina?

—Sí. Saldremos mañana por la noche.

La miré fijamente y, de repente, comencé a imaginar cosas que nunca antes me había planteado.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Nada. Es solo que... No importa. Déjalo.

—¿Que deje qué?

—No es nada, en serio.

—Jonathan, cuéntamelo —dijo, un poco molesta.

Suspiré antes de hablar. «No metas la pata, Hartford. Piensa bien lo que vas a decirle».

—Verás, Luna, estaba pensando que tú y yo nunca...

—¿Nunca qué? —preguntó al comprobar que no terminaba la frase.

—Nunca nos hemos prometido nada. Y que conste que lo entiendo, pero...

—¿A qué te refieres?

Me pasé la mano por la cara antes de volver a mirarla.

—A que una noche te enrolles con alguien, a eso me refiero. Vivimos a miles de kilómetros y tú eres una chica muy guapa. Comprendo que es algo que podría ocurrir. Aunque, para ser sincero, la idea de que suceda no me hace ni pizca de gracia.

—Jonathan...

—Porque yo lo tengo muy complicado y ahora ni siquiera tengo ganas de estar con otra persona. Pero tú... Por favor, si sucede, prefiero que no me lo cuentes.

—Jonathan, no voy a enrollarme con nadie.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece. Y porque me paso todo el día esperando a que llegue el ansiado momento en el que te conectes conmigo. ¿Te parece un buen motivo?

Sonreí mientras soltaba el aire. No podía disimular mi cara de alivio.

—Vale...

—Respira, teniente. Te he visto un poco agobiado.

Solté una carcajada.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? —preguntó.

—¿Yo? Vivo en un buque. Como no me enrolle con una sirena...

—¿No hay mujeres en tu buque?

—No me atrae nadie de este barco y, aunque ocurriera, las relaciones entre miembros de la tripulación están totalmente prohibidas.

—¿Y si un día bajas a tierra y conoces a una chica?

Me crucé otra vez de brazos y la miré con gesto serio.

—No, Luna. Eso no entra en mis planes.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Por los mismos motivos que tú.

—De acuerdo, teniente. Avísame si sus planes cambian un día de estos.

Sonreí de nuevo. De repente me sentía mucho más relajado.

—¿Y a dónde irás con Marina? —pregunté.

—A un concierto de cuencos tibetanos que organiza uno de mis compañeros de yoga.

—¿Concierto de qué? —pregunté con el ceño fruncido.

—De cuencos tibetanos. ¿Nunca has visto uno?

—Los únicos cuencos que conozco son los de la sopa, pero esos no dan conciertos, que yo sepa.

La boca de Luna se curvó en una sonrisa.

—Son cuencos de cuarzo de este tamaño. —Hizo un gesto con las manos—. Se les pasa una maza de madera por el borde y producen un sonido muy potente. Cada cuenco vibra a una frecuencia diferente. Te mandaré el enlace de un vídeo de YouTube.

—*Learn something new every day.*

—Sí. Nunca te acostarás sin saber algo nuevo —añadió ella—. ¿Y tú que vas a hacer?

—Haremos una parada este sábado. Bajaré a tierra por unas horas. Tengo el día libre.

—¿Una parada? ¿Dónde?

Me mordí los labios mientras la miraba.

—No puedo darte esa información.

—Jonathan, no te he pedido las coordenadas de tu buque.

—No puedo.

—En el fondo haces bien. Por mi pasado de espía rusa, ya sabes...

Me eché a reír.

—Pásalo bien —continuó ella—. ¿Qué sueles hacer en esos casos? ¿Ir a un bar de marineros?

—¡No! Buscaré un restaurante para comer algo decente y... tal vez te compre algo bonito.

Desplegó una de sus increíbles sonrisas. De pronto, recordé que era tarde.

—*Shit!* —dije tras ojear el reloj de mi muñeca—. Tengo que cortar. Entro en diez minutos.

—Su sonrisa se transformó en una mueca de pena—. Lo siento, se me ha pasado completamente. ¿Hablamos mañana a la misma hora?

—Aquí estaré —dijo ella, recuperando la sonrisa.

Cuando acabé mi turno, seis horas después, dejé el puente de mando y salí a la cubierta de popa para tomar el aire. Eran más de las doce de la noche. Estábamos a finales de octubre, pero en el Egeo hacía buena temperatura. El mar estaba en calma y una luna llena enorme iluminaba la superficie del agua justo delante de mí.

Me crucé con uno de mis suboficiales, estaba fumando junto a la barandilla. Al verme, se puso firme.

—¡Teniente!

—Relájate, Fitcher —le dije entre dientes—. No vengo a joderte la noche.

Me miró con cara de circunstancia.

—Lo siento. Ya sé que está prohibido fumar aquí —contestó.

Miré el cigarrillo que sostenía entre los dedos.

—Dame otro y no se lo contaré a nadie.

Giró la cara a ambos lados, sacó una cajetilla del bolsillo del pantalón y me ofreció un cigarrillo. Me encendí un pitillo y me apoyé con los brazos en la barandilla del barco. Le di un par de caladas en éxtasis.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Fitcher a mi espalda.

Me giré hacia él y lo miré.

—Adelante.

—Me han dicho que boxeaba hace años en la escuela militar y que se le daba muy bien.

—Eso depende de quién lo cuente.

—Lo comento porque estoy en un club de boxeo, en La Roca. Buscan gente con experiencia. He pensado que a lo mejor le gustaría apuntarse.

Le di otra calada al cigarrillo.

—Lo dejé hace varios años —dije, soltando el humo—. Estoy desentrenado.

—No es problema, teniente. El nivel del club es bastante mediocre.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —contesté con una media sonrisa.

—No estoy diciendo que su nivel sea malo. Al contrario. Creo que podría ayudarnos a mejorar.

Me quedé pensativo durante un momento.

—De acuerdo. Recuérdamelo cuando volvamos a la base.

Fitcher se despidió de mí y se marchó.

Me apoyé otra vez sobre la barandilla y miré la luna mientras me terminaba el cigarrillo; esa enorme y preciosa luna llena que lo ocupaba todo.

Pensaba mucho en ella, sobre todo, de noche, cuando acababa la jornada y me quedaba solo. A veces cerraba los ojos para visualizarla. También solía repasar mentalmente nuestras conversaciones.

«Me paso todo el día esperando a que llegue el ansiado momento en el que te conectes conmigo».

Sonreí como un idiota al recordar su frase.

Tiré el cigarrillo por la borda tras dar la última calada. La pequeña luz incandescente se alejó de mí hasta desaparecer en la superficie plateada del mar. Me quedé mirando el resplandor que la luna provocaba en el agua mientras trataba de imaginar que estaba muy lejos de allí, a mil doscientas millas, en el pequeño trozo de tierra que ocupaba su hogar.

«Tercera puerta a la derecha. Entro en tu cuarto, me meto en tu cama, te rodeo con mis brazos

y me quedó allí, muy quieto, con los ojos cerrados, mientras te oigo respirar».

35

LUNA

Di varias pinceladas al cuadro en el que llevaba días trabajando. Lo había titulado: *Amanecer desde el puente de mando*, aunque era un nombre provisional. Había comenzado a pintar algunas de las imágenes que Jonathan me enviaba al móvil, aunque solía hacerlo bajo una interpretación muy libre de las formas y los colores. Me gustaba pensar en él mientras llevaba a cabo el proceso. Era una manera de sentirlo un poco más cerca de mí.

Noté que el móvil vibraba sobre mi mesa de trabajo. Le eché un vistazo y descubrí que me había enviado un mensaje.

Solo y aburrido en mi camarote. ¿Te conectas?

Tardé un par de segundos en soltar los pinceles, salir del taller y correr hacia el despacho para encender el ordenador.

—Creía que estabas ocupado esta noche —dije cuando apareció en pantalla.

—Me han relevado antes de lo previsto. ¿Y tú? Estabas pintando, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Tienes... —se tocó la cara mientras me miraba—, tienes pintura en la mejilla.

Me pasé la mano por la cara y me limpié un rastro de color naranja.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó.

—Ya lo verás —dije con una sonrisa misteriosa.

Jonathan me sostuvo la mirada. Parecía contento.

—Luna, tengo buenas noticias. Nos han comunicado que la misión finalizará el 22 de noviembre. Volveremos a Gibraltar en tres semanas.

—¡Genial! Me alegro por ti.

—Cuando vuelva, tendré derecho a ocho días de permiso —dijo, arqueando las cejas. Su sonrisa lo decía todo—. ¿Tienes algo que hacer a finales de noviembre?

—¿Me estás pidiendo una cita? —pregunté, emocionada.

—Podría acercarme yo a verte o... podrías hacerme tú una visita. ¿Conoces Gibraltar?

—¿En serio?! ¡Me encantaría! —dije con un entusiasmo que no duró mucho. Enseguida me di cuenta de algo—. ¡Ay, no! ¡Las clases de yoga! No puedo ausentarme una semana entera.

—Tranquila, lo entiendo. Era solo una propuesta.

—Puedes venir a Ibiza. Guardaremos tu pasaporte en una caja fuerte para asegurar su integridad.

Jonathan rio entre dientes.

—De acuerdo. En ese caso, me arriesgaré.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Lo hacíamos muy a menudo.

—22 de noviembre —murmuré—. Tendré que señalarlo en mi calendario.

Él no dejaba de observarme con aquella media sonrisa.

—¿Qué pasa? —pregunté al comprobar que no cambiaba la expresión de su cara.

—Nada.

—No te creo.

—Me gusta la camiseta que llevas —dijo en tono seductor.

Eché la vista hacia abajo. Llevaba una vieja camiseta blanca a la que le había cortado el cuello con tijeras para aumentarle el escote. No lo había hecho por estética, sino por comodidad, porque el cuello original me apretaba demasiado, aunque quizá me había excedido con el corte.

—Es la camiseta que uso para pintar. Está llena de manchurroneos.

Me clavó la mirada de forma descarada.

—Pues... tu camiseta para pintar me pone muy cachondo.

Me ruboricé como una colegiala. Él se echó a reír al ver la expresión de mi cara.

—Vale —dijo después, pasándose la mano por la frente—. Llevo seis semanas de abstinencia. Me tenía que salir por algún lado.

—Yo también lo echo de menos —comenté mientras me humedecía los labios.

Nos miramos otra vez en silencio, intentando contener una sonrisa cargada de intenciones.

—Jonathan... —dije en voz baja y sugerente—, ¿te apetece jugar un poco?

Él parpadeó, confuso.

—¿Qué tipo de juego?

—Ya sabes a qué me refiero. Yo me quito la ropa... Tú te dejas llevar...

—¡Joder, Luna! No es que me disguste la idea, pero no pienso masturbarme como un mono en celo mientras me miras en una pantalla de ordenador.

Tuve que contener la risa. Jonathan tenía un lado pudoroso que contrastaba mucho con otras de sus facetas.

—No te he pedido que me hagas un primer plano del asunto.

Apretó los labios con fuerza.

—La respuesta sigue siendo no.

—¡Pero si te he visto hacer cosas más íntimas!

—Contigo en la cama, preciosa. Te recuerdo que estoy en un buque de guerra.

—No sabía que ese buque era una especie de monasterio. ¿Rezáis los maitines antes del amanecer?

Me miró con cara de «¡deja ya de meterte conmigo!».

—De acuerdo, padre Jonathan —añadí—. Tendremos que dejarlo para otro momento.

—Eres muy chistosa —dijo él con ironía.

—Solo cuando estoy contigo.

Nos despedimos muy pronto porque eran casi las doce y los dos teníamos que madrugar al día siguiente.

Pasé por el cuarto de baño, me puse el pijama y me fui a la cama. Llevaba dos minutos con la luz apagada cuando mi móvil comenzó a sonar sobre mi mesilla. Lo cogí de inmediato y vi que era él. Me extrañó porque no solía llamarme a esas horas y menos cuando acabábamos de hablar.

—Jonathan, ¿pasa algo?

—¿Estás sola? —preguntó con voz grave.

—Sí —contesté, confusa.

—¿Dónde?

—En la cama.

Carraspeó antes de hablar.

—Vale. ¿Cómo lo hacemos?

Tardé un par de segundos en comprender a qué se refería.

—Pues con mucha imaginación y dejándonos llevar.

—Dejándome llevar tengo las manos en tus caderas y la lengua bajando por tu ombligo.

Solté el aire de golpe y cerré los ojos.

—Caray, teniente... Aprende usted muy rápido.

36

JONATHAN

Habían pasado más de siete semanas desde mi última incorporación. Las maniobras del HMS Trent habían finalizado y el buque regresaba a su base en Gibraltar. Nos quedaban solo tres días para llegar a puerto y, por primera vez en mi vida, contaba las horas que me faltaban para desembarcar. Tenía billete para volar a Ibiza el 23 de noviembre y pasar allí seis de los ocho días que me correspondían de permiso. Había decidido acortar el viaje y regresar a la base con cuarenta y ocho horas de antelación para garantizar mi reincorporación a tiempo. Aun así, seis días con Luna después de dos meses de travesía me parecían el puto paraíso en la Tierra.

En el buque se respiraba un ambiente más relajado de lo habitual. Los cocineros habían preparado un almuerzo mexicano para celebrar que las maniobras se habían llevado a cabo con éxito.

En el puente de mando todo estaba tranquilo.

—Vira tres grados a estribor —le dije a la subteniente Marshall, que estaba sentada a mi lado.

—¿Velocidad? —me preguntó.

—Reduce a veinticinco nudos.

Llevaba cuatro horas de guardia como oficial responsable de la navegación. La tarde me estaba resultando muy aburrida. La travesía era sencilla, nuestro único objetivo en ese momento era regresar a casa.

Desde mi asiento controlaba la carta náutica que aparecía en pantalla. Levanté la vista al frente y divisé nubes negras a lo lejos. Cogí los prismáticos y me puse de pie para echar un vistazo.

—Fitcher, léeme el último parte meteorológico —indiqué.

Enfoqué las lentes de los prismáticos mientras esperaba.

—Fitcher, ¿te has ido de cervezas? —murmuré al comprobar que no contestaba.

Dejé pasar varios segundos.

—¡Fitcher! —grité.

—Teniente, Fitcher no está —dijo Marshall desde su asiento.

Me giré y vi que su puesto estaba vacío.

—¿Pero dónde narices...?

Estaba a punto de salir a buscarlo cuando apareció a toda prisa por la puerta principal.

—Perdón, teniente. Estaba en el aseo. Ha sido la comida mexicana. No debería haber mezclado frijoles con jalapeños.

—Ahórrate los detalles y busca el parte meteorológico.

Miller entró en ese momento y me saludó.

—¿Qué hay, Hartford?

—Todo tranquilo. ¿Qué haces aquí?

—Norton quiere verte.

—¿Ahora? —pregunté, extrañado—. Estoy de guardia hasta las diez.

—Me ha pedido que te sustituya. Te está esperando en su camarote.

Le pasé los prismáticos a Miller sin comprender el motivo de aquella reunión tan repentina.

—Vigila esas nubes —le dije antes de abandonar el puente—. Creo que hay tormenta a lo lejos.

Me dirigí a la antesala del camarote de Norton, un pequeño cuarto que usaba como despacho.

Lo encontré sentado frente a su mesa de trabajo. Estaba revisando unos documentos.

—Señor, ¿quería verme?

—Pase —me indicó.

Cerré la puerta y me quedé de pie. Norton levantó la vista y comenzó a hablar.

—El martes recala en Gibraltar la fragata HMS Westminster junto a dos buques de apoyo. Harán una escala técnica antes de dirigirse a Malta para realizar unas maniobras de entrenamiento. Han tenido varias bajas por un brote de salmonelosis y necesitan cubrir un puesto de oficial para el puente de mando. Lo he recomendado a usted para la sustitución. Zarpará el miércoles a las siete de la mañana.

—Perdone, comandante —dijo con cautela—. Creo que debe de haber un error. Me corresponden ocho días de permiso. Tengo un viaje programado...

—No ha habido ningún error, teniente —dijo Norton interrumpiendo mi explicación—. ¿Tengo que recordarle lo cara que nos salió su aventurita en Ibiza? Ya disfrutó de una semana en septiembre mientras le tramitaban el pasaporte.

Bajé la mirada y me mordí la lengua. Quería decir muchas cosas, pero sabía que no estaba en posición de hablar.

—Su expediente aún está en proceso de resolución. Estoy dispuesto a contribuir favorablemente a su causa siempre que me demuestre su compromiso con la Marina. Creo que no puedo ser más claro.

Cerré los ojos y asentí despacio mientras veía desaparecer la única posibilidad de ver a Luna en varios meses.

—Embarcará en la fragata hasta el 22 de diciembre. Después, disfrutará de los cuatro días de permiso que le corresponden por Navidad. Ni uno más. ¿Entendido?

—Entendido, señor —dijo tratando de mantener el tono neutro de mi voz.

—Perfecto. Pase por comandancia al llegar a Gibraltar. Allí le darán más detalles de la misión. Puede retirarse.

Luna apareció en la pantalla de mi portátil tan sonriente como siempre. Tenía que darle la noticia y aún no sabía cómo hacerlo.

—¡Hola! —dijo ella de excelente humor.

—Hola —contesté en tono apagado.

—¡Solo faltan tres días! —Su comentario me atravesó como una bala—. ¿Preparado para volver a la vida civil? Estoy haciendo un montón de planes para la semana que viene...

—Luna —interrumpí—, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa? —dijo, cambiando la expresión de su cara.

—Tengo malas noticias. —Tomé aire despacio antes de continuar—. No podré ir a Ibiza la semana que viene.

—¿Qué?! ¿Por qué?

—El miércoles tengo que embarcar en otra misión. Órdenes de mi comandante. Me lo acaba de comunicar.

—No lo entiendo, llevas dos meses en ese buque. Dijiste que tenías derecho a varios días de permiso.

—Tenía. O tengo, no lo sé. Es una especie de castigo por haberme quedado atrapado en Ibiza.

—Pero tú no tuviste la culpa.

—No es tan sencillo. Ellos solo ven que yo no cumplí. En el fondo, esperaba algo así desde hace tiempo.

Bajé la mirada al teclado. Ella se quedó callada.

—Lo siento —murmuré.

—¿Hasta cuándo estarás embarcado?

—Hasta el 22 de diciembre.

—¿Y qué harás en Navidad?

Levanté la vista y la miré.

—Le prometí a mi madre que pasaría esos días con ella. Llevo sin verla desde julio.

—¿Te irás a su pueblo?

—Sí. Ese era el plan.

La observé. Su sonrisa había desaparecido y tenía la mirada triste. Me mataba verla así.

—Luna... Puede que te parezca una locura, pero ¿por qué no te vienes conmigo?

—¿En Navidad?

—Sí. A mi madre le gustaría mucho conocerte. Podría enseñarte todo aquello. Es un pueblo muy bonito. Está rodeado de montañas y...

—No puedo, Jonathan. Me encantaría, pero mi padre viene desde California y se quedará con nosotras hasta el 2 de enero. Hace un año que no nos vemos y ya tiene los billetes.

—Entiendo —dije en voz baja.

Me froté la cara con ambas manos antes de volver a hablar.

—Después de Navidad estaré un mes en tierra. Tal vez podamos vernos algún fin de semana siempre que mi trabajo lo permita, porque en enero vienen altos mandos de visita y habrá algunos actos a los que no podré faltar. —Me quedé pensativo—. Si te soy sincero, no estoy seguro de cuándo podré librar.

—¿Y después?

—Embarcaré de nuevo. Dos o tres meses... Tal vez más. —Suspiré antes de continuar—. Sabía que esto no iba a ser fácil.

—Lo sabíamos los dos, pero no me arrepiento.

Nos quedamos unos segundos en silencio, aunque a mí me parecieron horas. Me sentía fatal. La estaba arrastrando a un tipo de relación que ella no merecía. Respiré hondo antes de hablar.

—Luna, sé que esto no es justo para ti.

—¿Qué quieres decir?

Noté una piedra en mitad de la garganta. Una maldita piedra que no me dejaba respirar.

No quería cortar con ella. No soportaba la idea de hacerlo, pero algo en mi interior me empujaba a ser honesto.

—Entenderé que quieras dejarlo aquí —dije con esfuerzo.

—¿Qué?! —exclamó—. ¡Ni pensarlo, Jonathan! ¡Claro que no! —Solté de golpe todo el aire que había en mis pulmones—. ¿Y tú? ¿Quieres dejarlo? —me preguntó.

Le sostuve la mirada.

—Ni de coña —contesté con firmeza.

La vi sonreír.

—Vale, pues vamos a encontrar la manera de solucionar esto —dijo ella de un modo muy resolutivo—. ¿Cuántos días libres tendrás en Navidad?

—Cuatro. Del 23 al 26, ambos incluidos.

—Perfecto. Sé que quieres ver a tu madre y yo quiero estar con mi padre. Vivo en una casa llena de habitaciones. ¡Veníos los dos! Cabemos todos. Esto no es un pueblecito idílico de

montaña, pero tenemos un jardín grande con vistas al campo.

Me eché a reír. En un instante, los planes habían cambiado de forma radical.

—Hablo en serio, Jonathan. No te rías. Ya sé que es una idea muy loca y que tu madre va a flipar cuando se lo digas. Por cierto, ¿cómo se llama? Nunca te lo he preguntado.

—¿Mi madre? Se llama Victoria.

—Dile a Victoria que venga, a no ser que prefiera quedarse en su casa.

—Mi madre está deseando conocerte. Tiene tantas ganas que sería capaz de robar una barca de remos para llegar a tu isla.

—¡¿Se lo dirás?! —preguntó con entusiasmo—. Porque a mí también me gustaría conocerla.

Me mordí los labios. No podía contener la sonrisa. La idea era una maldita locura, pero yo estaba desesperado por volver a verla.

—¿Qué le parecerá a tu abuela? —pregunté.

—Mi abuela lleva cuarenta años alojando a desconocidos en su casa. Esto forma parte de su rutina.

—Sería bastante raro, ¿no crees?

—Sería superraro —dijo ella entre risas—. Pero estaremos juntos. ¿Se te ocurre un plan mejor?

—No.

—¿Entonces se lo dirás? —volvió a preguntar.

Jamás hubiese pensado que acabaría enrolando a mi madre en algo así, pero estaba dispuesto a aceptar cualquier propuesta con tal de pasar con Luna las Navidades.

—Sí —dije con seguridad—. Se lo diré.

37

LUNA

Hablamos mucho durante aquel otoño. Tuvimos cientos de conversaciones durante los meses que pasamos separados. La distancia nos impedía hacer ese tipo de cosas que a menudo realizan las parejas, como salir a cenar o ir al cine, pero supimos aprovechar las circunstancias para conocernos a un nivel más íntimo —al menos, todo lo que Jonathan se dejaba, que no era, ni de lejos, lo que a mí me hubiera gustado—. Con el paso de los días, lo que había comenzado como una relación basada en una fuerte atracción mutua se transformó en una relación cimentada, a partes iguales, sobre el pilar de la atracción y el de la amistad profunda.

Hablábamos de música, de cine, de nuestros trabajos y nuestra rutina diaria, de los lugares que queríamos visitar y los países donde él había estado, de los meses que pasé en California cuando era niña y de sus veranos en el pueblecito de León junto a su madre. Jonathan tenía miles de anécdotas de aquella época de su vida, pero apenas hablaba de su adolescencia en Inglaterra o de sus años en la universidad. Se comportaba como si hubiese un vacío en su pasado, un agujero que abarcaba casi una década de su existencia. Su padre era otro tema tabú, jamás lo mencionaba. De su madre, en cambio, solía hablarme con frecuencia y lo hacía con mucho cariño. Nunca entraba en detalles sobre ella, aunque un día me comentó que lo había pasado mal y que, en la actualidad, había logrado rehacer su vida.

Yo le hablé de la enfermedad de la mía. Le conté cómo había vivido todo el proceso, desde que supe su diagnóstico hasta la noche en la que murió. Él me escuchó con atención durante más de media hora. Al acabar, noté que mi historia lo había conmovido.

—Eres muy valiente, Luna —me dijo—. Yo no lo habría encajado tan bien.

—Eso nunca se sabe hasta que tienes que pasar por ello.

Sonrió levemente y bajó la mirada. Después de eso, no volvió a preguntarme sobre el tema.

Con el tiempo me di cuenta de que Jonathan no tenía amigos íntimos como los míos. A veces me hablaba de algún compañero, sobre todo de Stone y Miller, pero pronto me percaté de que, a pesar de la estrecha convivencia, mantenía con ellos una relación bastante superficial. Le hubiera preguntado por Liam, su gran amigo de la adolescencia, pero no podía justificar el hecho de conocer su existencia.

Intenté hablarle de nuevo acerca de mi peculiar don. Quería contarle que había tenido varios sueños sobre su pasado, pero nunca encontraba la forma adecuada de hacerlo. Jonathan era muy escéptico con todo lo que no se podía observar, medir o cuantificar. Había nacido con una mente privilegiada para absorber y procesar todo tipo de datos, hablaba varios idiomas con soltura y se había graduado *cum laude* en la universidad, pero se negaba a aceptar cualquier tipo de realidad que no estuviese integrada en su forma de ver el mundo. Yo, en cambio, había comprendido muy pronto que la apariencia de las cosas es solo la punta del iceberg del enorme, complejo y misterioso universo en el que vivimos.

—Jonathan, ¿alguna vez has leído algo sobre habilidades psíquicas? —le comenté una vez.

Quería abordar el tema. Estaba dispuesta a contarle todo lo que me sucedía, pero él me miró como si acabara de hacerle una pregunta en arameo.

—¿Qué?

Me tomé una pausa para seleccionar mejor mis palabras.

—Habilidades psíquicas o capacidades para adquirir información del entorno a través de sueños, sensaciones o imágenes mentales.

—¿Estás leyendo alguna novela de ciencia ficción?

—No. —Me froté la cara, consciente de que lo había preguntado en serio—. Me refiero a percepciones extrasensoriales... A sueños que se anticipan al futuro o que se conectan con el pasado de las cosas. Aunque te parezca un disparate, hay personas que tienen ese tipo de capacidades psíquicas.

—No te entiendo, Luna. ¿No estarás pensando en meterte en algún grupito extraño? Porque allí en Ibiza hay mucho tarado, sobre todo en el mundillo donde tú te mueves.

—¿De qué mundillo hablas? —pregunté con recelo.

—Del mundillo del yoga, los chakras, el kundalini...

—Kundalini —corregí con voz seca.

—Venga, no te enfades. El yoga me parece una actividad estupenda para mantenerse en forma y para relajarse y estoy seguro de que eres muy buena en tu trabajo, pero reconocerás que hay gente a la que se le va la olla. Por supuesto, no estoy hablando de ti.

Lo miré, desconcertada.

—El yoga no tiene nada que ver con lo que trato de decirte. Estás mezclando conceptos. Hablaba de percepciones extrasensoriales. De habilidades psíquicas.

—Joder, Luna, estás muy mística hoy. He trabajado diez horas seguidas porque el oficial que tenía que relevarme esta tarde se ha torcido un tobillo.

Suspiré, irritada.

—Siento que hayas tenido un día duro, pero el misticismo tampoco está relacionado con lo que trato de explicarte. Eres una persona muy inteligente, Jonathan. No te pega nada hablar de un modo tan superficial sobre aquellos temas que desconoces.

Me miró muy serio antes de hablar.

—Vale. Vamos a dejarlo por hoy —dijo él de brazos cruzados—. Los dos estamos muy cansados.

—Sí, será mejor que lo dejemos —contesté, molesta.

—Hablares mañana.

—De acuerdo. Trataré de no estar tan mística —comenté con sarcasmo.

Cerré la pantalla de Zoom sin decir nada más y apagué el ordenador.

Una hora después, estaba tumbada en la cama con la luz apagada. No podía dejar de pensar en lo que había pasado. Me sentía incapaz de hablar con Jonathan sobre mis habilidades psíquicas sin correr el riesgo de parecerle una tarada.

Cogí el móvil y le envié un mensaje.

Siento lo de hoy, no quería discutir contigo.

Tardó diez horas en contestarme.

Olvidado, escribió de forma escueta.

No volví a sacar el tema.

38

JONATHAN

Llevaba ya once semanas embarcado entre mi periplo en el HMS Trent y mi inmediata incorporación posterior a la fragata Westminster. No era la primera vez que pasaba tanto tiempo en el mar. Había participado en misiones muy largas en el pasado, pero nunca me habían parecido tan tediosas y pesadas. Estaba deseando desembarcar en Gibraltar para tomarme unos días de descanso, pero aún me quedaba algo importante por hacer. Faltaba una semana para Navidad y yo todavía no le había dicho a mi madre que quería llevarla conmigo a Ibiza.

—Mamá, tengo que contarte algo —le dije en cuanto se conectó por Zoom.

Eran las once menos cuarto de la noche y aún disponía de un rato para hablar con ella antes de comenzar el turno de madrugada.

—¿Qué pasa, Jonathan? Me estás asustando.

Relajé mi expresión. Me di cuenta de que estaba demasiado tenso.

—No es nada malo. No te preocupes.

Me crují los puños para rebajar la tensión.

—¡No hagas eso! Te vas a destrozar los nudillos.

—Mis nudillos están bien. —Respiré profundamente para armarme de valor—. ¿Recuerdas que te dije que pasaría contigo las Navidades?

—No vas a venir —soltó mi madre en tono tristón.

—No es eso. Te prometí que estaría contigo, pero también quiero ver a Luna.

—¡Invítala a mi casa! —propuso ella con entusiasmo—. Sabes que por mí no hay ningún problema.

—Ya lo hice, pero no puede venir. Va a reunirse con su padre en Ibiza. Llevan un año sin verse.

—Ah... —murmuró con desilusión.

—El caso es que... Luna ha tenido una idea para que podamos estar juntos. Nos ha invitado a pasar las Navidades allí.

—¿Nos ha invitado?!

—Sí. A ti y a mí.

Mi madre se quedó boquiabierta.

—Jonathan, yo no conozco de nada a esa gente. Ya sé que son el colmo de la hospitalidad, pero ¿no te parece un poco precipitado? —Me sujeté la barbilla con la mano y la miré en silencio—. No sé, hijo... ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

Cerré los ojos. Estaba mucho más que seguro, pero sabía que era un disparate pedirle aquello a mi madre.

—Olvidalo —murmuré—. Le diré que no puede ser.

—Espera, no quiero que renuncies a verla por mi culpa.

—Ya, pero tú estabas en mis planes mucho antes —dije en tono neutro—. Lo comprenderá.

Mi madre suspiró con resignación.

—Hijo, no voy a hacerte elegir entre nosotras. No soy ese tipo de madre. Si quieres verme, iré un par de días a Ibiza, pero me alojaré en un hotel.

No pude contener la sonrisa.

—Gracias —contesté, aliviado—. Muchísimas gracias, de verdad.

—¡Pero solo faltan siete días para Navidad! ¿Estás seguro de que encontraré algún billete?

- Te compré los billetes hace tres semanas.
- ¿Qué?! Y luego dices que quieres ir despacio con ella.
- Madre, no nos vamos a casar, solo a pasar juntos la Navidad.
- Lo que tú digas, pero ya no puedes seguir disimulando.
- ¿Qué es lo que no puedo disimular? —pregunté con una sonrisa.
- Que estás pillado hasta los huesos.

39

LUNA

Por fin llegó la mañana del 23 de diciembre.

Llevaba tres meses sin ver a Jonathan, aunque habíamos hablado casi a diario desde que recibí el ordenador. A esas alturas, contaba cada minuto que faltaba para ir a recogerlo al aeropuerto.

Viajaba solo desde Málaga. Según el plan, su madre no tenía previsto volar a Ibiza hasta el día 24. Victoria había accedido a pasar con nosotros Nochebuena y Navidad, aunque prefería pernoctar las dos noches en un hotel. En cierto modo, comprendía su decisión, ya que todavía no nos conocíamos. Aun así, me parecía un detalle impresionante que se hubiera prestado a semejante locura para agradar a su hijo.

Me levanté con el estómago un poco revuelto por culpa de los nervios. Llevábamos tanto tiempo sin vernos en persona, sin tocarnos ni besarnos que la perspectiva de reunirme con él en unas horas me mantenía en un estado de inquietud constante. Me vestí con una falda de gasa, un jersey fino y unas botas camperas —quise arreglarme un poco más de lo normal— y me acerqué a la cocina para tomarme un té. Mi abuela y mi padre estaban desayunando alrededor de la mesa.

Mi padre había llegado a Ibiza la tarde anterior para quedarse con nosotras hasta el 2 de enero.

—¿A qué hora viene ese novio tuyo? —preguntó él con su habitual sentido del humor.

Era la primera vez que alguien usaba el término «novio» para referirse a Jonathan.

—No se te ocurra utilizar esa palabra delante de él —contesté antes de clavarle la mirada.

—¿Y entonces qué digo? ¿Antiguo huésped con el que practicaste sexo como un bonobo?

—¡Papá! —grité con la taza de té en la mano.

—Luna, que tu abuela ya me ha contado. No nos andemos con remilgos.

—Como si tú te hubieras andado con remilgos alguna vez.

—¿Qué es un bonobo? —preguntó nona.

—Un tipo de primate —explicó mi padre con naturalidad—, parecido al chimpancé. Son animales muy sexuales, lo hacen con una frecuencia pasmosa. Me leí un estudio sobre el tema la semana pasada. Al parecer, copulan cada vez que...

—Pero bueno, ¡callaos ya! —exclamé con las mejillas encendidas—. Ni se os ocurra sacar estos temas delante de su madre. ¡Os lo prohíbo!

—¿Ya empiezas a censurarnos? —protestó mi abuela—. Como cuando tenías trece años y traías amigos a casa. Me obligabas a esconder mi colección de falos africanos.

—Esa colección era un atentado artístico, nona.

—¡Perdona, me los trajo mi amiga Adela de un viaje a Ghana! Eran pura artesanía étnica.

—Eran cuatro palos mal tallados de un tamaño desproporcionado.

—Es que los africanos..., ya se sabe. Yo estuve una vez con un guineano y...

Le di el último sorbo al té y me levanté de un salto.

—Me voy al aeropuerto.

—Aún son las diez. ¿No dijiste que su avión llega a las dos y media?

—Prefiero esperar allí. En silencio.

Decidí acercarme a Ibiza para realizar algunas compras. Aún contaba con varias horas antes de que aterrizase su avión. Me metí en el coche y salí a la carretera, pero enseguida noté que algo no iba bien. Al girar la tercera curva, el motor hizo un ruido muy raro y el coche comenzó a renquear. Pisé el freno y me detuve de inmediato en la cuneta.

—Ahora no —murmuré con desgana.

Apagué el motor y salí para averiguar qué pasaba. Intenté abrir la tapa del capó, pero me abstuve cuando empezó a salir humo blanco del interior.

—¡Maldita sea!

Busqué el móvil en el bolso y llamé al seguro. En menos de cinco minutos, di parte de la situación. La operadora que me atendió realizó los trámites necesarios para enviarme una grúa y me indicó que esperara junto al vehículo. Aún tenía tiempo para recoger a Jonathan, pero decidí enviarle un mensaje de voz por si se me hacía tarde.

—Hola... Supongo que estarás conduciendo de camino al aeropuerto. —Suspiré—. El coche me ha dejado tirada. Estoy esperando una grúa, creo que no tardará mucho en llegar. Cogeré la furgoneta de mi abuela para ir a recogerte. Si no me da tiempo, te avisaré. —Hice una pequeña pausa—. Estoy deseando verte. Que tengas un buen vuelo. Nos vemos enseguida.

Salí del coche, busqué el triángulo en el maletero y lo coloqué a varios metros de distancia para señalar la avería. Después, volví cerca del vehículo, me crucé de brazos y apoyé la espalda en la puerta del conductor mientras esperaba.

Hacía un día espectacular. El cielo estaba despejado y la temperatura rozaba los veinte grados. Los meteorólogos ya habían anunciado que aquellas Navidades serían más cálidas de lo habitual, como una primavera adelantada. Levanté la cara y cerré los ojos para notar el sol en las mejillas.

Pasaron varios coches por mi lado, pero yo no me moví. Al cabo del rato noté que un vehículo había detenido la marcha. Abrí los ojos y vi un BMW negro estacionado en la cuneta, a unos quince metros por delante de mí. Pensé que era alguien que quería socorrerme. El conductor encendió las luces de emergencia y dio un par de bocinazos rápidos.

—¡No necesito ayuda! ¡Gracias! —dije en voz alta.

Cerré los ojos de nuevo para tomar el sol. No pasaron ni tres segundos hasta que volví a oír otro bocinazo.

—¿No has pillado la indirecta?

Desvié la mirada hacia el BMW mientras alguien abría la puerta del conductor. Vi a un tío muy atractivo salir del vehículo. Llevaba una cazadora de cuero marrón y unas gafas de sol que le cubrían parte de la cara. Mi pulso se aceleró cuando enfoqué la vista y lo reconocí.

—Jonathan... —murmuré, incrédula, mientras se acercaba.

Empecé a correr hacia él. Nos encontramos a mitad de camino y nos abrazamos.

—¡Dios mío! ¿Qué haces aquí?! —dije cerca de su cuello mientras él me apretaba con fuerza, sosteniéndome en el aire.

Lo oí reírse entre dientes, pero no dijo nada. Después, me soltó despacio, me levantó la cara con las manos y me besó con ganas. ¡Y cómo lo hizo! Estuve a punto de levitar de felicidad. Por desgracia, tuvimos que detener el beso porque los coches pasaban muy cerca de nosotros.

—Ven... —dijo él.

Tiró de mi mano para alejarme un par de metros de la calzada.

—Tú y yo siempre nos encontramos en la cuneta de esta carretera —añadió con una sonrisa.

—Eso parece.

Me agarró de la cintura y volvimos a besarnos.

—No me lo puedo creer ¿Qué haces aquí? —pregunté unos segundos después con los brazos alrededor de su cuello—. Dijiste que tu avión llegaba a las dos y media.

Apoyó su frente sobre la mía.

—Te he mentado un poquito. He llegado hace más de una hora. Quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido.

—Iba de camino a tu casa cuando te he visto.

—Estoy esperando una grúa. Se me ha roto el coche.

—Lo sé. Acabo de oír tu mensaje.

Se giró hacia el BMW.

—Me he dejado la puerta del coche abierta. Acompáñame.

Tiró otra vez de mi mano y caminamos juntos hacia el vehículo.

—¿Y este cochazo? —pregunté cuando llegamos a la altura del BMW.

—*Rent a car, my lady*. Sube —dijo, abriendo la puerta del copiloto—. Voy a moverlo un poco.

Tomé asiento mientras él daba la vuelta para entrar por el otro lado. El coche parecía recién salido de fábrica y el interior estaba lleno de detalles: pantalla táctil, salpicadero de diseño... Nada que ver con el mío, claro.

—Menuda pijada —dije en cuanto se sentó.

—Al lado de tu trasto del pleistoceno, hasta un tractor de seis marchas parece un bólido de fórmula uno.

Le di un golpecito en el hombro mientras él arrancaba el motor.

—No te metas con mi coche.

—Tu coche es una maravilla —dijo con ironía—. Por eso está tirado en la cuneta.

Me eché a reír. Él separó el vehículo unos metros del borde de la carretera y volvió a parar el motor. Se giró hacia mí, se quitó las gafas de sol y me miró fijamente. Si ya me parecía guapo con la cara llena de hematomas, lo de ese día era pura fantasía.

—¿Qué pretendes, Hartford?

Frunció el ceño un poco extrañado.

—¿De qué hablas?

—Vienes aquí con tu coche molón, tus gafas de sol y esa chupa de cuero de la que no estoy a favor, pero reconozco que te sienta muy bien. La carne es débil, ¿sabes?

Curvó los labios en una media sonrisa.

—Solo vengo a pasar unas inocentes Navidades —dijo, inclinándose hacia mí para besarme.

—Tú de inocente tienes bien poco.

Volvimos a besarnos con ímpetu, como si llevásemos años sin hacerlo. ¿O acaso no llevábamos tanto tiempo esperando? Había pasado una eternidad desde nuestro último beso en el aeropuerto.

—Joder... Cuánto te he echado de menos —susurró sobre mis labios mientras metía las manos por debajo de mi jersey.

Me disponía a sentarme sobre él cuando oímos un pitido agudo a nuestra espalda.

—Mierda. La grúa —dijo tras echar un vistazo por el retrovisor.

Me re Coloqué el jersey mientras él se cruzaba de brazos.

—¿Sales conmigo? —le pregunté.

—Ve saliendo tú —comentó en tono despreocupado—. Necesito un par de minutos.

Me entró la risa al mirarlo.

—Sí, y una ducha fría también.

Las gestiones con la grúa fueron rápidas. Rellené un par de formularios, le entregué las llaves al conductor y en menos de diez minutos estaba de vuelta en el coche de Jonathan.

—¿Todo arreglado? —dijo él mientras me abrochaba el cinturón de seguridad.

—Se llevan mi coche al taller. Me llamarán mañana.

—Perfecto.

Arrancó el motor y salió a la carretera en dirección a mi casa.

—¿Y tú? ¿Todo arreglado? —le pregunté con doble intención.

No contestó. Curvó los labios y mantuvo la mirada fija en la calzada.

Estábamos muy cerca de mi casa cuando tuve una idea.

—Jonathan, sigue recto.

—¿Qué?

—No cojas el desvío a mi casa. Continúa por la carretera.

Pisó el acelerador y siguió mis indicaciones sin preguntar a dónde íbamos. Al cabo de unos minutos, le pedí que girara a la derecha para acceder a un camino de tierra. Condujo trescientos metros por ese camino hasta llegar a una casa abandonada en mitad de un bosquecito de pinos.

—Para el coche.

Detuvo el BMW, apagó el motor y se desabrochó el cinturón de seguridad.

Yo hice lo mismo y, sin decir ni una palabra, me quité las botas y me levanté la falda para quitarme también las medias y la ropa interior. Él me miró mientras lo hacía.

—Joder... —murmuró con los ojos muy abiertos y la voz excitada.

—Desplaza tu asiento hacia atrás —le ordené.

Buscó el mecanismo con manos nerviosas. Le costó dar con él, pero al final lo encontró y deslizó el asiento todo lo que pudo. Me incliné hacia él, le desabroché el cinturón y el botón y le bajé la cremallera del pantalón antes de sentarme a horcajadas sobre él con la falda levantada.

—Luna... —dijo con un susurro excitado mientras nos acoplábamos el uno al otro—, creo que no voy a durar demasiado.

—Como si eso me importara ahora.

Lo hicimos deprisa, con impaciencia, como siuviésemos la necesidad urgente de aliviar aquella tensión. Desesperados por volver a sentirnos, a tocarnos, a saborearnos y a alcanzar un clímax que llegó muy rápido, pero que fue tan intenso que nos dejó a ambos sin respiración durante varios segundos.

—Feliz Navidad —le dije unos minutos después sobre su boca aún jadeante. Todavía lo tenía dentro de mí.

—No imaginas cuánto.

40

JONATHAN

Mi regreso a Ibiza fue incluso mejor de lo que había imaginado. Después de tres meses de relación a distancia, no podríamos haber planeado un reencuentro más perfecto.

Todavía tenía el pulso a mil cuando Luna se retiró para volver a su asiento. Nos recolocamos la ropa entre sonrisas nerviosas y miradas esquivas.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Demasiado bien.

Apoyé la cabeza en el asiento y cerré los ojos.

—Necesito un momento para recuperar el aliento —añadí.

Nos cogimos de la mano con los dedos entrelazados y nos quedamos unos minutos en silencio. Tardé muy poco en relajarme. El viento silbaba entre los árboles y el sol de invierno se colaba entre las ramas. Había una paz especial en ese lugar, una calma que llevaba años sin sentir. Supe que aquello era lo más parecido a la felicidad que había experimentado en toda mi vida.

—Eres increíble —dije con los ojos cerrados. La oí sonreír—. Lo digo en serio. Increíble a todos los niveles.

—Gracias.

—Nunca... —me detuve en seco, consciente de lo que implicaba acabar la frase.

—¿Nunca qué? —preguntó ella.

Respiré hondo.

«Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti», pensé. Pero no lo dije. Las palabras hicieron eco en mi mente y todo mi cuerpo se tensó antes de que pudiera pronunciarlas.

—Nunca he estado en un sitio como este —contesté.

—Podemos volver cuando quieras —sugirió ella.

—Eso estaría bien.

Media hora después, regresé a la casa en la que me había alojado en septiembre tras amanecer borracho y apaleado en la cuneta de una carretera cercana. Por fortuna, las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Entré de la mano de Luna, sin restos de alcohol en sangre ni hematomas en la cara, con el aspecto que correspondería a un hombre de bien y con la expectativa de conocer a su padre.

Penélope y él estaban sentados en la terraza.

—¡Pero bueno! ¿Ya estáis aquí? —dijo su abuela al vernos aparecer.

—Jonathan me ha dado una sorpresa —explicó Luna—. Su avión ha aterrizado hace unas horas.

Su padre se levantó y se acercó hasta mí para saludarme. Era tal como Luna me lo había descrito: alto y delgado, de piel bronceada, con barba y melena canosa que le llegaba hasta el mentón. Rondaba los sesenta años, pero tenía un aire hípster que le daba un aspecto muy juvenil.

—Jonathan, te presento a mi padre.

Nos dimos un fuerte apretón de manos.

—Puedes llamarme Will —dijo con un ligero acento estadounidense.

—Encantado, Will.

Penélope esperaba detrás para saludarme.

—¡Jeremy, ya no tienes hematomas! Te sienta bien el color carne —dijo antes de darme dos besos.

—Yo también te he echado de menos —contesté con una sonrisa irónica.

Nos unimos a ellos alrededor de la mesa. El tiempo en Ibiza era una gozada, parecía que estábamos en primavera. Luna les habló de la avería de su coche y del encuentro casual que habíamos tenido en la carretera —omitendo el desenlace posterior, obviamente—. Después, acompañó a su abuela a la cocina para sacar algo de picar y yo me quedé con su padre en la terraza.

Will era un tipo muy agradable. Estuvimos charlando sobre mi trabajo en la Marina. Enseguida me di cuenta de que tenía una habilidad innata para ganarse a la gente. De hecho, a Penélope la tenía en el bote. Mantenían una relación más cercana a la de madre e hijo que a la de exsuegra y yerno liberal que deja preñada a tu hija y vive a caballo entre España y California.

Después de comer, Luna me acompañó al coche a por la maleta. La llevé hasta su habitación, nos tumbamos en la cama y nos besamos un rato, aunque no tardé mucho en quedarme dormido. Llevaba horas de sueño atrasado porque había cubierto el turno de madrugada durante la última semana. Me eché una larga siesta mientras ella leía a mi lado.

A media tarde, me despertó.

—Jonathan, tengo que irme.

—Mmm...

—¿Me has oído? Tengo que irme.

Abrí los ojos y la miré, somnoliento.

—¿Estás de broma? —La agarré de la cintura—. Ni de coña te vas ahora.

—Me han llamado del centro de yoga. La compañera que iba a sustituirme esta tarde se ha puesto enferma. Tengo que dar la clase de las siete.

—¿Y qué hora es?

—Las seis y cuarto. Voy con el tiempo muy justo.

La miré mientras se cambiaba de ropa. Se quitó la falda y el jersey para ponerse una sudadera y un pantalón de yoga.

—Luna, no puedes hacerme esto —dije en un tono excesivamente dramático—. He surcado mares para estar contigo.

Ella se rio de espaldas a mí.

—¿Por qué no te vienes?

—¡¿A yoga?! —pregunté con el ceño fruncido, como si aquello fuese una puñetera locura.

—Sí, bobo. Puedes meterte en mi clase. A lo mejor hasta te gusta.

—Buf... La elasticidad no es lo mío.

—Eso no lo sabrás hasta que lo intentes. ¿Tienes ropa cómoda? ¿Llevas algún chándal en la maleta?

—Un pantalón. Lo metí por si salía a correr.

—Perfecto. Cámbiate y mete en mi bolsa ropa para después. Nos vamos en cinco minutos.

Se acercó a mí y me dio un beso rápido antes de salir de la habitación.

—¡Pero si no te he dicho que sí! —contesté aun sabiendo que ya no me oía.

Un cuarto de hora más tarde, íbamos en mi coche de camino a Santa Eulalia.

—Yo te dejo en la puerta y me voy a tomar algo, ¿vale?

—¡Jonathan, no seas cobarde! Ya te has cambiado. No te rajes en el último momento.

Resoplé con cara de hastío y no volví a abrir la boca hasta que llegamos.

En el centro de yoga todos saludaron a Luna con efusividad. Me presentó al coordinador y me llevó hasta la sala donde impartía la clase. Había diez o doce personas que esperaban sentadas sobre sus esterillas de yoga. La mayoría eran mujeres, excepto dos de ellos. Había un tipo en primera fila que parecía sacado de un monasterio tibetano. El otro tendría mi edad, estaba sentado al fondo y parecía bastante normal. Me descalcé, cogí una de las esterillas y me acerqué a él.

—Hola. Soy Jonathan.

Alargó el brazo para estrecharme la mano.

—Nacho. Acompaño a mi mujer. Es la que está ahí delante, encendiendo las velas y el incienso.

Extendí la esterilla y me senté a su lado. Aún no habíamos empezado y ya me sentía bastante ridículo.

—¿Vienes mucho por aquí? —le pregunté.

—Una tarde a la semana. Tenemos un trato. Yo la acompaño a yoga y ella me lleva después a *kick boxing*. Me quitaron los puntos del carné y la necesito para que me haga de chófer.

Me reí entre dientes.

—¿Y tú? —me preguntó.

—Vengo con Luna.

—¿Es tu novia?

—¿Ella? Eh... Bueno. Supongo que... algo parecido.

—¿Supones que algo parecido? —repitió él con una sonrisa suspicaz.

—Nos estamos conociendo.

Sabía que era una respuesta absurda e imprecisa, pero la pregunta me había pillado por sorpresa. Era la primera vez que me veía en la necesidad de etiquetar nuestra relación.

—¿Qué se hace aquí? —dije para cambiar de tema.

—Luna explica la clase, realiza las posturas y luego se pasa para comprobar si lo haces bien. Acabamos con una relajación y yo me quedo sopa durante unos minutos. La parte final mola bastante.

—¿Y es difícil?

—Tío, ¿tengo pinta de esforzarme? Vengo por la minisiesta y el *kick boxing* de después. Síguelos el rollo y en menos de una hora habremos acabado.

Luna cerró la puerta de la sala, apagó las luces del techo y encendió el equipo de música. Se oyó el sonido de una catarata mezclado con melodía de flauta. Me levanté al ver que todos se ponían de pie.

—Hoy vamos a dar una clase sencilla —dijo en voz alta, dirigiéndose al grupo—. Tenemos a algún principiante entre nosotros.

Me miró y me guiñó el ojo. Todos los presentes se giraron un instante hacia mí. Yo me crucé de brazos mientras le devolvía una mirada asesina. Noté que se estaba conteniendo la risa.

Empezamos la clase con una pequeña relajación previa. Cerramos los ojos y Luna dio varias indicaciones sobre cómo debíamos respirar. Me pareció que era bastante fácil. Después, comenzó con la explicación de los ejercicios mientras ella misma los realizaba.

—Subimos los brazos al inspirar, nos estiramos hacia arriba apoyándonos en la punta de los

pies, bajamos los talones,ladeamos el cuerpo hacia la derecha.

Intenté seguir los movimientos.

—Postura del héroe. Damos un paso con el pie derecho y, con las caderas orientadas hacia el frente, levantamos de nuevo los brazos y flexionamos la rodilla de delante.

«Venga, Hartford. Esto está chupado».

Con la siguiente postura comprendí que mi cuerpo no estaba preparado para estirarse a cierto nivel. Luna, en cambio, parecía sacada del Circo del Sol. Miré de reojo a mi compañero, que también trataba de seguir la clase sin demasiado éxito, aunque, a diferencia de mí, a él no parecía importarle hacer el ridículo.

Más tarde, tuvimos que repetir la secuencia de ejercicios. Luna aprovechó para acercarse hasta nosotros.

—¿Y ahora vas a mirarme? —le pregunté en voz baja.

—Estoy aquí para eso —contestó ella con voz sugerente.

Intenté repetir la postura.

«Vale, Hartford. Da un paso al frente, levanta los brazos, flexiona la rodilla...».

Luna se pegó a mi cuerpo y deslizó las manos sobre mis caderas mientras susurraba en mi oído.

—Caderas orientadas hacia delante, teniente.

—Para. Me estás poniendo cachondo.

Me di cuenta de que el volumen de mi voz había sido mucho más alto de lo que pretendía cuando la mitad de la clase volvió a girarse hacia mí. Una de las chicas soltó una risita.

Resoplé mientras deshacía la postura. Luna dio media vuelta para evitar que le viera la cara, aunque sabía perfectamente que intentaba disimular su risa.

Cuando al fin terminamos con las posturas, llegó la ansiada relajación. Nos tumbamos en el suelo, cerramos los ojos y ella comenzó a hablar en un tono meloso que resultaba bastante hipnótico.

—Tomad una respiración profunda y soltad el aire muy despacio. Vamos a llevar la atención al abdomen y a relajar toda la musculatura de la zona.

Tardé unos segundos en dormirme.

—Jonathan, despierta. La clase ha terminado.

Abrí los ojos y la vi a mi lado, sentada en el suelo.

—¿Pero qué te pasa hoy? —añadió—. Con la siesta que te has pegado.

—No lo sé. Es como si me hubieras inyectado calmante para caballos.

Me senté despacio porque aún estaba un poco adormilado. La mayoría de la gente ya se había marchado, a excepción de Nacho y su mujer, que estaban apilando las esterillas en un rincón.

—Eh, tío..., nos vemos otro día —me dijo antes de irse.

Le hice un gesto con el mentón a modo de despedida. Después, me llevé las manos a la cara para frotarme los ojos.

—¿Te ha gustado la clase? —preguntó Luna.

Me retiré las manos y la miré con los ojos entrecerrados.

—Ya te vale.

—¿Por qué? —dijo sin poder contener la risa.

—YA-TE-VA-LE —volví a repetir mientras me levantaba.

—Creo que te has esforzado mucho. Estoy orgullosa de ti.

—Te lo has pasado pipa a mi costa, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—¿Que no lo sabes?

La agarré de la cintura y la atraje hacia mí con un movimiento brusco. Después, acerqué mi boca a su cuello.

—Solo te diré una cosa, Luna Green. La venganza será lenta, será cruel y llegará cuando menos te la esperes.

41

LUNA

Después de la clase de yoga, Jonathan y yo nos cambiamos en el vestuario y decidimos ir a dar una vuelta por Santa Eulalia. Dimos un paseo por el puerto y cenamos en un restaurante italiano. Cuando volvimos a casa, ya eran cerca de las doce. Yo llevaba alguna copa de más. Habíamos pedido una botella de vino durante la cena. Jonathan había tomado muy poco porque tenía que conducir, pero yo había bebido más de lo que estaba acostumbrada.

Cuando abrimos la puerta, vimos que toda la casa estaba a oscuras y en silencio.

—No hagas ruido. Tu padre y tu abuela ya se han acostado —dijo él cuando tropecé con la cómoda de la entrada.

—¿Vas de yerno perfecto, Hartford? —pregunté con ironía.

—Shhh... —respondió con un dedo en los labios.

Tiré el abrigo al suelo y caminé de puntillas en dirección a la cocina.

—Voy a por agua. Me muero de sed —murmuré.

Él me siguió a corta distancia.

—Normal —contestó en voz baja—. Tienes que diluir todo el alcohol que te has tomado.

—Y eso lo dice el tipo al que recogí borracho de una cuneta.

Entré en la cocina, me llené un vaso de agua y me lo bebí de un tirón. Él se apoyó en la pared de enfrente con los brazos cruzados y me echó una mirada cargada de intenciones.

—¿Y ahora qué? —pregunté tras dejar el vaso en la encimera.

No le di tiempo a responder. Me acerqué hasta él, me enganché a su cuello con los brazos y empecé a besarlo.

—Hagámoslo aquí, sobre la mesa —susurré sobre sus labios.

Él se separó unos centímetros con las cejas arqueadas.

—¿Qué?! ¿Estás loca?

—No seas tímido —dije mientras bajaba las manos hasta su cinturón.

Me las sujetó para detenerme.

—Luna, para.

—¿Por qué?

—Porque podrían entrar en cualquier momento y no me apetece que nos pillen.

Me eché a reír.

—Me encanta cuando te pones en plan pudoroso.

Volví a besarlo. Le mordí el labio inferior y tiré de él.

—¡Au! —exclamó.

—Jonathan, los conozco muy bien. Duermen como troncos —dije al comprobar que no estaba poniendo mucho de su parte.

—Esa no es la única cuestión.

Me separé de él y lo miré.

—¿Quieres vengarte de mí? ¿Ahora? —pregunté al darme cuenta de sus intenciones.

—Tal vez —contestó con la mirada insinuante.

—¿Pero qué mierda de venganza es esta?!

Se rio entre dientes y me dio un beso intenso, apretándome contra su cuerpo. Después me soltó y salió de la cocina. Lo miré, desconcertada.

—¿Quieres jugar? —dije a pesar de que él ya se había marchado—. De acuerdo. A ver quién

tiene más aguante de los dos.

Caminé detrás de él hasta mi dormitorio. Entramos, cerramos la puerta y, con la luz apagada, comenzó a desnudarse delante de mí. Podía vislumbrarlo gracias a la claridad que entraba por la ventana. Había luna llena. Yo hice lo mismo. Nos quedamos en ropa interior a pesar de que hacía bastante frío, y nos metimos en la cama sin tocarnos.

—Buenas noches —le dije antes de darle la espalda y girarme hacia el otro lado.

Me quedé muy quieta, aunque estaba pendiente de cada uno de sus micromovimientos. Al cabo de unos minutos, me dio un golpecito con el pie.

—Perdona —dijo él.

—Perdonado.

Oí su respiración profunda. Sabía muy bien que se estaba conteniendo. Los dos lo hacíamos.

Me tumbé boca arriba y me quité el sujetador.

—Mmm... Mucho mejor así —murmuré.

—Vale, ha sido una mierda de venganza —dijo.

Acercó la mano a mis caderas, pero yo la aparté de inmediato.

—No, Hartford. He bebido mucho y no respondo de mis actos. Podrían oírnos.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

Resopló y se dio la vuelta. No tardó ni medio minuto en volver a girarse hacia mí.

—Venga... dímelo. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

Sonreí con satisfacción. La pelota estaba en mi tejado. Deslicé la mano sobre su abdomen hasta rozar su pelvis. Después, la aparté.

—Nada. Duérmete, campeón.

Lo oí gruñir. Acto seguido, se tumbó sobre mí, acomodando su cadera entre mis piernas.

—¿Qué tengo que hacer? —repitió con la voz grave y excitada.

—Suplícame...

—Te lo suplico —susurró sobre mis labios.

—Más. Esfuérzate más.

—Te suplico que me dejes besarte.

—¿Qué más?

Movió su pelvis muy despacio y yo cerré los ojos.

—Te suplico que me dejes tocarte.

—Más...

Acercó su boca a mi oído.

—Quiero entrar dentro de ti. Ahora.

Y ya no hizo falta ni una sola palabra para que yo cediera a sus súplicas.

Jonathan tenía veintipocos años. Caminaba solo con las manos en los bolsillos, por lo que parecía la calle de algún suburbio de Londres o de otra ciudad parecida. Era de noche. Entró en un edificio de apartamentos. Lo vi subir las escaleras hasta el primer piso, atravesó un largo pasillo y llamó a una de las puertas. Abrió un hombre de aspecto perturbador. Llevaba la cabeza rapada y el cráneo y la cara completamente tatuados. Jonathan dio dos pasos para entrar en la vivienda.

—¿Qué quieres? —preguntó el desconocido con la puerta entornada.

—Lo mismo que el otro día —contestó Jonathan.

—Chaval, viene mucha gente por aquí. Como no me refresques la memoria...

—*Dos gramos de coca.*
—*¿Algo más?*
Jonathan se quedó pensativo.
—*¿Tienes algo más fuerte?*
—*Depende de lo que busques.*
Usó un término en inglés que en un principio no supe comprender.
—*Smack.*
—*¿Te has inyectado alguna vez? —le preguntó el tipo tatuado.*
—*No.*
—*¿Y tienes idea de cómo hacerlo?*
—*Sé que hay que disolverla en ácido primero.*
El hombre negro con la cabeza.
—*Agua destilada y unas gotas de limón. Usa un filtro de cigarrillo para evitar que los grumos pasen a la jeringuilla.*
Jonathan asintió.
—*¿Cuánta? —preguntó el camello.*
—*Una dosis. Y los dos gramos...*
—*Espera aquí. Voy a buscarla.*
Y entonces la vi... la puerta. La misma puerta negra que ya había visto tres meses antes en el sueño del estudio de tatuajes. Estaba en mitad del salón de aquel apartamento. Miré hacia abajo y vi mis piernas y, de repente, fui consciente de que yo también estaba en ese apartamento. Di varios pasos hasta la puerta, alargué el brazo e intenté girar el pomo, pero la puerta no se abría. Estaba cerrada con candado. El mismo tipo de candado que Jonathan llevaba tatuado en su muñeca.

Me desperté de sopetón y me incorporé, como ya me había ocurrido en otras ocasiones. A mi lado, Jonathan, el real, el de treinta y dos años, dormía plácidamente en mi cama.

El corazón me latía con fuerza cuando mi mente encajó la escena que acababa de presenciar.

Smack era un término coloquial para referirse a la heroína.

Encendí la lamparita de mi mesilla; él no se despertó. Lo destapé despacio hasta descubrir su brazo derecho, el del candado tatuado, y busqué en él alguna marca de jeringuilla. No había nada. Tampoco en su brazo izquierdo. Respiré, aliviada, antes de volver a taparlo con el edredón.

—*¿Qué pasa? —murmuró con voz somnolienta.*

—*Nada. Sigue durmiendo.*

Apagué la luz y él se giró hacia el otro lado.

Sabía que mi inspección no tenía ningún sentido. Jonathan era oficial de la Marina y llevaba meses embarcado en un buque. La posibilidad de que fuese heroinómano o de que tomase drogas duras estaba descartada. Además, de ser así ya lo hubiera notado hacía tiempo. Sin embargo, esa escena de su pasado me había dejado un amargo sabor de boca. ¿De verdad había consumido heroína? Y en ese caso, ¿qué lo había llevado a hacerlo?

Me tumbé de nuevo e intenté relajarme.

Quería volver a dormirme, aunque sabía que, en cuanto lo hiciera, me metería en otro de sus recuerdos. Se había convertido en algo habitual cuando dormía a su lado. No lo hacía de forma deliberada, no lo buscaba, simplemente sucedía, como si una parte de mi subconsciente penetrara en su mente para bucear en su memoria.

Cerré los ojos y respiré despacio. Estaba dividida. Me moría de ganas por averiguar hasta

dónde era capaz de llegar, porque Jonathan guardaba secretos y yo quería conocerlos. De hecho, mantenía el mayor de ellos guardado bajo candado, oculto tras esa puerta que ya había visto en un par de ocasiones. Pero también era consciente de que estaba cruzando una línea muy peligrosa. Aunque los sueños viniesen a mí de forma natural y espontánea, iba a tener que contárselo en algún momento. No podía seguir ocultándole algo tan importante. ¿Pero cómo hacerlo sin que él saliese huyendo de mí?

42

JONATHAN

Cuando me desperté, Luna no estaba a mi lado. Eran las diez de la mañana del 24 de diciembre. El avión de mi madre aterrizaba en Ibiza a las doce y media. Había planeado pasar el día con ella antes de llevarla a casa de Luna. Me duché, me vestí y me dirigí a la cocina.

Encontré a Luna y a su padre sentados alrededor de la mesa.

—Buenos días —saludé al entrar.

—Buenos días —contestó Will.

Ella no dijo nada, estaba bebiendo de una taza. Me senté a su lado y le di un beso en la cabeza. Se quedó muy quieta y callada mientras lo hacía.

—¿Va todo bien? —le pregunté en voz baja.

Me dedicó una sonrisa rápida.

—Sí, sí... Todo bien.

Desayuné con ellos mientras le contaba a Will mis planes para ese día. Después, fui al dormitorio a buscar mi chaqueta y las llaves del coche. Luna apareció junto a la puerta mientras me preparaba para marcharme al aeropuerto.

—Estás muy callada hoy —le dije antes de salir.

—No es nada. Me duele un poco la cabeza. Se me pasará enseguida.

Me acerqué a ella, le rodeé la cara con las manos y le di un beso en los labios.

—¿Te apetece venir conmigo?

Hizo una mueca con la boca.

—Creo que voy a pasar la mañana con mi padre. ¿Te importa?

Le acaricié la mejilla con el pulgar.

—Claro que no —contesté—. No te quiero acaparar. Ha hecho un viaje muy largo para estar contigo.

Ella asintió con la mirada esquiva.

—¿Es por lo de anoche? —pregunté.

Levantó la vista y me miró.

—¿Qué?

—Tu dolor de cabeza..., ¿es por el vino que tomaste ayer?

—Ah... Supongo.

Le di otro beso antes de soltarla.

—Tómate un analgésico y descansa. Esta tarde estarás mejor.

—Seguro que sí. Pásalo bien con tu madre.

—Nos vemos luego.

Me dedicó otra sonrisa rápida y se giró para marcharse de nuevo a la cocina.

43

LUNA

Estaba hecha un mar de nervios y mi padre lo notó enseguida.

—¿Ya se ha ido Jonathan al aeropuerto? —dijo mientras recogía las cosas del desayuno.

—Sí. Acaba de irse.

—¿Te apetece dar una vuelta conmigo? Tu abuela se ha llevado la furgoneta al mercado, pero podemos ir dando un paseo hasta el pueblo.

Me senté otra vez, apoyé los codos sobre la mesa y hundí la cara entre las manos.

—Lo siento. No he dormido bien.

Mi padre detuvo lo que estaba haciendo para sentarse a mi lado. Noté su mano en mi espalda; me resultaba muy reconfortante tenerlo a mi lado.

—¿Desde cuándo te sucede? —preguntó con sagacidad.

—Cada noche que duermo a su lado —contesté—. Son sueños involuntarios. Excepto una vez, al principio de conocernos. Lo provoqué, aunque luego me arrepentí.

Lo oí suspirar.

—Y supongo que él no lo sabe.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no se lo has contado?

Levanté la cara y lo miré.

—No es el tipo de persona que vaya a encajarlo bien. Cuando nos conocimos... —me encogí de hombros—. Se suponía que lo nuestro no iba a durar. Y pensé ¿para qué decírselo ahora y estropearlo todo? Después, continuamos la relación a distancia y te juro que intenté sacar el tema una vez, pero no funcionó. Decidí que era mejor contárselo en persona. Y ayer, cuando llegó..., no quería estropear el reencuentro. Y ahora... —me llevé otra vez las manos a la cara—. Han pasado más de tres meses y aún no le he dicho nada.

—Y la bola se te ha hecho tan grande que no sabes cómo salir de esta —añadió mi padre.

Asentí con la cabeza. Él me acarició la espalda en silencio.

—¿Cuándo te lo contó mamá? —le pregunté al cabo del rato.

—Al segundo o tercer día de conocernos.

Cerré los ojos, avergonzada.

—Soy una persona horrible.

—Eso no es cierto, cariño.

—No lo entiendes. Jonathan es muuuy reservado y yo estoy viendo cosas de su pasado que él jamás me ha contado. Lo que vi anoche me impresionó tanto que ya no pude volver a dormir.

—Podrían ser sueños normales que estás confundiendo con percepciones —dijo mi padre en tono despreocupado.

—No lo son, papá. Sé distinguirlos perfectamente.

—Solo estaba contemplando otras posibilidades.

Miré a mi padre con desesperación.

—¿Qué hago?

—¿Vais en serio? ¿En serio de verdad?

—Nunca lo hemos hablado, pero... —hice una pausa antes de continuar—, le quiero. Estoy enamorada de él.

—Entonces tienes que contárselo.

—Lo sé. Pero hoy viene su madre y mañana es Navidad. No puedo hacerlo ahora. Si se enfada...

Resoplé agobiada.

—No es algo que tú busques, lo tendrá que entender.

—Papá, la mayoría de la gente no tiene una mentalidad tan abierta y comprensiva como la tuya.

—Mira, Luna, solo puedo decirte una cosa. Nunca te empeñes en estar con alguien que no te acepta como eres. Es muy probable que le moleste que no se lo hayas contado antes, pero si él también te quiere, lo entenderá, tenga o no tenga la mente abierta.

44

JONATHAN

El avión de mi madre aterrizó puntual. La esperé en la zona de llegada de pasajeros, entre un montón de gente que no paraba de abrazarse, como si estuviésemos en un anuncio de reencuentros navideños. No tardó en aparecer con aire nervioso. Llevaba un abrigo acolchado en la mano y arrastraba una pequeña maleta de ruedas. En cuanto me vio, se acercó deprisa hasta mí.

—Hijo, ¿dónde está Luna? —me preguntó al llegar a mi altura.

Sonreí mientras la abrazaba.

—Hola, mamá. Yo también tenía ganas de verte.

Me plantó una buena tanda de besos en la cara antes de soltarme.

—¡Qué guapo estás! No es orgullo de madre, es la pura verdad —dijo, limpiándome con los dedos el carmín de labios que me había dejado en las mejillas—. La última vez que te vi tenías cara de cansado.

—Es el efecto Ibiza —añadí.

—¡Menudo calor que hace aquí! —dijo, abanicándose con la mano—. ¿No se supone que estamos en diciembre?

—Bienvenida al clima mediterráneo y al cambio climático. ¿Qué tal el vuelo?

—Corto. Se me hizo más pesado el viaje en tren de ayer a Madrid.

Agarré el asa de su maleta y comenzamos a caminar hacia el aparcamiento.

—Mamá, muchas gracias por haber venido.

—Pero bueno, ¿vas a decirme ya dónde está Luna?

—Le dolía la cabeza y se ha quedado en casa con su familia. Nos veremos esta tarde.

—¿Y qué les parece a ellos que venga de acoplada a pasar las Navidades?

—Son gente muy abierta. Nadie piensa que vengas de acoplada.

—Les he traído una cosita.

Se detuvo para buscar algo en su bolso. Sacó un paquete de cartón blanco.

—Son lazos de San Guillermo, de la confitería de mi amiga Lourdes —indicó.

—Mmm... Qué ricos. Pero, madre, eso lleva mantequilla por un tubo.

—¿Y? —preguntó con decepción mientras se guardaba el paquete en el bolso.

—Que son veganos, ya te lo expliqué.

—Sí... Que no comen carne ni pescado.

—No consumen productos de origen animal. Ni miel, ni lácteos, ni huevos, ni gelatina... Ni siquiera visten cuero o lana. Y ojo con los procesados. Hasta el puto vino tiene que ser vegano.

Me di cuenta de que, en cuestión de meses y sin proponérmelo, había cursado todo un máster en asuntos veganos.

—Vaya, pues qué decepción. Quería traerles algo típico de León y pensé que los lazos eran una buena idea.

—Guárdatelos, que tú y yo los vamos a necesitar.

La llevé a su hotel para hacer el *check in*. Le había reservado una habitación en un hotelito rural

a pocos minutos en coche de la casa de Luna. Después, fuimos a comer a un restaurante del puerto de Ibiza y nos dimos un buen homenaje. Ninguno de los dos apostábamos un céntimo por la exuberancia de la cena de Nochebuena. Al acabar, hicimos un poco de turismo aprovechando las últimas horas de sol del día. Subimos hasta lo alto del casco antiguo. Quería enseñarle a mi madre el mirador donde había estado con Luna en septiembre.

—Jonathan, más despacio —dijo ella con la lengua fuera. Llevábamos un rato subiendo cuestras—. ¿Cómo puedes andar tan deprisa después de la caldereta de langosta que te has metido entre pecho y espalda?

—Madre, en casa de Luna me tienen a pan y agua. Acabo de reponer energía para varias horas.

—¿En serio? —dijo ella con la cara descompuesta—. ¿Pero qué nos van a dar de cenar? ¿Verduras a la plancha y un plátano?

Solté una carcajada.

—Era una broma. Ven, quiero enseñarte algo.

Le rodeé la espalda con mi brazo y la llevé hasta la barandilla del mirador.

—Luna me trajo aquí en septiembre. Me gusta este lugar.

Mi madre echó un vistazo en silencio mientras recuperaba el aliento.

—Tranquila... El camino de vuelta es cuesta abajo.

Se giró hacia mí y me miró con ternura, como solo una madre puede mirar a un hijo.

—¿Qué? —pregunté, sonriente.

—Que estás feliz. Feliz de verdad —dijo con asombro—. Es la primera vez que te veo así en diez años.

Sonreí con la mirada esquivo.

—Ya te lo he dicho. Es el efecto Ibiza.

—Sí, Jonathan. Tú dirás lo que quieras, pero ambos sabemos que se llama efecto Luna.

Llegamos a casa de Luna a las seis y media. Mi madre llevaba todo el camino hablando sin parar. Solía hacerlo siempre que estaba nerviosa y era obvio que lo estaba. Aparqué en el camino de entrada y toqué el claxon dos veces.

—Vamos —le dije con decisión—. Vas a gustarles tanto que no te dejarán ir a dormir al hotel.

La llevé de la mano hasta la puerta. Luna abrió justo cuando iba a llamar al timbre. Estaba radiante. Llevaba un vestido azul que le caía por encima de la rodilla, botas altas, el pelo suelto, los labios rojos, la mirada brillante...

—Hola —murmuré con cara de bobo, como si no la hubiera visto nunca.

Ella nos dedicó una de sus espléndidas sonrisas.

—¡Victoria! ¡Por fin! —dijo, lanzándose hacia mi madre. Le dio dos besos con una familiaridad pasmosa y la agarró del codo para guiarla hacia dentro—. Pasa. Estás en tu casa. Tenía muchísimas ganas de conocerte.

—Mamá, ella es Luna —indiqué desde atrás a pesar de que mi aportación era totalmente innecesaria.

Me había quedado en la retaguardia mientras ellas atravesaban el recibidor.

—Yo también tenía muchas ganas de conocerte. —Mi madre la miró con un cariño inesperado—. Vaya... imaginaba que eras guapa, pero me he quedado muy corta.

—Gracias —contestó Luna con una sonrisa tímida—. Ven conmigo. Voy a presentarte a mi familia.

Caminaron juntas hacia el salón mientras yo las seguía de cerca.

Luna hizo las presentaciones y mi madre al fin conoció a Will y a Penélope. Estuvieron todos muy amables con ella. La invitaron a sentarse, le ofrecieron bebida, le preguntaron por el viaje... A mí me ignoraron por completo, pero estaba tan contento por ella que apenas me di cuenta.

Al rato, Luna se levantó para ir a por las bebidas. Aproveché la ocasión para seguirla hasta la cocina. Cerré la puerta a mi paso, me acerqué a ella y la abracé por la espalda.

—¿Es que no vas a decirme nada? —le susurré cerca de su cuello.

Noté que se tensaba con el roce de mis labios.

—Te he echado de menos —dijo ella, llevando su mano derecha a mi nuca.

Yo metí la mía por debajo de su falda y acaricié sus muslos.

—¿Qué tal el día? —pregunté en su oído.

—Ya te lo he dicho. Te he echado de menos...

—¿Cuánto?

—Mucho —dijo en un murmullo.

—No has elegido un buen vestido.

—¿Por qué?

—Porque te sienta demasiado bien y ahora estaré toda la noche pensando en quitártelo.

Oímos pasos. La puerta se abrió de golpe y Luna y yo nos separamos de forma brusca.

—Jeremy, tu madre se lo ha pensado mejor. Prefiere una tónica con hielo.

Carraspeé de espaldas a la puerta con los brazos en jarras y la mirada clavada en el suelo.

—Gracias, Penélope. Voy enseguida —dije sin girarme.

45

LUNA

La madre de Jonathan llegó nerviosa, pero se integró muy rápido en nuestro pintoresco grupo navideño. Victoria no podía ser más adorable. A sus sesenta años tenía un aspecto envidiable, una melena rubia y ondulada que le rozaba los hombros, un cuerpo tonificado —era obvio que compartía la genética privilegiada de Jonathan— y una mirada dulce y reflexiva que mostraba lo mucho que había vivido, para bien y para mal.

Estuvimos charlando en el salón antes de la cena. Mi padre se ganó muy rápido su confianza. William Green era todo un experto en meterse a la gente en el bolsillo y Victoria no iba a ser una excepción. Se sentó a su lado y comenzó a hacerle preguntas, a escucharla con atención y a desplegar todo su encanto californiano para lograr que se sintiera a gusto con nosotros.

Victoria nos contó que se había jubilado a los cincuenta y ocho años. Después de un largo periodo en el que había trabajado como enfermera en varios hospitales de Surrey, decidió que era el momento de regresar a su pueblo natal; en Inglaterra ya no la ataba nada, ni familia, ni trabajo, ni ganas de continuar. Nos habló de los veranos que Jonathan y ella habían pasado en España, de la inquietud de su hijo por trepar a todos los árboles de la comarca, por romper cristales a pedradas, por llenar la bañera de sapos y su tendencia posterior a emborracharse en la verbena del pueblo.

—De verdad, mamá, que no hace falta dar tantos detalles —murmuró él desde un extremo del sofá.

Cenamos temprano porque ella tenía que regresar a su hotel para pasar la noche.

Me había esmerado toda la tarde en adornar la casa mientras ayudaba a mi abuela en la cocina a pesar de que nosotros nunca habíamos celebrado la Navidad de una forma muy tradicional. Decoré la mesa con velas, piñas y ramitas de acebo que había comprado en el mercado por la mañana.

El buen ambiente se prolongó durante toda la cena. Bebimos vino y nos reímos con otras anécdotas familiares hasta que mi padre tuvo la ocasión de sacar su tema estrella.

—Will, ¿y tú a qué te dedicas? —preguntó Victoria con la mayor inocencia del mundo.

Estuve a punto de atragantarme con el vino. «Por favor, que sea rápido e indoloro», pensé con los ojos cerrados.

—Soy terapeuta sexual —respondió él con una de sus miradas seductoras—. Me especialicé hace años en sexualidad holística.

—Interesante —comentó Victoria con las mejillas arrojadas.

—Imparto talleres sobre el manejo consciente de la energía sexual como parte del potencial creativo. También dirijo retiros en California para parejas o grupos que quieren reconectar entre ellos a nivel sensitivo y sensual. Hace años también los organizaba aquí, en Ibiza. De hecho, estoy planteándome volver a hacerlo. ¿Te apuntarías?

—Papá, relájate un poco —intervine.

—Perdona, Victoria. No estaba sugiriendo que necesites terapia. Mis talleres están abiertos a todo tipo de personas. Son una oportunidad excelente para ampliar la visión sobre la sexualidad humana como elemento multidimensional.

Me giré hacia Jonathan y comprobé que miraba a mi padre con el ceño fruncido.

—¿Papá, por qué no nos hablas de tu otra pasión? —interrumpí—. Mi padre es aficionado a la astrología. Te clava la personalidad con solo echarle un vistazo a tu carta astral.

—Ese tema también me interesa —dijo Victoria.

—Venga, papá. Empieza con Jonathan.

—Sabes que no creo en ese tipo de cosas —murmuró él a mi lado.

—Vamos, hijo, será divertido —añadió su madre.

—¿Fecha, hora y lugar de nacimiento? —preguntó mi padre, que ya había sacado su móvil y se disponía a abrir una aplicación de astrología.

Victoria se lanzó a dar los datos mientras Jonathan nos miraba a todos con cara de desconcierto. Mi padre consultó la información en su aplicación antes de que pudiese protestar.

—Acuario con ascendente sagitario —anunció tras ver el resultado—. Aire y fuego. Autosuficiente, aventurero, intelectual... De carácter leal y protector con los que quieres. Según la posición de tu marte natal, eres muy emprendedor. Canalizas toda tu energía en lograr aquello que te propones y eres un animal carismático, pero tienes la luna en cáncer formando aspectos muy tensos con otros planetas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Victoria, que estaba mucho más interesada que su hijo.

—Que tiende a encerrarse en sí mismo cuando se ve desbordado por sus emociones —explicó mi padre—. Y, a veces, es imposible romper esa coraza.

Victoria abrió los ojos de par en par.

—Pues, hijo, tú no creerás en esto, pero te ha descrito en tres frases.

Jonathan entrecerró los ojos y se acercó la copa a la boca sin decir nada.

—También es muy orgulloso —añadió ella—. No lo va a admitir nunca.

—¿Por qué no psicoanalizáis a otra persona? —propuso Jonathan tras dar un trago.

Se estiró el cuello del jersey con un dedo. Parecía agobiado.

—Porque hacerlo contigo es mucho más divertido —bromeó mi abuela.

Victoria y yo soltamos una pequeña carcajada. El vino nos estaba pasando factura.

Jonathan se levantó con la copa en la mano.

—De acuerdo —dijo—. Voy a tener que hacer un brindis... Un brindis navideño, aprovechando ese talento carismático que decís que tengo.

Nos miró a todos con los labios curvados en una media sonrisa.

—¿Desde cuándo haces brindis? —preguntó Victoria.

—Desde que quiero cambiar de tema, mamá.

—Adelante —añadió mi padre mientras levantaba también su copa.

Todos miramos a Jonathan con ojos expectantes. Él tomó aire antes de comenzar.

—Quiero darle las gracias a Penélope...

—¿A mí?! —exclamó mi abuela con asombro.

—¡Por Dios, mujer! Déjame terminar antes de que me arrepienta —dijo él con cara de hastío. Después, volvió a tomar aire—. Gracias, Penélope, por haber preparado este redondo de seitán relleno de... cosas tan... ricas.

—Ciruelas y nueces con *cheddar* vegano —aclaró ella con orgullo.

—Pues eso. Gracias. —A continuación, miró a mi padre—. Gracias, Will, por haber volado diez mil kilómetros con escala en Londres para ver a tu hija y, de paso, para conocerme a mí.

—No hay de qué, muchacho —contestó mi padre antes de alzar su copa y beber un sorbo.

Después se dirigió a Victoria.

—Gracias también a mi madre, porque ha renunciado a unas tranquilas Navidades en su casa y ha cogido un autobús hasta León, un tren hasta Madrid y un vuelo hasta Ibiza. Eres la mujer más luchadora que conozco, la mejor madre y... no puedo estar más orgulloso de ti.

Victoria lo miró con los ojos húmedos, incapaz de decir nada. Se dedicaron una sonrisa

breve.

Y entonces me miró a mí.

—Y a Luna... Gracias por habernos reunido a todos aquí. Creo que son las Navidades más extrañas de mi vida, pero también unas de las más felices.

—De nada —susurré, emocionada.

—Pero... sobre todo... —me mantuvo la mirada mientras hacía una pausa—, gracias por haber detenido el coche aquella mañana de mediados de septiembre. Desde entonces, no ha pasado un solo día en el que no me hayas hecho un poquito más feliz.

Se quedaron los tres en silencio mientras Jonathan y yo nos mirábamos y, aunque sabía que seguían allí, sentí que no había nadie más en la habitación. Ni en la sala, ni en mi casa, ni en toda la isla.

Me levanté y, sin decir nada, le rodeé la cara con las manos y lo besé.

Fue un beso muy breve, porque enseguida recordé que teníamos compañía.

—Qué bonito, hijo... —Oí de fondo.

—Así se habla —añadió mi padre.

Jonathan me guiñó un ojo antes de volver a sentarse.

—¿Quién quiere una bolita de coco? —dijo mi abuela, devolviéndonos a todos a la realidad.

46

JONATHAN

A pesar de todas mis reservas iniciales, nuestra singular reunión navideña fue todo un éxito. Mi madre se integró de forma sorprendente, en especial, con el padre de Luna, con el que parecía haber congeniado muy bien.

Después de la cena, Gunther nos hizo una visita con su guitarra. Por suerte para todos, llevaba pantalones y jersey. Incluso un gorro de Santa Claus.

—Feliz Navidad, familia.

—¡Gunther! Se suponía que estabas en Frankfurt —dijo Penélope al verlo aparecer por el ventanal de la terraza.

—Los vuelos estaban muy caros. Cambié de planes y me iré a pasar allí la Nochevieja.

—Podrías haber cenado con nosotros —añadió Luna.

—He cenado muy temprano, pero me apetecía pasar a veros un rato.

Gunther se acercó a saludarnos a todos. Le di la mano y le presenté a mi madre. Después, se sentó en el sofá y, sin previo aviso, comenzó a tocar la guitarra y a cantar *Let It Snow* con su espontaneidad habitual.

—Ahora sí que es Navidad —dijo Will.

Mi madre le rio el comentario de un modo exagerado. Los miré de reojo con suspicacia. Luna, que estaba sentada a mi lado, se dio cuenta y se acercó a mi oído para susurrarme algo.

—Sé lo que estás pensando...

—Ni de coña, pero ni de coña, se la va a llevar a uno de sus retiros de sexualidad holística —contesté en voz baja.

—Tranquilízate, Jonathan. Se han caído bien. Eso es todo.

Dimos un pequeño aplauso cuando Gunther terminó la canción.

—¿Alguna sugerencia del público? —preguntó.

—Jonathan..., ¿por qué no nos cantas algo? —propuso mi madre—. Tocaba en un grupo hace años. Lo hacía muy bien.

—No, no, no... Ya lo he dado todo con el brindis. Tengo un límite por noche y hoy ya lo he superado.

—Por favor —dijo Luna—. No hace falta que sea un villancico.

—Venga, tío —insistió Gunther mientras me acercaba la guitarra—. Tienes que vencer el miedo al ridículo.

—¡Pero si tocaba en salas de conciertos! —comentó mi madre con un entusiasmo desmedido—. Tenía hasta un club de *fans*.

—Eran tres compañeras de clase, mamá.

Cogí la guitarra con desgana y me acomodé con ella en la silla, como había hecho tantas veces en otra época de mi vida. Esa etapa quedaba tan lejana que a menudo tenía la impresión de que había sido solo un sueño.

—Si toco algo corto, ¿me dejáis tranquilo un rato?

Nadie contestó. Me miraron en silencio, expectantes por saber cómo iba a resolver la situación.

Llevé la mano izquierda a los trastes y con los dedos de la derecha rocé las cuerdas. Y aunque habían pasado más de diez años, algo en mí vibró de la misma forma que en aquella otra vida. Empecé a tocar unos acordes, la primera canción que me vino a la mente. Mis dedos se movieron

con soltura por las cuerdas. Las notas aún estaban intactas en mi memoria y yo me dejé llevar. Cuando llegó el momento, comencé a cantar en voz baja.

—*Love of my life, you've hurt me. You've broken my heart and now you live me. Love of my life, can you see? Bring it back, bring it back. Don't take it away from me because you don't know what it means to me...*

Continué la canción en un tono bajo y grave mientras tomaba conciencia de que la letra y los movimientos siempre habían estado ahí, en mi cabeza. Cuando acabé la canción, se hizo el silencio. Levanté la vista y los miré. Luna y mi madre sonreían, emocionadas, otra vez.

—¿No hay aplauso para mí?

Todos comenzaron a aplaudir con entusiasmo. Gunther se levantó y me hizo una reverencia.

—Tío..., la has clavado.

Una hora más tarde, cuando Gunther acabó todo su repertorio musical y volvió a su casa, William se ofreció a llevar a mi madre al hotel. Luna me miró con complicidad mientras disimulaba una sonrisa.

—No me importa, Jonathan. El hotel está solo a diez minutos. Puedo acercarla en la furgoneta de Penélope. Quédate aquí con Luna.

—Gracias, Will, pero la llevo yo —contesté de forma categórica.

—Venga, Jonathan. ¡Quédate! —insistió mi madre—. Llevas todo el día conmigo. No seas terco.

Se levantaron los dos a la vez para coger sus abrigos. Yo me acerqué a mi madre con discreción y la cogí del brazo, aprovechando que William estaba charlando con Luna y que Penélope se había marchado a la cocina.

—¿Puedes venir un momento? —le murmuré.

Di varios pasos con ella para alejarla del salón y la llevé al pasillo.

—Mamá, voy a ser muy directo contigo —dije en voz baja—. ¿Te gusta Will?

Me madre me miró, perpleja.

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que llevas toda la noche tonteando con él.

—¿Y qué problema hay si me parece atractivo?

Me pasé la mano por la frente como si me cayese el sudor a borbotones.

—Joder, mamá... ¡JO-DER!

—Ay, Jonathan. Solo me va a acercar al hotel. Parece un buen hombre.

—Un buen hombre que hoy está aquí y mañana en California, seduciendo a otra tanda de mujeres con su rollo de la sexualidad holística y el manejo de no sé qué energías multidimensionales.

Mi madre me miró muy seria.

—Jonathan, estás a punto de estropearme una velada fantástica. Me lo he pasado muy bien, pero el único que me está soltando un rollo insufrible eres tú.

Se dio media vuelta y entró en el salón.

—Will, ¿nos vamos? —dijo en voz alta ante mi cara de asombro.

47

LUNA

A pesar de las reticencias de Jonathan, fue mi padre el que llevó a Victoria a su hotel. Yo me metí en la cocina para recoger los platos y poner el lavavajillas. Cuando acabé, fui a buscar a Jonathan, que había desaparecido en el jardín. Me puse el abrigo y salí al exterior. Lo encontré sentado en el primer escalón del porche. Parecía pensativo. Me sorprendió descubrir que sostenía un cigarrillo entre los dedos.

—Me has pillado —dijo en cuanto me vio llegar.

—¿Has vuelto a fumar? —pregunté mientras me sentaba a su lado.

—Un poquito. Ni siquiera te vas a enterar —contestó antes de darle una calada al cigarrillo.

—¿Por qué? Es caro, malo para la salud, deja olor en la ropa...

—Estoy de acuerdo contigo. —Ladeó la cara para mirarme—. ¿Me querrás igual?

Asentí en silencio. Su pregunta me sacudió por dentro. Nunca nos habíamos dicho que nos queríamos, aunque sabía que su comentario no era una declaración de intenciones, sino una forma coloquial de hablar.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Mira el lado bueno —añadí—. Si se acuestan, sabemos que no la dejará embarazada.

Me lanzó una mirada sombría y yo me eché a reír.

—Estaba bromeando, Jonathan. Conozco muy bien a mi padre. Tiene un lado muy ligón, pero sería incapaz de liarse con tu madre esta noche. Sabe que eso estaría fuera de lugar.

—Ya... —contestó tras dar otra calada con la mirada ausente.

En ese momento, oímos el motor de la furgoneta.

—¿Lo ves? Es él. Ya está aquí.

Jonathan no dijo nada, pero pude atisbar cómo relajaba la expresión de su cara.

—¿Por qué eres tan protector con ella? Y que conste que vuestra relación me parece muy tierna, pero...

—No quiero que se ilusione y se lleve un chasco después.

—Ya es mayorcita. ¿No crees?

—No lo entiendes, Luna. Mi madre lo pasó muy mal durante años. Le ha costado mucho llegar al punto donde está ahora y no quiero que nada lo estropee.

—Al final va a ser verdad.

—¿El qué?

—Que eres extremadamente protector con las personas que quieres.

Mantuvo la mirada fija en el suelo.

—Ella es mi única familia. Mi padre es hijo único y mi madre tenía un hermano, pero falleció hace tiempo. No tengo primos ni tíos en Inglaterra, y mis abuelos murieron cuando yo era pequeño. Sabes que con David nunca he tenido una relación muy estrecha. Y con mi familia española pasé buenos momentos, pero todos mis primos se fueron del pueblo hace años. A la mayoría no los he vuelto a ver. Mi madre es la única persona que siempre ha estado ahí.

—¿Y tus amigos?

Tardó varios segundos en contestar. Se quedó pensativo mientras observaba la luz incandescente del cigarrillo que sostenía entre los dedos.

—Supongo que ya te has dado cuenta. No tengo amigos de verdad, son solo compañeros. He

cambiado varias veces de destino y no soy propenso a entablar grandes relaciones de amistad.

—¿Y en Inglaterra? ¿No tienes amigos allí de cuando ibas al colegio o a la universidad?

—No —se apresuró a contestar.

Lo dijo de un modo tan seco que me arrepentí al instante de haber hecho la pregunta. Aun así, su reacción no hizo más que avivar mi curiosidad. Me hubiera gustado preguntarle por Liam. En mis sueños parecía muy unido a él.

—Perdí el contacto con ellos —aclaró unos segundos después.

Sentí que se estaba abriendo a mí, y lo hacía por primera vez en mucho tiempo. Pensé que, si se sinceraba sobre su pasado, no sería tan difícil revelarle mi secreto.

—Jonathan, ¿por qué nunca hablas de tu padre?

—Porque no tengo nada bueno que decir de él. No fue un buen padre y mucho menos un buen marido.

—Nunca me has contado lo que pasó entre vosotros.

Dio la última calada y tiró el cigarrillo al suelo para aplastarlo con el pie.

—¿Es necesario?

—No, si tú no quieres.

—No quiero, Luna. Quizá otro día, pero hoy no. Es Navidad. Hablemos de cosas más alegres, ¿vale?

Miró el reloj de su muñeca.

—Son las once —dijo—. Ya casi es día 25.

Me acerqué a él y lo besé.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, preciosa —respondió con una sonrisa—. Eso me recuerda que tengo un regalo para ti.

—Pero los regalos se dan mañana.

—El mío no.

Se levantó y tiró de mi mano.

Me llevó al dormitorio, cerró la puerta y se agachó para buscar en su maleta.

—Creo que estaba por aquí —dijo mientras registraba entre la ropa.

Lo vi sacar un pequeño paquete alargado envuelto en papel de regalo.

—Te lo compré en octubre durante un día de permiso en Nicosia —dijo al levantarse—. Espero que te guste.

—No sé lo que es y ya me gusta.

Cogí el paquete, rasgué el papel y saqué un estuche. En el interior había una pulsera formada por pequeñas cuentas de plata y piedrecitas de color blanco rosáceo.

—Son piedras luna. La mujer de la tienda me habló de ellas y... pensé que sería un buen regalo para ti.

—Me encanta, Jonathan. Muchísimas gracias.

La sacó del estuche y me ayudó a ponérmela en la muñeca derecha, junto a mis otras pulseras.

—Siento no haberte traído algo mejor.

—¿Por qué dices eso? Es perfecta.

—Porque no he tenido tiempo para nada más, pero mañana recibirás tu otro regalo.

—¿Qué otro regalo? —pregunté con suspicacia.

Me miró con una sonrisa misteriosa.

—He dicho que mañana lo verás.

Se inclinó para besarme el cuello y, sin más dilación, buscó con sus manos la cremallera de mi vestido.

—Estaba deseando quedarme a solas contigo —murmuró sobre mi piel.

—¿Por qué? —pregunté con falsa ingenuidad.

—¿Es necesario que te lo explique?

Me bajó la cremallera y me quitó el vestido por encima de la cabeza. Después, me senté en el borde de la cama y él se arrodilló en el suelo, frente a mí, para quitarme las botas y las medias con sumo cuidado. Lo hizo muy despacio, deleitándose con ello, hasta que me quedé en ropa interior.

—Voy a hacerte tan feliz que no querrás salir de esta habitación —dijo de rodillas mientras me miraba fijamente a los ojos.

Levantó las cejas un par de veces y yo me reí.

—Eres un fanfarrón, Hartford.

Él me devolvió la sonrisa, pero lo hizo de una forma muy seductora.

—Sí. Y te gusta...

—Lo admito. Me gusta demasiado.

Me observó muy serio con los ojos entornados y llenos de deseo. Esa mirada me excitó más que cualquier roce de su piel.

Aquella noche se esmeró mucho en hacerme feliz. A Jonathan le gustaba complacerme. Sabía muy bien cómo tocarme para llevarme al máximo punto de excitación. A menudo, me dejaba guiar y era él quien adoptaba el papel dominante. Le encantaba hacerlo. Por suerte para los dos, a mí también me gustaba responder a su juego y, de vez en cuando, era él quien se dejaba hacer.

Tenía la sensación de que conectábamos a un nivel tan íntimo que éramos capaces de adelantarnos a los deseos del otro, como si lleváramos toda una vida juntos. Nos leíamos la mente y nos entregábamos sin condiciones, y cuando te entregas de esa forma, a veces tienes la impresión de quedarte sin defensas ante la otra persona.

Con él comprendí el significado real de la expresión «hacer el amor». Porque antes de conocerlo solo había tenido sexo y el sexo puede llegar a estar muy bien, pero aquello que nos unía, las sensaciones que nos provocábamos el uno al otro, las miradas, los besos, el contacto de nuestra piel, la rudeza de su cuerpo penetrando en el mío con esa necesidad que nos desbordaba, la impresión de notarlo muy dentro, de sentir cómo se deshacía con cada movimiento, cómo vibraba junto a mí y cómo se vaciaba, todo era tan intenso y de una magnitud tan elevada que solo existe una expresión para describirlo.

Era eso. Simple y llanamente.

Ya de madrugada, tumbados en la cama, apoyé el rostro sobre su pecho y él me rodeó con su brazo.

«Te quiero —pensé—. Te quiero, te quiero, te quiero». Necesitaba decírselo. Las palabras se rebelaban por salir de mi boca, pero aún tenía dudas acerca de su reacción.

—Jonathan..., ¿por qué estamos juntos? —pregunté en voz baja.

—¿Mmm? —murmuró. Parecía adormilado.

—¿Por qué estás conmigo?

—Porque el sexo es alucinante.

—Idiota...

Se rio.

—No seas tonta. Porque me encantas tú y me encanta estar a tu lado. Y lo del sexo..., también.

«¿Por qué no me dices que me quieres?». A pesar de todo lo que habíamos vivido, una parte de él seguía encerrada en sí mismo.

En breve estaríamos dormidos y yo volvería a conectar con sus recuerdos del pasado. Había decidido no contarle nada hasta que su madre se marchara de Ibiza o, lo que era lo mismo, hasta nuestra última tarde juntos. Pero había muchas cosas que me inquietaban. No podía esperar a que él me las aclarara.

—Jonathan, ¿puedo hacerte una pregunta un poco rara?

—Puedes.

—¿Alguna vez has tomado drogas? Me refiero a drogas duras.

Se quedó pensativo.

—Sí —contestó con parquedad.

—¿De qué tipo?

—Cocaína, anfetis y algunos alucinógenos. Hubo una época en la que desfasé bastante, pero hace mucho tiempo de eso. ¿Por qué lo quieres saber?

—¿Y heroína? ¿Te has inyectado alguna vez?

Levantó su cabeza y se giró para mirarme a los ojos.

—Luna, ¿por qué me haces esa pregunta?

—Porque anoche soñé que le comprabas heroína a un camello.

—Joder..., espero que hoy tengas un sueño más agradable.

Me dio un beso en la frente, apoyó otra vez la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

—Jonathan, no me has contestado. ¿Te has inyectado alguna vez?

—¿Es necesario que conteste? —dijo con los ojos cerrados.

—Sí.

—No, Luna. Nunca me he inyectado heroína. ¿Podemos dormirnos ya?

—Sí... Lo siento. Buenas noches.

—Buenas noches, preciosa.

Cerré los ojos con alivio, aunque seguía sin comprender lo que había visto la noche anterior. Tal vez me había mentido o, tal vez, yo estaba interpretando mal el sueño. En cualquier caso, aún disponía de dos noches para averiguar si aquello era cierto.

Lo abracé con fuerza y sentí sus latidos bajo su piel.

—Te quiero —susurré sin poder evitarlo.

No me contestó, aunque sabía muy bien que seguía despierto por el ritmo de su respiración.

Jonathan aún era adolescente. Estimé que tenía diecisiete o dieciocho años. Llevaba una mochila al hombro y caminaba por la calle junto a su amigo Liam mientras charlaban sobre los resultados de un examen. Al llegar a la esquina, se despidió de él.

—Nos vemos mañana.

Jonathan se colocó unos auriculares, cruzó la calle de un típico barrio residencial inglés, caminó hasta la puerta de una casa de ladrillos rojos y entró en la vivienda. Cuando cerró la puerta y se quitó los auriculares, oyó gritos procedentes de otra habitación.

—¿Tengo que explicártelo otra vez? ¡¿Por qué me haces tantas preguntas?!

Era la voz potente de un hombre adulto.

La expresión de Jonathan cambió por completo. Soltó la mochila en el suelo y corrió hasta la cocina. En el interior, un hombre agarraba con fuerza el brazo de una mujer. Era Victoria. Tenía la cara descompuesta y cubierta de lágrimas.

—¡Déjala en paz! —gritó Jonathan desde la puerta.

—Esto no es asunto tuyo —respondió el hombre sin girarse.

—Sí que lo es, joder.

—Jonathan, vete a tu cuarto —dijo Victoria con voz temblorosa.

—¡No!

Se acercó hacia ellos con la intención de separarlos. El hombre arrojó a Victoria contra el suelo antes de girarse hacia Jonathan.

—¿Qué vas a hacer? —dijo, encarándose con él—. ¿Vas a pegarme? ¡¿A tu propio padre?!

—Ponme a prueba —contestó Jonathan con los puños cerrados y el gesto desafiante.

Se miraron en silencio durante varios segundos hasta que su padre se dio la vuelta y salió de la habitación. Poco después, se oyó la puerta de la calle al cerrarse de golpe.

Jonathan se acercó a su madre, se arrodilló a su lado y la ayudó a incorporarse. Ella se sentó en el suelo y apoyó la espalda en un mueble de la cocina.

—¿Estás bien?

Victoria asintió despacio mientras se abrazaba las rodillas flexionadas.

—¿Te ha pegado?

Negó con la cabeza. Aún tenía la cara cubierta de lágrimas.

—¿Por qué lo has dejado entrar? —preguntó él en tono de reproche.

—Me ha llamado esta mañana...

—¿Y qué quería?! —dijo Jonathan con rabia.

—Hablar conmigo. Estaba muy amable. Me ha dicho que lleva tres meses sin beber. Quería pasarse a recoger unas cosas...

—¿Y tú te lo has creído? —dijo él, poniéndose de pie.

Jonathan estaba nervioso. Se frotó la cara con las manos.

—¡Me prometiste que no volverías a dejarlo entrar!

—Lo sé —dijo ella entre sollozos—, pero aún es mi marido. Paga la hipoteca de esta casa. Tiene derecho a recoger su ropa.

—¿Qué gilipolleces estás diciendo? ¡Envíasela por correo! —dijo él mientras hacía aspavientos con los brazos—. Te pegó una paliza. ¿Es que lo has olvidado? ¡Una puta paliza tan grande que pasaste tres días en el hospital!

—Ya te lo he dicho varias veces, fui yo la que me tropecé.

—¡No me jodas, mamá!

—Es que no fue él, fui yo. Me tropecé y me caí por las escaleras.

Jonathan se cubrió los oídos con las manos.

—No quiero oírlo. ¡No puedo más!

Soltó los brazos y volvió a arrodillarse junto a ella.

—Tenemos que pasar página —añadió en tono más sereno—. Tú y yo, mamá. No necesitamos a nadie más.

—Lo sé —susurró ella.

—Me tienes a mí, ¿me oyes? Si es necesario, buscaré un curro para ayudarte a pagar la hipoteca.

—No digas tonterías. Irás a la universidad con Liam. Eso ya lo hemos hablado.

—No puedo irme de aquí sabiendo que en cualquier momento volverás a abrirle la puerta. Tienes que hacerlo, mamá —dijo en tono de súplica—. Por favor. Aún estás a tiempo. Tienes que hacerlo para que un juez emita una orden de alejamiento.

—No lo voy a denunciar, Jonathan. Fui yo. Me tropecé y me caí.

Él la miró con impotencia antes de volver a levantarse.

—De acuerdo... —Sus ojos estaban llenos de rabia y dolor. Aun así, mantuvo el tono sereno en su voz—. Te tropezaste y te caíste. Pero te pido que, si alguna vez me has querido, no vuelvas a abrirle la puerta. Nunca.

—Claro que te he querido, Jonathan. Te he querido y te quiero más que a mi propia vida.

—Dame tu palabra.

—Te lo juro. Podrás marcharte tranquilo. Hoy ha sido el último día que lo he dejado pasar.

Y entonces me vi a pesar de lo absorta que estaba en la escena. Vi mis pies, mis piernas, mis manos... Yo también estaba en la habitación. Y vi la puerta a dos metros de mí. La misma puerta que ya había visto en sueños anteriores para indicarme que existía algo más; un secreto encerrado bajo candado en la profundidad de su psique, oculto bajo capas y capas de pensamientos y vivencias de otro tipo. Un recuerdo remoto y sombrío que luchaba por ser liberado. Y yo, por alguna razón, era la única persona capaz de hacerlo.

Me acerqué a la puerta con decisión e intenté girar el pomo, sin éxito. Di patadas con energía, pero todos mis esfuerzos fueron en vano, porque el candado que la mantenía cerrada era más fuerte que yo.

48

JONATHAN

—Te quiero.

Fue lo último que escuché de ella antes de dormirme.

«Me quiere», me repetí a mí mismo con satisfacción mientras trataba de fingir que dormía. A pesar de esa sensación, me quedé paralizado.

«No seas imbécil. Mira hasta dónde has llegado. Estás en su casa, en su cama, abrazado a su cuerpo desnudo. Has regresado para pasar la Navidad con ella y sabes muy bien que, si fuera por ti, te quedarías más tiempo a su lado. ¿Por qué te cuesta tanto aceptar que te has enamorado?».

Apreté los párpados porque la respuesta a esa pregunta me aterraba. Era la primera vez que sentía algo tan fuerte por otra persona y lo hacía sin haberlo buscado ni planeado. La primera y única vez en treinta y dos años de vida. Estaba enamorado de ella hasta la médula, pero mi cuerpo y mi mente seguían paralizados, como si una mano espectral me tapara la boca y me obligara a permanecer en silencio.

Esa sensación asfixiante me trajo a la mente lo que llevaba años tratando de ocultar. Aún había demasiada oscuridad en mí, demasiada culpa, demasiado miedo a enfrentarme al pasado.

Me quedé completamente quieto hasta que mi respiración se relajó. Intenté dormir porque no sabía hacer las cosas de otro modo. Mi garganta seguía bloqueada. Poco a poco, la mano espectral aflojó la presión, aunque no me abandonó del todo. Nunca lo hacía. Me había acostumbrado a vivir de esa manera. Podía, incluso, aprender a ignorar la sensación de asfixia y fingir que aquello no ocurría, que yo era un tío más o menos normal, con un buen puesto en la Marina y una novia preciosa en Ibiza. Pero... ¿cuánto tiempo podría sostener todo eso? ¿Hasta cuándo sin que ella lo notara?

El día de Navidad me desperté junto a ella. Aún era temprano, pero ya entraba luz por la ventana. Luna dormitaba en su lado de la cama. Estaba preciosa; desnuda, con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas. La observé durante varios minutos hasta que también abrió los ojos.

—Buenos días —le dije con una sonrisa.

—Hola...

Llevé la mano a su rostro y le acaricié los labios con el dedo pulgar. No la besé. Ni siquiera me acerqué a ella. Solo tenía ganas de mirarla. Nos quedamos así, sin decir nada, respirando al mismo ritmo pausado y tranquilo. Quería disfrutar al máximo de cada instante que me quedaba a su lado porque en menos de treinta y cinco horas tenía que coger un avión para volver a Gibraltar.

—Tu regalo —dijo ella, rompiendo el silencio—. ¿Quieres verlo?

—Mi regalo eres tú.

Ella sonrió.

—Eres todo un poeta, Hartford.

—Lo sé. Me llaman el Shakespeare del amor.

Arqué las cejas y ella volvió a reírse. Sí, se me daba de maravilla fingir que todo iba bien.

Luna se levantó, buscó ropa en el armario y se puso un pantalón de pijama y una sudadera.

—¿Vienes o no? —dijo con impaciencia.

Yo me estiré en la cama.

—Como quieras... —contesté con pereza.

Me vestí con ropa cómoda y la acompañé a su taller.

Luna encendió la luz al entrar. Había un cuadro enorme colocado en un caballete. Estaba cubierto por una lona. Ella se acercó, destapó la tela y me miró.

—¡Tachán! —exclamó, ilusionada—. Lo pinté a partir de una de las fotos que me enviaste. Es el amanecer desde el puente de mando.

Me quedé con cara de pánfilo, impresionado por la magnitud del regalo. No por el objeto en sí, sino por todo lo que ese cuadro significaba para nosotros.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Joder...

—¿Eso es que sí?

—Pues claro. Es... muy tú.

—No. Este cuadro eres tú, Jonathan. Estás en todas partes. ¿No lo ves? —dijo ella, señalando con el dedo—. En los colores, en la forma de las olas, en el reflejo de la luz... Este cuadro es el mundo a través de tus ojos. Ese es el título que le he puesto.

—Pero yo nunca he visto un mundo tan bonito. Está pintado desde tu perspectiva.

—¡Que no! —dijo ella entre risas—. Mira las nubes.

—Son preciosas. Me gustan más que las nubes reales.

—Las nubes son todo lo que tienes en la mente. Después, está el punto focal, que es donde se concentra la luz del cuadro. Ahí es donde se dirige el barco, por encima de la superficie del agua.

La miré, conteniendo la sonrisa.

—No entiendo nada de lo que quieres decirme, pero el cuadro es impresionante. —La abracé con fuerza—. Gracias. Es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida.

—¿Lo dices en serio?

—Te lo prometo. —La vi sonreír con satisfacción—. ¿Pero cómo voy a llevármelo a Gibraltar? Es enorme. ¿Cuánto mide?

—Un metro de alto por uno sesenta de ancho. Lo tengo todo planeado. Si no te dejan facturarlo, te lo enviaré por correo o por mensajería.

—Eres increíble, Luna —susurré en su oído.

Nos quedamos allí, abrazados. No sé cuánto tiempo pasó. No quería soltarla, intuía que nos quedaba muy poco. La Navidad se acabaría pronto y nuestro futuro estaba lleno de incógnitas. ¿Cómo íbamos a mantener esa relación a distancia? ¿Por cuánto tiempo? Algún día se cansaría de esperarme o descubriría que yo era un tío demasiado complicado, con un oscuro pasado que trataba de ocultar a toda costa. Porque, si la bestia que había en mí despertaba otra vez, todo acabaría entre nosotros. Y a pesar del dolor, tendría que seguir hacia delante sin ella, como llevaba tantos años haciendo.

Tendría que decirle adiós.

Tendría que dejarla marchar.

49

LUNA

El día de Navidad fue un día perfecto; el último que pasamos juntos antes de que Jonathan regresara a Gibraltar. También fue nuestro último día como pareja, aunque yo, en ese momento, aún no era consciente de todo lo que estaba a punto de ocurrir.

Después de desayunar, fuimos a recoger a Victoria a su hotel. Mi padre tenía la intención de acompañarnos, pero al final decidió quedar con unos amigos. Ese detalle nos hizo comprender que todo lo imaginado respecto a ellos era fruto de la paranoia de Jonathan.

Como hacía muy buen día, decidimos ir a dar un paseo por Ibiza. Visitamos el pequeño mercado navideño que algunos comerciantes habían organizado en el centro de la ciudad. Más tarde, volvimos a casa para comer con mi familia. De nuevo hubo vino y risas e incluso algún intercambio de regalos. Victoria había comprado detalles para todos en el mercado navideño: galletas de jengibre con certificado vegano, unos guantes para mi padre y unas velas aromáticas para mi abuela.

Después de la sobremesa, a Jonathan se le ocurrió desempolvar los viejos juegos de mesa que guardábamos en un rincón de la estantería del salón. Estuvimos jugando un rato con Victoria y con mi padre. Jonathan era muy competitivo. Nos dio a todos una paliza en el Trivial, aunque después me tomé la revancha con el Pictionary.

—¿Seguro que no es un caracol? —preguntó Victoria mientras intentaba descifrar el dibujo de su hijo.

—¡Que no, mamá! Fíjate bien. Es un escarabajo.

—Pero, Jeremy, ¿cómo va a ser eso un escarabajo? Parece un garabato.

—¡Penélope, tú ni siquiera estás jugando! —protestó él, indignado.

—Hijo, déjalo. Hemos perdido.

—Reconócelo, Jonathan —dije yo mientras trataba de contener la risa—. Eres un cerebrín para muchas cosas, pero el dibujo no es lo tuyo.

A media tarde pensamos que sería buena idea encender la chimenea del salón. Habían bajado mucho las temperaturas y empezaba a anochecer. Jonathan acompañó a mi padre a cortar leña al jardín y yo me quedé con Victoria a solas mientras mi abuela preparaba té en la cocina.

—Luna, tengo que darte las gracias —dijo Victoria.

Estábamos las dos sentadas en el sofá, esperando al resto.

—Gracias a ti por haber venido —contesté.

—No me refiero a eso..., que también. —La miré con curiosidad—. Gracias por todo lo que has hecho por Jonathan. Desde que te conoció, parece otra persona. Hace diez años que no lo veía sonreír de este modo. ¿Sabes lo que son diez años sin ver reír de verdad a tu hijo?

Ese comentario me puso la piel de gallina, por todo lo que implicaba y por lo que dejaba entrever.

—A mí también me hace muy feliz —contesté.

—Seguro que sí, pero... él lo ha pasado tan mal. No sé si te lo ha contado.

La miré, expectante, deseosa de saber más.

—Sé que hubo problemas con su padre —dije con cautela.

Ella sonrió con tristeza.

—Mi exmarido no se portó bien con nosotros, pero aquello ya está superado, aunque me costó.

Hizo una pausa. Pensé que iba a dejarlo ahí, pero entonces comenzó a hablar. Al parecer, tenía ganas de desahogarse.

—El padre de Jonathan es alcohólico. No estaba siempre ebrio. De hecho, durante años mantuvo la adicción a raya. Le dedicaba muchísimas horas a su trabajo. Parecía un tipo normal; serio, introvertido, pero normal, al fin y al cabo. Con el paso del tiempo, empezó a tener recaídas frecuentes. Su carácter se endureció y lo pagaba conmigo. —Suspiró—. Lo conocí siendo muy joven. Acababa de llegar a Londres con una amiga. El sueldo de enfermera en Inglaterra era mucho más alto que en España y yo quería aprender inglés y vivir una experiencia. Conseguí trabajo en el hospital Saint Thomas y entonces lo conocí. Era mucho mayor que yo y muy atractivo. ¡El jefe de cardiología! Imagínate. Todas las chicas estábamos locas por él. Estaba separado y tenía un hijo, pero a mí no me pareció un inconveniente. Si su exmujer me hubiera avisado... —Se encogió de hombros—. Aun así, no me arrepiento de haber estado con él, porque tuve a Jonathan y eso es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Alargué mi mano para cubrir la suya.

—Lo siento, Victoria. Supongo que lo pasaste muy mal.

Se encogió de hombros.

—¿Sabes? Con el tiempo te das cuenta de las cosas, pero en ese momento estaba ciega. Lo estuve durante muchos años, porque él tenía un carácter extremadamente controlador. Me tenía subyugada, pero yo no lo veía. Me prohibió que solicitara la doble nacionalidad de Jonathan. Fue su manera de tenerme retenida en Reino Unido y evitar que algún día me marchara con el niño. Me amenazó con dejarme en la calle si lo hacía. Me dijo que pediría su custodia, que nunca volvería a verlo. Y yo era tan ingenua que me lo creí. Por eso, Jonathan, a día de hoy, solo tiene la nacionalidad inglesa. Vivía con tanto miedo que nunca lo inscribí en el registro español, ni siquiera cuando me separé de él. Jonathan ya era bastante mayor entonces. Pensé que, al llegar a la mayoría de edad, se encargaría de realizar los trámites, pero nunca lo hizo. Supongo que no lo consideró necesario porque, en ese momento, toda su vida estaba en Inglaterra.

—¿Y cómo lo superaste?

—¿Te refieres a cómo tomé la decisión de dejarlo?

—Sí.

—Jonathan me ayudó a pasar página. Me abrió los ojos. Era un chico muy maduro para su edad. Parecía que, en lugar de diecisiete, tenía treinta y siete años. A pesar de los problemas con su padre, era bastante feliz. Todo lo feliz que esa circunstancia te permite, claro. Era un estudiante brillante, tocaba y cantaba en un grupo, tenía muchos amigos... Entonces ocurrió la desgracia y eso lo destrozó.

Mi pulso se aceleró al oír aquello. Respiré hondo y cambié de posición en mi asiento.

Mi abuela seguía en la cocina y Jonathan y mi padre aún no habían vuelto del jardín. Tenía que aprovechar la ocasión. Necesitaba hacerlo.

—Victoria..., ¿qué le pasó a Jonathan?

Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—¿No te lo ha contado?

—No, pero sé que le pasó algo grave y necesito saber qué es.

Negó con la cabeza.

—No sé, Luna. Deberías preguntárselo a él. No habla de eso jamás, pero pensaba que tú lo

sabías.

—Por favor. —Le apreté la mano—. Necesito saberlo...

La vi dudar. Se mordió los labios y miró hacia el ventanal del salón. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Alguna vez te ha hablado de Liam?

—Sé que era su mejor amigo.

—Más que eso. Eran uña y carne. —Tomó aire antes de volver a hablar—. Liam murió hace diez años. Sufrió un percance terrible. Jonathan estaba presente cuando sucedió.

—Dios mío... —murmuré.

—Después de eso, cambió por completo. Se encerró en sí mismo y se desconectó del mundo. Pasó por una época muy dura hasta que decidió ingresar en la Marina.

Oímos voces a lo lejos. Eran ellos, volvían del jardín.

—No le digas que te lo he contado.

—No.

—Solo lo he hecho para que puedas comprenderlo mejor.

—Gracias.

La puerta de la terraza se abrió y Jonathan entró con un montón de troncos en los brazos. Se detuvo frente a nosotras y nos echó una mirada a cada una.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo en tono suspicaz con el ceño fruncido—. Menuda cara que lleváis las dos.

Victoria y yo sonreímos a la vez para intentar disimular.

—Estaba contándole a Luna el problema que tengo con las goteras del tejado.

—Por favor, mamá... Tienes que dar parte al seguro.

—Lo sé.

Jonathan se acercó a la chimenea, se agachó de cuclillas y soltó los troncos. Giró la cara desde allí para mirarme.

—¿Va todo bien? —me preguntó con expresión seria.

Yo asentí sonriente a pesar de que una parte de mí aún estaba aturdida.

—Sí. Todo perfecto.

Victoria se acercó a la chimenea para ayudar a mi padre a encender el fuego. La mitad de la madera estaba húmeda y no prendía con facilidad. Mientras lo intentaban, Jonathan se sentó a mi lado y me rodeó con el brazo.

—¿Recuerdas que aún me falta un regalo por darte? —me dijo al oído.

Se me erizó la piel de todo el cuerpo.

—Sí...

—Hazte una pequeña maleta. Nos vamos a pasar la noche fuera.

Lo miré, ilusionada.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa —dijo con una sonrisa misteriosa—. Dejaremos a mi madre en su hotel y nos iremos a otro sitio. Coge un bikini.

—¿Un bikini en diciembre? ¿Estás de broma?

—No. Hablo muy en serio. —Miró el reloj de su muñeca—. Nos iremos dentro de una hora.

Me levanté y me fui al dormitorio para organizarme. Saqué del armario una bolsa de fin de semana, un pijama —aunque era muy probable que no llegara a usarlo—, ropa para el día siguiente, mi bolsa de aseo...

Estaba un poco mareada. Había vivido unos días muy intensos a su lado, y las noches, llenas

de sueños inquietantes, no se quedaban atrás. Para colmo, mi última conversación con Victoria acababa de desconcertarme del todo. Jonathan estaba lleno de secretos; cargaba con traumas del pasado de los que era incapaz de hablar. Y yo, lejos de asustarme por ello, sentía cada vez más curiosidad. Quería ayudarlo, liberarlo de todos sus traumas, pero antes necesitaba llegar hasta el fondo del asunto para comprender la totalidad de su pasado.

Cerré la cremallera de la bolsa y me detuve en seco. Oí las voces que provenían del salón. Jonathan charlaba con mi padre y con Victoria completamente ajeno a todo lo que me inquietaba.

Entonces tuve la idea. Esa maldita idea que en cuestión de horas lo cambió todo.

Fui a la cocina a buscar a mi abuela, pero la estancia estaba vacía. Volví al pasillo, entré en su dormitorio y la encontré tumbada en su cama.

—Nona, ¿te encuentras bien? Pensaba que estabas en la cocina.

—Tranquila, solo estoy descansando. Debería haber dormido la siesta. A veces me olvido de que ya he cumplido los ochenta.

Me senté al borde de su cama con la mirada esquiva. No sabía cómo decirle lo que tenía en mente.

—¿Qué te ocurre, Luna?

Suspiré.

—Me voy con Jonathan a pasar la noche fuera.

—Estupendo. Es vuestra última noche juntos. Os merecéis un poco de intimidad.

—Sí.

Volví a suspirar. Ella me cogió de la mano.

—Cariño..., sea lo que sea, puedes contar conmigo.

—Lo sé. —Levanté la vista y la miré—. Sueño con una puerta, nona. La veo todas las noches que duermo a su lado. Es una puerta cerrada con candado, el mismo que lleva tatuado en su muñeca. He intentado abrirla, pero... no puedo. Está sellada.

—Quizá deberías dejarlo estar.

—¿Y si no quiero?

Me miró en silencio.

—No te entiendo —añadí—. Fuiste tú la que me sugirió que usara mi don.

—Te lo dije cuando aún era un desconocido.

—Quiero ayudarlo, nona, y creo que esta es la única forma de hacerlo.

Ella respiró con fuerza.

—Hasta lo que yo sé, todos los candados se abren con una llave.

—¿Y de dónde saco una llave en mitad de un sueño?

—En el mundo onírico solo funciona el simbolismo. Lo importante es la intención que le pongas.

—¿La intención?

—Sí. Él creó ese candado. Crea tú una llave a su medida y podrás abrir la puerta.

Una hora más tarde, dejamos a Victoria en su hotel y continuamos en dirección al norte de la isla.

Jonathan cogió el desvío hacia el Puerto de San Miguel. Tardamos veinte minutos en llegar al alojamiento que había reservado. Se trataba de un resort de cinco estrellas ubicado en lo alto de una cala impresionante.

—¿No había un hotel mejor en toda la isla? —dije cuando accedimos al lujoso *hall* de entrada.

—No. No lo había —contestó él con una sonrisa discreta.

—¿Y lo del bikini?

—Es por el *spa*. Podemos ir mañana por la mañana. Tenemos la habitación disponible hasta las dos.

—¿Y tu madre? No podemos dejarla sola.

—Ya he hablado con ella. Tu padre la llevará a dar una vuelta y, después, la acercaré al aeropuerto. Nuestros vuelos salen por la tarde con solo una hora de diferencia.

—¿Ha quedado con mi padre? —dije, arqueando las cejas—. ¿Y qué hay de tu miedo irracional a que él la seduzca con sus malas artes?

Soltó una carcajada.

—¿Qué quieres que te diga? Tendré que correr el riesgo.

Después de hacer el *check in*, cogimos el ascensor para subir al último piso. Jonathan había reservado una de las *suites* principales. Era muy espaciosa y estaba decorada con un gusto exquisito, en tonos neutros y con una iluminación muy cálida. Había una cama de dimensiones descomunales y, frente a ella, una enorme bañera ovalada. Al fondo, quedaba la terraza. Era de noche y no podía apreciar las vistas, pero imaginé que debían de ser impresionantes.

—¡Guau! —dije al entrar—. Esto es... No tengo palabras.

Jonathan cerró la puerta, se acercó a mí y me abrazó por la espalda.

—Eso es lo que quería escuchar.

Nos quedamos allí quietos durante un momento mientras él me abrazaba por detrás.

«Nuestra última noche juntos —pensé—. La última para abrir el candado y también para ser sincera con él». Aún tenía dudas. No sabía cómo hacer las cosas, en qué orden. ¿Cómo iba a sacar el tema?

—¿Quieres pedir algo de cena? —le pregunté.

—Luego... —dijo en mi oído con voz sugerente mientras me acariciaba el abdomen por debajo del jersey.

—¿Y darte un baño? ¿Te apetece?

—Mmm..., interesante idea.

Me giré para besarlo y él reaccionó con vehemencia. Me llevó hasta una pared cercana y empezó a quitarme la ropa deprisa, con urgencia, como si llevara horas pensando en ello.

—¿Y el baño? —pregunté entre jadeos mientras me besaba el cuello.

—Que le den al baño. No puedo esperar.

Sabíamos que el tiempo se agotaba; el maldito tiempo que siempre jugaba en nuestra contra. Los minutos se escurrían como gotas de agua entre las fisuras de una superficie agrietada. Todo lo que él era, lo que mostraba y lo que ocultaba, estaba a punto de marcharse otra vez. Yo soñaba con que se quedara a mi lado, con que no hubiese más trabas ni más distancia entre nosotros, pero sabía que una parte de él seguía encerrada en sí mismo. Y esa parte, profunda y anclada a su pasado, era el principal escollo que lo alejaba de mí.

«Heredaste un don muy valioso», me había dicho mi abuela una vez, y yo sentí que era el momento de usar ese don para ayudarlo.

Tenía que liberarlo esa misma noche, antes de que amaneciera, antes de que se despertara.

Tenía que bucear en lo más hondo de su mente para abrir ese maldito candado.

—Eh, tú..., *caraculo* —dijo Jonathan en español.

*Era de noche. Iba muy borracho y llevaba la misma ropa que el día que lo conocí.
Se acercó a dos hombres que charlaban en un parking.
—¿Qué coño has dicho? —preguntó uno de ellos.
—Ya me has oído, caraculo... —contestó él con agresividad—. La mierda que me has
vendido no es más que polvo de tiza.
—¿Estás vacilándome?
—¿A ti qué te parece? Caraculo...
—¿Qué tienes? ¿Siete años? —preguntó el otro tipo, encarándose con Jonathan.
—Treinta y dos, caraculo...
Los dos hombres se pusieron en guardia.
—Tío, tienes dos segundos para largarte. Estás molestando a la gente equivocada.
Jonathan no hizo caso.
—CA-RA-CU-LO —repitió despacio mientras le daba a aquel tipo un golpecito en el
hombro.
—Muy bien, tú lo has querido.
Le dio a Jonathan un puñetazo rápido en el estómago. Pude apreciar el dolor del impacto en
su cara. Se inclinó durante varios segundos antes de erguirse para devolver el golpe. Pero eran
dos contra uno y Jonathan no estaba en plenas facultades. Lo golpearon en la cara con fuerza,
lo tiraron al suelo de un rodillazo y le dieron varias patadas en el abdomen. Uno de ellos se
agachó para buscar en sus bolsillos. Sacó su cartera, su pasaporte, su móvil y una bolsa que
debía de contener algún tipo de droga. Le quitaron también el reloj y se marcharon.
Jonathan se quedó tirado en el suelo. Tardó mucho tiempo en volver a moverse.
Me di la vuelta, desesperada para buscar a alguien que pudiera ayudarlo a pesar de que
sabía que eso no iba a ocurrir. No había nadie, pero vi la puerta a unos metros de donde me
encontraba. Corrí hacia ella e intenté girar el pomo.
—Vamos, vamos... —grité—. Tienes que abrirla. ¡Ábrete!
Di manotazos contra ella, pero el candado la mantenía cerrada. Y entonces me desperté.*

Me incorporé en la cama con la respiración agitada. Tardé varios segundos en calmarme. Me
giré hacia él y lo miré. Dormía profundamente a mi izquierda. Eran más de las tres de la
mañana.

«Tú provocaste la pelea. ¡Fuiste tú! ¡¿Por qué?!».

Cerré los ojos con fuerza. Tenía que averiguarlo de una vez.

Me levanté y me acerqué al escritorio que había en la entrada de la habitación. Abrí los
cajones para buscar un bolígrafo. Por suerte, encontré uno junto a un bloc de notas del hotel.

—Perfecto...

Pulsé el capuchón para sacar la punta y lo acerqué a mi muñeca izquierda.

«Él creó ese candado. Crea tú una llave a su medida».

Dibujé sobre mi piel una llave pequeña, de un tamaño adecuado para abrir ese puñetero
candado. Al acabar, solté el bolígrafo y volví a la cama. Me tumbé a su lado, me tapé con el
edredón y cogí su mano derecha con mi mano izquierda para que mi dibujo quedara a la altura de
su tatuaje.

«Ya está hecho», pensé.

Respiré despacio, cerré los ojos y traté de relajarme para volver a dormirme.

Me costó más de una hora, pero, al final, lo conseguí.

Vi a un Jonathan de veintipocos años. Estaba dentro del cubículo de un baño público. Se arrodilló frente al váter, bajó la tapa y se preparó una raya de coca. Después, enrolló un billete y esnifó. Se levantó frotándose la nariz. Tenía las pupilas dilatadas y la mirada ausente, vacía, como si hubiese vendido su alma y ya no quedara nada de ella. Salió del aseo con decisión y caminó por un largo pasillo. Era un lugar extraño y... sórdido. Las paredes estaban pintadas de rojo oscuro y apenas había iluminación. Se detuvo frente a una puerta y se quedó quieto durante un instante, como si dudara. No tardó mucho en reaccionar. Se crujió los nudillos y abrió la manivela. El interior estaba en penumbra, pero vislumbé sombras. Parecían personas semidesnudas, apiñadas en parejas y grupos. Oí sonidos, eran jadeos. Jonathan entró y cerró tras de sí.

Yo me quedé fuera, paralizada. Mi mente hizo cábalas sobre lo que estaba ocurriendo en el interior de aquella habitación. Era bastante evidente, pero me costaba asimilar que él estuviera en un sitio así.

Sentí que me faltaba el aire. Era un lugar asfixiante.

Me di la vuelta y comencé a caminar en la otra dirección. Atravesé el pasillo entero. Al fondo, había una cortina negra bajo un cartel luminoso que indicaba EXIT. La abrí y salí al exterior.

De repente, estaba en la calle de una ciudad británica. Era de noche. Había un grupo de gente en la puerta de un pub. Deduje que eran skinheads por su atuendo y porque todos llevaban la cabeza rapada. Me giré y vi a Jonathan a mi derecha, a unos metros de aquel grupo. Supe que al atravesar la cortina había saltado de día porque él llevaba otra ropa diferente, aunque tenía la misma edad que en la escena anterior. Caminaba solo y le costaba mantener el equilibrio. Iba borracho y, probablemente, también colocado. Se acercó a la puerta del pub. Al pasar, empujó con el hombro a uno de los skinheads que estaban allí.

—¡Eh! —dijo aquel tipo—. Mira por dónde andas..., ¡capullo!

Jonathan se giró hacia él y lo miró de arriba abajo.

—¡¿Qué haces, Jonathan?! ¡Vete de aquí! —le grité. Nadie me oyó.

—Me suena tu cara —le dijo con voz pastosa al tipo de la cabeza rapada.

—¿De qué?

Jonathan se rio entre dientes antes de contestar.

—Vi tu foto en el móvil de tu novia... anoche... mientras me la follaba.

Todos los que estaban alrededor se giraron hacia él.

—Sujetadme a este gilipollas.

Cogieron a Jonathan entre varios para inmovilizarlo y el cabeza rapada empezó a golpearlo con fuerza. Le dio varios puñetazos en la cara y en el abdomen. Después, lo agarró del flequillo y le levantó la cabeza.

—¿A quién vas a follarte ahora, pedazo de mierda? —le preguntó.

Jonathan lo miró con el rostro ensangrentado y le lanzó un escupitajo.

—A tu madre... —murmuró.

Cerré los ojos, no quería ver cómo le pegaban de nuevo. A pesar de ello, pude oír el sonido de los golpes y los gemidos de Jonathan al recibirlos. Eran mucho más fuertes que los que había recibido en el parking de la discoteca de Ibiza. Estaban dándole una paliza brutal.

«Basta... basta, por favor».

Me di la vuelta con la intención de salir también de allí. Y entonces vi la puerta a mi derecha. Otra vez la puerta. Negra. Silenciosa. Cerrada y desafiante. La miré mientras contenía la respiración. Había algo en ella que me sobrecogía. Me acerqué con las piernas temblorosas y

el corazón palpitándome en el pecho a un ritmo desenfrenado.

«¿Qué puede haber peor que esto?», pensé.

Lo sabía muy bien. Todo lo que había visto y presenciado tenía que ver con la muerte de Liam; ese era el origen de todas las conductas autodestructivas de Jonathan. Imaginé lo que iba a encontrar al otro lado. La idea de verlo me aterraba, pero ya no podía echarme atrás. Había llegado demasiado lejos.

Levanté mi mano izquierda y la vi..., la llave. Estaba en el centro de mi palma. Una llave pequeña, negra, del tamaño perfecto. Busqué el candado, la introduje en la ranura y la giré despacio.

Clac.

Y el candado se abrió por fin. Lo retiré del cierre y aspiré con fuerza antes de girar el pomo de la puerta. Estaba muy nerviosa, no sabía con exactitud lo que iba a presenciar.

«Liam murió hace diez años. Sufrió un percance terrible...». ¿Pero qué tipo de percance?

Cuando abrí la puerta y di un paso hacia delante, lo primero que me sorprendió fue el silencio. Crucé el umbral y accedí a la azotea de un edificio. Era de noche, otra vez. Me temblaba todo el cuerpo, pero intenté mantener la calma.

La azotea estaba casi vacía. Al fondo, frente a la barandilla de hormigón, vi a dos personas sentadas en unas sillas de playa. Caminé hacia ellos. Eran Jonathan y Liam. Estaban solos y charlaban tranquilamente mientras se tomaban una cerveza. Nada de todo aquello sugería peligro alguno.

—Tienes que reconocerlo —dijo Jonathan—, a Sam le falta práctica. Hoy ha perdido el ritmo varias veces. Me he desconcentrado por su culpa.

—¿Quieres buscar a otro bajista? —preguntó Liam.

—No sé, tío. Me cae bien, pero... no creo que llegemos muy lejos con él.

Liam le dio un trago a su botella de cerveza.

—Yo se lo diré —anunció después—. Le diré que no está al nivel del resto. Conozco a un bajista en Guildford que toca mejor que él.

—De acuerdo... —contestó Jonathan—. Pero díselo dentro de un mes, cuando hayamos vuelto del viaje. No quiero malas caras hasta entonces.

Liam desvió la mirada y le dio otro trago a la botella.

—Jonathan, tengo que contarte algo. No voy a ir contigo al continente.

Jonathan se giró hacia él y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?! ¿De qué coño hablas? Llevamos semanas preparando ese viaje.

—Ya... Pero... —Liam suspiró—. Amber me ha pedido que me vaya a vivir con ella y yo le he dicho que sí. Tengo que mudarme a su piso antes de que acabe el mes. Además, es la boda de su hermana. Le prometí que la acompañaría.

Jonathan permaneció inmóvil mientras lo miraba con el ceño fruncido.

—Tendría que habértelo contado antes, pero he preferido esperar a acabar el concierto —añadió Liam.

—¡Solo llevas un mes saliendo con ella! —dijo Jonathan.

—¿Y qué? Me gusta mucho.

—¿Tanto como para dejarme tirado?

—Aún puedes irte de viaje. Creo que a Kate le gustaría acompañarte.

—¿Estás de coña? ¡Era nuestro viaje, Liam! ¡Nuestro puto viaje! ¡Tuyo y mío!

—Ya lo sé. Lo sé... Perdóname. Las cosas se han liado un poco. Tal vez de cara a la primavera...

Liam se encogió de hombros. Jonathan aún lo miraba con desconcierto.

—¿Para cuándo? —preguntó con voz seca—. ¿Cuándo te mudarás a su casa?

—En diez días.

—¿Y me lo dices con tan poco tiempo? ¡Joder, Liam! ¡Tengo que buscar otro compañero de piso!

—Yo te ayudaré, ¿vale? Conozco a gente que busca alojamiento.

Jonathan resopló con rabia y se llevó la cerveza a la boca.

—Y te ha invitado a la boda de su hermana... —murmuró un rato después en tono afilado.

—Sí. Es dentro de dos semanas.

—¿En Portsmouth?

—No. Lo celebran en Brighton, en un hotel cerca de la playa.

Se quedaron en silencio. Jonathan se acabó la cerveza y se encendió un cigarrillo.

—Lo siento... —dijo Liam—. No es solo por Amber. Voy muy pelado de pasta, ya lo sabes. No me viene bien irme de viaje ahora. Ni siquiera sé si podré hacerle un regalo a su hermana.

Jonathan le dio una calada al cigarrillo. Estaba serio. Parecía pensativo.

—Yo te daré la pasta, pero quiero algo a cambio.

—No voy a irme de viaje ahora, Jonathan, por mucha pasta que me des.

—Ya contaba con ello —contestó en tono sombrío—. Pero dices que te hace falta, ¿no?

Liam lo miró con curiosidad e interés.

—Sí.

—Entonces... juguemos —dijo antes de darle otra calada al cigarrillo.

—¿Qué estás tramando? ¿Otra de tus apuestas?

—Sí, pero esta es divertida. Quiero ver cómo te cagas de miedo —contestó con una leve sonrisa.

—Sorpréndeme, oh, suprema deidad de las apuestas perversas.

Jonathan se levantó de la silla y se acercó a la barandilla con el cigarrillo en la boca.

—¿Te acuerdas del tío de Black Records? ¿El que quería grabarnos una cover para colgarla en YouTube? Estuvimos hablando de grabarla aquí arriba, en la azotea. Podríamos tocar sobre la baranda —sugirió mientras pasaba la mano por el zócalo de baldosas que cubría el borde de la barandilla.

—¿Estás de broma? —dijo Liam.

—Es ancha. ¿Cuánto mide? ¿Dos palmos y medio? Sería un puntazo...

—¿Un puntazo? No me jodas.

—Venga, súbete y haz una prueba —dijo a través del humo de su cigarrillo—, como si llevaras una guitarra... para ver si se puede. Cantas una canción y...

—Me caigo al vacío.

Jonathan se asomó hacia la calle.

—Hay una cornisa en el piso de abajo. Si te caes, como mucho, te romperías una pierna.

Liam se levantó, se acercó a Jonathan y se asomó junto a él.

—Ni de coña. Son cuatro alturas. Olvídalo.

—Hay una cornisa —repitió Jonathan en tono condescendiente.

—Es muy pequeña. Súbete tú si tanto te apetece probar.

—Tú primero. Es mi condición.

—¡No pienso subirme ahí arriba!

—¿Y si te doy cien libras?

—No...

—¿Y doscientas? —Se miraron fijamente—. Doscientas libras y llevas a esa boda un regalo de puta madre. Piénsalo, Liam.

—¡No!

—Cobarde de mierda... —murmuró Jonathan.

—Sádico perverso —contestó Liam.

Jonathan le dio otra calada al cigarrillo con la mirada desenfocada.

—Trescientas cincuenta. Mi última oferta.

—¿Estás loco? ¿De dónde vas a sacar la pasta?

—He vendido la moto.

—¿Tu vieja Yamaha? ¿Por qué?

—¡Para pagar el puto viaje que ya no haremos! —dijo Jonathan con rabia—. ¡Decídete, Liam! ¿Te subes o no? ¡Trescientas cincuenta libras!

Liam se quedó pensativo.

—Yo también tengo una condición —dijo unos segundos después—. No vuelvas a reprocharme lo del viaje. Nunca.

—Acepto.

Jonathan dio la última calada, tiró el cigarrillo al suelo y se sentó en su silla con los brazos cruzados. Liam volvió a asomarse por la baranda.

Yo di un paso atrás, temiendo lo que iba a suceder.

—Liam..., no tengo toda la noche —insistió Jonathan.

—Cállate, joder. Son cuatro alturas.

—Y trescientas cincuenta libras.

—No sé, tío. Me he tomado tres cervezas.

—Como quieras, pero juro que te recordaré lo de este maldito viaje hasta el último día de tu existencia. Me debes una, Liam. Me debes una bien grande.

—No vas a perdonarme, ¿verdad?

—Cumple mis condiciones y yo cumpliré las tuyas —contestó Jonathan con frialdad.

Liam resopló mientras miraba hacia abajo. Después, se apoyó con las manos, tomó impulso y se sentó en el borde de la baranda, de espaldas a la calle.

—Primer paso completado —dijo Jonathan—. Ahora, ponte de pie.

«No lo hagas», pensé, angustiada.

Liam colocó un pie en el borde y se levantó muy despacio. Jonathan empezó a aplaudir cuando su amigo consiguió erguirse del todo.

—Me debes trescientas cincuenta libras, cabrón.

—No tan deprisa. Cántame una canción.

—¿Qué? Estás enfermo.

—Cántame una canción, Liam...

Y Liam comenzó a canturrear.

—I want to break free... I want to break free.

Jonathan le hizo palmas.

—I want to break free from your lies, you're so self satisfied I don't need you...

Liam gesticuló con los brazos, como si estuviese pasando una aspiradora, como en el videoclip de Queen.

—I've got to break free. God knows, God knows I want to break free...

Jonathan volvió a aplaudir mientras esbozaba una discreta sonrisa.

—¿Cagado de miedo? —le preguntó a Liam con cruel satisfacción.

—Hasta las cejas, pero tengo tu dinero y tu palabra, pedazo de cabrón.

Y entonces, sucedió. Pude verlo con sumo detalle, como si observara una escena a cámara lenta.

Liam dio un mal paso y apoyó el pie en una baldosa suelta. La pieza se deslizó hacia atrás, él perdió el equilibrio y se cayó de espaldas, hacia la calle.

Gritó. Gritó tan fuerte mientras caía que su voz hizo eco en todo el edificio. Se oyó un golpe seco y, segundos después, el sonido de un fuerte impacto sobre el asfalto. Y se hizo el silencio.

Jonathan se levantó de un salto. Miré su cara. Estaba completamente pálido. Se había quedado petrificado, con la boca abierta, los ojos desencajados y el cuerpo inmóvil, incapaz de reaccionar. Ni siquiera se asomó para ver lo que había ocurrido. Respiró varias veces de forma agitada, rápida, como si le faltara el aire. De pronto, se dio la vuelta y echó a correr hacia la puerta de la azotea. Lo seguí de cerca, corriendo detrás de él con todas mis fuerzas. Empezó a bajar las escaleras a toda velocidad, saltando los escalones de dos en dos, de tres en tres... Un piso, después otro. Se lanzó hacia abajo como una tromba de agua, se tropezó y se cayó al suelo, golpeándose con fuerza en las rodillas y deslizándose después por los escalones. Tardó menos de un segundo en volver a levantarse para seguir corriendo, hasta que llegó a la planta baja y se detuvo en seco. Miró, aterrorizado, hacia la puerta de la calle y dio varios pasos muy despacio con la cara descompuesta. Pude ver la angustia en su mirada. Pude sentir el pánico y el dolor atroz que experimentó cuando se acercó a la puerta y vio el cuerpo de Liam a través del cristal. Yo también giré la cara y vi su cabeza destrozada. Su sangre oscura teñía el suelo bajo la luz de una farola.

En ese instante oí un sonido chirriante y agudo, como si alguien estuviera afilando cuchillos a nuestro alrededor. Tuve que taparme los oídos con las manos porque no podía soportarlo. Sabía que aquello no era real, que solo estaba en la mente de Jonathan, pero yo podía sentirlo dentro de mí; un ruido tan estridente que lo ocupaba todo y lo destruía todo.

Jonathan también se llevó las manos a los oídos y los apretó con fuerza.

—¡Aaaaaah! —gritó lleno de angustia.

Se dio la vuelta y se tiró de rodillas al suelo para vomitar.

—Lo siento... Lo siento mucho —dije con lágrimas en los ojos mientras veía cómo se desmoronaba.

Y entonces lo comprendí todo.

Comprendí que, en ese momento, Jonathan se había roto para siempre.

50

JONATHAN

Me desperté al notar sus movimientos agitados.

—Lo siento... Lo siento mucho —dijo Luna con los ojos cerrados.

Imaginé que estaba teniendo una pesadilla. Respiraba de forma acelerada y movía la cabeza de un lado a otro.

—Luna, despierta. Es solo un sueño.

Abrió los ojos, aspiró con fuerza y se sentó en la cama con un movimiento brusco. Se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar. Yo me incorporé para abrazarla.

—Tranquila... —susurré—. Has tenido una pesadilla.

Pero ella no dejaba de llorar.

—Lo siento, Jonathan. Lo siento muchísimo.

—¿Qué es lo que sientes? Solo ha sido un sueño.

—Lo he visto todo. He visto lo que te ocurrió.

Encendí la luz de la mesilla y volví a abrazarla.

—Joder, Luna. Me estás asustando. Cálmate, por favor.

Le acaricié la espalda, pero ella no se calmaba.

—Tendría que habértelo contado hace tiempo, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Contarme qué? —pregunté.

—Que puedo verlo todo. Ver tu pasado... Soñar con él —dijo entre sollozos—. Sé que cometiste un error. Fue un error fatal, pero eso no te convierte en un monstruo.

Me separé de ella y la miré, desconcertado.

—Luna... —dije, confuso—, ¿de qué estás hablando?

Se retiró las manos de la cara y me miró.

—Jonathan, por favor, no te enfades conmigo.

—¿Por qué tendría que enfadarme?

—Tengo... tengo una especie de don. Uno que me permite soñar con escenas de la vida de otras personas. Me ocurre cuando duermo al lado de alguien.

Me quedé perplejo. Ella continuó despacio.

—Es algo que heredé de mi familia materna. Nunca me he sentido cómoda hablando de esto, sobre todo con personas como tú...

—¿Como yo? —repetí.

—Sí. Para ti no es fácil porque eres muy escéptico. Te cuesta creer en todo lo que no encaja en tu mundo racional.

—¿Me estás tomando el pelo?

Ella negó con la cabeza.

—Sé que tú provocaste la pelea en la discoteca.

—¿Qué?! —pregunté con el ceño fruncido.

—Y sé por qué te tatuaste ese candado. Fue tu forma de sellar el secreto para siempre.

—¿De qué hablas?! —solté de repente en tono brusco.

Me entró pánico. Aquello no podía estar pasando.

Entonces me miró y, por alguna razón, lo intuí. Ella lo sabía.

—Sé lo que ocurrió con Liam.

Me levanté de la cama y di un paso atrás.

—Tú no sabes nada —contesté, aterrorizado.

—Sí, Jonathan. Sé que era más que un amigo para ti. Y que fuiste tú. Lo convenciste para que se subiera a la barandilla, le ofreciste dinero... Él pisó una baldosa suelta y... se cayó.

Me llevé las manos a los oídos cuando escuché otra vez el chirrido agudo, ese ruido infernal en mi cabeza.

—¡Cállate, joder! ¡Cállate! —grité con los ojos cerrados.

Noté los latidos desbocados en mi garganta y un sabor metálico en la boca. Tardé varios segundos en abrir los ojos de nuevo. Luna me observaba desde la cama. Había dejado de llorar, pero su mirada estaba llena de angustia.

—Ya no tienes que cargar más con eso, puedes compartirlo conmigo...

La miré con furia.

—¿Quién te ha dado permiso para esto?! —volví a gritar—. ¿Sueles hacérselo a la gente?!

Me miró, confundida.

—No —contestó con voz dócil.

Me fijé en su muñeca izquierda. Se había dibujado una llave en el mismo lugar donde yo llevaba mi tatuaje.

—¿Y eso de ahí? —pregunté mientras señalaba su muñeca—. ¿Forma parte de tu ritual?

Ella se quedó callada.

—¿Es tu maldito pasatiempo?!

Arrugó la cara como si acabase de recibir un golpe en el estómago.

—Claro que no. Yo... no pretendía hacerte daño, solo quería ayudarte.

Se levantó de la cama para acercarse a mí. Yo di un paso atrás.

—No te acerques a mí. No sé quién eres —dije con dureza.

—Por favor, Jonathan... —murmuró—. No se lo contaré a nadie. Te lo prometo.

—¿Como si eso fuese suficiente! —volví a gritar—. ¡Me has engañado, joder! Me has ocultado esto durante meses.

—Lo sé. Tienes razón —dijo ella con la voz quebrada—. Intenté sacar el tema, pero no encontraba el momento adecuado.

—¿Y es este el momento adecuado, Luna?

—No. Nunca lo es —susurró con lágrimas en los ojos.

—Hubiera sido bastante adecuado el primer día que te acostaste conmigo. ¿No crees?

—Sí.

—Pero has decidido esperar tres meses. ¡Tres putos meses para averiguarlo todo de mí!

Me miró en silencio, sin atreverse a contestar. Las lágrimas desbordaron sus ojos y cayeron otra vez por sus mejillas. En otras circunstancias, me hubiera acercado a consolarla. Una parte de mí aún quería hacerlo, pero había otra parte muy grande y cabreada que solo deseaba escapar. Sentí que me faltaba el aire. Me asfixiaba. Si me quedaba un segundo más en aquella habitación, acabaría tirándome por el balcón de la terraza.

«¿Por qué no lo haces ya? Hazlo y acaba de una vez», dijo una voz dentro de mí.

—Tengo que salir de aquí —murmuré.

Busqué mi ropa en el suelo y me vestí con rapidez. Ella se puso una camiseta y me miró.

—¿A dónde vas? —preguntó con voz temblorosa.

—Donde sea, me da igual. A la calle, a la playa, a pasear por la carretera...

—Son las seis de la mañana.

—¡He dicho que me da igual!

Me abroché el pantalón a toda prisa, me calcé las deportivas y me puse una sudadera. Y

entonces oí ese maldito sonido otra vez. El mismo ruido chirriante y ensordecedor que escuché la noche en la que murió Liam. Me incliné de rodillas en el suelo, me tapé los oídos y apreté los párpados.

—No puedo soportarlo —dije con angustia.

Luna se acercó y se agachó a mi lado.

—Respira despacio y suelta todo el aire —me dijo—. Es un ataque de pánico.

Noté su mano en mi hombro. Sacudí el brazo con fuerza para apartarla de mí. Me levanté, cogí mi chaqueta y mi móvil. La vista se me nubló mientras caminaba hacia la puerta de la habitación, como si no me llegara suficiente oxígeno al cerebro.

«Sal de aquí ahora mismo o morirás asfixiado».

Tuve que sujetarme al marco de la puerta y respirar hondo para coger fuerzas. Apoyé la frente en la pared y apreté la manivela con la mano mientras luchaba para no caer al suelo.

Oí sus pasos detrás de mí.

—No te vayas, por favor.

No me giré. No podía mirarla. Ni siquiera estaba seguro de si podría salir de allí caminando. Pero hice un esfuerzo titánico, abrí la puerta y di el primer paso. Salí de la habitación, crucé el pasillo del hotel y me alejé de ella... De ella y de él. Del recuerdo de su cuerpo ensangrentado, del sonido del impacto, de la mano espectral que me apretaba la garganta, que me asfixiaba, de las voces que se repetían en mi cabeza...

«Camina. Corre sin mirar atrás. Vete lejos, muy lejos, y desaparece en algún lugar remoto. Llevas diez años huyendo de lo que pasó. Ahora aléjate también de ella, porque duele y no quieres que duela. Y porque ya no sabes hacer otra cosa. Nada más, salvo huir de ti mismo».

51

LUNA

Me quedé clavada en mitad de la habitación cuando Jonathan cerró la puerta y se fue. Tardé varios segundos en reaccionar. Aún estaba temblando por lo que acababa de suceder. Temí que no volviera, pero sabía que tenía que hacerlo. Su maleta y su pasaporte seguían en la habitación.

«Volverá —me dije a mí misma—. Volverá y hablaremos con calma. Necesita tiempo para estar solo».

No podía dormir a pesar de que era muy temprano. Me senté en el suelo de la ducha con las piernas abrazadas y me quedé allí durante más de media hora mientras el agua caliente caía desde lo alto y yo intentaba tranquilizarme. Al salir, me sequé el pelo, me vestí con la ropa del día anterior y me senté en el sofá de la habitación a esperar.

Vi el amanecer desde el ventanal que daba a la terraza. Las vistas eran espectaculares, pero yo no dejaba de pensar en Jonathan. Me aterraba la idea de haberlo perdido para siempre. Necesitaba hablar con él, explicarle por qué había actuado de esa manera y pedirle perdón otra vez. Pero... ¿y si ya no quería escucharme? Esa posibilidad me llenaba de angustia. Aun así, traté de ser positiva. «Él me quiere. Nunca me lo ha dicho, pero sé que me quiere».

A las ocho empecé a inquietarme. Habían pasado dos horas y aún no había regresado. Bajé a recepción para preguntar si alguien lo había visto pasar. Hablé con el encargado justo antes de que acabara su turno.

—Es un chico alto, de treinta y pocos años, con el pelo corto y castaño claro.

—Sé quién es —me dijo—. Lo he visto pasar hace un rato. Ha salido por la puerta principal, pero no me ha dicho a dónde iba.

—¿Sabe si ha cogido el coche?

—No he oído ningún motor.

Regresé a la habitación, me preparé un té con la tetera eléctrica que había sobre la barra del pequeño bar. Revisé mi móvil varias veces. Prefería no llamarlo para darle tiempo y espacio. Él, obviamente, tampoco me había llamado a mí. A las ocho y media me tumbé en la cama. Estaba muy cansada. Cerré los ojos y, aunque no conseguí dormirme del todo, caí en un estado de duermevela. Pasó otra hora hasta que la puerta se abrió de nuevo y Jonathan entró en la habitación.

Me levanté de la cama con el corazón desbocado. Lo busqué con la mirada, pero él no me la devolvió. Caminó en línea recta hacia su maleta, como si yo no estuviese presente.

—Vengo a por mis cosas —dijo en voz baja, sin girarse hacia mí.

Se había calmado, pero me fijé en que sus ojos estaban enrojecidos. Olía mucho a tabaco. Al menos, no olía a alcohol.

—¿Dónde has estado? —pregunté con cautela.

—Por ahí —contestó en tono seco.

Comenzó a revisar su equipaje para comprobar que todo estaba en su sitio. Yo me acerqué por detrás.

—Jonathan, necesito hablar contigo.

—Ahora no. No estoy de humor.

—¿Y qué vas a hacer?

—He hablado con mi madre —dijo sin girarse—. La recogeré en una hora y nos iremos al aeropuerto.

—Pero tu avión no sale hasta las seis de la tarde.
—¿Y qué quieres que haga? —comentó con sarcasmo—. ¿Me voy de turismo por Ibiza?
Cerró con fuerza la cremallera de su maleta.
—Por favor, déjame que te explique las cosas...
—No me apetece escucharte.
—¿Por qué?
Se giró y me miró con rabia.
—¡Porque lo has roto todo! La confianza, mi derecho a la intimidad...
—Sé que he metido la pata —dije con un nudo en la garganta—, pero es algo que no puedo evitar. Tenía miedo de contártelo. ¡¿Por qué no puedes entenderlo?!
—¿Es cierto? ¿No has podido evitarlo? ¿Y por qué te has dibujado una llave en la muñeca?
Me mordí los labios.
—No me mientas, Luna —dijo con los ojos llenos de resentimiento—. ¿Cuántos sueños de esos has tenido?
Me quedé pensativa. Temía empeorar las cosas.
—¡Contesta! —gritó con voz potente.
—No estoy segura. Siete, ocho...
—¿Desde cuándo? ¿Qué día empezó todo?
Bajé la mirada, avergonzada.
—La segunda noche que pasaste en mi casa.
Él hizo una pausa antes de contestar.
—Esa noche no dormimos juntos.
—Lo sé, pero cogí tu placa. A veces también puedo acceder a través de objetos personales.
—¡¿Qué?!
Lo miré de nuevo y vi su silueta desenfocada. Las lágrimas me empañaban la vista.
—Lo siento. Me arrepentí muchísimo, te lo prometo. Fue una estupidez. No volví a hacerlo más.
—Hasta que te quedaste dormida a mi lado...
—La segunda vez ocurrió de forma involuntaria. No lo busqué.
—¿También ha sido involuntario lo de hoy? —preguntó de forma mordaz.
Negué despacio.
—Solo una parte del sueño.
—¿Qué buscabas, Luna? ¿Qué pretendías con todo esto?
—Conocerte... Porque has levantado un muro enorme a tu alrededor y no permites que nadie acceda a lo que hay dentro de ti.
—Lo que hay dentro de mí es solo asunto mío. Si no te gusta que construya muros, no sé por qué narices estabas conmigo.
Di un paso hacia él.
—Estoy contigo porque te quiero.
—¡No me vengas con eso! ¿Me quieres? ¡¿Me quieres y me ocultas algo tan importante?!
—¡Tenía miedo! ¿Hubieras seguido conmigo de haberlo sabido desde el principio? Es evidente que no. Habrías huido de mí.
—Eso no lo justifica. Eres una maldita cobarde —dijo con desprecio.
—¡Como tú, Jonathan! ¡¿O es que tú no lo eres?! Llevas diez años ocultando lo que pasó.
¡No me exijas algo que eres incapaz de hacer!
Me lanzó una mirada llena de repulsa y dolor.

—Lo siento... —murmuré—. No quería decir eso.

Vi la rabia en la profundidad de sus ojos. Acababa de golpearlo en su punto más débil. En ese momento, lo supe. Ya no iba a perdonarme.

Sacó su cartera del bolsillo y buscó dinero en su interior.

—¿Qué haces? —pregunté.

Se acercó al escritorio y arrojó un billete de cincuenta euros sobre la mesa.

—No sabía si acercarte a tu casa, pero es mejor que te pidas un taxi —dijo de espaldas a mí.

—¡No me dejes dinero en la mesa como si fuera una fulana!

—Ya no tienes derecho a pedirme nada.

Agarró el asa de su maleta y comenzó a caminar hacia la puerta con decisión.

Yo corrí detrás de él para detenerlo. Me interpuse en su camino y lo sujeté de los brazos.

—Espera, Jonathan... Perdóname. —Apoyé la frente sobre su pecho mientras lo sujetaba con fuerza—. No te vayas así. Te quiero... Sé que estás muy enfadado, pero estoy segura de que tú también me quieres a mí. —Levanté el rostro hacia él sin poder contener las lágrimas—. Me quieres. Venga, dímelo. Dime que es verdad...

—¿Quieres que te diga la verdad? —dijo él con la voz quebrada a pesar de que luchaba por mantenerse impasible.

Asentí despacio sin poder hablar. Cerró los ojos un momento y habló en voz baja.

—Pensaba que nunca iba a enamorarme. Y juntos... hemos rozado la perfección. Pero no estoy preparado para querer a nadie, y después de lo que ha pasado, mucho menos para quererte a ti.

—Eso no es cierto.

—Se ha terminado, Luna.

—No... —susurré.

—Se ha terminado. Suéltame los brazos.

Negué con la cabeza de forma compulsiva.

—¡Suéltame! —dijo con dureza.

Aflojé las manos y él se apartó de mí con un movimiento brusco.

Cerré los ojos y me senté en el suelo mientras oía cómo se alejaba. Después, la manivela y la puerta al cerrarse de un golpe seco. Entonces recordé la advertencia de mi abuela.

«Te hará daño (...). Del que más duele. El tipo de dolor que te parte el alma en dos».

Y era cierto, porque un dolor inmenso me atravesó de lado a lado como un rayo quebrando todo a su paso.

Pero no lo había provocado él. Había sido yo.

TERCERA PARTE
Caos

52

JONATHAN

Yo maté a mi mejor amigo.

No fue algo premeditado, ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera ocurrir algo así cuando le insistí para que se subiera a la barandilla. Solo quería fastidiarlo un poco, ponerlo a prueba, sacarlo de su zona de confort... No me di cuenta de que esa baldosa estaba suelta. Pensé que, en el peor de los casos, la cornisa pararía el golpe. Aun así, no hay excusas. Yo lo convencí para subir. Fue culpa mía, producto de mi inmensa estupidez, de mi inconsciencia, de mi inmadurez. Y esa culpa, densa y oscura como una mancha de petróleo, se extendió por toda mi alma desde el mismo instante en el que vi a Liam destrozado en el suelo.

Acabábamos de iniciar un nuevo curso. Nos habíamos graduado tres meses antes en la Universidad de Kent. Yo, en Ingeniería electrónica, y Liam, en Matemáticas. Las cosas me iban muy bien por primera vez en mucho tiempo. Mi madre al fin había obtenido el divorcio, tenía trabajo y estaba rehaciendo su vida.

Yo acababa de recibir una beca para estudiar un postgrado en la Universidad de Surrey, lo que me permitía estar cerca de ella. Liam se había venido a vivir conmigo al apartamento que tenía alquilado en un edificio del campus, en Guildford. Teníamos pensado viajar aquel otoño. Llevábamos mucho tiempo planeándolo. Íbamos a recorrer Europa durante dos semanas, pero entonces Liam se enamoró de una compañera de trabajo. Mentiría si dijera que lo encajé bien, porque todos nuestros planes cambiaron de la noche a la mañana y yo, como un crío egoísta, tuve miedo de que se alejara de mí.

«¿Y si se rompe una pierna? No podrá largarse con ella», pensé con la mente nublada por el alcohol. Era obvio que no quería algo así. Tan solo pretendía vacilarle un poco. «Que se suba a la barandilla, a ver si tiene huevos». Se rompió mucho más que una pierna. Se reventó el cráneo delante de mis narices.

Cincuenta y dos horas después de aquella caída sin retorno, enterraron su cuerpo en el cementerio de Guildford. A partir de ese día, el que había sido más que un amigo para mí, más que mi hermano y más que mi sombra, ocupó su lugar eterno bajo una lápida de mármol.

Nunca he sabido en qué momento exacto decidí no contarle a nadie lo que había ocurrido. Es lógico pensar que fue fruto del miedo y la cobardía. Todos dieron por hecho que Liam había bebido demasiado aquella noche y que el suceso se debía a un desgraciado accidente causado por su propia imprudencia. Hubo una escueta investigación policial. Me hicieron preguntas y yo les di una versión edulcorada de los hechos. Una en la que mentí sobre mi participación.

—Habíamos bebido mucho. Liam se subió a la barandilla y empezó a saltar. Le dije que llevara cuidado, que bajara de ahí, pero él no me hizo caso. Pisó la baldosa y se cayó.

Nadie dudó de mí.

Con el paso de los días, empecé a valorar la idea de confesarlo todo. Apenas comía y era incapaz de dormir más de dos horas seguidas. Entonces pensaba en mi madre y en que la verdad la destrozaría. Ella, que se había esforzado tanto para llegar al punto en el que se encontraba, ¿cómo iba a reaccionar al saber que tenía un hijo miserable? Y yo... ¿de dónde sacaría las fuerzas para mirar a los padres de Liam a la cara? Porque eran dos personas completamente rotas. ¿Qué derecho tenía yo a remover su dolor? ¿Acaso iba a devolverles a su hijo de esa forma?

No había vuelta atrás porque, hiciera lo que hiciese, Liam ya estaba muerto.

Decidí que el silencio era mejor que la verdad a pesar de que esa verdad me estaba asfixiando por dentro. Guardaría el secreto para siempre, porque, si yo no lo contaba, sería como si nunca hubiera sucedido. Si lo enterraba en lo más profundo de mi ser, la verdad moriría conmigo. Me juré a mí mismo que nunca le contaría a nadie lo que había pasado y me tatué un maldito candado para recordármelo cada minuto de mi existencia.

«Estás jodido, amigo, pero vas a mantener la puta boca cerrada hasta el día en que te mueras».

Un mes más tarde, comenzó mi bajada a los infiernos.

Intenté retomar las clases para mantener la beca, pero la situación se volvió insostenible. Me retrasaba todos los días porque no podía pegar ojo, no lograba concentrarme y no entregaba mis trabajos a tiempo. Mis compañeros empezaron a evitarme. Pasé de ser un estudiante de matrícula a convertirme en el apestado que nadie quería en sus grupos de trabajo. Pronto dejé de ir a clase. Mis calificaciones se desplomaron y, a finales de año, me retiraron la beca. Tuve que aceptar un empleo en una gasolinera para pagar el alquiler del pequeño apartamento al que me había mudado tras la muerte de Liam.

Cuando parecía que la cosa no podía empeorar, bajé otro escalón e inicié una espiral de autodestrucción.

Empecé a tomar pastillas para dormir. A los somníferos le siguieron anfetaminas para mantenerme despierto en el trabajo. No contento con ello, me lancé a probar otro tipo de drogas. Consumí cocaína, *crack*, éxtasis y LSD. Estuve a punto de inyectarme heroína una noche, aunque tuve la suficiente lucidez de echarme atrás en el último momento. Me di cuenta de que, si iniciaba ese camino, corría un alto riesgo de morir de sobredosis porque había empezado a fantasear con el suicidio, pero una parte de mí quería ahorrarle a mi madre el *shock* de encontrar mi cadáver con una jeringuilla clavada en el brazo.

No tardaron en despedirme de la gasolinera. Y aunque parecía que ya había tocado fondo, bajé otro escalón. Uno muy profundo.

Decidí que había cosas peores que la muerte. ¿Por qué matarme si podía sufrir una larga enfermedad? Empecé a practicar sexo de riesgo porque, en algún momento de aquel infierno, pensé que pillar sida o hepatitis era una idea fantástica. Me informé por internet y comencé a visitar clubes en Londres donde mantener encuentros sin protección en cuartos oscuros con el único objetivo de contagiarme de cualquier enfermedad. Practiqué sexo muy sucio con gente a la que ni siquiera podía verle la cara y, en mi afán por caer lo más bajo posible, opté por cederle el control de mi cuerpo a varios desconocidos. Yo, que jamás había cedido ni un ápice de control sobre mi vida y que, durante años, había disfrutado sin trabas de mi condición de hombre heterosexual, viví en carne propia la humillación y el dolor físico que se siente al ser sometido en contra de tu voluntad. Ya no quedaba nada del estudiante brillante, del prometedor líder de un grupo de *rock*, del amigo leal, del hijo responsable..., porque apenas quedaba nada de mí. Me sentí morir, pero, por suerte y de milagro, lo único que cogí después de aquellos encuentros fue una infección leve de clamidia.

Por si aún no fuera suficiente, cuando se cumplió un año de la muerte de Liam, bajé el último de los escalones y toqué el fondo de aquel abismo.

Ocurrió durante la madrugada del 16 de septiembre. Me pasé toda la noche vagando solo por los *pubs* de Guildford, buscando pelea con desconocidos. Y como siempre me he tomado mis propósitos tan en serio, no cejé en mi empeño hasta que me crucé con un grupo de *skinheads*. Al día siguiente, amanecí en la cama de un hospital con tres costillas rotas, un ojo reventado, el labio inferior partido y los efectos agónicos de un colocón brutal. Poco me pasó para lo que yo

buscaba.

Mi madre estaba a mi lado cuando conseguí abrir los ojos —solo un ojo, en realidad—. Me miró con la cara desencajada y dijo lo único que podía hacerme salir de ese infierno.

—Jonathan... ¡Basta ya! Tú me pediste algo hace años y yo lo cumplí. Ahora soy yo la que te lo pide a ti. Si alguna vez me has querido, deja de hacer lo que te estás haciendo.

Desvié la mirada hacia el techo. No podía más. No quería seguir viviendo, pero tampoco soportaba la idea de hacerle daño a ella. Así de compleja y extraña es la naturaleza humana, porque nunca, ni siquiera en el momento más sórdido de aquellos doce meses de infierno, había dejado de querer protegerla.

—Odio esta ciudad —murmuré con la voz rota y los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces vete de aquí.

Unos días después, mientras me recuperaba de las heridas en el hospital, vi un documental sobre la armada y tuve la idea de alistarme en la Marina. Quería largarme de Guildford para siempre. Ya no tenía amigos, había perdido el contacto con todos ellos, y mi grupo de música se había disuelto tras la muerte de Liam. No tenía motivos para seguir allí y yo necesitaba huir de mí mismo, de la escoria humana en la que me había convertido.

Me informé sobre cómo aprovechar mis estudios de ingeniería para optar a puestos interesantes en la Marina. Podía hacer carrera, subir escalafones y viajar tan lejos que mi pasado quedaría reducido a polvo.

Con la ayuda de mi madre, busqué terapia en un centro de desintoxicación y dejé todas las drogas, incluso las pastillas para dormir y las anfetaminas, las únicas sustancias a las que estaba realmente enganchado. Doce semanas más tarde, cuando me dieron el alta, me rapé la cabeza y me alisté en la academia naval. Así fue como me metí de lleno en la siguiente etapa de mi vida: la huida.

—¡Póngase firme y dé un paso al frente! —gritó mi instructor a modo de bienvenida—. No me joda, Hartford, y yo no lo joderé a usted.

Resultó que el ejército se me daba bastante bien porque todos mis sentidos estaban aletargados. Me daba igual correr cuatro kilómetros o cuarenta. Me importaba una mierda dormir en un catre más duro que el asfalto, porque allí ya no pensaba en Liam a todas horas. Por primera vez en más de un año había dejado de soñar con la losa de mármol que cubría su féretro.

Me marqué objetivos y trabajé duro para mantenerme ocupado. También cambié de actitud en otros aspectos. Volví a salir con mujeres de vez en cuando y a mantener sexo por placer y no para destruirme. Conocí a mucha gente durante aquellos años, aunque me marqué el firme propósito de no involucrarme con nadie a nivel afectivo. No quería amigos íntimos a los que volver a fallar, aunque me gustaba el compañerismo que se respiraba en la Marina.

Con el paso del tiempo, empecé a viajar y a pasar la mayor parte del año embarcado. Como apenas tenía vida privada, me centré en el trabajo y ascendí muy rápido. Primero, en la fragata Lancaster, después, en la Iron Duke. Decidí cambiar de destino cada año y medio, siempre que las circunstancias lo permitieran. De ese modo, nunca echaba raíces en ningún lugar y tampoco establecía relaciones duraderas con nadie. Pasé por varias bases navales: Devonport, Clyde, Portsmouth..., Gibraltar. En definitiva, conseguí sentirme de nuevo como una persona normal, excepto cada 16 de septiembre. Porque, por mucho tiempo que pasara y por mucho que me alejara, cuando llegaba ese maldito día, volvía a perder el control.

Habían transcurrido diez años y aún me inquietaba la fecha. La losa de mármol. El sonido de su cuerpo al caer. A principios de septiembre tomé la decisión de irme lejos de Gibraltar ese día. Sabía que, si me quedaba en La Roca, acabaría liándola en algún *pub*. Me enteré de que Miller y

Stone iban a marcharse de viaje ese fin de semana y me ofrecí a acompañarlos. Tenía que irme muy lejos a pesar de que esa escapada fugaz a Ibiza me parecía una imprudencia. Porque una parte de mí quería volver a destruirse un poco, solo un poco... Pero cuando llegó la hora, se me fue de las manos, perdí el control y el monstruo que me había llevado al abismo durante más de un año regresó a la vida.

«Bebe hasta reventar. Métete un tiro de coca. Busca a alguien que te parta la cara y déjate golpear. No eres nadie, Jonathan. No mereces ser feliz. Tú mataste a Liam. Y aunque pasen miles de años, yo me encargaré de recordártelo».

Es cierto. Yo lo maté. Y esa certeza me acompañará toda la vida como una herida sangrante.

A pesar de ello, cuando esos tipos se marcharon después de golpearme y desvalijarme, me levanté del suelo y me arrastré con esfuerzo hasta una carretera cercana, porque otra parte de mí aún luchaba por levantar la cabeza por encima del fango.

Estuve varias horas allí tirado, sin saber a dónde ir, sin fuerzas para caminar. Y entonces, cuando empezaba a pensar que había vuelto a enfilar el descenso a los infiernos..., ella detuvo su coche al borde de la carretera.

53

LUNA

Observé la mancha del techo una vez más. A veces la miraba durante horas y perdía la perspectiva de la realidad. No sabía si era ella la que me observaba a mí desde lo alto.

«Pobre criatura —debía pensar al mirarme—. Ahí tumbada, sin cambiarse de ropa, sin hablar con nadie... Apenas come. Se está quedando en los huesos».

—¡Que te den, mancha del techo!

Me giré de lado para ignorarla, cerré los ojos e intenté dormirme. Porque dormir era la única actividad humana que me desconectaba del dolor.

Habían pasado casi tres semanas desde que Jonathan me dejó sola en la habitación del hotel. No sabía nada de él. Me pasé las primeras cuarenta y ocho horas siguientes metida en la cama. A veces, lloraba. La mayor parte del tiempo, dormía. Al tercer día, mi padre y mi abuela me sacaron a rastras de la habitación, me sentaron en la mesa de la cocina frente a un plato de espaguetis y me obligaron a comer.

—Luna, esto no es sano —dijo mi padre.

—¡Claro que no es sano! —se quejó mi abuela—. Si sigue así, va a morir de inanición.

—Me refiero a su salud mental —aclaró mi padre—. Tu felicidad no puede depender de las decisiones de otra persona. Tienes que trabajar el desapego emocional...

Me tapé los oídos con las manos mientras mi padre teorizaba sobre mi vida sentimental.

—Dejadme... dejadme en paz, por favor. Yo solo quiero dormir un rato.

En cuanto me acabé el plato, volví a mi habitación.

Al día siguiente, Lucas y Marina vinieron para probar mejor suerte. Se sentaron a mi lado en la cama con una bolsa de palomitas.

—Moveos un poco, que no me dejáis sitio —dijo Lucas, dándome un codazo.

—Es que no cabemos —protesté.

—Ya lo sé, cariño, pero tú no quieres salir de la cama y nosotros hemos venido a estar contigo —añadió Marina.

—No tengo ganas de hablar.

—Entonces no hables. Ya te contamos nosotros.

Intentaron animarme durante más de una hora. Al menos, me distraje un poco. Ninguno de los dos mencionó a Jonathan, detalle que agradecí en silencio. Después de aquella tarde, empecé a salir de mi dormitorio y a comer con cierta regularidad. Pasé la Nochevieja en casa. Mi padre había invitado a unos amigos a cenar con nosotros y no quise ser descortés, pero me fui a la cama a las once alegando un fuerte dolor de cabeza que nadie cuestionó. Cuando sonaron las campanadas, ya estaba dormida.

A principios de enero, mi padre regresó a California. Esa misma semana retomé las clases de yoga. Me volqué en mi trabajo, era otra de las pocas actividades que me ayudaban a desconectar, aunque la mayor parte del tiempo seguía metida en la cama, observando esa maldita mancha del techo.

Pasaba muchas horas pensando en Jonathan. Le daba vueltas una y otra vez a lo que había ocurrido y me culpaba por ser tan estúpida, por no haber sabido hacerlo mejor, por creer que nuestra relación duraría más, por pensar, incluso, que habría futuro para nosotros. Y no dejaba de preguntarme cómo estaría él. ¿Pensaría en mí? ¿Me odiaría?

Oí varios golpecitos en la puerta de mi cuarto. Mi abuela abrió y asomó la cabeza.

—He preparado burritos con frijoles y aguacate —anunció con esperanza.

Se esforzaba mucho por agradarme. La comida mexicana era una de mis favoritas.

—Gracias, nona. Enseguida voy —dije, frotándome los ojos.

—Mañana vienen dos italianos. Se quedarán un par de noches.

—Sí. Lo recuerdo. Ahora prepararé la habitación del fondo.

Me senté en la cama mientras me observaba.

—¿Qué pasa? —pregunté sin moverme.

Se había quedado de pie, junto a la puerta.

—Luna..., ojalá hubiese salido bien entre vosotros. Quise advertirte, pero nunca deseé que acabara de esta manera.

Sentí un pinchazo agudo en el pecho.

—Lo sé.

Dio varios pasos y se sentó a mi lado.

—Nunca te lo he contado...

—¿Contarme qué?

—Que yo también pasé por algo parecido. Fue hace mucho tiempo. Me enamoré de alguien, pero no pudo ser.

—Lo siento.

Hizo un gesto con la mano, como quitándole hierro al asunto.

—No te preocupes. De eso hace ya una eternidad.

—¿Y cómo lo superaste?

—Me centré en otros tipos de cariño; el de mis amigos, el de tu madre. Ella también me ayudó bastante. Nació dos años después de aquello y me puso la vida patas arriba. Pero, sobre todo, me di cuenta de que la mayor historia de amor de mi vida la tenía que vivir conmigo misma.

Sonreí conmovida y la abracé.

—Gracias, nona. Gracias por estar aquí.

—Siento no poder hacer más.

—Haces mucho más de lo que crees.

Nos separamos de nuevo.

—¿Cómo estás hoy? —me preguntó.

—Como todos los días. Le doy demasiadas vueltas al tema. No pude decirle todo lo que quería. Es una de las cosas que más me pesan.

—¿Por qué no le escribes una carta o un correo electrónico? —me sugirió—. Yo lo hice. Nunca se la envié, pero me sirvió para desahogarme.

Me quedé pensativa.

—Tal vez lo haga.

Esa misma noche, me senté frente al ordenador que él me había regalado, entré en mi cuenta de correo y abrí un documento en blanco. Miré la pantalla durante más de diez minutos. Tenía muchas cosas que decirle, pero no sabía por dónde empezar. Jonathan era orgulloso y yo le había herido en lo más profundo. Lo había llamado cobarde. Le había ocultado mi verdad. No guardaba demasiadas esperanzas en ese correo, pero necesitaba despedirme de él.

Cerré los ojos y pensé en mi propia historia. También era la de mi abuela y la de tantas

mujeres de mi familia; una larga historia que se extendía en el tiempo a través de los siglos y que me unía a mis antepasadas como en la red de una telaraña. Abrí los ojos, llevé los dedos al teclado y comencé a escribir.

54
JONATHAN

Alguien golpeó la puerta de mi casa con insistencia. No me di cuenta hasta pasados unos minutos cuando empecé a oír también los gritos al otro lado.

—¿Qué pasa? —pregunté al abrir.

Era Miller. Vivíamos en apartamentos contiguos en un edificio que la Marina alquilaba a oficiales sin familia. Me miró desde el pasillo con cara de cabreo máximo.

—¡Baja la música!

Tenía dos altavoces conectados por *bluetooth* a la lista de reproducción de mi móvil. Había subido el volumen muy por encima de lo que cualquier ser humano con una capacidad auditiva estándar podría tolerar. Saqué el móvil del bolsillo y pulsé el botón de pausa.

—¿Pero qué mierda estás oyendo? —preguntó Miller cuando paré la música.

—Es *hardcore punk*. Napalm Death.

—Pues parece que me estén taladrando la pared. ¿No puedes ponerte auriculares?

—No a ese volumen. Me reventaría los tímpanos.

Me miró con el ceño fruncido.

—Lo siento —dije en tono seco—. Lo tendré en cuenta. No volveré a molestarte.

Me disponía a cerrar la puerta cuando él la detuvo con la mano.

—Espera..., ¿puedo pasar? —preguntó de un modo más amigable.

Consulté el reloj de mi muñeca como si tuviera una cita ineludible. En realidad, no tenía más plan que el de machacarme los oídos mientras me fumaba la provisión de tabaco de toda Gibraltar. Era domingo y aún tenía toda la tarde por delante.

—Si no te entretienes mucho... —dije sin ganas.

Miller entró y fue directo a mi nevera haciendo gala de una confianza inesperada. La abrió, examinó el interior y sacó dos latas de cerveza.

—Como en tu casa. No te cortes —comenté yo con todo el sarcasmo que pude manifestar.

Se acercó a mí y me pasó una de las latas. Después, echó un vistazo general a mi apartamento.

—Juraría que esta casa es más pequeña que la mía, y eso que la mía es un puto cuchitril.

No se equivocaba, pero no por cutre, sino por pequeña. Vivía en un estudio diminuto de espacio único —a excepción del cuarto de baño—, equipado con una cocina básica, una barra para comer, dos taburetes, una sala de estar amueblada con todos los básicos de Ikea presentes en el imaginario colectivo y un sofá cama que, pese a sus limitaciones, era bastante cómodo. Al menos tenía terraza con vistas a la bahía de Algeciras.

—¿Qué quieres, Miller? —pregunté con apatía.

Se dejó caer en el sofá y apoyó los pies sobre la mesa de delante.

—Socializar un poco, ¿a ti qué te parece? Stone se ha largado a Tarifa con su novia.

Me senté en el otro extremo del sofá, dejé la lata sobre la mesa y me encendí un cigarrillo.

—No tengo mucho tiempo para socializar hoy.

—¡No me jodas, Hartford! Sé que te pasas el día aquí metido. El fin de semana pasado no saliste ni para sacar la basura.

—¿Acaso me controlas?

—Tío, intento que seamos amigos, pero me lo pones muy difícil.

Lo miré a través del humo de mi cigarrillo.

—En serio... ¿por qué te pasas el día aquí dentro? —preguntó.

—No me paso «todo» el día aquí. He ido al gimnasio por la mañana.

—Me han dicho que te has apuntado al club de boxeo —comentó con ganas de entablar conversación.

—Sí.

—¿Entrenas mucho?

—Siete días a la semana.

—¿Siete?! —exclamó antes de llevarse la lata a la boca y darle un sorbo—. ¿Estás preparándote para el campeonato del mundo?

—Me gusta entrenar. Me despeja.

—¿Y combates?

—Acabo de empezar, pero esa es la idea. Aunque luego, cuando embarque... —Le di otra calada al cigarrillo.

—¿Qué?

—Tendré que dejarlo de forma temporal. No puedo apuntarme a ninguna competición. Al menos, me mantiene ocupado mientras estoy en tierra.

—Te entiendo. Yo juego al *rugby* y me pasa lo mismo. He intentado meterme de reserva en algún equipo, pero necesitan gente que esté todo el año. Es una putada...

—Sí que lo es.

Nos quedamos callados un rato. Él bebía y yo fumaba.

—Por cierto, ¿sales con alguien ahora? —me preguntó.

Lo miré de soslayo.

—¿Vas a pedirme una cita?

—Ya te gustaría, cabrón. Lo digo por Lory, la chica de la cafetería de abajo.

—No sé quién es.

—Joder, Hartford. ¡La rubia de las tetas grandes!

—¿La que sirve el desayuno?

—Sí. La misma.

—¿Y qué pasa con ella?

—Que le gustas. Se le empapan las bragas a lo bestia cada vez que entras por la puerta del bar.

Me reí entre dientes.

—Tío..., ¿por qué eres tan cerdo?

—¿Y a ti dónde te criaron? ¿En el palacio de Buckingham?

—En Surrey, capullo.

Le di otra calada al cigarrillo.

—Ayer me preguntó si tienes novia. No estaba seguro. Stone me contó que te fuiste a Ibiza en Navidad porque sales con una tía que...

—Ya no estoy con ella —interrumpí con voz cortante.

—Vale. ¿Entonces le doy tu teléfono a Lory?

Me quedé pensativo.

—Tienes el polvo asegurado —añadió.

Sentí palpitaciones en la garganta y un extraño dolor en el pecho.

Respiré hondo, di la última calada y aplasté el cigarrillo en un cenicero.

—Sí —contesté con decisión—. Dáselo.

Media hora después, cuando Miller se marchó, encendí el portátil para ver una película. El ordenador se conectó a Outlook de forma automática y me dio un aviso. Tenía un correo de Luna en la bandeja de entrada.

Noté otra vez palpitaciones en la garganta y un sabor metálico en la boca. Me llevé los dedos al tabique nasal, cerré los ojos y traté de calmarme.

—Respira, joder... —murmuré entre dientes.

Llevaba tres semanas intentando controlar esos accesos de ansiedad. No quería tomar ansiolíticos para no volver a caer en una dependencia. Al principio, me bastaba con ir al gimnasio después del trabajo. Me pasaba horas corriendo sobre la cinta, haciendo dominadas y golpeando con fuerza el saco de boxeo. Entrenaba hasta la extenuación porque era la única forma de mantenerme distraído y de conciliar el sueño cuando llegaba la noche.

Los domingos eran el peor día de la semana. Mi gimnasio cerraba esa tarde y, a falta de lugar donde entrenar, me quedaba en casa y realizaba cualquier actividad para mantenerme ocupado: ordenaba mi apartamento, planchaba camisas, fregaba los platos, ojeaba manuales de electrónica naval o veía películas en el ordenador. Daba igual lo que hiciera. Al final, siempre llegaba un momento en el que me chocaba de frente con la realidad: la echaba de menos. Cuando llegaba a ese punto, mi mente entraba en barrena y aparecía la ansiedad. Y entonces optaba por oír alguna música estridente para no pensar en ella y en todo lo que me angustiaba, como si el ruido pudiese silenciar el parloteo incesante de mi cabeza. Trataba de mantener el control, de bloquear mi mente. La tenía vetada, aunque nada de lo que hacía para olvidarla y pasar página me resultaba efectivo.

Una parte de mí todavía seguía en estado de *shock* por todo lo sucedido en Ibiza. Aún me costaba asimilar lo que ella me había contado acerca de su extraño don. Pero había algo mucho peor, algo que me había causado un profundo daño: Luna me había enfrentado con mi pasado y yo no estaba preparado para afrontarlo. Probablemente, nunca lo estaría.

Mi reacción inmediata fue la de alejarme, volver a mi vida e ignorar que había bajado la guardia hasta el extremo. Tal vez no era la mejor de las decisiones, pero era mi elección, el único modo de seguir hacia delante. No obstante, enseguida me di cuenta de que olvidarme de Luna iba a convertirse en una tarea ardua y complicada. A pesar de todos mis esfuerzos, aún pensaba en ella con demasiada frecuencia y, cuando lo hacía, notaba otra vez las palpitaciones, el sabor metálico, la sensación de asfixia...

Miré la pantalla del ordenador y cerré los ojos.

«No lo pienses. Hazlo».

Abrí los ojos de nuevo y pulsé el botón de eliminar. Su correo desapareció de la bandeja de entrada.

Pensé que iba a sentirme aliviado después, pero no fue así. Me sentí como una mierda.

Cerré el portátil y me levanté para buscar unas zapatillas de correr en el armario. Me quité los vaqueros y me puse un pantalón de chándal y una sudadera.

El corazón me palpitaba a toda velocidad. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

Me metí las llaves en el bolsillo, me puse los auriculares y seleccioné otra vez la canción de Napalm Death. Abrí la puerta y salí de mi apartamento a toda prisa.

No tenía a dónde ir. Sin planes. Sin expectativas. Sin más deseo que el de escapar una y otra vez. Empecé a correr en dirección al peñón y ya no me detuve hasta llegar a la cima.

55

LUNA

Había pasado casi una semana desde que le envié el correo a Jonathan y seguía sin recibir noticias de él. Los días me parecían eternos y las noches no se quedaban atrás.

Intenté retomar mi vida. Me centré en las clases de yoga, recibí a dos huéspedes en casa, me obligué a pintar... Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano, pero me prometí a mí misma que encontraría la forma de superarlo a pesar de que su ausencia y su silencio me dolían como un puñal clavado entre las costillas.

Envolví su cuadro con papel reciclado y lo escondí en el fondo de mi estudio, detrás de otros lienzos que guardaba en el taller. *El mundo a través de tus ojos* se había quedado anclado a mi vida como un recuerdo macabro de la perfección que rozamos una vez.

Preparé un nuevo lienzo del mismo tamaño y me encerré en el taller durante horas. Quise que aquello fuera mi catarsis, una forma de sacar el dolor que llevaba dentro.

Di el primer brochazo con los ojos llenos de lágrimas, sin saber bien lo que quería pintar.

Miré la línea gris sobre el fondo blanco y comencé a dibujar espinas sobre ella. Después, tracé otra línea curva que cruzaba la anterior. Supe que eran las ramas de una zarza seca o de un arbusto espinoso, y empecé a llenar el lienzo de ellas, todas conectadas entre sí, como en una red asfixiante y opresiva. Las sentía enredadas alrededor de mi piel, ciñéndose a mi cintura, a mi cuello y a mi pecho. Llevaba esas espinas clavadas en cada rincón de mi cuerpo, en todos los lugares que él había tocado y besado una vez.

El lienzo se llenó de gris y de colores oscuros hasta convertirse en una masa indefinida, porque el dolor que yo sentía no tenía forma. No había precisión en sus trazos ni principio ni final. Era tosco y deforme, como una masa de lodo que lo cubría todo. Aunque en el fondo, en las profundidades de toda esa masa, aún yacían las palabras que mi mente se negaba a olvidar...

«Te quiero, te quiero, te quiero...».

Junto al eco de su respuesta, la que nunca llegué a escuchar.

56

JONATHAN

Me despertó el sonido del móvil al vibrar sobre la mesa.

Eran las diez de la noche de un anodino viernes de finales de enero. Me había quedado dormido en el sofá al llegar a casa. Tenía muchísimo trabajo; debía supervisar la puesta en marcha del nuevo sistema de radar del buque. Entre eso y los intensos entrenamientos en el gimnasio, estaba agotado.

Miré la pantalla del móvil antes de contestar y vi un número desconocido.

—¿Quién es? —pregunté.

—Hola... ¿Jonathan?

Era una voz de mujer joven.

—Sí, soy yo.

—Soy Lory. La chica que te sirve el desayuno algunas mañanas. —Oí su risa nerviosa—. Greg me dio tu teléfono el otro día.

Me pasé la mano por la cara para despejarme.

—Ah... Lory —murmuré con voz ronca.

—Me dijo que te llamara para salir y... Bueno, no suelo hacer estas cosas, pero he pensado que quizá te apetezca quedar este fin de semana. ¿Te gustaría cenar mañana conmigo?

Me incorporé en el sofá mientras me frotaba los ojos.

—¿Mañana? —repetí un poco aturdido—. Mañana es mi cumpleaños.

—¿Tu cumpleaños? No lo sabía. Supongo que tendrás otros planes.

Me quedé pensativo durante unos segundos. No tenía un puñetero plan.

—Estoy libre, pero... —Hice una pausa para tomar aire—. Mira, Lory, voy a ser sincero. No me apetece ir a cenar, ni contigo ni con nadie. Acabo de salir de una relación y... No voy a andarme con rodeos. Lo único que quiero es ir a tu casa para pasar un buen rato. Ya sabes a lo que me refiero. Piénsatelo y, si te interesa, me lo dices.

—Vaya... ¡Qué directo!

—Sí. Oye, tengo que colgar. Llámame si al final quieres quedar.

—Sí quiero, Jonathan —dijo ella de inmediato—. Te lo digo ya.

—Ah... Perfecto —contesté con voz neutra, sin un ápice de entusiasmo.

—Puedo pasarme por tu casa mañana a las seis —sugirió ella.

—No. Tengo un combate de boxeo a media tarde y no sé a qué hora terminaré. Si no te importa, mándame la ubicación de tu casa y nos veremos allí cuando acabe.

—De acuerdo. Pues... hasta mañana.

—Hasta mañana —murmuré antes de colgar.

Acababa de comportarme de un modo un poco cabrón. Al menos, nadie podría echarme en cara que no era sincero. Lo único que quería era echar un polvo rápido y sin complicaciones, largarme de allí al acabar y regresar a mi guarida de lobo solitario. Al fin y al cabo, era algo que llevaba haciendo durante más de diez años, aunque me di cuenta de que mis motivaciones habían cambiado en las últimas semanas. Ya no buscaba solo la gratificación del sexo. Necesitaba dejar de pensar en Luna durante un rato, porque, por mucho que intentara olvidarla, por muchos días que pasaran y por mucha música estridente que escuchara, seguía metida en mi cabeza a todas horas.

57

LUNA

«Hoy es su cumpleaños».

Fue lo primero que pensé al abrir los ojos. Me odié a mí misma por seguir dedicándole espacio en mi mente, porque estaba bastante claro que nunca volvería a verlo. Jonathan no había contestado a mi correo y, a esas alturas, sabía muy bien que ya no lo haría.

Miré el reloj de mi mesilla. Eran las siete menos cuarto de la mañana. Hice un esfuerzo y me levanté. Había pasado un mes desde nuestra ruptura y lo único que quería era retomar mi vida y regresar al punto previo en el que todo había saltado por los aires. Necesitaba aceptar lo ocurrido y continuar hacia adelante, aunque el dolor seguía instalado en lo más profundo de mi ser.

Me vestí y me tomé un té y un trozo de bizcocho. Cogí las acuarelas y el bloc de láminas, metí todo el material en mi bolso de tela y salí de casa con la intención de llegar al puerto de Santa Eulalia al amanecer. Tenía que recuperar todas mis costumbres, en especial, aquellas que en el pasado me habían hecho feliz.

Entré en el coche, me puse el cinturón, arranqué el motor y salí a la carretera. Encendí la radio para llenar el silencio. Sonaba una canción de los Beatles. A continuación, sonó *Love Of My Life*, de Queen, la canción que Jonathan había tocado en Nochebuena con la guitarra de Gunther.

No pude evitarlo. Al oír la primera frase, comencé a llorar.

*Amor de mi vida, me has herido.
Has roto mi corazón y ahora me dejas.
Amor de mi vida, ¿no puedes ver?
Tráelo de vuelta, tráelo de vuelta... No me lo quites.
Porque sabes lo que significa para mí.*

Todo a mi alrededor se empañó por culpa de las lágrimas a pesar de mis esfuerzos por retenerlas. No pude ver lo que estaba a punto de ocurrir. Ni las líneas de la carretera, ni la señal de curva peligrosa, ni el camión que frenaba, ni el terraplén que bajaba en pendiente hacia los arbustos espinosos que yo había pintado días atrás.

Me esperaban, silenciosos, mientras el viento mecía sus ramas.

58

JONATHAN

Llegué al gimnasio del club a las cuatro y diez del sábado. Iba a participar en mi primer combate en años. No era un encuentro importante. Peleaba con uno de los socios, pero, si quedaba en buen lugar, tenía previsto apuntarme a algún combate de mayor categoría.

Estuve calentando durante media hora. A las cinco menos cuarto, me metí en el vestuario para prepararme. Me puse los pantalones cortos, la camiseta del club y las botas de boxeo. Mi contrincante pasó a saludarme mientras yo me ataba los cordones sentado en un banco.

—Te espero fuera —me dijo.

—Enseguida salgo.

Después, me vendé la mano derecha. No había terminado cuando mi móvil sonó dentro de mi mochila. La arrastré hacia mí, abrí la cremallera y saqué el teléfono del interior para averiguar quién era. No solía recibir llamadas a pesar de que era mi cumpleaños y con mi madre ya había hablado por la mañana.

Me quedé helado cuando vi que era Luna quien llamaba.

—Joder, ahora no... —murmuré con el móvil en la mano.

Permanecí quieto con la mirada fija en la pantalla hasta que el teléfono dejó de sonar. Pensé que quería felicitar-me, aunque aquello no tenía ningún sentido. Luna y yo no habíamos acabado bien y yo era el principal culpable de esa situación. La había tratado de un modo brusco, rudo y miserable y me había marchado después, dejándola sola en el hotel. Era consciente de todo. Y aunque una parte de mí se arrepentía de mi comportamiento, trataba de convencerme de que había sido lo mejor para los dos; una ruptura total y definitiva, el único modo de no quedarme enganchado a ella. Si no lo hubiera hecho de esa manera, movido por la rabia, probablemente nunca la habría dejado.

Me quedé un rato con el móvil en la mano, mirando la pantalla, mientras respiraba muy despacio para controlar la ansiedad. Estaba a punto de guardar el teléfono cuando recibí un mensaje de WhatsApp. Entré en la aplicación y comprobé que me había enviado un audio. Mi pulso se aceleró otra vez. Quería evitar cualquier tipo de contacto con ella, pero la vida no me lo estaba poniendo fácil.

Pensé en borrarlo, pero me detuve. Dudé porque la echaba demasiado de menos y porque me di cuenta de que esa estúpida determinación de evitarla a toda costa no me estaba dando buenos resultados.

«Oír su mensaje no te compromete a nada», pensé.

Me dejé arrastrar por ese impulso repentino y toqué la pantalla con el dedo. El audio se activó, pero no fue su voz la que escuché.

—Jonathan..., soy Lucas. Te he llamado desde el móvil de Luna. Penélope me ha dado su clave para buscar tu número en su agenda. —Lo oí suspirar—. Quería contarte que Luna ha tenido un accidente de coche esta mañana. La policía cree que le han fallado los frenos y ha tenido que dar un volantazo para no chocarse con un camión. Su coche se ha salido de la carretera, ha dado varias vueltas de campana y se ha quedado enredado entre unos arbustos. Han tardado varias horas en sacarla de allí. Está ingresada en la UCI, inconsciente... Su pronóstico es grave. Yo... he pensado que debías saberlo. Al menos, a ella le hubiera gustado que lo supieras. Eso es todo.

El vestuario entero se quedó en silencio cuando el audio terminó.

Cerré los ojos.

Sentí un frío atroz en la espalda, una sensación gélida que se extendió con rapidez por todo mi cuerpo.

La voz de Lucas resonó en mi cabeza.

«Accidente... Vueltas de campana...».

Noté latidos en la garganta y una presión brutal en mitad de la tráquea, como si alguien me apretase el cuello con fuerza. Tuve que hacer un esfuerzo para seguir respirando.

«Ingresada... UCI... Inconsciente... Grave...».

Abrí los ojos. Estaba sentado en el banco del vestuario. Aún sujetaba el móvil con la mano derecha, la tenía a medio vendar.

Los latidos de mi garganta se habían expandido en todas direcciones. Los sentía en la boca, en el pecho, en la palma de las manos, en el puñetero centro del estómago...

—¡Jonathan! ¿Por qué tardas tanto?! Te quedan dos minutos para salir al *ring*.

Era la voz de mi entrenador.

—Voy —contesté en tono seco, sin girarme.

Dejé el móvil en la mochila y me levanté. Sentí un ligero mareo al hacerlo. Me acerqué a mi taquilla y busqué el resto del equipo de forma automática, me coloqué el protector bucal y el casco de boxeo. No me había vendado la mano izquierda, pero ya era tarde. ¿A quién le importaba? Cogí los guantes, fijé la vista en el suelo y comencé a caminar hacia la puerta. Mi mente se nubló durante unos segundos. Estaba en el vestuario y, un instante después, a un metro del cuadrilátero. Ni siquiera fui consciente de cómo había llegado hasta allí.

Eché un vistazo alrededor. Había varias personas en la sala, la mayoría eran socios del club que habían acudido a ver el combate. Reconocí a Fitcher entre ellos. También vi al juez sentado en un extremo. En el *ring* ya estaba Jeff, mi contrincante, junto a un árbitro de la asociación. Mi entrenador se acercó a mí.

—Recuerda, desplázate rápido —dijo mientras me ayudaba a colocarme los guantes—. Usa tu gancho de derecha. Eres bueno en eso, pero no abuses de él.

Me dio una palmada en el hombro y se retiró.

Miré hacia el cuadrilátero con la boca seca y sentí otro ligero mareo, como si estuviese en la cubierta de un barco en pleno oleaje. Cerré los ojos y respiré despacio antes de volver a abrirlos. Salté por encima de las cuerdas y entré en el *ring*.

El árbitro nos reunió a los dos en el centro de la lona y comenzó a hablar muy deprisa, aunque yo solo oía frases entrecortadas.

—Tres asaltos... Tres minutos por asalto... Quedan prohibidos los golpes en la nuca, en los riñones, debajo de la cintura... Si un púgil es derribado, tendrá diez segundos para levantarse.

Cuando acabó, me situé en una de las esquinas. Estaba confuso y desorientado. Alguien habló de nuevo. Oí mi nombre. Ruidos. Voces. De repente sonó la campana y vi a mi contrincante saltar al centro del *ring* como una bala. Me acerqué a él en posición defensiva. Jeff fue el primero en golpear. Me dio un puñetazo en el hombro y otro en el casco. Tardé unos segundos en reaccionar, pero lo hice de forma torpe. Lancé un derechazo, aunque solo llegué a rozarlo. Me separé y di varias vueltas en círculo a su alrededor.

La voz de Lucas aún retumbaba en mi cabeza.

«Han tardado varias horas en sacarla de allí».

Y entonces... la vi.

La vi dentro de su coche destrozado.

La vi inconsciente y cubierta de sangre, como Liam. Otra vez la misma escena seguida del

mismo sonido chirriante y ensordecedor.

Di varios pasos hacia atrás y me tapé los oídos con los guantes.

—¡Basta! —grité.

Pero el sonido no cesaba, se volvía cada vez más agudo y penetrante. Noté la mano espectral en mi garganta, me apretaba con una fuerza exagerada. Caí de rodillas al suelo mientras intentaba respirar.

Alguien gritó mi nombre. Levanté el rostro y vi a Jeff. Se había detenido a dos metros de mí y me miraba, desconcertado, sin entender lo que me estaba ocurriendo. Fue entonces cuando apreté los puños con rabia, harto de sentirme como una mierda, me levanté y me abalancé sobre él. Le di un fuerte puñetazo en la cara y un gancho en la boca del estómago. Lo había pillado desprevenido. Aproveché la ventaja y seguí golpeando con todas mis fuerzas, motivado por una intensa furia interior. Vomité toda la ira que llevaba dentro. Grité, lo empujé, lo tiré al suelo y me incliné sobre él para seguir golpeándolo con saña, una y otra vez, harto también de mi vida, de mis malas decisiones, de tener que cargar durante años con un dolor insoportable, de repetir los mismos errores, de perder por segunda vez a la persona que más me importaba.

Y todo, por mi culpa.

—¡Hartford, para! ¡Para de una vez!

Noté unas manos en la espalda, alguien intentaba separarme. De pronto, tomé conciencia de la situación y me detuve en seco. Estaba de rodillas sobre mi adversario. Se me había ido la cabeza.

—¡Sepárate de él! —gritó el árbitro.

Miré a Jeff con la respiración entrecortada. El corazón me palpitaba a una velocidad bestial.

—Lo siento... —murmuré.

—¡Fuera del *ring*! ¡Estás expulsado! —volvió a gritarme el árbitro.

Me giré hacia atrás. La sala entera se había quedado en silencio y todos los asistentes me miraban boquiabiertos. Mi entrenador saltó por encima de las cuerdas y se acercó a mí.

—¿Qué demonios te pasa? ¡No puedes ensañarte con un hombre tirado en el suelo!

Me levanté, me quité los guantes y los tiré a la lona. Aún respiraba de forma agitada.

—Lo siento... No sé qué me ha pasado. Jeff... Lo siento mucho, de verdad.

Jeff me miró desde el suelo. Había conseguido sentarse con la ayuda del árbitro. Escupió en mi dirección antes de hablar.

—Lárgate —me dijo con voz fatigosa.

Asentí con la cabeza, di media vuelta y salí del *ring*.

Cinco horas más tarde, me senté en el suelo de la cocina con una botella de ginebra en la mano izquierda y el móvil en la derecha. Había comenzado la noche mezclando ginebra con tónica, pero la tónica se había acabado. A esas alturas, me daba igual beber directamente de la botella.

Llamé a casa de Luna por séptima vez. Oí varios tonos, pero nadie descolgó el maldito teléfono. Había llamado también a su móvil con la esperanza de hablar con Lucas, pero el terminal estaba apagado.

Le di otro trago a la botella.

—Feliz cumpleaños, Hartford —me dije con la mirada desenfocada.

Mi móvil sonó en ese momento. Miré la pantalla con ansiedad. Era Lory.

—Mierda...

Había olvidado mi cita con ella. Descolgué sin ganas y la saludé.

—¿Qué hay, Lory? —dije con voz pastosa.

Quise aparentar que estaba sobrio, aunque lo tenía complicado.

—Jonathan, ¿estás bien?

—Psssa... —

—¿Vas a venir a mi casa? Te estoy esperando.

Suspiré.

—Creo que no.

—¿Prefieres dejarlo para otro día?

—La verdad es que... prefiero que no vuelvas a llamarme —dije arrastrando las palabras.

—Dios mío, estás borracho.

Me pasé la mano por la cara. No estaba disimulando bien, pero ya era tarde para rectificar.

—Mira, Lory... Lo único que quería era follar contigo, y ya... ya ni siquiera me apetece. Si soy sincero..., creo que nunca me ha apetecido del todo.

—¿Qué?!

Hice un esfuerzo por sonar amable. El exceso de sinceridad se me había ido de las manos.

—Lo siento mucho...

—¿Que lo sientes? ¡Por culpa de tíos como tú es por lo que ya no tengo fe en el género masculino! —contestó con rabia.

—No, no... Hay tíos majos en el mundo, pero yo no soy uno de ellos.

—Gracias por avisar —dijo ella con sarcasmo.

—De nada.

—¡Que te jodan, Jonathan! —gritó antes de colgar.

Resoplé, tiré el móvil y me dejé caer al suelo.

«Bravo, Hartford. Hoy te has quedado sin gimnasio y sin bar para desayunar».

Me tumbé de lado y aplasté la mejilla izquierda sobre una de las baldosas. La botella se cayó a mi lado y la ginebra que quedaba en su interior comenzó a derramarse por el suelo, empapando parte de mi ropa.

Desenfoqué la mirada hacia el fondo. La luz de la calle entraba por el ventanal de la terraza, pero el resto del apartamento seguía a oscuras.

Cerré los ojos y, sin querer, la visualicé de nuevo atrapada en su coche. La angustia que sentí fue tan intensa y real que tuve que abrir los ojos de inmediato. Entonces noté un movimiento en la cortina. Enfoqué la mirada y la vi junto a la ventana. Era Luna o, mejor dicho, un espejismo que se le parecía mucho. Llevaba el vestido azul de Nochebuena, el pelo suelto, los labios pintados... Estaba muy guapa. Caminó hacia mí y se sentó en el suelo, a medio metro de donde estaba tirado.

—¿Crees que con esto solucionarás las cosas? —preguntó.

—¿Con qué...? —murmuré, confuso, aun sabiendo a lo que se refería.

—Hablo de la ginebra y la autocompasión.

—Yo no me autocompadezco. No merezco una mierda de nada.

Alargó su mano y me acarició el pelo. Cerré los ojos. Podía olerla. Podía sentirla. Seguía viva en mi cabeza.

—Luna..., si te mueres... —Tuve que hacer una pausa porque tenía un dolor en el pecho que me impedía hablar con normalidad—. Esta vez no podré superarlo.

—Sí que lo harás, Jonathan. Siempre encuentras la manera de seguir hacia delante.

—No. Esta vez no... —Me tumbé boca arriba y me llevé la mano derecha al corazón—.

Aaaaaah... Creo que me está dando una taquicardia. Puede que sea un puto infarto.

—No es un infarto, es solo dolor, y no eres el único que lo ha sufrido. Llevo semanas sintiéndome igual.

—Joder... —Cerré los ojos y arrugué la cara. El dolor se estaba agudizando—. Lo siento. Ya sé que es tarde, pero... lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes? Tenías derecho a enfadarte conmigo.

—Sí, pero yo también te oculté cosas. Nunca te conté lo jodido que estoy y tampoco te dije lo más importante...

Luna se tumbó a mi lado y acercó su rostro al mío.

—Dímelo ahora, Jonathan.

Noté un sabor metálico en la boca.

—No puedo —susurré con la garganta comprimida.

—¿Por qué?

—Porque quererte me hace vulnerable.

—Todos somos vulnerables por algo. Fíjate en mí. Estoy a un paso de marcharme para siempre.

Me cubrí la cara con las manos y empecé a respirar de forma agitada.

—No me jodas, Luna. No puedes irte ahora. No puedes irte...

Giré el rostro hacia ella, pero ya no estaba.

Solté los brazos y me quedé allí tumbado, con la sudadera manchada de ginebra, mientras miraba el leve reflejo de la luz sobre el suelo de mi apartamento. Tardé varios minutos en calmarme.

—Te quiero... —murmuré antes de cerrar los ojos.

Nadie contestó.

Me desperté varias horas después en un estado lamentable. Estaba amaneciendo y el apartamento se iluminó débilmente con la escasa luz que entraba por la ventana. Me senté en el suelo y evalué la situación. Tenía náuseas y apestaba en todos los sentidos posibles; mi ropa estaba empapada de ginebra, mi aliento olía a alcohol rancio y mi cuerpo, al sudor de la pelea del día anterior. Me froté la cara con las manos y descubrí que llevaba un trozo de espagueti pegado en la sien. Me lo quité de un manotazo y busqué el móvil con la mirada. Por suerte, había escapado del charco de ginebra. Me acerqué a él a cuatro patas, lo recogí del suelo y lo revisé con la absurda esperanza de ver algún mensaje procedente de Ibiza, pero seguía sin haber nada. Después, me levanté con esfuerzo y fui dando tumbos hasta el cuarto de baño. La cabeza me daba vueltas cuando me arrodillé frente al váter para vomitar. Al acabar, me quité la sudadera empapada, me arrastré hasta el sofá y me quedé dormido otra vez.

Soñé varias veces con Luna. La vi en la carretera y en el hospital. De vez en cuando, abría los ojos con la respiración agitada y la frente sudorosa. Di cientos de vueltas en el sofá en un estado de confusión mental en el que mezclaba los sueños con la realidad.

A mediodía, comencé a recuperar la cordura, aunque aún tardé un par de horas más en poder levantarme por culpa de la resaca. Me duché, me lavé los dientes a conciencia, me vestí con ropa limpia y recogí el desastre de la cocina. Más tarde, me tomé un analgésico con una bebida isotónica y salí a la terraza para que me diera el aire.

Al menos hacía buen día, era una de las ventajas de vivir en Gibraltar. Me senté en una silla y

me fumé un cigarrillo mientras miraba los barcos que entraban y salían de la bahía. Cuando lo apagué, saqué el móvil del bolsillo y llamé una vez más a casa de Luna.

Pensé que no iba a contestar nadie, pero entonces oí la voz de Penélope.

—¿Diga?

Me levanté nervioso y me acerqué a la barandilla.

—Penélope, soy Jonathan.

Se formó un silencio incómodo. Al comprobar que no contestaba, decidí continuar.

—Lucas me avisó ayer por mensaje. He intentado contactar con vosotros, pero... —Me llevé la mano izquierda por la frente—. ¿Cómo está?

La oí suspirar.

—Inconsciente. Su pronóstico no es bueno.

—¿Por qué?

—No pinta bien. Le han vendado la cabeza... por la heridas. El cristal delantero se rompió y su cara recibió la peor parte.

Cerré los ojos con angustia mientras me clavaba los dedos en la frente.

—¿Qué más? —pregunté con miedo.

—Traumatismo craneoencefálico y una vértebra fracturada.

—¿Dónde? ¿En qué parte de la columna?

—En el cuello.

—*Fucking nightmare...* —murmuré para mí mismo.

De pronto, lo vi claro. Bajé la mano, abrí los ojos y comencé a hablar de forma acelerada.

—Voy a ir. Buscaré un vuelo ahora mismo y pediré un par de días libres. Intentaré que me lo descuenten de las vacaciones. Aún dispongo de una semana antes de volver a embarcar.

—Jeremy, no vas a ir a ningún lado.

—Claro que sí.

—Ahórrate el viaje. No te dejarán entrar en la UCI.

—¿Cómo que no?! Tú has entrado.

—¡Porque yo soy su abuela! —dijo ella levantando la voz—. Tú ya no eres nadie. ¡Un tipo que la dejó tirada en una habitación de hotel!

Apreté el puño izquierdo con rabia. Penélope era dura conmigo, aunque yo no merecía otro trato.

—¿Quieres que te suplique? ¿Es eso? ¡Porque lo haré! ¡Me arrastraré hasta tu puerta y te suplicaré de rodillas!

—No depende de mí. Está en un hospital público y no dejan entrar a nadie en la UCI. Solo a familiares directos y no más de diez minutos.

—¡Pero yo necesito verla, joder!

—¿En algún momento te has preguntado qué es lo que ella necesita?

Me senté y me llevé la mano al pecho. Había empezado a notar otra vez el dolor agudo, los latidos en la garganta, el sabor metálico en la boca...

—No sabes por lo que he pasado —dije con desesperación—. No tienes ni idea. La mierda que he tragado y lo que estoy tragando ahora...

—¿Eso crees? —comentó ella en tono abatido—. ¿Piensas que yo no he sufrido? Perdí a mi única hija y ahora quizá pierda también a mi nieta. No me hables con condescendencia, como si fueras el único que ha padecido en la vida.

Tardé varios segundos en contestar.

—Lo siento.

—Lo sé. A veces hablas y actúas sin pensar en las consecuencias.
—Penélope, por favor... —dije de forma más calmada—, pídele a los médicos que me dejen entrar.
—No funciona así.
—Necesito verla, aunque sea una única vez. Me alojaré en un hotel. No te molestaré demasiado.
—¿Por qué ahora? ¿Por qué no la llamaste la semana pasada o la anterior?
Agaché la cabeza y solté el aire despacio.
—Porque soy un orgulloso de mierda —contesté en voz baja.
—Te escribió un correo y no le contestaste.
—¡El correo! —exclamé de repente, levantando otra vez la cabeza.
—¿Lo recibiste?
—Sí, pero no llegué a leerlo.
Me levanté y entré en mi apartamento para buscar el ordenador. El móvil no tenía acceso directo a esa cuenta.
—Tengo que leerlo. Te llamo dentro de un rato —le dije antes de colgar.
Cogí el portátil y me senté con él en el sofá. Tardó varios segundos en encenderse.
Tecleé mi clave para abrir la sesión y accedí. En la bandeja de entrada solo había basura. Busqué en la papelería con la esperanza de encontrarlo. Tuve que remontarme varios días atrás, pero tuve suerte. El sistema aún no lo había borrado. Lo abrí con ansiedad, tomé una respiración profunda y comencé a leer.

Hola:

Me parece extraño saludar a alguien que ya no quiere verme, pero no sé comenzar de otro modo.

Así que... Hola, Jonathan.

Necesito decirte muchas cosas. La mayoría de ellas debería habértelas contado hace tiempo. Tal vez quieras atenderme ahora.

En primer lugar, tengo que explicarte quién soy.

Aunque ahora puede que no te lo parezca, soy una chica bastante normal, pero procedo de un largo linaje de mujeres que vinieron al mundo con diversas habilidades psíquicas. Debido a esta herencia genética, nací con algunos sentidos muy desarrollados. Y no me refiero a los sentidos comunes, obviamente, sino a otro tipo de capacidades.

Como ya sabes, puedo conectarme con la historia personal de los que me rodean, y lo hago a través de mis sueños. Me meto en sus recuerdos, en las vivencias que han dejado huella en su vida, y presencio todo esto en primera persona. Suele sucederme de forma involuntaria cuando me quedo dormida al lado de alguien, aunque no siempre me ocurre. Hay personas con las que no conecto de ningún modo. A veces también puedo inducir esos sueños a través de objetos personales, pero intento evitarlo. No me gusta hablar de esto con nadie y durante años he tratado de ignorar lo que me ocurre hasta que llegaste tú. Porque contigo conecté a un nivel muy profundo, quizá demasiado, pero eso te lo contaré más adelante.

Lo segundo que quiero decirte es que, cuando te conocí, ya llevaba seis años esperándote.

Sí, Jonathan. Seis años.

Mi madre me habló de ti unas semanas antes de morir. Ella me contó que algún día conocería a un hombre que llevaba un candado tatuado en su muñeca derecha, y dijo que ese hombre sería la persona más importante de mi vida. Así que... imagínate. Te estuve esperando

todo ese tiempo. Te buscaba entre la gente, entre los desconocidos, pero tardaste tanto en aparecer. Cuando empezaba a pensar que todo había sido un delirio de mi madre, te acercaste una tarde a mi puesto de acuarelas y me mostraste tu tatuaje por casualidad. Te vi tan serio, tan distante e introvertido... A pesar de todo, supe que eras tú. Por eso detuve el coche en la carretera al día siguiente. Nunca hubiese parado para recoger a un tío borracho, pero te reconocí. Pensé que, si no aprovechaba la ocasión, perdería la oportunidad de conocerte. ¡Y cómo me alegro de haber parado!

Desde ese día, tuve que manejar dos sentimientos encontrados: la certeza de que iba a enamorarme de ti y la sospecha de que acabaría perdiéndote.

Ese miedo a perderte me llevó a coger tu placa una noche, aunque me arrepentí de inmediato. Después de aquello, llegaron más sueños cada vez que dormía a tu lado. La mayoría no los busqué, pero tampoco hice nada por evitarlos. Supongo que quería conocerte de un modo más profundo, saber de qué huías. Eras un enigma para mí. Pero cometí un error inexcusable. Ahora sé que hay límites que nunca se deben cruzar ni siquiera con la mejor de las intenciones.

Podría decirte otra vez que tuve miedo de tu reacción, que no encontraba las palabras adecuadas ni la forma de sacar el tema, pero eso no justifica lo que hice. Yo provoqué el último sueño. Me dibujé esa llave para llegar hasta el final. Abrí la caja de Pandora y lo vi todo, pero en ese instante, lo rompí todo también.

Lo siento mucho, Jonathan. Te pido perdón, aunque sé que nunca me perdonarás.

¿Cómo vas a perdonarme a mí si eres incapaz de perdonarte a ti mismo? Prefieres vivir en la culpa, alejado de cualquiera que te recuerde lo feliz que podrías llegar a ser. Y así llevas más de diez años, poniendo millas entre tú y el resto del mundo, entre tú y tu pasado, y ahora, también entre tú y yo.

Dijiste que no estás preparado para querer a nadie, pero los dos sabemos que eso no es cierto. Lo que ocurre es que no estás preparado para que te quieran a ti.

Ante eso no puedo hacer nada, salvo decirte que, si algún día te reconcilas con la vida, me gustaría volver a verte. Te ofrecería mi amistad, pero no sé si la querrás. Al menos, tendríamos la despedida que nos merecemos. Te daría un abrazo, te desearía buena suerte y te diría, sin decírtelo, que te he querido mucho.

Te he querido con todo, con lo malo también. Incluso en el peor de tus momentos, a través de ese túnel oscuro... drogado, perdido y roto de dolor.

A pesar de la distancia y de todos nuestros errores.

Te he querido y te querré toda mi vida.

LUNA

No pude llamar a Penélope después. Necesité mucho tiempo para asimilar el correo de Luna. Lo leí dos veces seguidas, casi sin aliento. A la tercera, ya había memorizado la mitad de los párrafos.

Fue duro darme cuenta de muchas cosas, especialmente, de que ella había asumido toda la culpa de nuestra ruptura a pesar de que yo me había comportado como un gilipollas.

Los dos éramos víctimas de nuestros propios errores. Nos habíamos ocultado los aspectos más importantes de nuestras vidas y es obvio que no se puede construir una relación de ese modo. Al menos, con el tiempo, ella había dado la cara. Había sido valiente. Yo, sin embargo, me había largado para encerrarme en mí mismo, como hacía siempre. Era mucho más fácil culparla a ella y salir huyendo que enfrentarme a la realidad. Porque mi realidad dolía, la llevaba atravesada en mitad de la tráquea y, aunque trataba de ignorarla, marcaba con mano férrea cada

uno de mis pasos.

Había volcado en Luna toda la rabia que sentía hacia mí mismo. Era a mí a quien yo odiaba; el mentiroso, el cobarde, el cerdo que la había dejado sola, sin escucharla, sin darle apenas oportunidad de explicarse. Tenía ganas de abofetearme la cara, pero eso, al igual que la borrachera, tampoco iba a solucionar las cosas.

Leí su correo por última vez y apagué el ordenador. En condiciones normales, hubiese salido a correr para mantener la ansiedad a raya, pero la resaca pesaba demasiado. Aún me dolía la cabeza. Me tomé otra bebida isotónica y me fui a dar un paseo. Me dirigí hacia el sur por Rosia Road y caminé hasta la playa de Camp Bay. Cuando llegué, eran más de las cinco de la tarde y el sol ya estaba muy bajo. Me senté frente a la orilla, me fumé otro cigarrillo y llamé de nuevo a casa de Luna. Nadie descolgó el teléfono.

Estuve a punto de comprar un billete de avión ahí mismo, desde mi móvil, pero me contuve. Tenía la obligación de informar a mis superiores antes de solicitar cualquier día de permiso.

De vuelta a casa, pasé por un supermercado que abría los domingos y me compré algo para la cena. No había comido nada en todo el día y el hambre empezaba a hacer mella en mi estómago. Al llegar, me calenté una lasaña en el microondas y me la comí en la barra de la cocina, pegado al teléfono, por si alguien llamaba para darme noticias de Luna. Después, fregué los platos y me senté en el sofá para llamar otra vez a Penélope. Lo intenté varias veces hasta que al fin descolgó el teléfono.

—¿Diga?

—Soy yo otra vez.

La oí suspirar con resignación.

—Tienes que darme tu número de móvil —añadí, irritado—. Me paso el día llamándote a tu casa, esperando que cojas el teléfono. No puedo seguir así...

—Acabo de entrar por la puerta. Vengo del hospital.

—¿Cómo está? ¿La has visto?! —pregunté con ansiedad.

—No. Se la han llevado a quirófano.

—¿Qué?!

—Le han detectado un neumotórax.

—¡Joder!

Me levanté con impulso y comencé a dar vueltas por la habitación.

—Han tenido que intervenirla de urgencia, pero el médico me ha dicho que todo ha ido bien.

—¿Cómo que ha ido bien? ¡Está en la puta UCI! ¿Por qué no se han dado cuenta antes?!

—Oye, he tenido un día muy duro y no me apetece aguantar tus salidas de tono. O te calmas ahora mismo, o cuelgo el teléfono.

Me apoyé con la mano en la pared y respiré hondo antes de volver a hablar.

—¿En qué hospital está? —pregunté en tono seco.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Puede que no esté recibiendo la asistencia adecuada.

—Hacen todo lo que pueden.

—Claro... —comenté con sarcasmo—, porque los mejores médicos del planeta trabajan en un hospital de Ibiza

Penélope volvió a suspirar.

—Hijo, sé que lo estás pasando muy mal, pero ahora no me apetece aguantarte. Voy a colgar.

—¡Penélope, no...!

Colgó antes de que pudiese acabar la frase. Le di un puñetazo a la pared, pero solo conseguí

aplastarme los nudillos. Me sacudí la mano varias veces antes de volver a llamarla. Tardó un par de tonos en coger el teléfono.

—Tú otra vez, ¿verdad?

—Sí. Lo siento —contesté de forma dócil y sincera—. No cuelgues, por favor.

—¿Pero qué quieres de mí? O mejor dicho... ¿qué quieres de ella?!

Cerré los ojos con fuerza. Era la primera vez que alguien me planteaba esa cuestión.

—Saber que está bien, supongo.

—En ese caso, lamento decirte que no. Está inconsciente, intubada... Lleva la cara vendada porque está llena de heridas y hematomas. Tiene una vértebra fracturada y acaban de intervenirla de un neumotórax.

Apreté el puño izquierdo contra mi frente. Ya conocía el diagnóstico, pero no estaba preparado para oírlo de nuevo.

—Tengo que verla —dije en voz baja.

—¿Otra vez con eso? ¡No te dejarán entrar!

—No puedo quedarme aquí de brazos cruzados...

—Ese no es mi problema. ¡Fuiste tú el que la dejaste! Se pasó una semana metida en la cama... ¡Apenas comía! ¿Dónde estabas entonces? Ella te abrió las puertas de su casa. ¡Te recogió de una cuneta y te lo dio todo! Y tú... la dejaste tirada en un hotel. ¿No había otra forma de cortar con ella?

Aguanté el chaparrón en silencio, consciente de que me lo merecía.

—Si lo que buscas es limpiar tu conciencia, es mejor que te quedes donde estás —añadió.

—No se trata de eso. Créeme, mi conciencia lleva años desahuciada.

—Mira, hijo, voy a hablarte con franqueza. No sé lo que Luna descubrió sobre ti. No me lo ha contado, pero sé que hay algo e imagino que debe de ser muy grave para que reaccionaras de esa forma.

—No soy un criminal, Penélope, ni tampoco un degenerado. No trafico con drogas ni me follo a menores de edad.

—¡Menuda boquita tienes!

Suspiré con rabia mientras me pasaba la mano por la frente.

—Añádelo a mi larga lista de defectos.

—No lo entiendes —dijo ella en tono irritado—. En el fondo me da igual lo que ella averiguó, pero parece que a ti te pesa demasiado.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que no puedes volver aquí como si no hubiera sucedido nada! Si no resuelves los asuntos de tu pasado, nunca tendrás un futuro con ella. Métetelo en la cabeza.

Me quedé unos segundos en silencio. Su última frase había caído a plomo sobre mi maltrecha conciencia.

—Resolver mi pasado... —repetí en voz baja, consciente del peso de las palabras—. ¿Y eso cómo se hace?

—Dale un par de vueltas. Ya eres mayorcito, tienes treinta y dos años, ¿no?

—Treinta y tres. Desde ayer.

—Feliz cumpleaños —murmuró sin entusiasmo.

Me dejé caer en el sofá. Estaba harto de todo. Me sentía tan abatido, tan agotado por la situación...

—Me voy a descansar —dijo—. Necesito comer algo y echarme en la cama. Llevo dos días sin pegar ojo.

—Tranquila, no te molesto más. Pero, por favor, dame tu número de móvil antes de colgar.

Me anoté su número y me despedí de ella. Después, salí a la terraza para fumarme otro cigarrillo. Ya había anochecido y hacía bastante frío, pero aguanté estoico con la mirada perdida en el horizonte.

Visualicé a Luna en la cama del hospital. La imaginé intubada y vendada, aunque una parte de mí aún se negaba a aceptarlo. No podía ser verdad. Imposible. No podía ser ella la que estaba en esa situación; la chica a la que había besado tantas veces, la misma a la que había abrazado, a la que había hecho el amor con desesperación. Los recuerdos dulces se mezclaron en mi cabeza con la cruda imagen del presente. Cada palabra, cada sonrisa que me había dedicado... Todo, clavándose en mi conciencia de un modo devastador.

«¿Por qué no le dijiste que la querías? ¡Maldito cabrón! En lugar de eso, le pediste que te soltara y saliste de la habitación dando un portazo».

Tuve ganas de mandarlo todo a la mierda, hacer la maleta, alquilar un coche y conducir toda la noche para coger el *ferry* a Ibiza más próximo. Pensé en plantarme en la puerta de la UCI hasta que me dejaran verla. Haría huelga de hambre de ser necesario. Y, después, me sentaría al borde de su cama y me quedaría a su lado hasta que pudiera abrir los ojos.

Tiré el cigarrillo al suelo y lo aplasté con rabia, consciente de que no podía marcharme por motivos laborales y porque, en el fondo, sabía que no era buena idea. En cierto modo, Penélope tenía razón.

«Si no resuelves los asuntos de tu pasado, nunca tendrás un futuro con ella».

Incluso en el mejor de los desenlaces, en uno en el que ella despertara y me perdonara, yo seguiría siendo un jodido cabrón con el alma rota. Un cobarde que llevaba diez años huyendo de sus errores y que era incapaz de llevar una vida normal.

A las diez, me metí en la cama. Estaba agotado, pero no podía dormir. Cogí el móvil y busqué fotos de Luna. Enseguida me arrepentí de no haberle hecho más. Solo guardaba tres fotos de Navidad. En la primera, aparecía de perfil mientras hablaba con mi madre. En la segunda, miraba a cámara y estaba guapísima, como siempre. Cerré los ojos al recordar que su cara se había cubierto de heridas. Apreté los párpados con fuerza e intenté controlar otro acceso de ansiedad. Respiré despacio hasta que la presión en mi garganta se aflojó.

Cuando retomé el control, volví a ojear el móvil. La tercera imagen era una foto de grupo. Estábamos todos alrededor de la mesa: Will, mi madre, yo, Luna y su abuela. Sentí un arranque de culpa cuando me fijé en Penélope. La imaginé sola, en esa casa enorme y silenciosa.

Miré el reloj. Eran más de las diez, pero no quise esperar. Tal vez no era capaz de solucionar mi pasado, pero sí de arreglar el presente.

Llamé al móvil de Penélope a pesar de que ya era tarde.

—Por favor..., dime que no eres tú otra vez —protestó ella tras descolgar el teléfono.

—Como quieras. No soy yo.

—Esto empieza a ser muy molesto. Necesito descansar.

—¿Te he despertado?

—No, pero estoy en la cama e intento dormir.

—Yo también, pero no lo consigo.

La oí suspirar.

—Entonces ya somos dos.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Penélope, no te he llamado para hablar de Luna, sino para preguntarte cómo estás tú. Creo que he sido muy desconsiderado contigo.

—¿Que cómo estoy? Pues, hijo, hecha polvo. Y muy preocupada. ¿Tú qué crees?

—He estado pensando en algo. Quizá no pueda verla a ella, pero estoy dispuesto a ir para hacerte compañía a ti o para ayudarte en lo que haga falta. No me parece justo que tengas que pasar por todo esto tú sola.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —dije con aplomo—. Puedo pedir un par de días libres, no creo que me den más.

—¿Vendrías solo para estar conmigo? ¿Aunque no la puedas ver?

—Sí. Sé que ahora no te entusiasma la idea, pero te prometo que estaré calladito y me comportaré como un buen caballero inglés.

—Jeremy, me enterνες..., pero no es necesario. Will llegará mañana. He hablado con él hace un rato. Estaba en Montreal a punto de subir a otro avión. El pobre lleva horas haciendo conexiones por todo el espacio aéreo norteamericano. Intentó coger un vuelo directo a Madrid, pero no encontró billetes.

—De acuerdo. No puedo competir con el yerno perfecto.

Soltó una risa breve y triste.

—Es que Will es un cielo.

—¡Dejó preñada a tu hija y se piró a California!

—Solo por temporadas. Tenía un buen trabajo en San Francisco.

—No lo entiendo.

—¿Por qué piensas que fue él quien tomó esa decisión? Fue Iris. Ella no quería vivir en California y tampoco deseaba una relación convencional.

Sonreí con melancolía.

—Me hubiera gustado conocerla.

—Te hubiera fascinado. Era una persona maravillosa.

—Lo siento mucho, Penélope. Siento que perdieras a tu hija y que tengas que pasar por esto ahora.

—Ya lo sé.

—Y siento cómo me he comportado contigo. No debería haberme comido esas hamburguesas en tu casa.

—¿Me tomas el pelo?

—¡Claro que no! Eran tus normas, joder. Y yo... me paso la vida respetando las normas de la Marina. Soy un gran defensor de ellas, pero reconozco que las tuyas me las pasé por el forro.

—No te preocupes. Yo tampoco estuve muy fina ese día.

Volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dije al cabo de unos segundos.

—No, Jeremy. No me acosté con Jim Morrison. Ya me hubiera gustado...

—Interesante, pero no me refería a eso.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tú también tienes...? Ya sabes. ¿Tienes algún tipo de habilidad extrasensorial?

Respiró de forma profunda antes de contestar.

—Soy la menos perceptiva de las tres. Iris era un portento. Y Luna... podría serlo si quisiera. Yo intuyo cosas. No son muy precisas, pero suelo acertar.

—Al final acertaste conmigo. Le hice daño.

—Creo que os lo hicisteis mutuamente.

—Sí —admití con tristeza—. Pero ella dio la cara. Y yo... —Hice una pausa—. Lo mío es

mucho más complicado.

—Lo sé. Siempre he intuitido que cargabas con un pasado difícil, aunque a veces me pareces majo.

—A veces...

—Sí. A veces. Si te gustaran un poquito más los gatos, me caerías mejor.

—¿Los gatos?! Ni hablar. Por ahí no paso.

Sonreí antes de adoptar el tono serio otra vez.

—¿Crees que se recuperará?

Tardó unos segundos en contestar.

—No lo sé. Tengo tanto miedo que me bloqueo y no puedo percibir nada. He intentado hacer un pacto con el universo. Le he ofrecido mi vida a cambio de la suya, pero... parece que al universo no le interesa ese trueque.

Me pasé la mano izquierda por la cabeza.

—Me voy a volver loco. Necesito hacer algo, lo que sea.

—Haz un trato con aquello en lo que creas: Dios, el cosmos, las estrellas... Dales lo que más valoras, lo que más te cueste soltar. Aquello que prometiste que nunca harías, el secreto que decidiste guardar hasta la muerte. Dales eso a cambio de su vida. Tal vez a ti te hagan caso.

—Yo no creo en nada, Penélope.

—No importa si crees o no. Sabes que tienes asuntos que resolver.

Apreté la mandíbula y cerré los ojos.

—No puedo. No lo entiendes. Antes preferiría matarme.

—¿Y qué tipo de vida llevarás entonces? ¿Te ha merecido la pena cargar con tanto peso hasta el día de hoy?

No fui capaz de contestar.

—Puede que consigas engañarte a ti mismo. Y en el mejor de los casos, si ella despierta y se recupera, quizá te dé otra oportunidad... porque te quiere. ¿Pero serás capaz de llevar algún día una vida plena y feliz?

—No lo sé —murmuré en voz muy baja.

—Sí lo sabes, hijo. El mundo nunca cambia a no ser que cambies tú primero.

—Te he dicho que no puedo.

—¿Por qué no? ¿Por qué crees que no puedes?

Quise ahondar en su pregunta y ser sincero conmigo mismo por primera vez en muchos años.

«No puedo porque tengo miedo. Porque me ahogo cuando pienso en ello. Porque es demasiado tarde. Porque soy un cobarde, un desgraciado y un mentiroso que lleva huyendo más de diez años. Porque resulta mucho más fácil girar la cara y mirar hacia otro lado, aunque la verdad te persiga de por vida».

Oí suspirar a Penélope, cansada de esperar una respuesta que yo era incapaz de verbalizar. Y habló por última vez antes de colgar.

—¿Sabes en qué creo yo? Creo que, a veces, el universo nos muestra el camino, como en un mapa. Y no nos damos cuenta, pero todo lo que nos rodea, cada aspecto de nuestra vida, es como una pequeña pista que nos indica hacia dónde ir. Puedes postergarlo todo el tiempo que quieras. Puedes ignorarlo e, incluso, morir sin haberlo intentado. Pero ese camino seguirá ante ti hasta el último segundo de tu vida, esperando a que des el primer paso y te adentres en él.

Me quedé en silencio con los ojos cerrados, tratando de asimilar lo que acababa de decir.

—Buenas noches, hijo. Intenta dormir.

El lunes por la mañana me acerqué hasta comandancia a primera hora para pedir un par de días libres. A Norton no le hizo mucha gracia mi solicitud, pero me dio el miércoles y el jueves con la condición de que hiciese horas extras durante el fin de semana. Mi buque debía zarpar el domingo por la noche hacia el golfo de Guinea y aún tenía que comprobar el funcionamiento del sistema de radares antes de iniciar las nuevas maniobras de defensa.

Me pasé casi todo el día ojeando el móvil por si Penélope me enviaba algún mensaje, aunque no recibí nada. Nuestra última conversación me había dejado noqueado.

Penélope era muy intuitiva, hasta el punto de hablarme como si me conociera en profundidad. Ese asunto de los dones extrasensoriales me había cogido por sorpresa, porque llevaba más de diez años encerrado en mí mismo y, de repente, Luna había irrumpido en mi vida para desmontarlo todo. Y aunque en un primer momento monté en cólera por ello, a esas alturas empezaba a replantearme las cosas. Su habilidad para descifrar mis secretos se estaba convirtiendo en una especie de liberación para mí. Al fin había alguien que lo sabía. Alguien con quien no tendría que volver a fingir. Pero esa persona, la que mejor me conocía, seguía inconsciente en la UCI de un hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Al salir del trabajo, me fui a correr. No podía quedarme en casa —me agobiaba solo con pensar en ello— y tampoco podía acudir al gimnasio. Era muy probable que, después del altercado del sábado, ya no quisieran verme el pelo por el club. Decidí recorrer la reserva natural para subir al peñón. Eran solo seis kilómetros de ida y vuelta, pero las cuestas se hacían duras en el ascenso. Aun así, merecía la pena el esfuerzo. Las vistas desde arriba eran espectaculares.

Crucé la entrada sin pagar, como residente tenía acceso gratuito. Cogí un buen ritmo de carrera y me adentré por uno de los caminos asfaltados que llevaban al mirador de cristal, uno de los lugares más elevados de La Roca. Llegué hasta lo alto justo cuando empezaba a ponerse el sol por detrás de la bahía de Algeciras. Había varios turistas allí, aunque pronto se marcharon y me quedé solo con la compañía de los monos que habitaban el lugar. El viento frío de finales de enero no invitaba a quedarse, pero yo ya estaba acostumbrado a las ventiscas que golpeaban el buque en invierno.

Subí los escalones, me acerqué al borde de la barandilla de cristal y fijé mi vista en la puesta de sol. Desde allí, podía divisar toda la bahía al oeste.

La conversación con Penélope todavía resonaba en mi cabeza.

«Sabes que tienes asuntos que resolver».

«No puedo. No lo entiendes. Antes preferiría matarme».

Joder... Y tanto que lo prefería. Había dedicado más de una década a guardar el secreto, aunque esa decisión, en lugar de mantenerme a salvo, me había condenado a una maldita muerte en vida.

Me giré hacia el otro lado y miré en dirección noreste. El cielo empezaba a oscurecer sobre el mar. Pensé que al fondo, a setecientos kilómetros de donde me encontraba, Luna seguía intubada sobre una cama de hospital. Apreté la mandíbula para controlar la sensación de angustia, pero ya no podía contenerla más. La mano espectral me oprimía la garganta. Estaba harto de sentirme así.

«¿Te ha merecido la pena cargar con tanto peso hasta el día de hoy?».

—No —respondí con rabia a pesar de que nadie podía escucharme.

Y miré hacia el norte, hacia Inglaterra..., hacia la tumba de Liam. Hacia la maldita azotea donde se había jodido todo para siempre. Al lugar exacto donde había dejado una parte de mí,

tirada sobre el suelo, junto al cuerpo destrozado de mi mejor amigo.

Comprendí que estaba a medio camino entre dos mundos completamente opuestos; atrapado entre mi pasado y mi futuro, entre Liam y Luna, entre lo que odiaba de mí mismo y lo que deseaba llegar a ser.

Fue entonces cuando tomé la decisión.

Resolvería todos mis asuntos. Mataría a la bestia de una maldita vez. Por ella. Pero, sobre todo, por mí. Aunque tuviera que regresar al lugar que más detestaba de toda la Tierra y arrancarme a jirones ese puto candado tatuado en mi piel.

—Voy a matarte... —susurré con la mirada perdida en el horizonte—. Juro que lo haré.

59

LUNA

Todo era bruma a mi alrededor; una niebla blanca y espesa que no me dejaba ver el suelo.

Caminé sin saber dónde estaba hasta que oí una voz familiar.

—Cariño, ¿qué haces aquí?

Me giré hacia atrás y vi a mi madre. No tardé ni un segundo en lanzarme a sus brazos.

—Mamá... Te echo tanto de menos.

No podía creer que estuviera ahí, a mi lado. La abracé durante un tiempo indeterminado. Después, se separó de mí y me miró a los ojos.

—¿Por qué estás tan triste? —me preguntó con su mirada sabia.

—Porque lo he perdido.

Ella me comprendió de inmediato.

—Fue él quien se perdió a sí mismo hace mucho tiempo. Tú solo le has mostrado lo que no quería ver. Has destapado su oscuridad. Alguien tenía que hacerlo.

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—Eso depende de ti. Puedes volver, seguir con tu vida y aceptar todo lo que tenga que ocurrir, para bien o para mal. A no ser...

Dejó la frase en el aire.

—¿A no ser que qué?

—Que prefieras quedarte conmigo.

—¿Y qué pasará con nona si no vuelvo? ¿Quién cuidará de ella?

—Nona está hecha de roca y sabe que no tardará mucho en unirse a nosotras.

Mis ojos se humedecieron.

—¿Te gustaría quedarte conmigo? —me preguntó.

Me miré las manos. Estaban cubiertas de sangre y de tierra. Y después la miré a ella.

—No lo sé. Estoy tan cansada.

—La vida duele, cariño. Pero duele mucho más no haberlo intentado.

60

JONATHAN

Mi avión aterrizó el miércoles a las doce de la mañana. No lo hizo en Ibiza, como había previsto días atrás, sino en el aeropuerto de Heathrow, en Londres, en medio de una tormenta.

Agarré el asa de la maleta mientras sujetaba el chaquetón con la otra mano, atravesé la terminal de llegada con paso decidido y me dirigí hacia uno de los stands de alquiler de vehículos.

Media hora después, conducía un Volvo XC40 por la M25, camino de Guildford, Surrey. El trayecto era corto. Apenas duraba cuarenta minutos con poco tráfico, pero el clima no acompañaba y tuve que hacerlo a velocidad moderada.

Llegué a las inmediaciones de Guildford a las dos menos cuarto. Vi el campo de fútbol y el complejo deportivo a lo lejos. Tomé la salida de la A3 y entré por Stoke Road en dirección al centro. Atravesé un barrio periférico, con sus típicas viviendas de ladrillo rojo, similares a la casa en la que me había criado. Pasé por The Stoke Pub, el local donde me tomé mi primera cerveza con Liam, hacía casi una eternidad. El negocio todavía estaba abierto, al igual que el puesto de *fish and chips* donde solíamos recalar algunos viernes después de clase. Casi toda la ciudad seguía tal como la recordaba. Las aceras grises, las casas bajas, el cielo plomizo. Pasé también por la puerta de mi antiguo colegio y vi a un grupo de chavales en la entrada, resguardados bajo una cornisa. Giré la cara y aceleré. Había empezado a notar una presión muy desagradable en el pecho. Los recuerdos pesaban demasiado. Conduje varios minutos más, hacia Hight Street, y paré en la puerta del Starbucks que había cerca del río. Me compré un sándwich de pavo y una botella de agua. No había tomado nada desde las nueve, pero tenía el estómago revuelto por culpa de los nervios. Dejé la comida sobre el asiento del copiloto y encendí el motor. La siguiente parada era la definitiva. El final del trayecto y también el punto de partida.

Cinco minutos más tarde, aparqué el coche a pocos metros de la casa de Liam. Sus padres aún vivían allí, en el mismo barrio residencial donde habíamos crecido, en una vivienda de dos plantas de ladrillo rojo, con dos setos impecablemente podados a ambos lados de la puerta. Sentí un espasmo en el pecho cuando miré hacia la ventana de su dormitorio. Reconocí las cortinas de color amarillo que llevaban años colgadas tras el cristal. Cerré los ojos con fuerza y me llevé una mano a la altura del corazón. Apenas podía soportar la presión, aunque deseaba hacerlo con todas mis fuerzas.

«Paso número uno».

Metí la mano en el bolsillo derecho de mi abrigo y saqué las pastillas que había comprado el día anterior en una farmacia al salir de la consulta médica de la base naval. Le dije a la doctora que me atendió que sufría estrés laboral y le pedí que me recetara ansiolíticos. Nunca había tomado medicación para la ansiedad, pero, en aquel momento, necesitaba esas pastillas más que el oxígeno en mis pulmones. Abrí la botella de agua y me tomé una dosis. No fui capaz de comerme el sándwich. Tenía el estómago cerrado.

Esperé media hora dentro del coche hasta que empecé a notar los efectos del ansiolítico. La presión en mi pecho disminuyó poco a poco. Todavía estaba nervioso, ¿pero quién no lo estaría en mi situación?

«Paso número dos».

Cogí el móvil, busqué un número en la agenda y pulsé el botón de llamada. Tardaron muy poco en contestar.

—¿Diga?

—Hola, Martha. Soy Jonathan Hartford.

—¡Jonathan! ¡Cuánto tiempo! Harry me ha contado que habló contigo ayer. Me ha dicho que hoy vienes de visita a Guildford...

—Así es. Acabo de llegar. Estoy aparcado en la puerta de vuestra casa.

—¿En serio?

—Ayer le pregunté a Harry si podía pasarme un rato a veros.

—Por supuesto que sí. No hacía falta que volvieras a llamar.

—Me acerco en un minuto.

—Perfecto. Aquí estaremos.

Colgué.

Miré hacia el frente con la mandíbula apretada. El cristal del parabrisas se había empañado por dentro y el vaho difuminaba las luces de la calle.

«No la cagues ahora. No te echas atrás».

Llevé la mano a la manivela y la apreté con fuerza antes de abrir la puerta. Noté palpitaciones en la garganta, pero salí del coche con decisión. Di varios pasos rápidos, firmes y decididos. Era una forma de contrarrestar la sensación de debilidad en las piernas.

Subí los escalones que conducían a la casa y me planté frente a la puerta. Miré el timbre. Había pulsado ese botón miles de veces en el pasado. El corazón me bombeaba a una velocidad insoportable a pesar de los ansiolíticos. Porque... ¿cómo contarle a unos padres que tú fuiste el responsable de la muerte de su hijo? ¿Y cómo hacerlo diez años después?

Me crují los puños, tomé una respiración profunda y alargué la mano para pulsar el timbre. El sonido vibró en toda la casa.

«Ya está hecho».

La puerta se abrió y vi a Martha al otro lado. El tiempo y la adversidad no habían tenido piedad con ella; ya no quedaba rastro de la mujer elegante y coqueta que había sido una vez. Tenía el rostro ajado y llevaba el pelo canoso recogido en un moño descuidado. A pesar de ello, me miró con el mismo cariño con el que lo había hecho tantos años atrás.

—¡Jonathan! Pasa. Cómo me alegro de verte.

—¿Qué hay, Martha?

Nos dimos un pequeño abrazo. En otra vida, ella me había tratado como parte de su familia.

—¡Harry! ¡Jonathan está aquí! —gritó—. Dame tu abrigo y te lo cuelgo en el armario.

Di dos pasos mientras me quitaba el chaquetón.

Lo primero que me golpeó al entrar fue el intenso olor de la casa. Olía a mi infancia, a domingos jugando a la Xbox, a rollos de canela, a largas tardes de lluvia escuchando música en el desván... Olía a Liam. Fue como recibir un puñetazo en plena cara.

Harry bajó las escaleras con la mirada gacha y el cuerpo encorvado. Se acercó en silencio hasta mí y me dio un fuerte apretón de manos.

—¿Cómo estás, hijo?

Noté la emoción contenida en sus ojos cuando me miró.

—Bien. ¿Y vosotros?

—Poca cosa que contar.

—¡No os quedéis ahí! —dijo Martha—. ¡Entrad en el salón! ¿Te apetece tomar algo, Jonathan?

—No, gracias.

—¿Cómo que no? He preparado rollos de canela. Recuerdo lo que te gustaban de pequeño.

—Martha, no le insistas... —dijo Harry a mi espalda en tono de reproche.

—Está bien. Me tomaré uno.

Atravesamos el pasillo y entramos en la sala de estar. Allí recibí el segundo puñetazo, porque Martha y Harry habían envejecido lo inimaginable en una década, pero esa sala seguía intacta, como una maldita cápsula del tiempo, decorada con los mismos sofás de terciopelo verde frente a la misma chimenea cubierta de marcos de fotos. La mayoría eran imágenes de Liam. Toda su corta vida estaba representada sobre aquella repisa a través de fotografías de su infancia, su adolescencia y sus años en la universidad.

—Siéntate, Jonathan. Enseguida traigo las cosas —dijo Martha mientras se marchaba a la cocina.

Me senté frente a Harry con el cuerpo inclinado hacia delante, las manos entrelazadas y la cabeza agachada. Él adoptó la misma postura que yo. Me dio la sensación de que no se sentía cómodo con mi visita. Mi presencia le debía de traer demasiados recuerdos y no precisamente buenos.

—¿Qué tal por la Marina? —preguntó en tono frío para sacar conversación.

—Bien. No me puedo quejar. Ahora estoy destinado en Gibraltar, creo que te lo conté ayer por teléfono.

—Es buena zona para vivir, ¿no? Lo digo por el clima.

—Sí.

Nos quedamos un momento en silencio. La tensión se cortaba con un cuchillo.

—Mi hermana vive en la Costa del Sol. Quiere que nos mudemos allí cuando me jubile, pero... —chasqueó la lengua— Martha prefiere quedarse en Guildford. Aún le lleva flores a Liam cada semana.

—Comprendo —murmuré con un nudo en la garganta.

—Yo creo que nos vendría bien cambiar de aires. Esta casa está llena de recuerdos, la ciudad entera lo está. Supongo que por eso te fuiste de aquí. —Me miró con fijeza—. Hiciste bien, Jonathan. Yo también lo haría si pudiera.

Martha entró con una bandeja. Traía rollos de canela para alimentar al barrio entero y el clásico juego de té que toda familia inglesa reserva para las visitas. La colocó sobre la mesa central y nos sirvió una taza a cada uno. Me apetecía ese té lo mismo que una patada en el estómago, pero hice un esfuerzo y lo probé. Al rollo de canela le di un leve mordisco antes de devolverlo al plato.

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó Martha mientras removía su taza con una cuchara—. Hace tiempo que no hablo con ella.

—Está bien, contenta de haber vuelto a España. Fue una de las mejores decisiones que ha tomado en su vida.

—Salúdala de mi parte. Me acuerdo mucho de ella.

Le di otro sorbo al té. No sabía cómo sacar el tema. Empecé a mover la rodilla de forma involuntaria, presa de un tic nervioso incontrolable.

—¿Y qué te trae por Guildford?

Dejé la taza sobre la mesa con el estómago revuelto. La rodilla me temblaba a un ritmo exagerado.

—He venido a veros a vosotros —dije con la mirada esquivada.

Entrelacé las manos de nuevo y tomé una respiración profunda.

—¿A nosotros? ¿Por qué?

Miré a Martha y ella me devolvió la mirada. Todo mi cuerpo estaba en tensión. Tuve ganas

de vomitar ahí en medio, sobre el juego de té y los rollos de canela.

«¡Habla de una maldita vez!».

Pero no hablé. Fue Martha quien lo hizo.

—Jonathan, ya lo sabemos.

—¿Qué? —contesté con la voz ahogada.

—Sabemos lo mal que lo pasaste por no haber podido evitarlo. Tu madre me lo contó hace años. Pero, hijo..., tú no tuviste la culpa. Liam era un inconsciente. Acuérdate de cuando se lanzó con la bici cuesta abajo y se rompió la clavícula.

Me llevé la mano al cuello del jersey y lo estiré hacia abajo. Noté latidos en la garganta. Los ansiolíticos no me habían provocado el efecto deseado. Probablemente, necesitaba una dosis mayor o un medicamento más fuerte, pero ya era tarde.

—Sabemos que intentaste convencerlo para que no subiera y que él no te hizo caso —añadió Martha.

Me levanté. Estaba al borde de sufrir un colapso.

—Necesito... necesito ir al aseo un momento.

Di media vuelta ante el desconcierto de ambos y me dirigí a paso ligero hacia el cuarto de baño de la planta baja. Aún recordaba la distribución de la casa. Entré, cerré la puerta con pestillo y me incliné frente al váter. Pensé que iba a vomitar, pero apenas tenía nada en el estómago. Di una arcada antes de volver a incorporarme. Me lavé la cara con agua fría y me miré al espejo.

«¡Maldita sea! ¡Sal ahí fuera y acaba con esto!».

La voz de mi conciencia me gritaba, desesperada. Me imaginé volviendo al salón con paso firme y decidido. No hacía falta dar detalles a no ser que ellos los pidieran.

«Fui yo. Os mentí. Liam murió por mi culpa».

Pero mi cuerpo entero estaba paralizado. La bestia había despertado. Oí sus risas, su tono afilado, el sonido chirriante que se clavaba en mi cerebro... Caí de rodillas al suelo mientras me tapaba los oídos.

«No vas a librarte de mí».

—¡Cállate, joder!

No sé cuánto tiempo pasó. Puede que un minuto o dos. Me quedé allí, arrodillado, con las manos en los oídos, mientras intentaba controlar el ataque de pánico. Duró menos de lo habitual debido a la medicación. El sonido cesó y mi respiración se calmó poco a poco. Después, me senté en el suelo y apoyé la espalda en la pared.

Nunca sería capaz de hacerlo.

Visualicé mi vida a partir de ese momento. Volvería a Gibraltar sin haberme enfrentado a mis demonios, embarcaría en el buque para desempeñar mi trabajo con rigor, cambiaría de destino en unos meses y, algún día, ascendería a comandante. En lo personal, visitaría a mi madre un par de veces al año y conocería a otras mujeres, pero jamás volvería a enamorarme.

Visualicé también la vida de Luna, la que yo deseaba para ella, puesto que aún temía que no despertara. La imaginé recuperada de las secuelas del accidente, pintando en su taller, bañándose en aquella playa de aguas cristalinas, tomando el sol en su jardín, conociendo a otro hombre... Un tipo más honesto que yo. Alguien que pudiese amarla como yo no había podido. Nunca volvería a verla, porque... ¿acaso no era eso lo mejor para ella? No podía condenarla a cargar conmigo, con mi pasado, con mi trabajo, con la distancia, con mis ataques de pánico y con la bestia que habitaba en mí. Y así, sin más, pasarían los años, hasta que llegase la hora de abandonar este mundo.

Mi móvil vibró en el bolsillo del pantalón.

Lo saqué con ansiedad porque temía que fueran noticias de ella. Vi un número desconocido con prefijo de España.

—¿Quién es?

Hubo unos segundos de retardo.

—¿Quién es? —repetí, nervioso.

—Jonathan, soy Lucas. Te oigo mal.

Su voz sonó afectada y me temí lo peor.

—¿Qué pasa? ¿Está bien? ¡¿Luna está bien?!

Oí un sonido metálico. Pensé que la comunicación se había cortado, pero entonces escuché su voz de nuevo.

—Jonathan..., ¿estás ahí?

—¡Sí!

—Penélope me ha pedido que te llame. Ella no puede hacerlo ahora... —oí interferencias de nuevo—, ocupada con papeleo...

—¡¿Qué papeleo?!

Noté la mano espectral en mi garganta. Me apretó con todas sus fuerzas, como nunca antes lo había hecho. «No, no, no... ¡Ella no!». Sentí que me moría, literalmente. Fue como recibir un hachazo que me partió el cuerpo en dos mitades.

—¿Ha muerto? —dije con la voz quebrada.

—¿Quién? —preguntó Lucas.

—Luna...

—¡No! Luna está bien. Se ha despertado. Eso es lo que quería decirte.

—¿Qué? —murmuré.

—Se ha despertado hace tres horas. Está consciente y se encuentra bien.

Solté todo el aire de golpe. Y, junto al aire, el peso de mi cuerpo, el miedo que me ahogaba, la angustia y la ansiedad. Fue como volver a nacer. Como si el mundo se hubiese ordenado tras un intenso periodo de caos. Y, de pronto, volvió a reinar el equilibrio.

—Gracias...

Fue lo único que pude decir al principio. Las lágrimas me desbordaron. Era la primera vez que me ocurría en diez años. La primera y única vez que bajaba la guardia hasta ese punto y lloraba de verdad. Aun así, traté de mantenerme sereno mientras escuchaba a Lucas.

—No he podido verla, pero Will me ha contado que está bastante bien. Los médicos han dicho que sus constantes son buenas. Se va a recuperar...

Me sequé las lágrimas con la mano derecha.

—Sé que vais a cuidar bien de ella —contesté con voz rasgada—. Yo... estoy en Inglaterra. Tengo que resolver un asunto muy importante y...

—Claro. No hace falta que vengas.

—Dile a Luna que... —Realicé una pausa—. Dile que he pensado mucho en ella durante estos días. Y dile que le deseo lo mejor. Se merece ser feliz. ¿Se lo dirás?

—Sí.

—Muchas gracias por llamar.

—De nada.

Nos quedamos callados un momento.

—Tengo que colgar... —dije—. Me están esperando.

—Adiós, Jonathan.

—Adiós.

Me levanté y me pasé la toalla de mano por la cara. Después, tomé una respiración profunda y me miré al espejo de forma breve. Hubo silencio en mi cabeza. Un silencio inmenso y reparador.

Si ella era capaz de despertar y recuperarse del accidente, yo sería capaz de matar a la bestia y empezar de cero.

Abrí la puerta y salí del aseo con decisión. No le di más vueltas. No lo pensé. Agradecí que el silencio persistiera en mi cabeza cuando llegué al salón. Martha y Harry seguían sentados en el sofá. Se levantaron los dos a la vez al verme aparecer en el umbral. Me quedé allí de pie, a varios metros de distancia, mientras me miraban con expresión confusa.

—Lo siento —dije en voz alta y firme—. Os mentí. Es lo que he venido a contaros. Sé que llego muy tarde y que, probablemente, no estéis preparados para escuchar lo que os voy a decir, pero... tengo que hacerlo. Necesito hacerlo. Es la única manera de recuperar mi vida.

Se miraron entre ellos antes de volver a fijarse en mí.

—Os mentí a todos, pero os juro que en la mentira he llevado la penitencia.

—Jonathan... —murmuró Martha con la cara descompuesta.

No la dejé continuar. Ya no podía parar.

—Liam no quería subirse a la barandilla. La idea fue mía. Yo le insistí, le ofrecí dinero y lo convencí para hacerlo. No le puse una pistola en la sien, no lo obligué y nunca pensé que iba a ocurrir lo que ocurrió, pero sé que, si me hubiera mantenido callado esa noche..., si hubiese cerrado la boca en lugar de insistir..., él seguiría vivo. Esa es la verdad. No fui capaz de contároslo entonces, pero lo hago ahora y asumiré las consecuencias. Porque él murió por mi culpa y llevo diez años cargando con ello.

CUARTA PARTE

Equilibrio

61

LUNA

Cuatro días, tres horas y catorce minutos; ese es el tiempo que estuve en coma. Fue mi particular periodo en blanco, una travesía por una densa nebulosa de la que solo conservo un recuerdo borroso de mi madre. Nunca sabré con certeza si aquello fue real o solo fue un sueño, pero, desde el momento en el que abrí los ojos, tuve la impresión de haber estado muerta. No hay palabras que puedan describirlo con mayor exactitud. Me sentía tan cansada y aturdida como si hubiera regresado de la muerte. La sensación de pesadez en todo mi cuerpo era opresiva y agotadora, pero estaba viva. Los médicos se lanzaron a hacerme pruebas en cuanto se dieron cuenta de que había despertado. Me examinaron los ojos y los reflejos para comprobar si respondía a diversos estímulos y me hicieron decenas de preguntas cuando pude comunicarme con ellos. ¿Cómo te llamas? ¿En qué año estamos? ¿Recuerdas el accidente? ¿Notas esto? ¿Sientes dolor aquí? Solo podía responder con monosílabos, aunque fui capaz de decir mi nombre.

—Lu-na.

Mi voz sonaba ronca y me dolía la garganta. Más tarde, alguien me explicó que había estado intubada la mayor parte del tiempo.

Ese mismo día vi a mi padre y a mi abuela. Siempre recordaré la emoción que había en la mirada de ambos cuando entraron en la UCI y me vieron despierta por primera vez. Quise abrazarlos, pero apenas podía moverme porque el agotamiento que sentía era devastador. Enseguida me di cuenta de que llevaba un collarín en el cuello y la cara cubierta de parches y vendajes. También me habían cortado el pelo a ras de la mandíbula. Mi larga cabellera había desaparecido. «Pero oye, chica, estás viva. Has regresado de la muerte», pensé.

No sé de dónde saqué las fuerzas, pero las saqué.

La siguiente semana la pasé en un estado de somnolencia intermitente hasta que, poco a poco, empecé a ser más consciente de la situación y a recuperar el habla. Me hicieron todo tipo de pruebas para descartar daños cerebrales. Afortunadamente, los resultados fueron muy favorables.

A mediados de febrero me sacaron de la UCI y me trasladaron a planta. Ese día comenzó un largo periodo de adaptación y recuperación que duró meses, porque despertar de un coma es un proceso muy lento y difícil. Nada que ver con lo que ocurre en las películas.

Al llegar a la habitación, me dieron la primera explicación exhaustiva de todo lo que me había ocurrido. Me describieron el accidente al detalle y me dijeron que tenía una pequeña fractura en una vértebra del cuello, aunque no había lesión medular. También me contaron que había sufrido un neumotórax.

—¿Y la cara? —le pregunté al médico—. ¿Qué me ha pasado en la cara? ¿Por qué he llevado vendas hasta ayer?

Mi padre y mi abuela se miraron entre ellos. El doctor carraspeó antes de hablar.

—Sufriste daños. El cristal delantero se rompió y te arañaste con la vegetación y con otros materiales.

—Quiero un espejo.

—No tenemos ninguno a mano —contestó mi abuela.

—Buscadme uno o id a comprarlo —dije con voz firme—. ¡Quiero verme la cara!

Al rato me trajeron el espejito de mano de una enfermera y pude verme por primera vez. Tenía rasguños y restos de hematomas por todas partes; en la frente, en la barbilla, en la nariz...

Pero nada era tan llamativo como la enorme cicatriz que me cruzaba la mejilla izquierda de lado a lado, desde la comisura de los labios hasta el lóbulo de la oreja. Me habían dado veinticinco puntos en total.

—Dios mío... —murmuré—. Parezco un monstruo.

—Hoy en día existen tratamientos muy efectivos para disimular las cicatrices, pero eso no debería preocuparte ahora. Tienes que centrarte en recuperar la movilidad. Vas por buen camino, aunque necesitarás rehabilitación. Todo a su debido tiempo.

Aquella tarde, al fin pude ver a mis amigos. Mi padre y mi abuela habían bajado a la cafetería. Estaba sola en la habitación cuando tocaron en la puerta.

—¿Qué hay, pequeña? —Oí a lo lejos.

Giré la cara y vi a Lucas seguido de Marina. Entraron despacio, como si tuvieran miedo de lo que iban a encontrar. Lucas se quedó a unos metros de la cama y me miró en silencio. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿En qué habíamos quedado? —soltó Marina tras darle un codazo en las costillas.

—Ya sé que tengo un aspecto horrible —dije con voz cansada y susurrante.

—Estás viva, cariño —contestó ella—. ¿A quién le importa el aspecto que tengas?

—Menudo sentimental estás hecho —le comenté a Lucas en tono bromista—. ¿No puedo tener un accidente sin que te vengas abajo?

—No vuelvas a darme ese susto, ¿me oyes? —contestó muy serio. Tanto que fui incapaz de continuar con la broma.

Estuvimos charlando un rato hasta que Marina se marchó. Cuando Lucas y yo nos quedamos a solas, se sentó al borde de mi cama y me cogió de la mano.

—Luna... —dijo con voz dubitativa—, tengo que contarte algo. Hablé con Jonathan hace unas semanas, cuando despertaste del coma.

No dije nada. Me mantuve quieta y serena a pesar del fuerte latigazo que noté en el estómago al oír su nombre.

—Contacté con él cuando tuviste el accidente y lo avisé cuando despertaste. Él... me dio un mensaje para ti.

Lo miré fijamente mientras trataba de disimular los nervios.

—Me dijo que había pensado mucho en ti y que te desea lo mejor.

—¿Y tú te lo creíste? —pregunté con una mezcla de emoción y resentimiento.

—Sí. Lo noté muy preocupado. Y también aliviado cuando supo que te habías despertado.

—Si tan preocupado estaba, ¿por qué no he sabido nada de él? ¿Por qué no contestó mi correo? Ni siquiera me ha llamado...

—Creo que llamó a tu abuela cuando estabas inconsciente.

—¿Y qué le dijo?

—No lo sé. Es mejor que se lo preguntes a ella.

—¿Y ahora? ¿Dónde está? ¿Por qué no llama?

—Me dijo que estaba en Inglaterra porque tenía que resolver un asunto muy importante.

—¿En Inglaterra? —repetí con sorpresa.

—Sí.

—Eso fue hace más de dos semanas. ¿Habéis vuelto a saber algo de él?

—No.

Suspiré despacio.

—Gracias por habérmelo contado, pero... prefiero que no hablemos más de él —dije con los ojos cerrados—. Estoy muy cansada. Necesito dormir un rato.

—De acuerdo, pequeña. Me quedaré a tu lado mientras descansas.

Estuve ingresada quince días más. Tuve que esforzarme mucho para recuperar la movilidad en las piernas y adquirir la fuerza necesaria para volver a caminar, porque había perdido masa muscular y tenía el cuerpo muy debilitado. El fisioterapeuta del hospital venía cada mañana para trabajar conmigo y darme indicaciones. Me esforcé todo lo que pude hasta el límite de mis fuerzas. Quería regresar a casa y retomar mi vida cuanto antes. Gracias a mi empeño, en pocos días comencé a notar progresos de forma gradual y a recuperar la movilidad y el tono muscular de la espalda. Trabajé duro hasta que una tarde, a finales de febrero, conseguí caminar sola hasta el cuarto de baño. Al día siguiente lo celebramos con tarta vegana de zanahoria, una de las especialidades de mi abuela, aunque el médico me había avisado de que tendría que continuar con la rehabilitación durante meses para volver a ser la chica sana y fuerte de antes del accidente. Hice una estimación para motivarme y puse fecha para ese acontecimiento. Escogí el 30 de mayo, mi cumpleaños. Quería que ese día marcara el antes y el después en mi vida. Por un lado, cumpliría veintinueve. Por otro, sería como renacer.

El 4 de marzo me dieron el alta. Había pasado cinco semanas y dos días en el hospital y, aunque aún no estaba recuperada, me sentía preparada para regresar a casa. No obstante, tuve que salir de allí en silla de ruedas con el collarín amarrado al cuello. Los médicos me habían aconsejado que debía llevarlo el máximo tiempo posible hasta que la fractura de mi vértebra sanara del todo.

Volver a casa me sentó muy bien. Echaba de menos las cosas más sencillas de la vida, en especial, la comida de mi abuela. Llevaba semanas alimentándome a base de táperes porque la única opción vegana que ofrecía el hospital consistía en purés insípidos y sopas de verdura. También añoraba salir al jardín, tomar el sol, acariciar a Nelson Mandela —que pronto vino a visitarme—, convivir con mi familia, dormir en mi cama, pintar...

Sin embargo, no todo fue bueno. Hubo un par de momentos muy duros aquel día. El primero de ellos, cuando me miré en el espejo del armario de mi dormitorio. Me había mirado muchas veces en el baño del hospital, pero, cuando lo hice en mi propia casa, en mi dormitorio, fue como confirmar que toda la pesadilla era real. En el hospital me había sentido en una burbuja, pero en mi casa tuve que enfrentarme a la realidad y aceptar que mi aspecto había cambiado. La mayoría de las heridas habían cicatrizado bien, pero aún mantenía la marca del corte en la mejilla izquierda. Esa llamativa lesión llena de puntos había dejado una huella imborrable en mi rostro. Tenía que asumirlo. El pelo crecería, la vértebra se estaba curando y pronto podría deshacerme del collarín, mi cuerpo se fortalecería con el tiempo, volvería a caminar con normalidad, a correr, a nadar, a practicar yoga..., pero mi cara había quedado marcada para siempre.

A pesar de ello, el momento más duro que viví sucedió a última hora de la tarde.

Le pedí a mi padre que me llevara a mi estudio porque dependía de los demás para desplazarme. Mi abuela y él me llevaban en silla de ruedas a todas partes, aunque, de vez en cuando, intentaba dar algunos pasos para ejercitarme.

Lo primero que vi al entrar en el taller fue el cuadro que había pintado antes del accidente; descansaba sobre un caballete en el centro de la estancia. Era una pintura lúgubre y gris, llena de

ramas enredadas y espinas. Una oscura premonición de lo que ocurriría después. No recordaba el accidente ni el fallo en los frenos, ni las vueltas de campana, ni el impacto, ni el dolor. Pero recordaba el instante previo al caos, la canción que sonaba en la radio y la sensación de angustia y desazón que me quemaba por dentro.

Cuando vi el cuadro, reviví todas esas emociones. No me conecté con el accidente, sino con el dolor de haber perdido a Jonathan. Y supe que ese dolor, por mucho que quisiera evitarlo, era y sería para siempre uno de los más amargos de mi vida.

Miré el cuadro en silencio antes de hablar.

—Papá, búscame un cúter. Creo que hay uno en la caja de herramientas, en la estantería del fondo. Pásamelo, por favor.

Me puse de pie mientras él se acercaba a buscarlo y di varios pasos hacia el caballete.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mi padre tras pasarme el cúter.

—Ahora lo verás.

Saqué la cuchilla, apuñalé la tela y rajé el cuadro de arriba abajo. Lo hice trizas ante el asombro de mi padre. Cuando acabé, le pedí que quemara los restos en el jardín.

—Que no quede nada, por favor. Y después, tira las cenizas a la basura.

Pasaron los días y empecé a trabajar con un nuevo fisioterapeuta que venía a casa tres veces por semana. Se llamaba Jaime y debía de tener mi edad. Aparte de ser un gran profesional en su ámbito, era muy guapo y me hacía reír. En resumen, era el sueño de cualquier paciente en rehabilitación.

—¿Cuáles son tus objetivos? —me preguntó el primer día.

—Hacer una vida normal, obviamente.

—¿Algo más arriesgado? Me gustan los retos.

—Quiero volver a practicar yoga. ¿Crees que lo conseguiré?

—Por supuesto. No subestimes mi poder.

Me eché a reír.

—Vale. Necesito estar operativa el 30 de mayo.

—¿Por qué? ¿Tienes un viaje programado?

—Es el día de mi cumpleaños y quiero volver a nacer.

—Ya volviste a nacer cuando te despertaste en la UCI.

—No. Ahora estoy gestando la que será mi nueva vida. Todo forma parte de un plan. Es como morir para renacer, y yo he decidido nacer ese día para empezar de cero.

—Como quieras, pero tenemos poco tiempo. ¿No podrías renacer un poquito más tarde?

—No —dije entre risas.

—Entonces, tendremos que trabajar muy duro.

—Me gusta el trabajo duro. Dame caña.

A principios de abril, mi padre regresó a California. Había pospuesto varios compromisos laborales por culpa de mi accidente y necesitaba volver al trabajo cuanto antes. Aun así, no quiso marcharse de Ibiza hasta que dejé de usar la silla de ruedas. Para entonces ya caminaba sola con soltura, aunque aún llevaba collarín. Todavía estaba lejos de practicar yoga o correr, pero estaba

convencida de que todo llegaría. Era cuestión de tiempo, de paciencia y de fomentar y mantener una actitud positiva.

Antes de marcharse, mi padre me propuso irme a vivir con él a California.

—No ahora —aclaró—, cuando te recuperes del todo. Creo que te vendría bien cambiar de aires. Podrías pedir una beca en la escuela de arte de San Francisco...

—No sé, papá. Toda mi vida está aquí. Nona, mi trabajo, mis amigos...

—Piénsalo, por favor. No tiene por qué ser definitivo, aunque puedes quedarte conmigo el tiempo que quieras.

—De acuerdo. Lo pensaré.

Me pareció una idea interesante, sobre todo, porque aún pensaba en Jonathan todos los días.

«En esta silla se sentó Jonathan». «Sobre estas sábanas hicimos el amor».

Se había convertido en un fantasma del pasado, un recuerdo intenso y doloroso que trataba de evitar a toda costa. Ya no hablaba de él con nadie, ni siquiera con mi abuela. Nunca le había preguntado sobre sus supuestas llamadas cuando estaba en coma. ¿Para qué hacerlo? Era tan evidente que él ya no me quería en su vida. Imaginé que solo la había llamado por cortesía, porque Jonathan tenía muchos defectos, pero la mala educación no era uno de ellos. Además, mi abuela tampoco había sacado el tema y yo no quería darle más vueltas.

Quizá, mi padre tenía razón. Necesitaba un cambio de aires y San Francisco podía ser el lugar adecuado.

Esa misma tarde lo hablé con Lucas mientras nos tomábamos unas bebidas en la terraza.

—Mi padre me ha propuesto que me vaya a vivir con él a California.

Lucas se atragantó con la Coca-Cola. Tosió varias veces, dejó el vaso sobre la mesa y me miró.

—¿Y tú qué le has dicho?

Me encogí de hombros.

—Que lo pensaré. Dice que podría pedir una beca en la escuela de arte, pero...

—¿Pero qué?

—Que no tengo pasta para el viaje. Llevo más de dos meses sin dar clases de yoga, pero sigo pagando la cuota de autónomos. Además, hemos cancelado todos los alojamientos por el tema de mi accidente. Hace tiempo que no tengo ingresos.

—¿Por qué no le pides dinero a él?

—¿A mi padre? Tampoco está muy boyante. Se compró una casa el año pasado y ahora ha tenido que posponer varios retiros por mi culpa.

—Por culpa de tu accidente —corrigió él.

—Lo sé...

—¿A ti te gustaría ir?

—No estoy segura, pero creo que me vendría bien. ¿Tú qué opinas?

—Siendo egoísta..., por favor, no te marches jamás. Siendo objetivo... —hizo una pausa para tomar aire—, deberías ir.

—¿Y de dónde saco el dinero? Los vuelos son muy caros y yo no puedo depender de mi padre para todo. Voy a cumplir veintinueve, ya no soy una adolescente.

—Tal vez pueda dejarte algo. ¿Cuánto necesitas?

—¡Ni hablar, Lucas! Tienes que pagar el barco, que no es poco. Te recuerdo que estás endeudado hasta dentro de veinte años.

—Vale, vale... Solo era una sugerencia.

Nos quedamos en silencio. Él se frotó la barbilla de manera pensativa.

—¿Por qué no vendes tus cuadros? —preguntó.
—¿Qué cuadros?
—¿Qué cuadros van a ser?! Todos los que tienes almacenados en tu estudio. ¿Cuántos hay?
¿Veinte? ¿Treinta?
—La mitad de ellos solo son esbozos.
—Pues son unos esbozos muy bonitos. —Sonreí—. En serio, Luna, tienes un montón de cuadros preciosos en el taller. Están arrinconados y cubiertos de polvo. Se merecen una vida mejor.
Me encogí de hombros.
—Soy una tonta, pero los guardaba por si algún día... —Dejé la frase en el aire.
—¿Por si alguien descubre tu talento y te ofrece un cheque en blanco?
—¡No! Por si algún día me surge la oportunidad de montar una exposición.
Lucas me echó una mirada llena de compasión.
—Pues... es una pena, Luna. Mientras esperas, siguen ahí amontonados y nadie disfruta de ellos. Véndelos y sácate un dinero. Al menos, alguien los tendrá colgados en su salón.
—¿Y dónde quieres que los venda? ¿Me monto un puesto en la playa?
—Internet, pequeña.
Lucas sacó su móvil y empezó a teclear.
—¿Has oído hablar de las campañas de mecenazgo?
—Alguna vez...
—Podríamos crearte una campaña de *crowdfunding* con el pretexto de que necesitas ayuda para completar tu formación artística en el extranjero. La gente suele aportar cantidades muy pequeñas, pero si captamos la atención de personas que trabajen en el sector... —se quedó pensativo—. También puedo crearte una página web donde vender tus cuadros y enlazarla con la campaña de mecenazgo.
—¿Y tú crees que alguien los compraría?
Lucas suspiró, irritado.
—De verdad... Un poquito más de autoestima no te vendría mal. Autoestima y optimismo, por favor.
—No es por falta de autoestima, lo sabes bien. Es solo que todo esto me abruma. Necesito pensarlo con calma. Es una decisión muy importante. Se trata de cambiar de país, de continente, de trabajo, de vida. Todavía estoy convaleciente.
—Ya lo sé, pero, al margen de si te vas o no, no hay nada que te impida vender esos cuadros. Quién sabe. Quizá descubras una fuente de ingresos para el futuro.
Me tomé un momento para pensarlo antes de contestar.
—Vale. ¿Y cómo lo hacemos? —dije.
—Déjalo en mis manos. Sabes que estas cosas me gustan y que estoy bastante libre hasta finales de mes. Tendré que hacer muchas fotos y... ¿Me das permiso para cotillear en tu estudio?
—¿Desde cuándo necesitas mi permiso para cotillear entre mis cosas?

Lucas se encargó de todo, la informática le gustaba y se le daba muy bien. Tardó solo tres días en diseñarme una campaña de *crowdfunding* que enlazó con varias redes sociales y una sencilla página web donde vender mis cuadros.

Al lunes siguiente, vino a mi casa para hacer fotos de las obras. Yo estaba con Jaime en el

salón, haciendo ejercicios de rehabilitación sobre una esterilla de yoga. Los presenté brevemente y se dieron la mano con una mirada que no me pasó desapercibida. Tras una escueta conversación, Lucas se dirigió a mi taller.

—¡Luna! ¿Puedes venir un momento?! —gritó desde el porche veinte minutos después.

Salí con Jaime al exterior para ver lo que estaba haciendo. Había sacado todos los lienzos a la terraza y los había ordenado por tamaños. La mayoría de ellos estaban sobre el suelo o sobre la mesa del porche.

—¡Qué bonitos! —dijo Jaime al verlos expuestos—. Eres una gran artista, Luna.

—Los va a vender por internet —explicó Lucas. Después, se dirigió hacia mí—. Dime cuáles quieres que suba a la web.

—Casi todos, excepto los que le pinté a mi madre. El de los tejados tampoco. Le tengo cariño.

—¿Y ese de ahí?

Lucas señaló la pared que había a mi espalda. Me di la vuelta y lo vi. Era el cuadro que había pintado para Jonathan. *El mundo a través de tus ojos*. Noté un pinchazo al verlo de nuevo, un dolor agudo en el centro de mi pecho. Los recuerdos de ese día lejano regresaron a mi mente.

«Es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida».

Tuve que hacer un esfuerzo para mantener el tono sereno en mi voz.

—Véndelo —dije antes de regresar al salón—. No quiero volver a verlo.

Lucas volvió a mi casa al día siguiente, a la misma hora, mientras yo tenía otra sesión con Jaime. No pasé por alto esa coincidencia. Dijo que tenía que repetir algunas fotos. Cuando acabamos la sesión de rehabilitación, invité a los dos a tomar algo en la terraza.

Mantuvimos una charla muy animada. Estuvieron todo el rato lanzándose miradas y sonriendo por los comentarios del otro. Cuando Jaime se marchó, le hice a Lucas un tercer grado.

—¡Buah, chaval! ¡Te has colado por mi fisio!

—No... ¡Qué va! —dijo él con una sonrisa esquivada—. Bueno, sí. Es guapo.

—Sí que lo es. Y yo, ilusa de mí, pensando que tenía alguna posibilidad.

—Tal vez la tengas.

—¿Qué dices?! Se le cae la babilla cada vez que hablas.

—Na... —dijo él con falsa modestia.

—¿Qué tal te va con André?

Se encogió de hombros.

—Hablamos de vez en cuando, pero solo es un rollo.

—Vaya, vaya, vaya —murmuré con una sonrisa traviesa—. Creo que Jaime y tú haríais buena pareja. Fíate de mí. Tengo buen ojo para estas cosas.

—¡Eh! Que solo nos hemos tomado una cerveza en tu terraza.

—Por algo se empieza, ¿no?

—Eso dicen.

—¿Te gustaría volver a verlo?

—Sí, claro.

—El viernes tengo otra sesión con él. A las doce. Búscate una buena excusa, porque la de repetir las fotos ya la has usado hoy.

Lucas, como ya esperaba, se pasó por mi casa el viernes siguiente mientras estaba con Jaime, pero el motivo que usó me dejó boquiabierta.

—¡Has vendido un cuadro! —anunció al entrar en el salón.

—¿Qué?!

Me senté en la esterilla de yoga, donde hacía los ejercicios.

—Que has vendido un cuadro.

—Enhorabuena —dijo Jaime, que estaba a mi lado.

—Pero ¿quién? ¿Cómo? Si solo llevan a la venta unos días.

—Un tío de Canarias que me sigue en Instagram. Te dije que lo de enlazar la web con mis redes sociales iba a funcionar. Voy a envolverlo para llevarlo a Correos y luego nos tomamos algo para celebrarlo.

La celebración se alargó más de lo previsto y Lucas y Jaime se quedaron a comer con nona y conmigo. Después del postre, el café y una sobremesa que duró dos horas, se intercambiaron los teléfonos y se marcharon en sus respectivos coches al mismo tiempo, uno detrás de otro, en la misma dirección.

—Estos dos trincan esta tarde —murmuró mi abuela en cuanto los vio salir por la puerta.

Pasaron las semanas y, ante mi total asombro, los cuadros se fueron vendiendo uno a uno con bastante rapidez. *El mundo a través de tus ojos* fue uno de los primeros en venderse.

—¿Quién lo ha comprado? —le pregunté a Lucas con melancolía.

—Una señora de Sevilla, creo. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Supongo que ya no importa, pero quiero saber a dónde va.

Intenté convencerme de que era lo mejor. Esa pintura se había convertido en el símbolo de lo que había tenido y perdido; una grieta por la que aún se filtraban demasiados recuerdos difíciles de gestionar. Ayudé a Lucas a embalar el lienzo y a rellenar la dirección de envío en la etiqueta. Estuve tentada de escribir una nota para la compradora. Una que dijera: «Cuídelo. Se lleva un trozo importante de mi vida».

—¿Estás segura de que quieres venderlo? —me preguntó Lucas antes de llevar el enorme paquete a la empresa de mensajería—. Aún estamos a tiempo de devolver el dinero y cancelar el envío.

—Sí, estoy segura —contesté con una leve sonrisa—. No es el destino que yo quería para el cuadro, pero... al menos sé que alguien lo disfrutará.

En mayo irrumpió la primavera en todo su esplendor. Pasaron muchas cosas durante aquel mes: llegó el calor, el jardín se llenó de flores, Lucas y Jaime se enamoraron como dos adolescentes y yo, por fin, dejé el collarín.

Había realizado grandes progresos gracias a la rehabilitación. En cuanto me sentí preparada, establecí la costumbre diaria de salir a pasear a media tarde. Al principio, me cansaba con facilidad y tenía que parar con frecuencia para descansar. Con el paso de los días, comencé a

fortalecer mi cuerpo y a notar avances muy significativos. Por las mañanas practicaba algunos ejercicios de yoga. Me centré en los más sencillos. Todavía no estaba lista para las posturas complicadas, pero, según Jaime, lo estaría al acabar el verano. Aproveché también para hacerme un nuevo corte de pelo, puesto que ya me había crecido el cabello hasta rozar los hombros. Lo escaloné para darle forma y, a pesar de que nunca lo había llevado tan corto, quedé muy contenta con el resultado.

Mi cicatriz era otro cantar. Ya no podía tomar el sol como antes. Tenía que llevar mucho cuidado y usar un protector solar alto. La marca aún era llamativa y, aunque el médico dijo que en unos meses podría disimularla con láser, asumí que, de momento, debía aprender a aceptarla.

A mediados de mayo también sucedió algo muy importante: vendí los últimos cuadros a través de la página web. Entre el beneficio obtenido por todas las ventas y la campaña de *crowdfunding*, logré recaudar tres mil euros en un tiempo récord. Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado un desenlace tan rápido y próspero.

—Gracias —le dije a Lucas por teléfono cuando me llamó para darme la noticia—. Sin ti no lo hubiera conseguido.

—El talento lo has puesto tú, pequeña.

—Sí, pero me has ayudado muchísimo. Te mereces un porcentaje de los beneficios. Un veinte por ciento, mínimo.

—Sabes que no lo voy a aceptar.

—Entonces, déjame que te regale algo.

—Invítame a California. Con eso será suficiente.

Su sugerencia revolvió algo en mi interior.

Todavía no había tomado la decisión definitiva respecto a mi marcha a California. Por un lado, tenía ganas de cambiar de aires, empezar de cero y conocer gente nueva, aunque sabía que Ibiza era mi hogar, mi lugar en el mundo. Siempre lo sería. Lo había sentido así desde niña, pero la isla entera estaba impregnada de recuerdos agridulces. Casi todos mis lugares favoritos me recordaban a él. Lo veía en la carretera, en el jardín, en el mirador de la Dalt Vila, en la playa de Cala Bassa, en el mercado d'en Bossa, en la torre des Savinar, en cada rincón de mi casa, en mi maldito dormitorio... Jonathan estaba en todas partes. En el aire, en los olores, en mis sueños. Seguía presente en mi vida a pesar de que ya no lo mencionaba jamás.

A veces, la mente es capaz de crear fantasmas que adquieren más presencia que los vivos. Y, por desgracia, esos fantasmas te acompañan durante más tiempo del que desearías.

Pensé mucho en mi futuro durante todo el mes de mayo. Le di miles de vueltas al asunto, valoré los pros y los contras de marcharme a California y pospuse mi decisión para principios de junio. Era la fecha límite para solicitar la beca y el ingreso en la escuela de arte.

Y así, poco a poco y sin darme apenas cuenta, llegó el momento que tanto había esperado: el día de mi cumpleaños.

Esa mañana me desperté temprano y fui hasta la cocina para buscar a mi abuela. Al verme entrar, se acercó a mí y me abrazó con fuerza.

—¡Veintinueve ya! Mi niña —dijo con cariño—. Aún recuerdo el día en el que entraste en esta casa por primera vez. Tu madre te llevaba en brazos. Estaba tan feliz...

—Nona, no me hagas llorar.

Se secó las lágrimas con disimulo. Yo también lo hice.

—Siéntate. Voy a prepararte un desayuno especial —dijo mientras se giraba hacia el armario para sacar una taza.

Me senté en una silla y la observé. Me gustaba mucho hacerlo. Nona era una mujer increíble;

fuerte, inteligente, intuitiva y bondadosa, y yo me sentía muy afortunada de tenerla en mi vida.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó.

—Pintar, leer... He quedado con Marina esta tarde para dar un paseo.

Metió pan en la tostadora y me sirvió una taza de té.

—¿Y mañana?

—No lo sé. ¿Por?

—Ángela me contó el otro día que han abierto una galería de arte en el centro de Ibiza.

—¿Ángela? ¿Quién es Ángela? —pregunté antes de darle un sorbo al té.

—La mujer de Manuel, el del huerto ecológico. Tiene una tienda de *souvenirs* en el centro.

Me dijo que han abierto una galería al lado de su local y exponen cuadros de artistas de la zona.

¿Por qué no te pasas y te presentas? Llévalas algunas fotos de tus obras...

—No sé, nona. Ahora no tengo material. He vendido casi todos mis cuadros.

—¿Y ya no vas a pintar más?

—Sí. ¡Claro que voy a pintar más!

—¡Entonces, pásate! Ángela dijo que conoce a la dueña. Es tu oportunidad, Luna. Siempre has querido exponer en una galería.

—Ya... —murmuré.

—¿Qué pasa?

—Nada. Una estupidez. Me da... un poco de miedo volver a conducir.

Mi abuela me miró con ternura.

—Supongo que es normal —dijo.

—Sí, supongo.

—Te acercaré yo en mi furgoneta.

—No, nona. Muchas gracias, pero esto es algo que tengo que hacer sola. Hoy es el primer día de mi nueva vida, ¿recuerdas?

Dediqué toda la mañana a pintar en mi estudio. A media tarde, Marina me recogió en su coche y me llevó a dar un paseo por la playa de Santa Eulalia. Empecé a sospechar que se gestaba algo cuando la vi consultar el móvil varias veces.

—¿Volvemos ya? Estoy cansada —dije tras recorrer la playa un par de veces.

—Espérate un ratito más —contestó con muy poco disimulo.

A las seis de la tarde regresamos a mi casa. Oí voces a lo lejos nada más abrir la puerta.

—¿Por qué no salimos al jardín? —propuso ella mientras tecleaba en el móvil—. Hace una tarde estupenda.

Tuve que contener la risa.

En cuanto salí al porche, vi los globos y la tarta de zanahoria sobre la mesa.

—¡Sorpresa! —gritaron varias voces a la vez.

Estaban todos escondidos a un lado del ventanal: mi abuela, Lucas, Jaime, Alberto, dos compañeras del centro de yoga y Gunther, que comenzó a tocar *Cumpleaños Feliz* con su guitarra.

—¡Qué sorpresón! —exclamé entre risas—. No me lo esperaba para nada...

—Marina, seguro que te has ido de la lengua —protestó Lucas.

—¡Que no! ¡Te lo juro! Es lista y astuta, ¿qué quieres que haga?

Lo pasamos muy bien. Comimos tarta hasta reventar y charlamos durante horas mientras

Gunther nos amenizaba con la guitarra.

A última hora de la tarde, me alejé del grupo y caminé sola hasta el fondo del jardín. Me detuve junto a los árboles que había plantado con mi madre y recordé la noche de septiembre en la que le di a Jonathan la semilla de moringa.

—Sé lo que estás pensando y eso me mata. —Oí a mi espalda.

Me giré, sobresaltada, y vi a Lucas. Estaba de pie a dos metros de mí. Me dedicó una mirada cómplice.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Debería estarlo, ¿no? Ha pasado mucho tiempo.

—Luna... —Hizo una pausa muy larga—. ¿Por qué nunca hablas de él? Ni de él ni de cómo te sientes.

Bajé la vista al suelo antes de contestar.

—Porque si lo hago, me duele. No es metafórico. Noto un dolor aquí, en el pecho —me señalé a la altura del corazón—, como si me estuvieran clavando una aguja muy larga, de esas de tejer lana. Me atraviesa de lado a lado y no puedo respirar.

Se acercó a mí y me dio la mano.

—Lo siento.

—A veces me gustaría volver al hospital —dije en voz baja—. Hubo un momento, cuando me desperté, un instante muy breve en el que no recordaba nada. Abrí los ojos, miré alrededor y pensé... eh, estoy viva. Destrozada pero viva. Y me sentí extrañamente bien. Tardé solo un segundo en acordarme de él. Fue como volver a tener el accidente... ¡Pam! Sentí el impacto en todo mi cuerpo.

Levanté la vista. Él me apretó la mano con fuerza.

—No quiero soltarte un tópico, ya sabes... No seré yo el que te diga que el tiempo lo cura todo y que dentro de unos años solo te quedará un buen recuerdo de lo que vivisteis, pero...

—¿Pero qué?

Se encogió de hombros.

—Que estoy a tu lado para lo que necesites; llorar, hablar, emborracharte, coger a alguien de la mano, quedarte en silencio...

Lo miré con lágrimas en los ojos.

—Gracias —dije antes de abrazarlo.

Me apretó entre sus brazos y lloré. Me di cuenta de que no lo había hecho en meses. No había derramado ni una sola lágrima desde que me desperté después del accidente. Lloré y solté todo lo que me había obligado a silenciar hasta que me quedé vacía. Hasta que al fin me sentí liberada.

—Cásate conmigo —susurró Lucas en mi oído varios minutos después.

Me separé de él.

—¿Por qué iba a hacer yo algo así? —pregunté, desconcertada, mientras me secaba las lágrimas.

—Para montar un fiestón, pequeña. Invitaremos a toda la isla y bailaremos hasta el amanecer.

—¿Y qué hacemos con Jaime?

Se encogió de hombros.

—Que pinche la música. Tiene una mesa de mezclas y se le da muy bien.

Nos reímos a la vez.

—Qué tonto eres. Jaime está loco por ti.

—Me temo que es mutuo.

—Entonces..., mejor lo dejamos. Aunque podemos hacer el fiestón.

—Sí. Contaba con ello —dijo tras retomar el tono serio—. Será tu fiesta de despedida, ¿verdad?

—Supongo que sí —contesté en voz baja.

Nos sentamos juntos sobre la hierba mientras el sol se ponía a nuestra espalda.

Apoyé la cabeza en su hombro y me quedé allí, quieta, mirando las nubes. Mi mente flotó por encima de mi cuerpo, como si pudiera proyectarme hacia arriba, lejos de la isla, lejos de mí.

Imaginé que, en algún lugar del planeta, Jonathan también estaba mirando otro cielo. Cerré los ojos y lo visualicé en el puente de mando de un buque, con su uniforme de la Marina, atento a la navegación. Y, por un instante, volví a sentir dolor, el impacto, la aguja que se clava en el pecho y esa fuerza invisible que te arrastra hacia los recuerdos. La misma que te rompe el alma en dos una y otra y otra vez. Pero me obligué a transformar ese dolor en agradecimiento, porque, a pesar de todo lo vivido, me sentía muy afortunada de haberlo conocido. Había aprendido una sabia lección de todo aquello: lo que tiene que ser será. Y, a veces, no es. A veces, simplemente, desaparece para dar espacio a otras experiencias.

La vida me había dado otra oportunidad, o quizá era yo quien se la había dado a ella. En cualquier caso, no pensaba desperdiciar ni un solo segundo en sentirme desgraciada. Tenía motivos de sobra para ser feliz, para comenzar de nuevo. Y daba miedo, no lo voy a negar. Daba mucho miedo tener que cerrar esa etapa para continuar al otro lado del océano, pero estaba dispuesta a intentarlo. Estaba preparada para soltar.

«Adiós, Jonathan. Adiós a tus abrazos, a tus besos, a la forma en la que me mirabas, haciéndome creer que tú y yo formábamos el eje en torno al cual giraba el universo. Adiós a la canción que tocaste aquella noche, al cuadro que te regalé, a las mariposas que sentía al verte aparecer en la pantalla de mi ordenador. Adiós a mi estúpido deseo de ayudarte, de entenderte, a pesar de que tú no quisieras la ayuda. Adiós a la mujer que fui durante los pocos meses que estuvimos juntos, la que vibró a tu lado, la que comprendió el significado de hacer el amor. Y adiós al hombre del que me enamoré con todo mi ser; tan fuerte y, a la vez, tan frágil y lleno de complejidad. Adiós, mi amor. Que seas feliz».

62

LUNA

Al día siguiente, 31 de mayo, me desperté con más energía de la habitual. Fue como si la vida se hubiera aliado con mis propósitos para darme la oportunidad de renacer con fuerza. Al abrir los ojos, tuve la sensación de que todo había vuelto a la normalidad. No sentí fatiga ni dolor de ningún tipo. Al contrario, tenía ganas de empezar la jornada. Me sentía, incluso, ilusionada.

Me duché y me vestí antes de pasarme por la cocina.

—Buenos días —le dije a mi abuela al entrar.

Estaba sentada en su silla, tomando un té.

—Buenas... ¿Vas a necesitar mi furgoneta?

—¿Para qué? —pregunté mientras me servía otro té.

—Para ir a la galería de arte de la que te hablé ayer. ¡Luna, no lo dejes pasar!

—Que sí..., que voy a ir.

—Hija, para una oportunidad que te surge... ¿Quieres que te lleve yo?

Resoplé.

—No. Tranquila, iré yo sola. ¿Sabes a qué hora abren?

—A media mañana. La dueña se llama Gala. Ángela me pasó su número y la dirección del local. Te la envío por WhatsApp, ¿vale?

Aproveché parte de la mañana para hacer fotos de los cuadros que me había quedado y de los esbozos que aún guardaba en el taller. A las diez y media, me metí en la furgoneta, me abroché el cinturón y cerré los ojos. Tardé varios minutos en animarme a arrancar. Pensé en mi viejo Seat, que había quedado para el desguace. «Sinistro total», me dijo nona cuando desperté.

—Venga..., puedes hacerlo —murmuré, nerviosa.

Encendí la radio y busqué una música alegre. Después, metí la llave en el contacto, arranqué el motor y salí a la carretera como había hecho tantas veces en el pasado. Por suerte, mis miedos se evaporaron muy deprisa. El clima también ayudó, puesto que hacía un día magnífico. El cielo estaba despejado y la temperatura era suave y agradable. Lo dicho, el universo entero estaba de mi parte.

Tardé media hora en llegar a Ibiza. La galería estaba ubicada en la parte baja del casco antiguo, cerca del puerto. Busqué aparcamiento y caminé hasta encontrar la ubicación que nona me había indicado por WhatsApp. El local estaba situado en el bajo de una típica vivienda ibicenca. Había un letrero sobre la puerta. «Gala Ribas. Ibiza Art Gallery».

Vi a una señora de mediana edad que estaba fumando en la entrada. Llevaba el pelo cardado, al estilo de los ochenta, y vestía con un traje rojo muy elegante. Imaginé que era la propia Gala y me acerqué a ella para presentarme.

—Hola, me llamo Luna. Estoy buscando a Gala Ribas.

La mujer abrió los ojos de par en par y me miró.

—¡Luna! ¡Qué ganas tenía de conocerte! Soy Gala, la dueña de la galería.

Tiró el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el pie y me estrechó la mano con energía.

—¿Ya te han hablado de mí? —pregunté con sorpresa.

—¡¿Que si me han hablado de ti?! —exclamó entre risas—. Mujer, ¡qué cosas dices!

—He traído varias fotos de mis obras. Vendí cuadros hace poco, pero podría exponer algunos lienzos que aún guardo en...

—¿Fotos de tus obras? —me preguntó, extrañada.

—Sí. ¿Quieres que te las enseñe ahora? Las tengo en el móvil.

Gala soltó otra carcajada.

—Ya me conozco tu obra, Luna. Pensé que venías a comprobar cómo ha quedado todo.

—¿Qué?

—Supongo que ya te lo han explicado. Ingresaré todas las ganancias en tu cuenta.

—Perdona, pero no sé de qué hablas.

—Pensaba que lo habías hablado con mi cliente.

—¿Qué cliente?

—¡Tu representante, cielo! No tardará en llegar. Pero, mujer..., ¡entra! Entra y mira cómo ha quedado todo. Yo me quedo aquí fuera para esperarlo.

Abrió la puerta de la galería antes de que me diese tiempo a reaccionar.

—¡Venga, pasa! —añadió con insistencia.

Di dos pasos de forma dubitativa y entré en un pequeño espacio de recepción.

—La sala está al fondo —dijo antes de cerrar la puerta.

En la entrada había un cartel enorme con la foto de uno de mis cuadros. Sobre la imagen, vi mi nombre artístico impreso en letras blancas. «Luna de la Cruz».

Parpadeé, aturrida. Entonces se me ocurrió mirar al fondo, hacia la sala de exposición, y aquello acabó por desarmarme del todo.

Di varios pasos muy despacio con las piernas temblorosas. Crucé un arco de piedra y entré en la enorme sala. Recorrí la estancia con la mirada sin poder creer lo que había en ella.

Eran mis cuadros, los que había vendido por internet. Estaban allí, colgados de las paredes. Todos ellos, expuestos en una galería, formando parte de mi primera exposición.

—Dios mío... —murmuré con el corazón desbocado.

Estuve a punto de pellizcarme para comprobar que todo aquello era real. Pensé, incluso, que iba a desmayarme. Di varios pasos más, giré la cara hacia la derecha y me detuve, pasmada.

El mundo a través de tus ojos.

Estaba ahí, delante de mí, ocupando el lugar más importante de la exposición. Me acerqué despacio y observé el cuadro. Me quedé absorta con sus colores, con su luz, con cada trazo..., como si fuera la primera vez que lo veía. Como si no lo hubiese pintado yo. Me sentí tan orgullosa de verlo ahí, expuesto en una galería, que fui incapaz de moverme durante un rato. Estaba ensimismada.

Oí pasos a mi espalda, pero apenas reparé en ellos. Alguien se detuvo a unos metros de mí.

—Es el único cuadro que no está a la venta —dijo una voz masculina y familiar—. Me pertenece.

Me giré, sobresaltada, y entonces lo vi.

—Jonathan...

Allí estaba, a tres metros de mí, clavado en mitad de la sala y arreglado como si fuese el dueño de la galería. Se había dejado barba, aunque la llevaba muy recortada, y estaba tan guapo como la última vez que nos vimos.

El corazón me dio un vuelco bestial mientras me observaba. Serio. Inmóvil. Hermético. Con las manos en los bolsillos y con todas sus emociones doblegadas bajo su férreo manejo del control.

—Hola —murmuró.

63

JONATHAN

Ocho semanas antes.

Bajé por la pasarela del buque con mi maleta a rastras y pisé tierra por primera vez en dos meses. La estabilidad del suelo me provocó un ligero y breve mareo que se esfumó en cuestión de segundos. Me acerqué a mis suboficiales, los felicité por el trabajo realizado durante las últimas semanas y me despedí de ellos. Alguien me llamó cuando iba a marcharme.

—¡Hartford!

Me giré y vi a Stone caminando hacia mí. Se acercó y me dio la mano.

—Norton me ha dicho que has pedido una excedencia.

—Así es.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Asuntos personales —contesté con brevedad—. Volveré en otoño.

—¿Te marchas ya?

—Sí. Cuídate. Y despídeme de Miller. —Consulté el reloj de mi muñeca—. Lo siento, tengo que irme. Voy muy mal de tiempo.

—De acuerdo, tío. Nos vemos. Llámame algún día si pasas por aquí y te invito a una cerveza.

—Lo haré.

Caminé deprisa hasta mi apartamento. Lo primero que hice al llegar fue revisar mi correo. Comprobé que no había nada relevante. Después, me quité el uniforme, me duché y me vestí con vaqueros y jersey. Deshice mi maleta con rapidez y la volví a rehacer con ropa diferente. Cogí el equipaje, el portátil y la chaqueta y bajé a la calle para buscar un taxi que me llevara hasta el concesionario de coches. Había apalabrado por internet la compra de un Toyota RAV4 de segunda mano. Estaba harto de depender de los coches de alquiler y sabía que iba a necesitar vehículo propio durante los siguientes meses.

Revisé el coche con el vendedor y cerré la compra en menos de veinte minutos. Metí todo mi equipaje en el maletero y puse rumbo a León.

Llevaba algo más de tres meses sin ver a mi madre y aún tenía pendiente una importante conversación con ella. Era un viaje largo. El GPS estimó nueve horas de trayecto sin paradas. Calculé once en total. Llegaría de madrugada, pero merecía la pena el esfuerzo.

A media tarde, en algún lugar de la A-4, realicé mi habitual llamada diaria con el manos libres del coche. Oí cuatro tonos hasta que Penélope descolgó su teléfono.

—Dime, Jeremy...

—Hola. ¿Cómo está hoy? —pregunté sin rodeos.

—Bien, como ayer y antes de ayer. Ha trabajado un rato con el fisio y después nos hemos despedido de Will.

—¿Ya se ha marchado?

—Sí. Ha cogido un *ferry* a Barcelona. Mañana cogerá un vuelo directo a San Francisco.

—¿Se ha entristecido?

—¿Luna? No. Está acostumbrada a verlo marchar.

—Bien. ¿Qué ha comido hoy?

—¿De verdad tengo que explicarte lo que come cada día?!

—Solo hasta que recupere su peso.

La oí suspirar.

—Albóndigas de guisantes con arroz.

Hice una mueca de asco.

—¿Qué hace ahora?

—Está con Lucas en la terraza —contestó ella con voz molesta—. Mira, Jeremy, esto tiene que acabar. No puedo seguir ocultándole a Luna que hablo contigo casi todos los días. ¡Es mi nieta!

—Me lo prometiste, Penélope.

—Te lo prometí cuando estaba ingresada en el hospital. Su situación era muy delicada y no quería alterarla. Pero ahora... Esto ya no tiene sentido. ¡Llámalas a su móvil!

—¿Te ha preguntado por mí?

—Sabes que no, pero estoy segura de que aún piensa en ti.

—Cuéntaselo si te pregunta. No te he pedido que le mientas.

—No, pero quieres que se lo oculte.

—Prefiero que no le digas nada.

—¿Por qué? Como no me des un buen motivo...

Respiré hondo antes de hablar.

—Dijeron que iban a presentar cargos contra mí por obstrucción a la justicia. Es bastante probable que acabe metido en un juicio. No quiero involucrarla. Sería cargarla con más problemas y ya tiene demasiados. Prefiero que se centre en su recuperación. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Cuándo lo sabrás? Hace ya más de dos meses que hablaste con ellos.

—Tendría que haberme llegado una notificación. He revisado el correo, pero aún no la he recibido.

—No sé, Jeremy. Quizá hayan decidido dejarlo correr. Han pasado más de diez años.

—No deberían dejarlo correr.

—¿Por qué no? A veces parece que quieres que te metan en la cárcel.

No contesté. Solo levanté la mano del volante para frotarme la cara.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó. Agradecí el cambio de tema.

—En la autopista, camino de León. Llegaré a medianoche.

—¿Te han aprobado la excedencia?

—Sí. Esta mañana.

—Ten fe, hijo. Creo que todo va a salir bien.

—Ya veremos.

—Jeremy, tengo que contarte algo más antes de colgar.

Esperé en silencio a que continuara.

—Will le ha propuesto a Luna que se marche con él a vivir a California.

Tensé mi cuerpo y clavé los dedos en el volante.

—Joder... —murmuré entre dientes—. ¿Y ella qué le ha dicho?

—Que se lo pensará.

—¡Aún está débil! ¡No debería hacer un viaje tan largo!

—Cuando se recupere, no ahora.

—Entiendo...

—Tienes que hablar con ella. Esto es absurdo. Llámalas.

—Necesito más tiempo para resolver mis asuntos. Fuiste tú la que me convenció para esto. Tengo que ordenar mi vida, no quiero marearla con mis problemas.

—De acuerdo. Lo comprendo. Pero, en ese caso..., será mejor que no me vuelvas a llamar. Apreté los párpados durante un momento.

—Penélope, no me hagas esto.

—¡No puedo seguir ocultándoselo!

—Por favor.

—¡Luna está bien! Ha dejado la silla de ruedas y progresa cada día. Tienes que confiar en mí. Suspiré despacio antes de darme por vencido.

—Entonces..., ¿esto es una despedida definitiva?

—Solo hasta que la llames.

Negué con la cabeza antes de hablar.

—Gracias —dije en voz baja—. Me has ayudado mucho.

—Ha sido un placer. Bueno..., al principio no lo fue en absoluto. Curvé los labios en una leve sonrisa.

—Si necesitas algo de mí, ya sabes cómo localizarme.

—Llámalas, Jeremy.

—Lo haré. Cuando llegue el momento.

—De acuerdo. Cuídate mucho.

—Igualmente. Adiós, Penélope.

Y colgó.

Me jodió muchísimo tener que cortar la comunicación. Me gustaba estar al corriente de la situación de Luna y su abuela era el único vínculo que mantenía con ella, pero había otro motivo. Penélope se había convertido en mi confidente a todos los efectos. ¿Quién lo hubiera adivinado meses atrás? Yo, desde luego, no. Y, sin embargo, había sucedido. Entre nosotros había surgido una extraña y curiosa amistad forjada a través de infinidad de llamadas y de largas conversaciones telefónicas en las que parecía tenerme tan calado como si hubiera asistido a mi madre en el momento de mi nacimiento.

Penélope no tenía reparos en decirme todo lo que yo necesitaba escuchar, aunque, a veces, resultara duro oírlo. Con el tiempo, acabé hablándole de mí y ocurrió que cuando comencé a hacerlo, ya no pude parar. Fue como si alguien hubiera abierto las compuertas de una presa a punto de reventar y todo lo que estaba oculto y reprimido en las profundidades de mi psique luchara por salir con desesperación. Le hablé de Liam, de aquella fatídica noche, de lo que Luna había descubierto y de lo mal que yo había reaccionado. Le conté también la conversación que mantuve a finales de enero con los padres de Liam, porque, en cierto modo, fue Penélope la que me animó a ello sin ser consciente. De ella también surgió la idea de que debía buscar terapia.

Y así, entre decenas de llamadas, conversaciones y confidencias, habían transcurrido nueve semanas. Mi buque acababa de regresar a Gibraltar después de dos meses de misión en la bahía de Guinea, Luna mejoraba a pasos agigantados y la vida continuaba, pero yo... yo era incapaz de llamarla.

En cuanto superé el arrebato inicial de verla, comprendí que aún no era el momento adecuado para retomar el contacto con ella. Tenía asuntos pendientes que resolver. Asuntos graves que, a la larga, podían derivar en auténticos problemas. Estaba preparado para asumir las consecuencias de mis actos, pero no para compartir con ella la carga de mis errores.

Llegué al pueblo de mi madre a las doce y cuarto, media hora antes de lo previsto. San Ignacio

de la Vega era una población pequeña, a pie de montaña, con ochocientos habitantes censados, una iglesia románica bien conservada y un afamado asador que atraía a comensales de toda la provincia. Desde que mi madre había regresado a España, solía visitar el pueblo un par de veces al año. En esa ocasión, tenía prevista una estancia mucho más larga de lo habitual, aunque ella aún no lo sabía.

Aparqué el coche a unos metros de su casa y caminé con la maleta y la mochila hacia la puerta de entrada. Mi madre residía en la antigua vivienda de mis abuelos: una casa de piedra de dos plantas con vistas traseras a la montaña. No me hizo falta llamar al timbre. Ella había salido al balcón que daba a la fachada, alertada por el sonido del motor del coche. En cuanto me reconoció, bajó como una flecha para abrirme la puerta.

Me detuve a dos metros de la casa cuando la vi y nos miramos en silencio.

La había avisado por teléfono de que tenía que contarle algo muy importante. Necesitaba hablarlo con ella en persona, como había hecho con los padres de Liam dos meses atrás. Pero, cuando la miré desde la acera desierta y oscura, supe con certeza que ya lo sabía.

—Hijo... —murmuró con la voz quebrada.

Tomé aire y lo solté de golpe.

—Madre... —contesté con la mandíbula apretada.

—Pasa. No te quedes ahí, que hace frío.

Caminé hacia el interior, solté la maleta y la mochila y la abracé.

—¿Por qué no me lo contaste? —me recriminó con su rostro hundido en mi pecho—. ¿¿Por qué demonios has tenido que cargar con eso tú solo?!

Tuve que hacer un esfuerzo brutal para mantenerme sereno.

—¿Cómo te has enterado?

Se separó un momento y me miró.

—Martha me ha llamado esta mañana.

—Qué oportuna —mascullé con rabia.

Y así fue como comenzó la larga conversación que debería haber tenido con ella diez años atrás. La charla se alargó más de lo previsto. Se removieron muchas cosas durante aquella madrugada y mi madre lloró. Por Liam, por sus padres y, sobre todo, por mí.

—Ahora lo entiendo todo. Tu actitud de entonces, lo de las drogas y las peleas.

Estaba sentada a mi lado en el sofá del salón. Acababa de explicarle con sumo detalle mi versión de los hechos. La real. La que me dejaba en muy mal lugar. La que había callado durante más de una década. Se secó las lágrimas con un pañuelo de papel antes de guardarlo en el bolsillo de su pantalón.

—Lo siento —contesté—. Ya sé que es tarde. Debería habérselo contado hace muchos años.

—Y yo debería haberlo adivinado.

—¿Por qué dices eso? Todo lo que pasó fue culpa mía.

Me miró como solo miran las madres antes de soltar una fuerte reprimenda.

—Jonathan, me da igual lo que piensen ellos y me da igual lo que pienses tú. ¡Escúchame bien! ¡Tú no lo mataste! ¿Que cometiste un error? Desde luego. Un error de consecuencias devastadoras. Pero... ¡por el amor de Dios! ¡Tú adorabas a Liam! Lo querías como a un hermano, pero erais un par de descerebrados. Bebíais como cosacos y os pasabais el día retándoos el uno al otro. ¿Cuántas apuestas hiciste con él delante de mí?

Negué con la cabeza.

—Nunca de ese calibre.

—Él aceptó subirse a la barandilla.

—La idea fue mía, mamá. ¡Fui yo quien le insistí!

—Eso no te convierte en un asesino.

Me froté la cara con las manos.

—Puede que para ti no lo sea —dije con la mirada clavada en el suelo—, pero él murió por mi culpa.

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Vas a seguir castigándote por ello? ¿Hasta cuándo?

—Hasta que asuma las consecuencias. Todas, sin excepción. Estoy esperando a que me envíen una citación judicial. El abogado de Harry me llamó hace dos meses para decirme que iban a presentar cargos contra mí.

—¿Qué citación? ¿Qué cargos?

—¡Mamá, cometí un delito! Mentí en mi declaración policial. Se llama obstrucción a la justicia.

—Jonathan..., ¿es que aún no lo sabes? —dijo ella, totalmente perpleja.

—¿Saber qué?

—Que el delito ya ha prescrito.

—¿Qué?!

—Que no pueden presentar cargos. Martha me lo ha dicho esta mañana. La llamada de ese abogado fue solo un farol.

Me levanté de un salto. Tenía la piel de gallina y el corazón me latía a mil por hora. Miré a mi madre, que aún seguía en el sofá.

—Siéntate, hijo. Y cálmate, por favor.

—¿Entonces, aquí acaba todo? ¡¿Y yo me voy de rositas?! —Simulé una sonrisa falsa—. Ya está. Su hijo muere por mi culpa, les miento durante años y ni siquiera... ni siquiera pueden reclamar justicia.

En circunstancias normales, esa información me hubiese liberado, pero llevaba la culpa tan clavada en el alma que era incapaz de vivir de otra manera. Llevaba más de diez años fraguando esa pésima imagen de mí mismo; la del descendiente de un hijo de perra que maltrataba a su esposa, exdrogadicto, mentiroso y asocial. Puede que el delito hubiese prescrito, pero yo no me sentía digno de alcanzar la redención.

Me agaché junto a mi mochila, que estaba tirada en el suelo, y busqué en ella un paquete de tabaco. Saqué un cigarrillo y lo encendí con manos nerviosas.

—Jonathan, ¿qué haces?

—He vuelto a fumar —dije sin girarme—. Me salgo a la terraza para no molestarte.

Me fumé el cigarrillo en soledad hasta que mi madre se animó a salir conmigo al exterior.

—Toma... —dijo con mi chaqueta en la mano—. Hace frío. No deberías salir sin abrigo.

—Gracias.

Me puse la chaqueta, me abroché la cremallera hasta el cuello y me senté en una de las sillas que había en la terraza. Ella tomó asiento a mi lado.

—Se acabó —añadió con voz firme—, tanto si lo asumes como si no lo haces. Y no, Jonathan, nunca te fuiste de rositas. Aquello casi te cuesta la vida, ¿tengo que recordártelo? Pagaste a tu manera, como sueles hacer todas las cosas. Se lo he explicado a Martha y ella lo ha comprendido. Está muy dolida, pero valora que al fin reunieras el valor para ir a hablar con ellos.

Suspiré con resignación.

—¿Y Harry?

—No quiere hablar del tema.

—No lo culpo. Tengo que asumirlo, nunca me perdonará.

—Al menos has hecho lo que debías. Y estoy segura de que, en cierto modo, él también lo tendrá en cuenta.

Nos quedamos en silencio. Un silencio abrumador. La terraza daba a la parte trasera de la calle, donde acababa el pueblo y comenzaba un pequeño bosque de hayas.

Me encendí otro cigarrillo. Mi madre me miró de reojo.

—¿Cuántos días vas a quedarte?

—No tengo prisa por volver. Me quedaré unas semanas. He pedido una excedencia.

Se giró hacia mí con sorpresa.

—¿Que has pedido qué?

—Una excedencia de seis meses.

—Puedo preguntar por qué.

Me encogí de hombros.

—Cabía la posibilidad de ir a juicio y...

Di una calada profunda al cigarrillo.

—¿Y? —preguntó mi madre.

No contesté. Y no lo hice porque tenía muy claro que ella ya sabía lo que yo estaba pensando.

—Quieres arreglarlo con Luna, ¿no?

Asentí despacio con la mirada perdida en la oscuridad de la montaña.

—¿Y por qué no estás en Ibiza con ella?

—Necesitaba hablar contigo primero.

—Te lo agradezco, pero has dicho que vas a quedarte aquí unas semanas.

—¿Prefieres que no lo haga? —pregunté con el ceño fruncido.

—No digas tonterías. Me encanta que estés aquí.

—¿Entonces?

—Que no entiendo por qué no vas a verla.

Di otra calada antes de contestar.

—No es fácil, mamá. La cagué. La cagué mucho. Y estaba convencido de que iba a ir a juicio.

—¿Y ahora que sabes que eso no ocurrirá?

Miré el humo que salía del cigarrillo. Se desvanecía lentamente en la oscuridad.

—Tendré que pensar en cómo pedirle perdón. No creo que baste con una simple llamada. Llevo varios meses sin hablar con ella.

—¿Sabes lo que creo, Jonathan? Que en el fondo estás muerto de miedo porque temes que lo vuestro ya no tenga solución.

Sonreí sin ganas.

—Puede que tengas razón —admití con sinceridad—. Sería lo lógico.

—¿El qué?

—Que ella ya no quiera saber nada de mí.

—No lo sabrás hasta que no le preguntes.

—Sí. Pero antes tengo que decidir cómo formular esa pregunta.

Pasaron los días. Agradecí la tranquilidad del lugar y la oportunidad de disponer de horas ilimitadas para estar solo y para reflexionar con calma sobre todo lo que había ocurrido en los últimos meses. En el buque casi siempre estaba rodeado de gente y el trabajo me mantenía muy

ocupado. La Marina era un buen lugar para huir de los problemas, pero no para meditar sobre ellos y para hacerles frente.

En el pueblo me dediqué a correr. Me levantaba muy temprano y recorría doce kilómetros de pistas forestales, aunque lloviera. Y mientras lo hacía, le daba vueltas a todo: a lo que pasó con Liam, a las decisiones que había tomado desde entonces, a mis sentimientos por Luna, al miedo que me impedía llamarla de una maldita vez.

Al tercer día, planeé un viaje a Madrid.

—De acuerdo, Nadia. Nos vemos mañana —dije antes de colgar el teléfono.

Mi madre me miró de soslayo mientras ponía la mesa del comedor.

—Mañana me voy a Madrid —anuncié—. Tengo cosas que hacer. Pasaré la noche en un hotel y volveré al día siguiente.

—Hijo... —realizó una pausa dubitativa—, ¿tienes un lío en Madrid?

—¿Qué?!

—Un lío. Una chica con la que... ¿Cómo lo llamáis ahora? ¿Follamigas?

—Ay, Dios... —murmuré con la mano en la frente.

—No sé, Jonathan. No te juzgo. Pero si quieres arreglar las cosas con Luna, quizá deberías centrarte un poquito. Es solo una sugerencia.

—¡Mamá, Nadia es mi psicóloga! Tiene más años que tú. Incluso más que Penélope. Es probable que estudiara con Freud.

Me miró con la boca entreabierta y los cubiertos en la mano.

—Ah...

—Empecé la terapia la semana pasada. Tuvimos una sesión por internet, pero me gustaría conocerla en persona antes de continuar. Eso es todo. Eso... y una cita en una clínica de estética para quitarme con láser este maldito tatuaje. Punto.

—Vale, vale...

La ayudé a traer la comida de la cocina y nos sentamos a la mesa.

—Hijo, que me parece muy bien —dijo un rato después mientras servía las chuletas con patatas.

—Me alegro —contesté en voz baja mientras me colocaba la servilleta en el regazo.

—Se nota que quieres arreglar las cosas.

—En eso estoy.

—¿Y de qué hablas con la psicóloga?

—Es privado, madre.

—Cuéntale lo de tu miedo a llamar a Luna, porque llevas aquí tres días y solo te dedicas a correr por el bosque.

Resoplé con hastío.

—Tranquila, mamá. Estamos trabajando en ello.

Mi visita a Madrid fue muy productiva. Mantuve una larga sesión con Nadia en su consulta. Ella me explicó que yo nunca había realizado un proceso de duelo adecuado por la muerte de Liam. Al principio, porque estaba demasiado centrado en mi sentimiento de culpa y en la búsqueda de actividades autodestructivas. Y, más tarde, por haberme zambullido sin reparos en la fase de huida o, como ella la denominaba, en mi «estrategia evasiva».

También hablamos de Luna. Le conté que aún no me sentía preparado para llamarla.

—Creo que haces bien en tomarte un tiempo —contestó—. Es bueno que cierres otras etapas antes de retomar la relación con ella, aunque la decisión es tuya.

—A veces siento que, antes de llamarla, tengo que...

Hice una pausa. Nadia me miró con paciencia. Era una mujer peculiar, llevaba unas gafas enormes y el cabello teñido de azul, pero tenía pinta de estar de vuelta de todo.

—Quiero ser mejor persona —añadí—. Quiero superar esto, sincerarme con todos, aprender a gestionar mi rabia, dejar de fumar...

Nadia sonrió.

—Dejar de fumar no te convertirá en mejor persona, Jonathan. Solo en alguien con los pulmones más sanos.

—Lo sé, me refería a...

—Quieres ser digno de ella.

No contesté, aunque la respuesta era evidente.

—Porque crees que alguien como tú nunca será digno de ser amado. ¿Es eso?

—Dicho así, suena un poco duro.

—Me gusta llamar a las cosas por su nombre.

Suspiré despacio mientras me azuzaba el pelo con la mano.

—Está bien —dije, soltando la mano—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Por dónde empiezo?

—Por el duelo. Trabajaremos en ello.

—¿Y después?

—Tienes que aprender a perdonarte a ti mismo por todo lo que pasó.

—Perdonarme... —murmuré con la mirada clavada en el suelo—. ¿Por qué iba yo a querer perdonarme?

—Piénsalo desde un punto de vista práctico y objetivo. ¿Qué has logrado manteniendo ese enfado hacia ti mismo? ¿Te ha ayudado a relacionarte con los demás? ¿Has aprendido algo positivo? ¿Has reparado el daño? ¿Has resuelto tus problemas? ¿O, por el contrario, te has aislado, te has castigado y has acabado hiriéndote a ti y a las personas que quieres?

Apreté la mandíbula mientras ella me observaba.

—Lo más aterrador es aceptarse a uno mismo por completo —añadió—. No lo digo yo, lo dijo Carl Jung.

La miré en silencio durante varios segundos.

—No sé cómo hacerlo, Nadia. No sé perdonarme. Creo que ese es el problema.

—Acepta tu parte oscura.

—¿Cómo?

—Del mismo modo que perdonas y aceptas a los demás. Suelta el rencor, suelta la rabia, suéltalo todo y deja que se esfume para siempre.

Supe que no iba a ser un asunto sencillo. Pero aquel día, en aquella consulta, al fin lo comprendí. Si no lograba perdonarme, nunca podría retomar mi vida.

Dos días después, regresé a mi rutina habitual: despertarme temprano y salir a correr durante horas. Nadia me había recomendado un ejercicio: «Habla con Liam como si fuera un amigo imaginario que te acompaña».

Al principio me sentía ridículo, pero me había propuesto seguir sus consejos. Esa mañana, mientras enfilaba la cuesta de una de las pistas forestales que rodeaban el pueblo, miré de reojo

hacia mi derecha e imaginé que él iba corriendo a mi lado.

—¿Me sigues? —pregunté entre dientes.

Al llegar arriba, me detuve un momento para descansar. Apoyé la espalda en un árbol y cerré los ojos.

—Si estuvieras aquí, te estarías burlando de mí por tener que hacer un descanso. Sabes que siempre he preferido los deportes de contacto, pero este año me ha dado por correr y aquí tampoco hay mucho más que hacer. Así que...

Me metí las manos en los bolsillos y saqué los auriculares inalámbricos y el móvil.

—¿Qué tal un poco de música? ¿System of a Down? ¿Radiohead?

Imaginé la respuesta de Liam, seleccioné una canción y guardé el móvil en el bolsillo de la sudadera antes de reanudar la marcha.

—Veinte minutos y regresamos —dije antes de acelerar el ritmo.

Esa tarde, después de comer, me puse a trastear con mi teléfono en el sofá del salón. Busqué en WhatsApp la foto del perfil de Luna. Lo hacía con bastante frecuencia, aunque nunca colgaba fotografías de sí misma. En ese momento, mostraba una foto del gato que se había colado en mi dormitorio varios meses atrás. Busqué también en el perfil de Lucas, por si había subido alguna foto de grupo en la que aparecía ella. Tenía su número grabado en mi agenda desde que me había llamado a finales de enero para contarme que Luna se había despertado del coma.

Seleccioné su perfil y abrí la imagen, pero no era una foto lo que mostraba, sino un enlace a una página web: <https://www.lunadelacruzart.es>

Pulsé el enlace de inmediato.

—¿Qué?! —exclamé mientras inclinaba el cuerpo hacia delante.

Luna había creado un sitio web para vender sus cuadros. Era una página sencilla con acceso a una breve reseña de su estilo y formación artística y a un catálogo de venta *online*. Revisé el catálogo con impaciencia. Estaban todas sus obras, incluso el cuadro que me había regalado por Navidad.

—*Don't fuck with me!*

—¿De quién es ese cuadro? —preguntó mi madre, que estaba detrás del sofá. Se había acercado por mi espalda para echar un ojo.

—Mío —dije con voz grave y sombría, sin apartar la mirada de la pantalla del móvil.

—¿Cómo que tuyo?

—No lo he pintado yo, obviamente. Lo pintó Luna y me lo regaló por Navidad.

—¿Y por qué está a la venta?

Suspiré con rabia.

—Porque nunca me lo llevé y ella debe de pensar que yo no lo quiero.

—Pues... es muy bonito. ¿Por qué no la llamas y le dices que aún lo quieres?

Me giré hacia atrás y la miré, incrédulo.

—¿Pretendes que llame a Luna después de tres meses y medio sin hablar con ella, de un accidente que casi le cuesta la vida, sin haberle preguntado ni una sola vez cómo se encuentra, para pedirle que, por favor, no venda mi cuadro?

Mi madre me miró muy seria antes de contestar.

—Ya... —murmuré.

Volví a girarme hacia la pantalla.

—¡Joder! ¿Por qué lo vende tan barato?! ¡Podría sacar el triple de dinero si quisiera! —Me pasé la mano por el pelo con gesto nervioso—. Necesito un cigarrillo...

—¿Pero no ibas a dejarlo hoy? —protestó mi madre.

—¡Lo dejaré mañana!

Salí a la terraza y me encendí un pitillo. Me apoyé con los codos en la barandilla y miré hacia la montaña mientras intentaba calmarme. Ese cuadro era una maldita metáfora de nuestra relación. Todo lo que habíamos vivido juntos estaba a punto de desvanecerse para siempre.

Mi madre salió a la terraza y se sentó en una silla detrás de mí.

—¿Y por qué no lo compras tú? —sugirió con buen criterio.

—Eso es lo que voy a hacer, pero no puedo comprarlo con mi nombre.

—¿Por qué no?

Me giré hacia ella.

—Perdón por la expresión, mamá, pero sería raro de cojones.

—Usa el mío.

—¿Tu nombre y dirección? Creo que se daría cuenta de la jugada. —Le di otra calada al cigarrillo mientras le daba vueltas a una idea—. Necesito un nombre y una dirección que no pueda relacionar conmigo.

—Conozco a mucha gente en el pueblo.

—No puede ser nadie de aquí.

Nos quedamos en silencio, maquinando al mismo tiempo.

—¿Y de Sevilla? —dijo ella un rato después.

—¿A quién conoces tú en Sevilla?

—A mi prima Sofía y a sus hijos. ¿Es que no te acuerdas de ellos? Javier y Rebeca.

—Hace quince años que no los veo.

—Pues ahora viven en Sevilla. Son gente muy maja. Si los llamas, seguro que nos hacen el favor.

Di otra calada profunda.

—No es mala idea. Podría usar una tarjeta de prepago anónima e indicar su nombre y dirección. La de los tres, por separado.

—¿Los tres? ¿Pero cuántos cuadros quieres comprar?

Di la última calada antes de apagar el cigarrillo en el cenicero de la mesa de la terraza.

—Todos —murmuré mientras aplastaba el pitillo.

—¿Cómo que todos? ¡¿Te has vuelto loco?! ¿Cuántos cuadros son?

—No lo sé. No los he contado aún.

Me metí en el interior de la casa y me senté frente al portátil, que estaba sobre la mesa del comedor. En cuanto pude, accedí a la página web de Luna, conté las obras que estaban a la venta y calculé la cifra total de la compra. Eran veinte cuadros, pero uno de ellos ya estaba vendido.

—Mierda, se me ha adelantado alguien.

—¿Cuántos cuadros son? —preguntó mi madre desde la puerta de la terraza.

—Diecinueve.

—¿Y qué vas a hacer con diecinueve cuadros? ¿Montarle una exposición? —dijo ella en tono jocoso.

Me rasqué la nuca con una sonrisa.

—Buena idea, mamá.

—Jonathan, para un momento y recapacita.

—Necesito más direcciones —dije, ignorando su recomendación—. ¿Dónde viven los

demás? Sergio, Martín, Eduardo... —comencé a enumerar a todos los primos con los que había jugado y salido de adolescente.

—Unos, en Madrid y otros, en León capital. María vive en Toledo, creo.

Realicé un breve gesto de asentimiento.

—Perfecto. Servirán.

Esa misma noche, comencé a trazar el plan.

El PLAN, con mayúsculas.

Todo surgió como respuesta a un arrebato. Quería tener sus cuadros y, de paso, ayudarla a conseguir dinero. Más tarde, comencé a valorar seriamente la idea de montar una exposición. ¿Por qué no? Era el sueño de su vida y yo quería contribuir a ese sueño. Quería que fuese feliz.

Mientras mi madre llamaba a su prima de Sevilla para explicarle la situación, saqué un listado de todas las galerías de arte de las Islas Baleares y algunas de la península. Prefería una galería de Ibiza, pero desconocía cuántas opciones había en la isla y no quería limitarme.

No tenía ni idea de cómo funcionaba el sector del arte, pero estaba dispuesto a informarme a fondo, a dar mucho la vara y, en caso de ser necesario, a ofrecer cantidades indecentes de dinero a cambio de una oportunidad para mi representada. Porque, a partir de ese instante y por decisión propia, Luna se había convertido en mi representada, y yo, en su representante. Era un plan ambicioso y bastante arriesgado —hay quien lo tacharía de disparatado—, pero tenía tantas ganas de hacer algo bonito por ella que desde el momento en el que lo visualicé todo, ya no pude echar el freno.

A la mañana siguiente, solicité por internet varias tarjetas de prepago para realizar las compras de forma anónima, sin necesidad de mostrar mi nombre al vendedor. Lo primero que hice al obtener las tarjetas fue hacer una recarga y comprar mi cuadro: *El mundo a través de tus ojos*. Usé los datos de la prima de mi madre para indicar la dirección de envío.

—Dile a Sofía que me llame cuando reciba el cuadro en su casa —dije tras pulsar el botón de compra.

—¿Entonces, irás a Sevilla a recogerlo? —preguntó mi madre desde la cocina.

—A Sevilla, a Madrid, a Toledo... Va a ser un mes movidito.

Y tanto que lo fue.

En cuanto mi tía recibió el paquete y confirmamos que todo había salido según lo previsto, planeé la compra de los demás cuadros. Contacté con una larga lista de familiares y conocidos de mi madre para contarles la historia y pedirles ayuda. Algunos de ellos desconfiaron, pero la mayoría accedió a colaborar. El *modus operandi* era el siguiente: ellos me prestaban su nombre y dirección para el envío y yo realizaba la compra con mis tarjetas. Como muchos de ellos compartían apellido, tuve que ingeniármelas para cambiar el orden de los mismos. En algunas ocasiones, usé también el nombre de sus parejas para no despertar sospechas.

A finales de abril había creado un entramado de nombres, direcciones y envíos de cuadros por media España. En una pared del salón colgué un calendario en el que tachaba fechas, una tabla donde especificaba cada envío con su dirección, referencia y datos correspondientes, y un mapa en el que señalaba con chinchetas dónde se iba recibiendo cada cuadro.

—Hijo, parecemos del MI6 —comentó mi madre al examinar la pared.

—Ya quisiera yo tener los medios del MI6.

—Hablando de medios..., ¿cómo vas de dinero?

La miré brevemente tras señalar con una chincheta el destino del último envío.

—Bien —dije en tono despreocupado—. ¿Por qué lo dices?

—Me preocupa que todo esto te cueste un dineral. Acabas de comprarte un coche y te han suspendido el sueldo hasta que termine tu excedencia. Si necesitas algo, yo podría...

—Mamá —interrumpí—, llevo nueve años ahorrando cada libra que gano. No he tenido demasiadas ocasiones para gastar dinero y he invertido con cabeza. Tengo para esto y para muchas más exposiciones, *capisci*?

El tema de las galerías fue un asunto de otro calado. Como era de esperar, la mayoría de los galeristas me despachó con un breve: «Envíanos un dossier y ya te llamaremos».

Por suerte, el destino o la providencia se puso de mi parte en el último momento. A principios de mayo, después de haber contactado sin éxito con decenas de marchantes y galerías, recibí la llamada de teléfono que lo cambió todo.

Estaba sentado en mi cama mientras me ataba los cordones de las deportivas cuando el móvil vibró a mi lado.

—¿Diga? —pregunté al ver un número desconocido en pantalla.

—Hola. —Oí una voz de mujer—. Busco a Jonathan Hartford. ¿Eres tú?

—Sí.

—Soy Gala Ribas, de Ibiza Art Gallery. Te pusiste en contacto conmigo hace más de dos semanas...

Me puse de pie de inmediato.

—Sí. Lo recuerdo. ¿Recibiste lo que te envié?

Había elaborado un dossier bastante rudimentario con las imágenes de los cuadros.

—Sí, sí... Lo de Luna de la Cruz. Lo revisé hace tiempo. La obra es muy potente.

—¿Potente? —repetí con satisfacción. Me gustó la palabra.

—Me refiero al estilo. El tratamiento del color me recuerda al de Matisse, se nota la influencia del fauvismo. Quizá te parezca exagerado. Es solo una apreciación personal.

Me acerqué al escritorio que había en mi dormitorio y busqué con rapidez un bolígrafo y un papel donde apuntar. Usé el *ticket* de compra de las zapatillas y anoté varias palabras: tratamiento, color Matisse, fauvismo.

«Ponte al día, Hartford. Estás más verde que una lechuga».

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —preguntó mi interlocutora.

—Sí, sí. Aquí estoy.

—Mira... voy a ir al grano. Tengo una galería pequeña, pero me gusta apostar por artistas de la zona. Los trato con mucho mimo, puedes pedir referencias. Y... —suspiró—, tenía una exposición programada para el 1 de junio, pero el pintor me acaba de dejar tirada. Se lleva sus cuadros a una sala multicultural de Barcelona. El caso es que tengo un hueco de tres semanas. ¿Te interesa?

Me quedé petrificado, pero traté de disimular. Las largas partidas de póquer en el buque me habían enseñado a mantener la calma y a no mostrar las cartas hasta el final.

—Perdón, Gala. Me pillas un poco desprevenido.

—Lo sé. Me lo imagino. Es superprecipitado, pero me han dejado con el culo al aire. Y, la verdad, Luna encaja bastante con lo que busco, aunque quisiera ver sus cuadros en persona antes de tomar una decisión. ¿Podría pasarme por su estudio entre hoy y mañana?

Me rasqué la cabeza.

—Verás..., los cuadros no están en su estudio. Los tengo yo en mi oficina.

Mentira. La mitad de ellos seguían en casa de Luna a la espera de ser comprados y enviados,

y la otra mitad estaban dispersos por toda España.

—¿En tu oficina? —repitió ella con incredulidad, como si acabara de decirle que los guardaba amontonados en un trastero a las afueras de Bombay.

—Sí. Es una oficina muy grande. Es... más bien un *loft*.

—¿Y dónde está ese *loft*? ¿Pilla lejos de aquí?

—En la península —indiqué sin especificar dónde. Crucé los dedos para que no me preguntara más—. Si te parece bien, puedo llevarte una muestra a tu galería.

—¿Aquí? ¿Traerme los cuadros aquí? ¡¿Antes de firmar?!

Me pasé la mano por la frente para secar las gotas de sudor que noté en la sien.

—Suelo hacerlo de esa manera para... —«invéntate algo rápido», pensé— evaluar cómo quedan las obras con la luz.

Se hizo un silencio muy raro. Me di cuenta de que estaba metiendo la pata a tope.

—Mi luz es excelente, Jonathan —dijo ella en tono afilado—. Es una orgía lumínica. Es... lo más parecido a morir y subir al cielo. Luminarias flexibles con tecnología LED y posibilidad de elegir ángulo y gama de temperaturas. Proyector de carril *tracklight spot* y una claraboya de cristal blanco orientada al norte con sistema de cierre automático. Si eso no te la pone dura, tú y yo no tenemos nada más que hablar.

«*What?!*».

Me dejó noqueado, pero ese día aprendí una gran lección. Nunca cuestionas la calidad de la luz de una galería de arte.

—Bien, bien. Suena bastante adecuado.

—Adecuado, dice...

—Suena excitante.

—Perdón por mi lenguaje. No tendría que haber hecho ese comentario. Pero es que... telita con lo que hay que oír.

La oí resoplar.

—No te preocupes.

«Venga, Hartford, concreta un poco. La conversación se te está yendo de las manos».

—Mira, Gala, como tu luz parece tan perfecta, ¿qué tal si me acerco esta semana, te enseño algunos cuadros y, si te gustan, hablamos de las condiciones y redactamos el contrato? Tú necesitas cubrir el hueco y nosotros queremos exponer. ¿Te parece bien?

Al día siguiente me levanté a las cinco de la mañana, me duché, me tomé un desayuno rápido y conduje seis horas hasta Sevilla para recoger los cinco cuadros que guardaban mis familiares. Después de comer con mi primo Javier, al que no veía desde los dieciocho años, continué hasta Denia. Hice noche en un hotel y, a la mañana siguiente, cogí el primer *ferry* con destino a Ibiza. Fue un auténtico palizón, pero mereció la pena el esfuerzo.

Llegué a la isla a las once de la mañana del tercer día de mayo. El sol brillaba con fuerza en el cielo nítido de Ibiza. Sentí un vuelco interior cuando vi la ciudad desde el coche. Ese lugar estaba lleno de recuerdos.

Gala me esperaba en su galería porque a ambos nos urgía cerrar el trato cuanto antes.

—Dios... ¡qué luz! ¡Impresionante! —comenté al entrar. Ya sabía cómo dorarle la píldora.

—Te lo dije.

Ella también alabó los cuadros de Luna. Los llevé de dos en dos desde el coche porque no

podía cargar con todos a la vez. Después, nos sentamos en su pequeño despacho y comenzamos a negociar.

—Al grano, Jonathan. Os ofrezco toda la sala durante tres semanas, anuncios en medios especializados, gestión de notas de prensa y la edición de un catálogo de calidad, nada que ver con esa mierda que me enviaste por correo. Me llevo un cincuenta por ciento de comisión y el total de la primera obra que se venda.

—¿Qué?!

Menuda ave de rapiña. Era obvio que yo no conocía el sector, pero me había informado lo suficiente para saber que esa propuesta era muy abusiva.

—¿Me estás diciendo que tú vas a ganar más dinero que Luna? —pregunté con el ceño fruncido.

—Ten en cuenta el riesgo que implica para mí apostar por una artista novel. Necesito cubrir gastos. A veces no se venden suficientes cuadros, por eso quiero el importe total de la primera obra. No es negociable. Si no te interesa, ya puedes ir buscando otro sitio.

La madre que la parió. Me tenía cogido por los huevos.

Me incliné hacia delante en el asiento y crucé las manos.

—De acuerdo, Gala. Vamos a hacer un trato. Pondremos a la venta todos los cuadros, excepto uno. Es mío, pero lo cedo para la exposición. Calcúlame el total de lo que esperas ganar en caso de que se vendan todas las demás obras.

Gala cogió su móvil y comenzó a teclear en la calculadora.

—Estoy poniendo precios coherentes al mercado —comentó antes de enseñarme la cifra.

«¡Serás cabrona!», pensé al mirar la pantalla de su móvil.

Respiré hondo, como lo haría un toro de lidia al salir a la plaza, con las aletas de la nariz muy abiertas y los ojos un poco desbocados. Pero... en fin, habíamos venido a jugar. Y yo, en particular, a cerrar el trato.

—De acuerdo. Te daré esa cantidad por adelantado con una condición.

—Dispara.

—Quiero que Luna se lleve el cien por cien de todas sus ventas. Seré yo quien te pague a ti, pero no podrás contarle nada de esto a ella. Ni una palabra.

Gala me miró con una sonrisa cargada de autosuficiencia. Ni siquiera parecía sorprendida por mi propuesta.

—Jonathan..., se ve a la legua que tú no eres representante de arte. ¿Por qué te has metido en esto? ¿La has cagado con tu novia y quieres darle una sorpresa?

«¡Joder con Gala Ribas!». Además de usurera, era pitonisa.

—¿Acaso importa? —pregunté con los brazos cruzados.

—Cielo..., mientras reciba la transferencia antes del viernes, me importa un puñetero comino.

A partir de ese momento tuve que acelerar todo el proceso. Disponía de cuatro semanas para reunir todos los cuadros y organizar la exposición con Gala. Ni siquiera pernocté esa noche en Ibiza. Cogí un *ferry* de vuelta por la tarde y, veinte horas después, estaba de regreso en casa de mi madre con las pilas cargadas y los objetivos claros: el 1 de junio debía inaugurarse la exposición. Durante los siguientes días, compré los cuadros que aún seguían disponibles en la página web. En cuanto lo tuve todo preparado, comencé un largo periplo para recoger los

lienzos. Me recorrí casi toda España en menos de dos semanas. Mi familia materna vivía muy dispersa, circunstancia que jugaba a mi favor para simular que los cuadros habían sido comprados por particulares anónimos sin relación entre sí.

Me dediqué también a ultimar otros detalles, como la elección de los precios o la revisión del diseño del catálogo y del cartel principal de la exposición. Gala se encargó de casi todo el trabajo. Yo solo tuve que dar el visto bueno telefónico a sus decisiones y llevar algunos lienzos a enmarcar a un taller de León.

También tuve tiempo para reflexionar mucho, porque el momento de volver a ver a Luna se acercaba y yo seguía disperso en un mar de dudas respecto a nosotros. En realidad, esas dudas se centaban en mí y en mi capacidad para superar todas las circunstancias adversas de mi pasado.

Continué con la terapia por internet. Nadia y yo habíamos pactado dos sesiones semanales. Gracias a esos encuentros, pude trabajar el duelo de Liam en profundidad y abordar otros temas escabrosos, como la difícil relación que había mantenido siempre con mi padre y la forma en la que ese asunto había influido en mi carácter. Era consciente de que las cosas entre nosotros ya no podían arreglarse, pero me prometí a mí mismo que, al menos, intentaría retomar poco a poco mi relación con David.

También corría. Corría muchísimo, cada mañana que estaba en el pueblo. A veces me pasaba seis horas seguidas entre el bosque y la montaña, atravesando pistas forestales y rutas de senderismo que nunca antes había visitado. Y le hablaba. Siempre aprovechaba esos momentos de soledad para dirigirme a un Liam imaginario. Le conté cómo había sido mi vida desde el día de su muerte. Lo hacía mientras corría a través de conversaciones mentales. Le hablé de la Marina, de mis viajes, de Luna... Evitaba entrar en detalles escabrosos, hasta que un día, a finales de mayo, me salí de la ruta y me senté sobre una roca en una zona apartada del bosque. Era un lugar solitario y lleno de calma.

Nadia me había sugerido que, en algún momento del proceso, tendría que despedirme de él, puesto que nunca lo había hecho. Sentí que había llegado el momento. Necesitaba cerrar ese ciclo de mi vida para empezar de nuevo.

—Nunca te lo he contado... —murmuré sentado en aquella roca, aun sabiendo que nadie me oía y que aquellas palabras eran solo para mí—. Supongo que es normal, porque llevaba diez años y medio sin hablar contigo. —Aspiré aire con fuerza y me crují los puños—. No te he dicho que una parte de mí se quedó allí, al lado de tu cuerpo destrozado, incapaz de asumir lo que había ocurrido. No te he explicado que, en ese momento..., en ese maldito momento deseé ser yo el que estuviera muerto, y me cabré con la vida por ello. Me hubiera cambiado por ti sin dudarlo, pero... —realicé una pausa para frotarme la cara—, ya no puedo más, Liam. Tengo que largarme de allí. De ese edificio, de esa noche y de ese maldito instante en el que me rompí contigo. No sé si te parecerá egoísta, pero quiero pasar página, lo cual no significa que vaya a olvidar lo que ocurrió y que no lo lamente durante el resto de mi vida. Pero... necesito pensar en ti de otra manera, de un modo más sano, más alegre, y recordar que hubo un tiempo en el que los dos fuimos felices. Necesito levantar la cabeza y vivir. Y, para ello, tengo que decirte adiós.

Me levanté y respiré profundamente. Tenía la vista desenfocada en algún punto entre los árboles. Todo se volvió borroso por la humedad de mis ojos.

—Tengo que decirte adiós, joder... Necesito hacerlo.

Cerré los puños con fuerza, levanté el rostro hacia arriba, llené los pulmones de aire y grité.

Fue un grito tan potente y desgarrador que los pájaros salieron espantados de las ramas de los árboles y volaron en todas direcciones.

Y volví a gritar, como quien lo hace desesperado por salvar la vida. Ni siquiera fue un grito,

fue un bramido que surgió desde lo más hondo de mi garganta y que arrasó con todo lo que encontró a su paso. El sonido del monstruo abandonando mi cuerpo. El ave fénix desplegando sus alas.

Respiré despacio al acabar. Sentí que mi cuerpo había perdido peso, que el aire que me envolvía se había vuelto más ligero, pero no me detuve a pensar en ello. No estaba dispuesto a perder ni un solo segundo más. Me sequé los párpados con la manga de la sudadera, salí del bosque y enfilé de nuevo el camino hacia el pueblo. Y corrí. Corrí mucho. Corrí en línea recta, con paso firme, sin detenerme, sin mirar atrás... Pero ya no lo hacía para huir, porque por primera vez no huía. Regresaba al lugar donde quería estar.

64

JONATHAN

El 29 de mayo, la víspera del cumpleaños de Luna, realicé el último viaje de todo ese largo peregrinaje. Le había comprado al vecino de mi madre un remolque cerrado para transportar los cuadros que no me cabían en el coche. Me levanté muy temprano con la intención de llegar a Denia antes de las cinco de la tarde para coger el último *ferry* con destino a Ibiza de ese día. Me aseguré de que los lienzos estaban bien embalados, los apilé con cuidado en el maletero y en el interior del remolque, hice las últimas comprobaciones y me despedí de mi madre en la puerta de su casa. Le di un abrazo y me subí al coche, que estaba aparcado junto a la acera. Ella se acercó a la ventanilla abierta mientras yo me colocaba el cinturón de seguridad.

—Te he comprado chicles y parches de nicotina —dijo—. Diez cajas. Te las he metido en la mochila.

—¿Diez cajas?! ¿Quieres que me dé una sobredosis?

—Me pediste una buena provisión. En cualquier caso, será mejor que todo ese humo que te has metido en el cuerpo.

—¡Eh! Once días ya sin encenderme un cigarrillo.

—Lo sé.

Me miró atentamente. Parecía emocionada.

—Hijo, quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti. A pesar de todo.

Sonreí, conmovido.

—Y lo que has hecho por Luna... Eso no lo hace nadie —añadió.

—Algo bueno tenía que tener —bromeé.

—Tienes muchas cosas buenas, Jonathan.

—Tú también, madre.

Arranqué el motor.

—¿Qué harás después de la inauguración? —preguntó.

—No tengo ni idea. No sé si me quedaré en Ibiza un tiempo o volveré a Gibraltar. —Me encogí de hombros—. Quién sabe. Quizá me compre un velero para cruzar el Atlántico solo.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Tú solo, en mitad del Atlántico?

—Te recuerdo que tengo cierta experiencia en navegación.

Mi madre resopló con resignación.

—Da igual lo que te diga, ¿verdad? Harás lo que te dé la gana.

—Qué bien me conoces. —Le guiñé un ojo y me puse las gafas de sol.

—Mantenme informada, por favor.

—Tranquila, lo haré. Cuídate mucho.

—Tú también. Y Jonathan..., suerte. Con lo de Luna, con tu futuro, con todo.

—No te preocupes, madre. Pase lo que pase, seguro que habrá *rock and roll*.

Encendí el reproductor del coche. En los bafles sonó *Born To Be Wild*, de Steppenwolf. Apreté el acelerador y salí a la carretera. La miré por el espejo retrovisor mientras me alejaba. Estaba nervioso, pero eran nervios buenos, de los que van ligados a la esperanza. Ignoraba lo que iba a ocurrir entre Luna y yo, pero sabía que, al menos, ella cumpliría uno de sus sueños antes de acabar la semana.

Llamé a Penélope en algún punto del camino entre Madrid y Tarancón. Tuve que insistir varias veces hasta que me cogió el teléfono.

—Jeremy, ¿estás bien? —dijo en un murmullo muy bajo.

—Sí. ¿Y vosotras?

—Bien. Muy bien. Pero te pedí que no me llamaras...

—¿Está ella a tu lado?

—Cerca.

Noté un latigazo en el estómago.

—Necesito que me hagas un favor. Es la última cosa que voy a pedirte.

Le hablé de la exposición y le pedí que inventara una buena excusa para contarle a Luna.

—Tienes que convencerla para que acuda pasado mañana a la galería.

Penélope se ofreció a colaborar. Parecía bastante aliviada con la idea de que al fin terminara ese largo periodo de distancia y silencio entre nosotros.

El viaje fue largo. Tuve mucho tiempo para darle vueltas a las cosas.

Imagué todos los futuros probables. Uno ideal en el que ambos estuviésemos juntos. Otro en el que ella me perdonara, pero decidiera mantenerme en su vida como amigo. También barajé la opción de que, al acabar la exposición, no quisiera volver a verme.

Cualquier escenario era posible y yo estaba dispuesto a asumirlos todos. Estaba preparado para aceptar su marcha o su indiferencia, incluso su rabia, para abrazarla o para apoyarla en su viaje a California, si era eso lo que ella deseaba. Llegué a elaborar un discurso por si ocurría.

«Vete y vive todo lo que la vida no te permitió en su momento mientras cuidabas de tu madre y de tu abuela. Yo estaré en algún punto del océano. Estaré pensando en ti, sabiendo que eres feliz, y eso me dará la fuerza que necesito para seguir hacia delante».

Desembarqué en Ibiza a las ocho de la tarde tras nueve largas horas de viaje en coche y otras tres en *ferry*. Estaba agotado. Me alojé en un pequeño apartamento que había reservado por Airbnb, situado a quince minutos a pie de la galería. Lo tenía apalabrado para dos noches; lo que sucediera después de nuestro encuentro era todo un misterio.

El día 30 me presenté a primera hora en la galería. Gala me esperaba para ultimar los detalles de la exposición. Descargué los lienzos y realicé con ella varias pruebas para elegir la distribución más adecuada. El resultado final me dejó impresionado. Los cuadros de Luna eran muy coloridos. Estaban llenos de luz y de una energía arrolladora que, en conjunto, generaban una suerte de explosión visual. Nunca he entendido de arte, pero esas palabras definen muy bien la forma en la que yo percibía su obra. Me sentía muy orgulloso de ella. La admiraba por todo lo que era capaz de transmitir; por su sensibilidad, por su sentido de la belleza, por su manera de entender el mundo y su habilidad para plasmar tantas emociones a través de su trabajo.

Por la tarde, con todo ya preparado, me fui a pasear por el casco antiguo de Ibiza. Subí hasta lo alto del mirador y recordé la última noche que habíamos pasado juntos en septiembre. Esa noche sería para siempre la mejor noche de mi vida.

Estuve tentado de conducir hasta su casa y presentarme de improviso. Era su cumpleaños y sabía por Penélope que sus amigos le estaban preparando una fiesta sorpresa en el jardín. Me hubiera encantado asistir a esa fiesta, pero sabía que aún no había llegado mi momento.

Y así, tras meses de espera y después de una larguísima noche en la que apenas pude pegar ojo, llegó el ansiado día de reencontrarme con ella.

Tenía la intención de presentarme en la galería antes de las diez de la mañana, pero el mundo se alió en mi contra para evitar que llegara a tiempo. Cuando me levanté, encontré el suelo de la cocina encharcado. Había reventado una tubería de madrugada y el agua salía a raudales. Tuve que localizar al dueño del apartamento, explicarle la situación, buscar la llave de paso, extender toallas por todo el suelo, avisar a los vecinos... y, lo peor, asearme con el débil hilo de agua que aún salía de la ducha.

Penélope me envió un mensaje a las diez y media.

«Acaba de salir. Irá sola. Calculo que estará allí en media hora».

Me apresuré para llegar cuanto antes a la galería. Quería sorprender a Luna en la puerta y ser el primero en ver su cara cuando entrara en la sala. Pero llegué tarde. Gala estaba esperándome en la puerta.

—Acaba de entrar —me dijo.

—Mierda... —murmuré—. Por favor, déjame a solas con ella.

Me miró con curiosidad y, sin hacer preguntas, me entregó las llaves de la galería.

—Toma. Me voy a dar una vuelta.

Me guardé las llaves en el bolsillo y entré.

En el interior reinaba el silencio. Atravesé el pequeño vestíbulo de forma pausada, sin prisa. Llevaba toda la mañana muy nervioso, pero en ese momento sentí una calma inexplicable, como si todas las piezas hubieran encajado en su sitio.

Me detuve un instante bajo el arco de piedra que daba acceso a la sala principal. Y la vi. La vi de espaldas mientras observaba el cuadro que me había regalado en diciembre, totalmente ajena a mi presencia y al mundo exterior.

Estaba muy delgada, fue lo primero que llamó mi atención. Su aspecto aún reflejaba las secuelas del accidente y, sin embargo, seguía pareciéndome una chica preciosa. Llevaba el pelo corto, por encima de los hombros, un vestido azul que le cubría hasta medio muslo y unas sencillas zapatillas de lona blanca. Yo, en cambio, me había arreglado como si fuera un representante real de artistas, con pantalón de traje beis, camisa blanca y zapatos de vestir. Me sentí un poco ridículo por ello, pero lo único que hice fue sonreír.

Sonreí por la inmensa suerte que había tenido al conocerla y porque ambos habíamos sobrevivido a una adversidad demoledora. Ella, a un brutal accidente que casi le costó la vida, y yo, a mis propias circunstancias. Y sonreí también porque, en ese instante, supe que no habría velero. No más largas travesías. No más distancia ni más soledad.

Di varios pasos hasta el centro de la sala y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Es el único cuadro que no está a la venta. Me pertenece.

Ella se giró hacia mí y me miró, sorprendida.

—Jonathan...

La observé. Sus ojos negros. Su expresión de desconcierto. Su rostro ovalado.

Su enorme cicatriz.

—Hola —murmuré.

La miré como nunca la había mirado y vi tantas cosas en ella que fue como experimentar una epifanía; la visión de nuestra vida juntos, de nuestro futuro, compuesto por millones de momentos que brillaban como los reflejos del sol sobre la superficie del mar. Millones de instantes que se superponían entre sí, formando nuestro propio universo de posibilidades: su sonrisa, la mía, nuestras manos entrelazadas, nuestros cuerpos unidos, alcanzando el éxtasis al mismo tiempo, las olas, la marea, una casa blanca en mitad del campo, la brisa del mar, la risa de una niña... y las arrugas del tiempo, impresas con dicha en nuestros rostros.

Solo entonces pude ver el final de ese túnel que durante tantos años había creído interminable. Porque al fondo, muy al fondo, sí que había luz.
Había redención para mí.

65

LUNA

Habían pasado más de cinco meses desde la última vez que nos vimos, pero yo tuve la sensación de que, entre ese instante y el presente, solo había transcurrido una décima de segundo.

«¡Suéltame!», y yo lo solté. Y la vida me arrolló con la fuerza de un tren de mercancías. Y al abrir los ojos, él seguía frente a mí, en una sala luminosa, rodeado de casi todos los cuadros que había pintado a lo largo de mi vida.

—¿Qué haces aquí? —conseguí decir a pesar de mi enorme confusión.

Jonathan hizo una mueca con la boca y desvió la mirada a la pared.

—Llevo cuatro meses intentando arreglar todo lo que he jodido en mi vida, y tú... —realizó una pausa antes de volver a mirarme—, tú eres una parte muy importante de ello.

Eché un breve vistazo alrededor. Aún estaba en estado de *shock*. Por los cuadros. Por la exposición. Por él.

—No lo entiendo. ¿Qué hacen aquí mis cuadros? Los vendí por internet.

—Los compré yo, Luna.

—No. Lo hizo la gente que entró en mi página web.

—Fui yo —interrumpió—. Los compré a través de esa web.

—Pero eran personas distintas.

—Le pedí ayuda a mucha gente. Usé las direcciones de varios familiares y conocidos de mi madre. Yo estaba detrás de todas esas personas, excepto de un par de compradores que se me adelantaron.

Lo miré, atónita.

—¿Por qué?!

Se encogió de hombros.

—¿Que por qué los compré? Porque son una parte de ti y quería tenerlos. Lo de montar la exposición se me ocurrió después. Pensé que, de esta forma, obtendrías más beneficios y, de paso, podría ayudarte a cumplir tu sueño. —Hizo una pausa y me miró con intensidad—. Enhorabuena, Luna. Todo esto es por y para ti.

Tuve que tomarme un momento para asimilar la información. Él pareció entenderlo. Me observó en un respetuoso silencio mientras me paseaba por toda la galería. Caminé despacio y recorrí cada centímetro de la sala con la mirada hasta que todo encajó en mi mente y logré comprender lo que estaba ocurriendo. Los ojos se me llenaron de lágrimas al darme cuenta de que era él quien lo había organizado todo.

Él.

Durante sus largos meses de ausencia mientras yo luchaba por salir de ese vacío inhóspito en el que había quedado atrapada. A pesar de su silencio, de su indiferencia, del abismo que había impuesto entre nosotros..., en el fondo de toda aquella oscuridad, él seguía cerca de mí.

Quise darle las gracias, pero tenía tantas cosas que decirle antes, tantas dudas que aún se retorcían en mi cabeza. Me giré de nuevo hacia él con la barbilla levantada, tratando de disimular mis lágrimas. Intenté que mi voz sonara firme y serena, aunque me temblaba el cuerpo entero.

—Llevo varios meses pensando que no querías volver a verme. Te escribí un correo y ni siquiera me contestaste.

Cerró los ojos un instante. Seguía clavado en mitad de la sala con las manos en los bolsillos.

—Lo siento. Estaba enfadado. Pero no era contigo, era conmigo.

—¿Y por qué no has venido antes?! —dije con rabia.

—¿Sinceramente? Porque estaba reuniendo el valor para volver a mirarte a la cara.

Respiró despacio para mantener sus emociones a raya, aunque yo intuía que por dentro también estaba a punto de reventar.

—Me comporté como un gilipollas...

Negué con la cabeza.

—La culpa fue mía, Jonathan. Debí contarte antes lo que me estaba ocurriendo. Traspasé los límites de tu confianza y...

—No se te ocurra decir algo así.

—Sabes que es cierto. La situación se me fue de las manos. Era como una enorme olla a presión y yo la hice estallar.

—Luna, por favor, necesito que me escuches. —Dio varios pasos para acercarse a mí—. Escúchame, ¿vale?

Asentí despacio y lo miré.

—Siento muchísimo haberme enfadado tanto aquel día. Y la forma en la que reaccioné... —Arrugó la cara como si estuviese soportando un dolor agudo en la cabeza—. No imaginas cuánto me arrepiento. Pero, sobre todo, siento no haber estado a tu lado cuando tuviste el accidente, siento no haber podido evitarlo y siento que... por mi culpa... —Cerró los ojos y se llevó las manos a la frente.

—El accidente no fue culpa tuya —dije con calma—. Y yo... lo he pasado mal, es cierto, pero no te guardo rencor. Aún podemos ser amigos.

Él soltó una risa seca, se retiró la mano de la cara y me miró, contrariado.

—¿En serio? ¿Eso es lo que quieres?

«Por supuesto que no —pensé—. ¿Pero cómo vamos a hacer que esto funcione? Tú ya no confías en mí y yo estoy cansada de vivir así, siempre esperando que llames, que vuelvas, que te abras a mí, que me digas lo que necesito escuchar. Ya no quiero esperar más».

Iba a decirle todo aquello, pero no me dejó contestar. Se desabrochó el botón de la manga derecha ante mi mirada confusa.

—Necesito enseñarte una cosa —añadió en voz baja mientras se remangaba—. Alguien me dijo que si no resolvía mis asuntos del pasado, jamás tendría un futuro contigo.

Me mostró su muñeca derecha. Su tatuaje del candado se había difuminado.

—Aún me quedan algunas sesiones, pero pronto estará borrado.

Levanté la vista y lo miré con asombro.

—¿Qué has hecho, Jonathan?

Sonrió durante un instante muy breve.

—Se acabó. Los secretos, las mentiras... Se acabó el engañarme a mí mismo para hacerme creer que podía ocultar lo que pasó. Fui a ver a los padres de Liam y les conté todo lo que sucedió aquella noche. También se lo he contado a mi madre.

Su confesión me dejó perpleja. Sabía perfectamente lo que eso significaba para él.

—¿Y cómo se lo tomaron? —pregunté con miedo.

—Con mi madre fue bien. Sé que le duele, pero me apoya. Con los padres de Liam... Fue muy duro, pero era algo que tenía que hacer. Creo que Martha lo ha encajado mejor, pero Harry... Se puso muy nervioso y me pidió que me marchara de su casa.

—Lo siento.

—Me amenazó con demandarme después, pero el delito está prescrito y ya no pueden hacer nada. Es muy probable que me odie de por vida. Tendré que asumirlo.

Lo miré, conmovida. Quise abrazarlo, pero pensé que aún no era el momento adecuado.

—¿Y tú cómo estás?

Se encogió de hombros.

—Estoy vivo, con todo lo que eso conlleva. Con el dolor del duelo que no supe gestionar en su momento, pero también con muchas ganas de seguir adelante.

Nos quedamos en silencio. Estábamos muy cerca el uno del otro. Levantó la mano hacia mi rostro y me rozó la mejilla derecha con su dedo pulgar. Noté una descarga en mi piel cuando lo hizo. Era nuestro primer contacto físico en más de cinco meses.

—¿Amigos? ¿En serio? —repitió con una sonrisa forzada antes de mirarme con intensidad—. MENTIRA —dijo con voz rotunda.

—Jonathan...

Soltó el brazo, miró hacia el techo y volvió a meterse las manos en los bolsillos.

—Y yo que venía dispuesto a aceptar que lo mejor para ti es marcharte a California.

—¿Cómo sabes lo de California?

Me miró de nuevo y comenzó a hablar de forma acelerada.

—Sé muchas cosas, Luna. Viví cada segundo que estuviste en coma como si fueran los segundos que me quedaban para entrar en el patíbulo. He estado al tanto de todo. De tu recuperación, de tu tratamiento...

—¿Cómo? —interrumpí.

—Gracias a tu abuela. Ella me informaba. Y sé que ha pasado mucho tiempo, quizá demasiado, y que te habrás preguntado miles de veces dónde estaba y por qué no te llamaba. Y ojalá pudiera volver atrás y explicártelo bien, pero no puedo. Necesitaba tiempo para estar solo, para ordenar mi caos...

—Lo comprendo, Jonathan, pero no es tan fácil. Las cosas no son tan fáciles.

—Espera, escúchame... —Tomó aire con fuerza—. Si eso es lo que deseas hacer..., si quieres irte a vivir sin mí al otro lado del mundo, mañana mismo te compro un billete. Pero antes tengo que contarte una cosa, porque... cuando he llegado y te he mirado, he visto nuestra vida juntos. Y tienes que saber que es una vida increíble.

Parpadeé, confusa.

—Jonathan, tu vida está en un buque de la Marina británica. Al menos era así hasta hace cinco minutos.

—¡Y una mierda, Luna! ¡Mi vida está contigo si tú quieres que lo esté!

Me quedé paralizada.

—Nunca debí pedirte que me soltaras —añadió.

—No me lo pediste. Me lo ordenaste.

—Tienes razón. —Cerró los ojos un instante—. Por favor, perdóname.

—Ya te he perdonado.

Bajé la mirada al suelo cuando él comenzó a acercarse.

—¿Y por qué no me miras? —preguntó.

Lo noté muy cerca de mí. Sus ojos, su boca, su respiración.

—Llévame a esa playa... —dijo en voz baja—. Esa en la que nos bañamos desnudos. Llévame esta tarde. Llévame todos los días.

Me quedé muy quieta con la mirada clavada en el suelo mientras él se acercaba cada vez más. El peso de todo lo ocurrido en los últimos meses tomó un protagonismo inesperado en mi mente. Y, de repente, me vi en sus ojos. Vi la palidez de mi piel, las marcas del accidente, la cicatriz que cruzaba mi mejilla izquierda de lado a lado. Jonathan aún mantenía un aspecto impecable, pero

yo ya no era la chica que él había conocido varios meses atrás.

—¿Qué te pasa? —preguntó al comprobar que no reaccionaba—. Dices que no estás enfadada, pero ni siquiera me miras.

—No. No se trata de eso.

—¿Y entonces?

Tragué saliva. Era difícil de explicar.

—Mi cara, Jonathan...

Me rodeó el rostro con las manos y lo levantó con suavidad.

—Tu cara —dijo con voz serena mientras la contemplaba.

—Estoy llena de cicatrices.

—¿Y qué? —contestó con firmeza—. ¿Crees que voy a salir corriendo por eso?

Cerré los ojos. Las lágrimas cayeron por mis mejillas.

—No entiendes nada —susurró mientras me las secaba con sus dedos—. Se supone que tienes un don increíble, pero hoy eres incapaz de ver lo más importante. —Apoyó su frente sobre la mía y aspiró con fuerza para volver a hablar—. Te quiero. Y te juro que nunca, en toda mi vida, le he dicho a nadie algo parecido. Te quiero porque eres mejor persona que yo, porque siempre ves algo bueno en los demás, incluso en mí viste algo bueno. Y porque me has enseñado tanto sobre tantas cosas que ya no puedo imaginar un futuro en el que tú no estés. O... sí que puedo, pero no quiero. Porque nada va a cambiar lo que siento por ti y mucho menos, una cicatriz.

Todo mi cuerpo se tensó mientras él sostenía mi cara entre sus manos. Se inclinó despacio y se quedó a un centímetro de mi boca, a la espera de que fuese yo quien diera el último paso. Ahora sé que, si me hubiera demorado horas, él habría esperado paciente. Pero eso no fue lo que pasó.

Me acerqué y lo besé con suavidad. No tardó en responder del mismo modo, porque había pasado mucho tiempo desde la última vez, pero una parte de nosotros aún seguía en la *suite* de aquel hotel, en el instante previo a que yo despertara del sueño que arrasó con todo.

Nos besamos y nuestro mundo se detuvo.

La suavidad de sus labios se transformó muy pronto en otro tipo de reclamo. Bajó las manos hasta mi cintura y me atrajo hacia su cuerpo. Lo abracé con fuerza y en medio de esa bruma, oí un sonido. Abrí los ojos un instante y pegué un respiro.

—Jonathan..., la mujer de la galería.

—Me ha dado las llaves y se ha ido —dijo sobre mis labios.

—Está ahí, de pie.

Me soltó de golpe y se giró, turbado, hacia la entrada de la sala.

La señora estaba bajo el arco de piedra con cara de circunstancia.

—Perdón, perdón, perdonadme... —dijo, sonrojada, tapándose los ojos con el dorso de la mano, como si estuviese protegiéndose de una luz cegadora—. Me he dejado el bolso aquí dentro y quiero tomarme un café.

Se acercó dando pasitos rápidos hacia la única mesa que había en toda la sala. Cogió su bolso y corrió de nuevo hacia la puerta con la mano sobre la cara.

—Ya me voy. Como si no me hubierais visto —dijo antes de abandonar la sala.

Cuando la puerta se cerró, nos entró la risa a los dos.

—Ven... —me dijo unos segundos después, cogiéndome de la mano—. Siéntate conmigo.

Buscó asiento con la mirada, pero no había sillas en toda la estancia. Acabamos sentados en el suelo, el uno junto al otro, con las rodillas flexionadas y la espalda apoyada en la pared.

—Jonathan, aún no te lo he dicho. Muchísimas gracias por todo lo que has hecho. Esto es...
—Eché otro vistazo alrededor—. Es impresionante.

Lo vi sonreír con satisfacción mientras observaba nuestras manos entrelazadas.

—Siento haber tardado tanto en venir. He estado muy jodido.

—Lo sé, y lo siento.

Mantuvo la mirada fija en nuestras manos.

—¿Te apetece contarme dónde has estado estos últimos meses? —pregunté.

Apoyó la cabeza en la pared y miró hacia delante.

—Al principio, en Gibraltar. A finales de enero, después de tu accidente, me fui a Inglaterra. Pasé un par de días allí resolviendo mis asuntos. En febrero tuve que volver a embarcar, pero enseguida me di cuenta de que ya no quería estar en el buque. Creo que todo eso... la Marina, los viajes..., ese estilo de vida ha perdido sentido para mí. Pedí una excedencia a finales de marzo y en abril me fui a casa de mi madre. He vivido allí desde entonces.

—¿Y qué has hecho?

Me dedicó una mirada muy breve.

—¿Aparte de organizarte una exposición impresionante? —dijo con su habitual tono fanfarrón.

Sonreí.

—Sí. Aparte de eso.

Apoyó de nuevo la cabeza en la pared.

—Correr. Correr mucho. Varias horas al día. Creo que voy a apuntarme a la maratón de Londres.

Me reí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que todo lo que te propones lo tienes que hacer a lo grande.

Me devolvió la sonrisa.

—Tal vez.

—¿Y cómo es que te ha dado por correr a ese nivel?

—Porque cuando lo hago, no pienso en nada. O... sí que pienso, pero no siento ansiedad. Es extraño, pero me relaja más que ninguna otra cosa. Incluso más que el tabaco.

—Te entiendo. A mí me pasa lo mismo cuando hago yoga.

—También he estado haciendo terapia —dijo para mi sorpresa.

Lo miré con atención. Él seguía con la vista fija en la pared de enfrente.

—¿Dónde?

—Encontré una psicóloga muy buena por internet. Es de Madrid, pero hacemos las sesiones por Skype.

—¿Y qué tal te ha ido la experiencia?

—Bien. Bastante bien. Ha sido muy liberador.

—¿Puedo preguntarte de qué habéis hablado?

—De muchas cosas. De que no puedo cambiar lo que pasó hace diez años, pero puedo aprender a aceptarlo. En eso estoy. —Se giró y me miró fijamente—. Y de ti.

—¿Le has hablado de mí? —pregunté, emocionada.

—Cada día —dijo en voz baja.

—¿Y qué le has dicho?

—Que quería volver a llamarte, pero... me daba miedo intentarlo.

—¿Por qué?

Tardó unos segundos en contestar.

—Porque lo sabes todo de mí, incluyendo lo peor, lo más oscuro. —Habló en voz muy baja, como si se sintiera avergonzado—. Ahora entiendo por qué me preguntaste si me había inyectado heroína. No te mentí, pero me faltó muy poco para hacerlo. Y me hubiera metido a fondo en esa mierda si no llega a ser por mi madre.

—Lo sé.

—Hice muchas cosas en esa época. Cosas de las que me avergüenzo y me arrepiento muchísimo. Algunas de ellas... —suspiró con amargura—, ojalá pudiera borrarlas de mi memoria, pero no puedo. Y me da miedo que las hayas visto todas.

—No entré —dije.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—A la habitación a oscuras. Decidí no entrar.

Tardó un par de segundos en procesar. Después cerró los ojos con fuerza, como si acabara de recibir un golpe.

—Joder, Luna. ¿Lo entiendes ahora?

Le apreté la mano.

—Desearía no haber soñado nunca con esas cosas, pero no por mí, sino por ti. Sé que invadí tu intimidad y me arrepiento mucho de haberlo hecho.

—Me da igual —dijo él con los ojos cerrados—. Te lo juro. He tenido mucho tiempo para pensar en ello y me da igual lo que sea que te ocurra en esa cabecita tuya, lo que veas, lo que sueñes... Siempre que a ti también te dé igual lo que puedas descubrir. Pero... ¿estás segura de que podrás aceptar esa parte de mí?

Le acaricié la línea de la mandíbula con los dedos.

—Te envié un correo. ¿Lo leíste?

—Sí. Tardé en hacerlo, pero lo leí.

—¿Recuerdas lo que te escribí?

—Escribiste muchas cosas.

—¿Y recuerdas la más importante? ¿Aquella en la que te decía que te quería con todo? —Asintió despacio—. Pues... todavía lo hago.

Sonrió levemente, aunque enseguida recuperó el gesto serio. Aún tenía los ojos cerrados.

—Pero no me has dicho si vas a irte a California. Aunque, bueno... —se encogió de hombros—, tienes todo el derecho a pensártelo con calma.

Me levanté, me puse de rodillas frente a él y le rodeé la cara con las manos.

—Jonathan, mírame.

Abrió los ojos y, por primera vez, vi lágrimas en ellos. Y vi también sus enormes esfuerzos por reponerse de todo lo que nos había llevado hasta ese punto, por luchar, por seguir hacia delante a pesar de sus errores, por sobrevivir en contra de cualquier pronóstico, por perdonarme y, sobre todo, por perdonarse a sí mismo. Porque yo llevaba mis cicatrices marcadas en la cara, pero él llevaba las suyas selladas a fuego en el alma.

—Nada de lo que vi y nada de lo que vea podrá cambiar jamás lo que siento por ti —contesté con voz firme—. Y ahora, llévame a casa. A nuestra casa. Porque, a partir de ahora, es la tuya también.

66

JONATHAN

Y volví. A la vida de Luna. A la casa blanca de contraventanas azules. A la cocina en la que había irrumpido por primera vez en septiembre, descalzo, cubierto de hematomas y con una resaca bestial.

Penélope estaba pelando patatas, igual que aquel día. Hubiese jurado que llevaba el mismo vestido y la misma trenza en el pelo, como si la vida hubiese reiniciado un ciclo para buscar el equilibrio que no hubo en su momento.

—Nona, traigo compañía —dijo Luna al entrar—. Aunque creo que tú ya sabes algo.

Penélope se giró hacia la puerta y me miró. Yo me crucé de brazos y me apoyé de lado sobre el marco con una sonrisa pícara. No dije nada, solo la miré. Ella dejó el cuchillo sobre la mesa, se limpió las manos con un trapo, se levantó despacio y se acercó hasta mí. Me examinó en silencio durante unos segundos y me dedicó una sonrisa discreta y profunda.

—Te lo has quitado, Jeremy.

—¿Qué es lo que me he quitado?

Levantó la mano y me dio un golpecito en el pecho.

—Lo que tenías ahí dentro. Ya no está —dijo antes de darme un abrazo.

La exposición se inauguró al día siguiente. Recuerdo las escenas de esa tarde como intensos fogonazos de luz. Luna estaba radiante. Le brillaban los ojos y no paraba de sonreír. Y yo... supongo que tenía cara de imbécil, porque no podía dejar de mirarla y de babear mientras lo hacía. Vino mucha gente a ver sus cuadros y algunos, incluso, a comprar. Entre amigos, curiosos y artistas de la zona, hubo un momento en el que nos juntamos treinta personas en el local. Nos bebimos doce botellas de vino vegano y, como ya era costumbre, alguien me pidió que hiciese un brindis para deleite de los presentes. Y... en fin. Reconozco que llevaba más copas de las que te permiten soltar un discurso razonable.

—Gracias a todos por venir —dije desde el centro de la sala, rodeado de sesenta ojos que se clavaban en mi cara—. No voy a enrollarme demasiado porque yo no soy el protagonista de esto, pero quiero darle las gracias a Luna por haber llenado esta sala con su talento. Y a Gala, por supuesto, por haber apostado por ella. ¿Os habéis fijado en la luz de su galería? ¿Y en la claraboya con sistema de cierre automático? Es impresionante. Gracias también a Marina y a Lucas por organizar un cóctel en menos de seis horas. He de confesar una cosa. No me caísteis muy bien la primera vez que os vi, porque... ¡me llevasteis a un puñetero karaoke! Pero ahora sé que sois unos amigos increíbles. Y a Penélope, gracias por tu infinita paciencia. ¡No me mires así! En serio, no sabéis la paciencia que esta mujer ha tenido conmigo. Penélope, eres la puta ama. Y a Gunther..., cabrón, estoy harto de verte el escroto, pero cocinas las mejores salchichas del planeta...

—¡Que alguien le quite la copa de vino antes de que le declare su amor a toda la isla! —gritó Lucas desde el fondo.

Me gustaría recordar aquel día con más nitidez, pero es obvio que el alcohol contribuyó en gran medida a nublar mis recuerdos. Sé que por la noche, ya en casa, Luna y yo hicimos el amor como si nada hubiera pasado; con fervor, con impaciencia y devoción, borrachos de amor y de deseo. Como aquella vez, en el hotel de la Dalt Vila, cuando los dos creíamos que le estábamos robando al tiempo las últimas horas de nuestra historia juntos.

Sé que al día siguiente me desperté muy temprano con ganas de fumarme un cigarrillo y

cuando fui a buscar parches de nicotina en la mochila, encontré por casualidad la semilla que Luna me había regalado en septiembre. Había olvidado que la guardaba en uno de los bolsillos.

Me vestí con ropa cómoda y me acerqué a ella. Estaba tumbada en la cama, medio dormida.

—¿Has soñado conmigo? —le pregunté en voz baja.

—Mmm... Sí.

—¿Cosas bonitas o feas?

—Estábamos en el mar, al atardecer. Nadábamos desnudos. Nada más.

Le di un beso y la tapé con la sábana.

—Sigue durmiendo.

—¿A dónde vas? Es muy temprano.

—Luego te cuento.

Salí de la habitación y caminé hacia el porche. El cielo aún estaba oscuro, pero ya se adivinaba luz en el horizonte. Me acerqué al cobertizo donde Penélope guardaba los aparejos del jardín y busqué una pala y una regadera. La llené de agua con una manguera y fui hasta el fondo del jardín, donde Luna y su madre habían plantado sus árboles veinte años atrás. Busqué una buena ubicación muy cerca de ellos y cavé un pequeño hoyo con la pala. Saqué la semilla del bolsillo de mi pantalón y la miré con atención.

«Plántala cuando encuentres tu lugar en el mundo».

La enterré en el hoyo y vacié la regadera sobre ella. Después, me senté junto al árbol de Luna y apoyé la espalda en el tronco. El sol comenzó a salir a lo lejos, sobre una colina, justo enfrente de mí. Capté el momento preciso en el que se proyectó el primer rayo de la mañana sobre la tierra. El cielo se tiñó de un intenso color anaranjado que lo cubrió todo.

Cerré los ojos y respiré profundamente.

Y no hubo nada más. Nada. Ni voces, ni culpa, ni ruido, ni ansiedad, ni dolor, ni miedo...

Tan solo calma y la certeza de estar en el lugar adecuado, viviendo un instante perfecto.

Al fin, en absoluto silencio.

En paz.

EPÍLOGO

Hay millones de historias de amor en el mundo; historias que surgen, que brillan, que mueren y eclosionan como las estrellas en el firmamento.

La nuestra atravesó su propio camino de caos hasta alcanzar el equilibrio. Y hoy, tres años después, aún resiste a los avatares de la vida.

¿Cómo puedo resumirte en una carta todo lo que nos ha pasado desde el día en que nos reencontramos en la galería de arte? Voy a intentarlo, mamá, porque fuiste tú la que nos unió a tu manera y quiero que sepas que estamos bien, que hemos pasado por mucho, pero seguimos juntos y dispuestos a continuar por el mismo camino que iniciamos ese día.

Ocurrieron muchas cosas después de nuestra reconciliación.

Jonathan dejó la Marina de forma definitiva para instalarse conmigo en Ibiza. A mediados de junio volvió a Gibraltar para presentar su baja y poner en orden su situación. En cuanto regresó a casa, comenzó a planear su futuro profesional en la isla. Según me contó, llevaba varios meses barajando la idea de aprovechar su formación y experiencia para montar su propia empresa. En julio inició los trámites para crear una *startup* de electrónica naval para barcos de recreo.

Mientras tanto, intentamos buscar una casa o apartamento para irnos a vivir solos, pero enseguida nos dimos cuenta de que los alquileres en verano estaban por las nubes. Decidimos esperar a que llegara la temporada baja. Al fin y al cabo, vivíamos en una casa grande y, aunque compartíamos espacios con la abuela, siempre encontrábamos la manera de hallar un poco de intimidad.

Otro de los inconvenientes fue el de regularizar su situación, puesto que Jonathan era ciudadano británico en suelo español. En junio se las había ingeniado para pedir una prórroga de su visado y alargar su estancia hasta finales de septiembre, pero sabíamos que, al llegar la fecha límite, debía abandonar España para regresar al Reino Unido. A finales de agosto consultó con un abogado la manera de obtener un permiso de residencia.

—Hay tres opciones —me explicó al llegar a casa mientras se abría una Coca-Cola en la cocina y yo lo escuchaba sentada en una silla—. Puedo solicitar un visado de emprendedor si demuestro que estoy montando un negocio en España.

—¡Perfecto! —contesté con entusiasmo.

—El problema es que no dispongo de suficiente tiempo. Esa solicitud requiere mucho papeleo y, por lo general, tardan bastante en contestar.

—¿Por qué no solicitas la doble nacionalidad? Tienes derecho a ella. Tu madre es española.

Le dio un sorbo a la lata mientras apoyaba la espalda en la puerta de la nevera.

—Era mi segunda opción, pero... hay un problema. Según el acuerdo vigente entre España y Reino Unido, al cumplir la mayoría de edad, tendría que haber declarado mi voluntad de mantener la doble nacionalidad. Disponía de un plazo de tres años para ejercer mi derecho, pero no lo hice. Nunca solicité ni declaré nada, ni siquiera me lo planteé porque en esa época no lo veía necesario.

—Ah... —murmuré con decepción—. ¿Y no puedes solicitarla ahora?

—Tengo que residir un año completo en España antes de iniciar el trámite. —Suspiró con la lata en la mano—. Y después está la tercera opción. Es la más sencilla e inmediata.

Me miró fijamente. Imaginé lo que iba a decirme.

—Se trata de que tú y yo firmemos unos papeles que..., bueno...

—Jonathan, ¿me estás pidiendo que me case contigo?

Se rascó la nuca. Parecía nervioso.

—Sé que te parecerá una locura, que llevamos muy poco tiempo para dar ese paso y que vienes de una saga familiar nada propensa al matrimonio. Yo tampoco he sido nunca muy partidario de él, pero... míralo como si fuera un trámite. Es solo echar una firma. Y si sale mal, que no saldrá, al menos por mi parte..., pero si saliera mal porque tú te cansas de mí algún día, siempre te quedará el divorcio. —Lo miré, atónita—. No tienes que hacerlo si no quieres.

—¡Guau! Creo que ha sido la peor propuesta de matrimonio de la historia.

Jonathan suspiró como si le estuviese costando la vida hablar del tema.

—Luna, lo que trato de decirte es que no necesito firmar un papel para sentirme unido a ti. Pero las circunstancias son las que son y ahora mismo...

—Jonathan, para. Yo tampoco necesito firmar nada, pero lo haré encantada. Con tal de que te quedes, firmaré hasta un contrato con el demonio.

Así fue como decidimos casarnos. No hubo anillo, ni champán, ni novio arrodillado, pero sí mucho pragmatismo. Quedamos en ir a firmar un día laborable cualquiera, sin más pretensiones que las de resolver un trámite necesario.

Una semana después de aquella conversación, me encontré a Jonathan en el jardín, enfrascado en sus pensamientos.

—Estás muy distraído hoy.

—Llevo unos días dándole vueltas a algo. —Se giró para mirarme—. Ya que lo vamos a hacer..., lo de casarnos y tal..., tampoco hace falta que sea de una forma tan fría, ¿no crees? Hay gente que celebra con más entusiasmo la firma de una hipoteca. —Me eché a reír—. Se lo he contado a mi madre y quiere venir.

—¡Estupendo! ¡Que venga! Puede ser tu testigo.

—¿Te parecería bien si después nos vamos a comer a algún sitio? Solo los cuatro. Tu abuela, mi madre y nosotros dos. Aunque, si quieres decírselo también a tus amigos...

—Perfecto, Jonathan. Pero dile a tu madre que venga pronto. El visado te caduca en menos de tres semanas y no quiero casarme en Gibraltar.

Jonathan pidió cita en el juzgado. Tres días antes de la fecha señalada, tuvimos otra conversación sobre el tema. Esa vez en la bañera mientras le enjabonaba la cabeza con el champú.

—¿Y si encargamos unos anillos? —sugirió de espaldas a mí con la cabeza llena de espuma—. Es por darle un toque sentimental. Después de todo, solo lo haremos una vez.

—Pensaba que tú no querías.

—¿Por qué?

—Porque nunca llevas anillos. ¿Te gustaría llevar uno de por vida?

Se giró hacia mí.

—Lo dices como si fuese una condena.

Le salpiqué con la espuma en la cara.

—Yo no he mencionado esa palabra. Noto un poco de miedo en tu voz.

Sonrió y se inclinó para darme un beso.

—Ningún miedo, preciosa. Y sí, me gustaría llevar uno —dijo en respuesta a mi pregunta—, pero solo si es por ese motivo.

Esa tarde fuimos a una joyería a encargarnos los anillos. Escogimos los más sencillos del muestrario y decidimos no grabar ninguna inscripción en ellos, más que nada, porque ya no teníamos tiempo de llevarlos al taller antes de la boda.

Y, finalmente, llegó el día señalado, un viernes soleado de finales de septiembre. Habíamos

quedado a la una en el juzgado, pero yo tenía una clase de yoga a primera hora de la mañana. Acababa de reincorporarme al trabajo, aunque me habían asignado un grupo muy sencillo para que retomara la actividad poco a poco.

Me levanté temprano y me fui a trabajar. Tenía pensado volver a casa a las once, ducharme y ponerme algún vestido bonito. No me había comprado ningún atuendo especial, pero tampoco quería ir zarrapastrosa a mi boda.

En cuanto aparqué el coche, vi a Marina en la puerta de mi casa.

—¿Pero tú qué haces aquí? —le pregunté, extrañada. Iba más arreglada de lo habitual.

—No hagas preguntas y ven.

Me cogió de la mano y me llevó hasta mi habitación. Había un vestido de novia sobre la cama. Era muy sencillo, de estilo ibicenco, con tirantes anchos y escote en pico.

—¿Qué es esto?!

—Bienvenida a tu boda, cariño —dijo ella con una sonrisa radiante.

—¿De dónde ha salido este vestido?

—Lo elegimos juntos.

—¿Quiénes?

—¿Quién va a ser? ¡Tu futuro marido y yo! Dime que te gusta o me pego un tiro en el pie.

Me acerqué a la cama con la boca abierta.

—Es precioso... —murmuré mientras acariciaba la tela—. Hay más, ¿verdad?

—Por supuesto que hay más.

A las doce y media, ya vestida y peinada, salimos juntas al porche. Bajé los escalones detrás de ella y los vi a todos reunidos al fondo del jardín, bajo la sombra de los árboles. Mi pequeña familia: la abuela, Victoria, Lucas, Jaime y Gunther, que llevaba la guitarra colgada al hombro. Habían bajado las sillas del comedor y se habían sentado de forma improvisada, formando un pasillo diminuto. Incluso vi la cara de papá en la pantalla de una tableta que sujetaba Victoria. Se había conectado desde California para estar presente.

Al fondo, estaba Jonathan. Llevaba un sencillo traje azul que le quedaba como un guante, con camisa blanca y sin corbata. Y... no tengo palabras para describir lo guapo que estaba.

Me esperaba de pie, junto a una señora que sujetaba un libro entre las manos.

Todos se levantaron al verme llegar y Gunther comenzó a tocar una versión acústica de *Can't Help Falling In Love With You*. Algún tópico teníamos que tener.

Lucas se acercó hasta mí con decisión y me ofreció el brazo.

—¿Me permites? Soy el encargado de acompañarte hasta él.

—No puedo andar. Me tiemblan las piernas —susurré.

—Sujétate con fuerza, pequeña. Ya solo te queda lo más fácil.

Caminamos juntos mientras Jonathan me observaba sin pestañear, con los ojos más brillantes que alguien pueda imaginar. Cuando llegué a su lado, me cogió de las manos y me dedicó una sonrisa llena de ternura.

—Estás preciosa —dijo.

—¿Cuándo has...? ¿Cómo? —balbuceé.

—Ya me conoces. Tengo cierta tendencia a complicar las cosas.

Me reí.

La señora que sujetaba el libro era concejala del Ayuntamiento. Leyó unos párrafos del código civil y después nos dejó hablar a nosotros. Jonathan me miró y tomó la palabra.

—No pretendo hacer un gran discurso. Solo quiero darte las gracias por cambiarme la vida. Sé que firmar un papel no aportará nada nuevo a lo que tenemos, pero pensé que, al hacerlo de

esta manera, tendríamos un bonito recuerdo.

—Lo tendremos.

Marina nos acercó los anillos y Jonathan me colocó el mío en el dedo.

—¿Qué se dice ahora? —le preguntó a la concejala—. ¿Con este anillo yo te desposo?

Se oyeron risas de fondo.

—Es una frase un poco antigua, pero son tus votos, puedes decirle lo que quieras —contestó la señora.

—¿Lo que quiera? Eso es mucho donde elegir.

Se giró de nuevo hacia mí, me apretó las manos con fuerza y me miró con intensidad.

—Yo te desposo, Luna Green. Te entrego mi palabra, mi cuerpo, mi universo... Y, si pudiera, también los planetas. Te hago todas las promesas, te ofrezco todos los abrazos..., mis noches, mis mañanas y cada uno de mis sueños. Si los quieres, también te los daré.

Se hizo un silencio sepulcral en el jardín. Tuve que hacer un esfuerzo inmenso para controlar la descarga de emociones que atravesó mi garganta. A continuación, le puse su anillo en el dedo y lo miré.

—Yo te desposo a ti, Jonathan Hartford, aunque nunca imaginé que acabaría diciéndote «yo te desposo». —Volvieron a oírse risas de fondo—. Te ofrezco también mi universo y todo lo que hay contenido en él. Y te prometo que, cuando la vida nos lo ponga difícil..., cuando vengan curvas, porque vendrán..., estaré a tu lado, sujetándote de la mano. Ya no te voy a soltar.

Y así fue como nos casamos. En contra de todo pronóstico, nuestra boda acabó siendo romántica, emotiva e, incluso, a ratos, pastelosa. Pero aquel día fuimos las personas más felices de la Tierra.

Por desgracia, sabes que las curvas no tardaron en llegar.

Cinco semanas más tarde, después de regresar de un viaje increíble por México, al fin encontramos un apartamento que se ajustaba a nuestras necesidades. Estábamos a punto de mudarnos, con la casa llena de cajas y embalajes, cuando nona comenzó a comportarse de un modo extraño. Estaba bastante taciturna y mucho más cansada de lo habitual.

Una tarde, se acercó a Jonathan y le dijo algo que nos sorprendió a ambos.

—Jeremy, te regalo todos mis discos. Quiero que sean para ti.

Él nos miró a las dos de forma alternada.

—Gracias, pero... ¿por qué? —preguntó.

—Porque sé que tú los aprecias y los cuidarás mejor que nadie.

Por la noche tuvimos una conversación en la cama, justo antes de dormir.

—No sé, Jonathan. No sé si es buen momento para dejarla sola. Era una persona muy activa y, de repente, parece como si hubiese envejecido diez años. Tú también lo has notado, ¿verdad?

Él asintió en silencio.

—Tengo un mal presentimiento —añadí.

Esa misma noche, nona se marchó para siempre.

Lo hizo de un modo silencioso y discreto, como si no quisiera molestar. La encontré en su cama a la mañana siguiente, cuando entré preocupada porque no se había levantado a desayunar. Parecía dormida, con el rostro tranquilo, rodeada de sus cosas, en el pequeño mundo que había construido con tanto amor.

Jonathan se encargó de gestionar todos los trámites con la funeraria. Dos días más tarde, esparcimos sus cenizas al fondo del jardín mientras Gunther le dedicaba la última canción y algunos gatos de los alrededores se acercaban para decirle adiós.

No llegamos nunca a mudarnos. La abuela me había nombrado heredera universal de todas

sus propiedades y eso incluía la casa, los terrenos de alrededor y su vieja furgoneta.

Me costó mucho adaptarme a la nueva situación. Fue complicado aprender a vivir en esa casa sin vosotras con el recuerdo de nona tan presente. Al principio, la veía en todas partes. Siempre ocupada en cualquier actividad: podando el jardín, cocinando para nosotros, dándole de comer a los gatos... En definitiva, cuidando de los demás. Pero Jonathan se volcó en mí de un modo espectacular y, con el tiempo, pude superarlo.

Ese invierno decidimos hacer cambios en la casa para convertirla en nuestro propio hogar. Reformamos parte de la cocina, compramos muebles nuevos, pintamos las paredes y colgamos en el salón el cuadro que le había regalado a Jonathan por Navidad. A partir de ese día, *El mundo a través de tus ojos* se convirtió en el testigo silencioso de nuestra vida.

Y pasaron los meses. A Jonathan le iban las cosas en el terreno laboral —en Ibiza no escasean los barcos de recreo— y su pequeña empresa comenzó pronto a dar beneficios. A finales de primavera iniciamos las obras para construir una piscina en el jardín, sobre el antiguo huerto de nona. En cuanto estuvo acabada, Jonathan adoptó la costumbre casi semanal de organizar barbacoas en casa con mis amigos —que se habían convertido también en los suyos—, y con miembros del club de buceo del que ambos somos socios.

—Como te vea mi abuela desde el Más Allá... —le dije un día en tono de broma mientras él echaba un chuletón de ochocientos gramos en la parrilla—. Has profanado su templo vegano.

—¿Pero y lo bien que le cuido los discos? De eso no tendrá queja.

De ese modo, y tras años de evitar las relaciones personales, Jonathan al fin retomó una vida social saludable.

A mediados del siguiente otoño, Sunny llegó a nuestra vidas. La trajo una tarde sin avisar.

—Luna..., tengo que presentarte a alguien —me dijo con un bulto peludo entre los brazos.

Era una pequeña *golden retriever* que me miró con cara de no haber roto nunca un plato.

—Qué bonita... ¿De dónde la has sacado?!

—La perra de un cliente ha tenido una camada. ¿Te gusta?

Miré a mi marido de treinta y cuatro años mientras sujetaba aquella bolita de pelo. Parecía un niño pequeño en la mañana de Navidad.

—Como para decirte que no —contesté.

Sunny nos puso la casa patas arriba, literalmente. Nos destrozaba los zapatos a mordiscos, escarbaba en la basura, se comía las flores del jardín... Odia a los gatos casi tanto como su dueño y, al principio, se pasaba horas ladrando en el linde del jardín.

—¡Sunny, para ya! Contrólala, Jonathan. Es tu perra.

—Es mi perra cuando hay que educarla —protestó él—, pero cuando hay que mimarla, bien que la acaparas.

Desde entonces hemos pasado por muchos momentos, la mayoría de ellos muy buenos, como cuando inauguré mi segunda exposición, o las tardes de verano en el barco de Lucas y las Navidades con Victoria y con papá. Suelen venir a casa para reunirse con nosotros en esas fechas, y he de decirte que sigue habiendo mucho *feeling* entre ellos, aunque nunca se han enrollado, que nosotros sepamos, claro.

También hemos pasado por momentos difíciles, como este verano, cuando murió el padre de Jonathan. Después de pensarlo durante horas, decidimos acudir al entierro en Guildford para cerrar ese difícil ciclo de su vida.

Tuve la ocasión de visitar la ciudad donde se había criado y conocer a su hermano David. Jonathan y él llevaban muchos años sin verse y, aunque charlaban de vez en cuando por teléfono, aprovecharon el reencuentro para estrechar lazos. Antes de marcharnos, visitamos juntos la

tumba de Liam. Fue uno de los momentos más emotivos que hemos vivido juntos. Cuando regresamos a Ibiza, Jonathan estuvo muy distante durante varios días. Intenté darle espacio hasta que volvió a ser el de siempre. A veces me pregunto si llegará el día en el que pueda pensar en todo lo que le ocurrió sin que lo afecte de ese modo. Es probable que nunca lo consiga, pero, a pesar del dolor inevitable, sé que ha conseguido ser feliz. Y lo más importante, estar en paz consigo mismo.

Ese viaje le removió muchas cosas y también lo llevó a replantearse algunos aspectos de nuestra relación, porque nunca había mostrado demasiado interés en tener hijos, pero un par de semanas después del viaje a Guildford, me confesó que quería intentarlo.

—Siempre has dicho que traer hijos al mundo es una locura —le dije mientras me acurrucaba junto a él en la cama.

—Lo sé, pero me apetece esa locura.

—¿Estás seguro?

—Yo solo estoy seguro de que te quiero. Lo demás ya lo iremos improvisando. No se nos da tan mal.

Como te imaginarás, a raíz de esa conversación, dejé de tomar anticonceptivos. Porque yo también quiero esa locura. Si es con él, lo quiero todo. Y aunque aún no estoy embarazada, ya he comenzado a soñar con nuestra hija e intuyo que no tardará mucho en llegar.

Y así, sin darnos cuenta, ya han pasado cuatro años desde que nos vimos por primera vez en el mercado de'n Bossa. El tiempo ha transcurrido de un modo fugaz desde entonces, pero hemos sabido aprovecharlo. Le hemos sacado todo el partido posible y seguiremos haciéndolo hasta el final a pesar de las dificultades. Porque la vida no es perfecta y las relaciones tampoco lo son. Discutimos de vez en cuando, pero siempre regresamos el uno al otro y nos reconciamos.

Como nona me dijo una vez, la vida es solo un pequeño instante en la infinita historia del universo. Es hermosa y complicada. Está llena de belleza, pero también de caos y de dolor. Vivirás momentos tan duros que tendrás ganas de tirar la toalla. Reirás, llorarás, te caerás mil veces y te levantarás. Y tus heridas, esas que tanto te duelen hoy, se transformarán en profundas cicatrices para recordarte lo fuerte que eres.

La vida va a pasar muy deprisa. Tanto que cuando esté a punto de acabar, querrás empezar de nuevo y volver a enamorarte de él, aunque tengas que transitar la misma senda, por muy complicada que sea.

Porque, al final, si encuentras el camino correcto en el vasto mapa de tu universo, hallarás también el sentido de tu vida. Y si eres capaz de construir tu propia historia de amor, con los demás, contigo misma y con el mundo que te rodea, todo lo que vivas de aquí a la eternidad habrá merecido la pena.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, infinitas gracias a ti, que has llegado hasta aquí. El simple hecho de que tú me leas ya es un premio para mí. Porque este sueño, el de ser escritora, llevaba muchos años gestándose en mi cabeza hasta que pude darle forma. Si te ha gustado la novela, te invito a que me sigas en redes sociales y a que dejes una reseña o una valoración en internet. Cualquier gesto o aportación que hagas será muy importante para la contribución de este sueño.

Y dicho esto, quiero expresarle toda mi gratitud a alguien que lleva a mi lado más de dos décadas: mi compañero de vida, mi marido, mi mejor amigo, la persona que me apoya en todos mis proyectos, me ayuda, me asesora y me da el espacio que necesito para desarrollar mis historias. Gracias, Juan.

Gracias también a Eva, que se presta con entusiasmo a leer mis novelas y a darme su opinión sincera, la cual valoro en gran medida.

Gracias a Paola y a Abril, por su contribución en la edición de este libro.

Gracias a todos los amigos y familiares que llenan mi vida de momentos especiales, que suman, que me inspiran y que hacen que todo merezca la pena.

Y en especial, gracias a esas personas que, aunque ya no estén a mi lado, ojalá sí me estén mirando desde algún lugar no muy lejano. A vosotros, más que a nadie, os debo todo lo que soy.

BIOGRAFÍA

Cristina May (Valencia, 1980) estudió una ingeniería, pero pronto se dio cuenta de que su futuro apuntaba en otra dirección. Tras completar sus estudios con un máster de periodismo, trabajó en un periódico valenciano, entre otras actividades.

Escribir ficción y poesía es una de sus aficiones preferidas desde que era niña.

La leyenda de Kaishlab, de fantasía juvenil, fue su primera novela publicada. Varios años después, debutó en el género romántico con *La Protegida*. A día de hoy, continúa escribiendo para crear nuevas historias.

https://www.instagram.com/cristinamay_escritora/

<https://www.facebook.com/cristinamayescritora/>